

R esumen
de la Historia
de Chile



De esta primera edición del
Resumen de la Historia de Chile
se han tirado 10.000 ejemplares en
papel "Special Vacuum Dried",
importado de Canadá, empastados
en tela, y 1.000 ejemplares de lu-
jo, en papel biblia, encuadernados
los tres tomos en un volumen, en
cuero flexible. Diseñó la
edición Mauricio
Amster.

Es propiedad. Derechos reservados
para todos los países de habla
española. Inscripción N.º 15734.
Copyright by Empresa Editora
Zig-Zag, S. A.

Santiago de Chile, 1954.

~~11-27-64~~
983
Universidad de Chile, Facultad de...
BIBLIOTECA
CENTRAL
C. 1
1960

Francisco A. Encina

RESUMEN
DE LA
HISTORIA
DE CHILE

*Redacción,
iconografía y apéndices*
de
LEOPOLDO CASTEDO

Tomo II

CENTRAL DE
PUBLICACIONES
MONJITAS 691
- SANTIAGO -

Z I G - Z A G

Rm. 11513

R 5454



XII

O'Higgins, director supremo. La guerra del Sur. Talcahuano.

EL primer problema que se planteaba a los vencedores era el establecimiento de un gobierno. San Martín, como hemos visto, había recibido instrucciones concretas de Buenos Aires acerca de la designación de O'Higgins, mas, en sagaz recurso político, urdió la fórmula que mejor halagara el sentimiento chileno: hacerse elegir él, y, luego de su indeclinable renuncia, elevar a O'Higgins.

El primer Cabildo convocado al efecto el día 15 rechazó la idea de nombrar tres electores y se produjo el acuerdo unánime de "que fuese gobernador del reino, con omnímodas facultades, el señor general en jefe don José de San Martín". En Cabildo citado para el día siguiente, en vista de la negativa de San Martín, "aclamó el pueblo por director supremo interino al señor brigadier Bernardo O'Higgins". Acompañado por bandas de músicos y numerosísimo público, el Cabildo se dirigió a la casa del conde de la Conquista para entregar el poder al nuevo mandatario. Los efluvios de la victoria, el próximo regreso de los reclusos en Juan Fernández, el olvido de las aflicciones pasadas, se resolvieron en explosiones interminables de fervor colectivo. De noche se iluminaba la ciudad. Músicas marciales recorrían las calles. "El pueblo, que aun no conocía esta música, creía estar en la gloria." * Durante muchos años perduró el recuerdo del fastuoso sarao ofrecido en la casa del anciano patriarca don Juan Enrique Rosales a los vencedores de Chacabuco.

Don Bernardo O'Higgins (figs. 457, 458, 497, 499 y 506) contaba en el momento de asumir el mando del país 39 años. Estaba en la plenitud de sus facultades físicas e intelectuales. María Graham, que lo conoció en 1822, lo retrata así: "El Director vestía como de costumbre su uniforme de general. Es bajo y grueso, pero muy activo y ágil; sus ojos azules, sus cabellos rubios, su tez encendida y sus facciones revelan la sangre irlandesa del padre, mientras la pequeñez de sus pies y manos recuerdan la sangre criolla de la madre". En el trato privado era sencillo y afable, sin perder la compostura, aun en la intimidad. Este rasgo se acentuaba en el mandatario, mas sin caer en la afectación ni en la arrogancia. Ante el interlocutor "parecía que le invitaba a decirle: me hallo dispuesto a hacerte justicia". Le agradaba más oír que hablar, rasgo que, unido a la circunspección, le dió fama de reservado. Su vida íntima giró siempre en torno al cariño a su madre. "Todo lo que a ella le pertenecía —dice Cruz— le servía de entretenimiento en las horas que podía dedicar a la vida doméstica."

Bosquejo
psicológico de
don Bernardo
O'Higgins

* Zapiola: "Recuerdos de Treinta Años".



FIG. 497.—ÓLEO DE GIL DE CASTRO. (Museo de Bellas Artes, Santiago.)

Era un temperamento sanguíneo, por entero irlandés, de reacciones impetuosas y de una rara tenacidad cuando estaban sostenidas por los sentimientos directrices de su alma: el entusiasmo por la independencia de América, el odio al pasado, el afecto a los que, como San Martín y Rodríguez Aldea, se ganaron su estimación y, a modo de acicate permanente de sus ideales, los conceptos de la lealtad, del honor y del deber. La idea-fuerza fundamental que movió sus actos fué el inmarcesible ideario de la independencia chilena y americana. Poco después de Chacabuco exclamó: "Ahora, aunque venga la muerte, me encuentra contento y feliz, porque he vivido lo necesario para ver cumplido el grande objetivo de todos mis actos; ya vuelvo a tener una patria y he vengado sus agravios". * Lo mismo que San Martín, fué ciudadano de América antes que de Chile, un cruzado de la independencia americana y no un chileno con las limitaciones de los nacionalismos. Por eso sacrificó siempre, por principio, los intereses de su país a los americanos. Su odio a España y a los españoles alcanzó a veces una intensidad casi patológica. No captó el hecho de que los realistas representaban, por lo menos, el cuarenta por ciento de la población, que entre ellos figuraban los hombres de más carácter, más moralidad y mayores aptitudes económicas y administrativas, además de ser la gran mayoría criollos como él, y sobre todo que, sin incorporarlos espiritual y materialmente al nuevo estado, sus esfuerzos estaban condenados al fracaso.

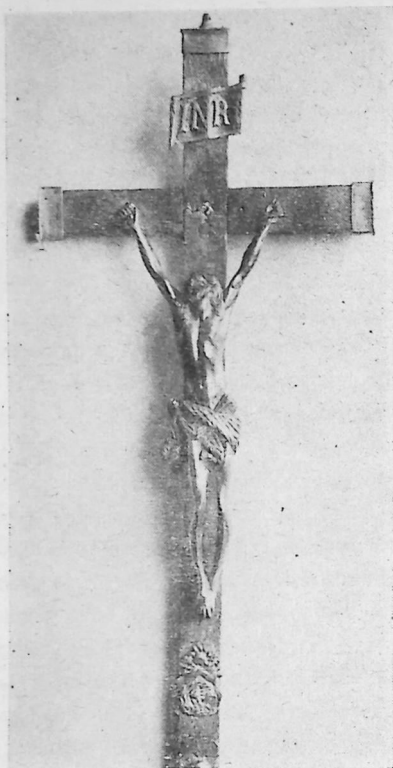
Sus reacciones se hallaban, en definitiva, fuertemente sofrenadas por la voluntad, aunque no en la cuantía que las del padre. Entre el joven ideólogo y violento de 1812 y el gobernante de 1820-22 hay un abismo. Su capacidad de síntesis llamó la atención de casi todos los que lo trataron. Cruz dice que su expresión no era florida ni su dialéctica acerada, pero "tenía un talento especial para resumir las ideas o puntos en discusión en muy pocas palabras".

La tragedia de su personalidad histórica no estriba en su limitación intelectual, sino en la carencia de las dotes que moldean al gran gobernante y que su padre poseyó en tan alto grado. Se diría que el destino, en irónica paradoja, se hubiera complacido en descargar sobre sus hombros y contra su deseo las funciones para las que precisamente no había nacido. En carta a Mackenna le decía: "La carrera a que me siento inclinado por naturaleza y carácter es la de labrador. Debo a la liberalidad del mejor de los padres una buena educación, principios morales sólidos y la convicción de la importancia primordial que tiene el trabajo y la honradez en el mérito del hombre".

Los rasgos
negativos

Su naturaleza no era la que hace al soldado profesional. "Era bravo hasta el extremo —dijo de él San Martín—, pero sus conocimientos militares eran nulos." La misma cruel ironía se repite en el terreno político. No poseía el atributo básico inherente al gran estadista: la intuición política que permite

* Carta a Egaña, de 20 de julio de 1830.



Los rasgos
positivos

FIG. 498.—CRISTO QUE PERTENECIÓ A
DON BERNARDO O'HIGGINS.

captar la circunstancia, el terreno que se pisa, los escollos que es menester sortear. Pronto veremos cómo se crea situaciones artificiales y dificultades insalvables por falta de instinto político. Además carecía en grado heroico de atracción personal. "Era incapaz de hacer cesar las prevenciones ni de inspirar completa confianza", dice Cruz. Y añade: "Le faltaba sagacidad y dotes para seducir o atraer"; reflejando la austeridad de su carácter, "prefería perder a un amigo o renunciar a la adhesión de un enemigo, antes que halagarlo o prometerle lo que no podía cumplir".

Sus cuatro virtudes cardinales en el haber político eran muy definidas: la rectitud moral, la abnegación cívica, el optimismo y el coraje. Tanto en la vida privada como en la pública, fué veraz, caballero y honrado a carta cabal. Jamás se rebajó a intrigar contra nada ni contra nadie. Prefería perderlo todo antes que claudicar moralmente. De tantas virtudes señaladas se destaca de manera especial su abnegación cívica. "Mil

vidas que tuviera me fueran pocas para sacrificarlas por la libertad e independencia de nuestro suelo", había dicho en 1812. Y su entereza nunca fué empañada por el halago o el deseo de honores.

El formidable optimismo corría parejas con la abnegación. Sólo se le halla paralelo a través de la historia de Chile en la no menos extraordinaria de Pedro de Valdivia. Cúpole en suerte afrontar la más difícil situación planteada desde los lejanos días de Alonso de Ribera, y jamás se arredró ante la magnitud de la empresa, la falta de recursos ni la gravedad de los peligros. Expresando fielmente su reciedumbre, dijo Cruz: "La entereza y energía que le faltaban para sus amigos y en el trato privado las tenía en los asuntos que consideraba de importancia de estado o de utilidad pública. Una vez decidido, no retrocedía. En sucesos de esta naturaleza, no era el hombre tibio y de calma



FIG. 499.—ÓLEO DE GIL DE CASTRO. (Museo Histórico Nacional.)

conocido en los asuntos comunes. Su expresión adquiriría en estos casos una elocuencia, una lógica y una fuerza que brotaban, sin duda, de su convencimiento interior".

Tanto en sus tendencias políticas como en sus ideas sobre el gobierno se advierte en él, igual que en San Martín, a un europeo trasplantado a un ambiente que no es el suyo. Quiso a su país y a sus compatriotas como abstracciones. Los únicos nexos sentimentales los constituyeron un amor intenso al suelo natal y el afecto a su madre. Conceptuaba a la democracia con un utópico sentido de perfección cristalizada en las aptitudes de los pueblos para escoger sus gobernantes entre los mejores ciudadanos y decidir de sus destinos en un ambiente de absoluta moralidad por medio del trabajo fecundo y creador. Cuando el choque con la falta de madurez ambiente se puso en evidencia, adoptó la actitud de dictador, no por sed de mando o de honores, sino para paliar la lógica ineptitud política, fruto de la inexperiencia de sus conciudadanos. Aun sin el acicate del ejemplo del padre, vino a resultar, a la postre, un ejemplo vivo y tardío del Despotismo Ilustrado, que aplicaba al pie de la letra la consagrada fórmula de "todo para el pueblo, pero sin el pueblo". Su espíritu igualitario quedó estampado en otra frase simbólica: "Detesto por naturaleza la aristocracia, y la adorada igualdad es mi ídolo". *

No se puede afirmar que fuera ateo (fig. 498), ni siquiera anticlerical, no obstante haber "meditado el introducir en la iglesia algunas reformas tales como la abolición de la confesión auricular y el celibato de los clérigos". Mas su concepto de la tolerancia religiosa y sus afanes por acabar de raíz con las supersticiones y prácticas que repugnaban a su espíritu de progreso fatalmente debían llevarlo al choque con el espíritu devoto de su pueblo, aunque no lo hubiesen iniciado sus represalias contra el clero realista.

La captura
de Marcó

Entre los acaecimientos derivados de la batalla de Chacabuco, ninguno causó tanta sensación como la captura de Marcó. Hemos visto cómo, abandonando a sus soldados, se encaminaba hacia San Antonio con ánimo de embarcar en el vecino puerto. Sospechando que se hubieran enviado, como en efecto sucedía, algunos piquetes para capturarlo, al llegar a la hacienda de "Las Tablas", el día 15, despachó emisarios a Valparaíso para indagar si había aún algún buque en la bahía y si la ciudad había caído ya en poder de los patriotas. Uno de los campesinos entre los encargados de hacer averiguaciones no tardó en delatarlo a su patrón, que, auxiliado por el capitán Francisco Aldao, apresó a los fugitivos sin resistencia.

Luego de rendir ceremoniosamente su espada a San Martín, fué conducido a Mendoza y confinado poco después en San Luis. Allí lo sorprendieron

* Carta a Juan Florencio Terrada, de 20 de febrero de 1812.

los sangrientos sucesos de 1819, en los que no tuvo arte ni parte. Murió pocos meses después en Luján, cerca de Buenos Aires.

Otro acontecimiento que conmovió profundamente los ánimos jubilosos de los días de victoria fué el regreso de los confinados en Juan Fernández. El 31 de marzo desembarcaban en Valparaíso 78 de ellos, aureolados con el ejemplo de su martirio.

Como era de esperar y de temer, pronto las represalias contra los realistas tomaron un vuelo alarmante. La política de vindicta, que casi llegó a situarse en pie de igualdad con la llevada a cabo por los ahora vilipendiados, no respondía a ninguna necesidad política y degeneró en actos indignos de un gobierno civilizado, exactamente como los habían perpetrado Marcó y sus consejeros. En el propio campo de batalla se fusiló al teniente Miguel Salcedo, al que San Martín había respetado por escrito su compromiso de no hacer armas contra el rey. Un decreto del día 18 de febrero dispuso que "ningún español europeo, desde las oraciones adelante, anduviese por las calles, so pena de ser pasado por las armas en el momento que se le descubriese". No tardaron en perpetrarse ejecuciones capitales. El comerciante Manuel Imaz, no obstante haber comprobado su confesor la iniquidad de la acusación, fué fusilado el 1.º de abril en la plaza pública. Tamaña injusticia, que Barros Arana califica de "violencia inhumana e inútil", no arredró a los realistas, pero provocó la indignación sin excepciones de los patriotas.

Las represalias

Doce días más tarde eran fusilados por la espalda en la misma plaza el sargento mayor de Talavera Vicente San Bruno y el sargento del mismo cuerpo Francisco Villalobos. Uno de los espectadores pereció también, alcanzado por una bala loca.

En cuanto a las represalias contra los bienes de los realistas, siguieron, en la práctica, los mismos procedimientos que las de Marcó y Osorio, y su justificación deriva de la ineludible necesidad de procurarse fondos.

El encono de la lucha civil mantenía enhiestos los ánimos. A todo el que hablaba en público contra la causa patriota se le aplicaban las mismas medidas que Marcó había impuesto para los detractores del régimen realista. Igual que durante el gobierno de éste, las señoras dirigían la actitud colectiva opositora. No sólo criticaban a los vencedores, sino que enviaban a sus maridos informes de todas clases, exactamente como lo hicieron las damas patriotas durante la Reconquista. Las más exaltadas insultaban en la vía pública a los jefes patriotas. Casi sin excepción eran recluidas en los conventos.

Pero el problema más grave era la oposición del clero, con su consecuente influencia política directa. El obispo Rodríguez Zorrilla, hombre de gran carácter, prístino celo apostólico y mucho prestigio, había hecho gala desde el comienzo de la revolución de su realismo exaltado. El pueblo unía su nombre

La oposición del clero



FIG. 500.—LAS HERAS. (Dibujo de Desmadryl.)

Cienfuegos conciliaba en el fondo las más avanzadas ideas enciclopedistas con el dogma católico.

Entre las muchas actitudes desconcertantes de San Martín a raíz de Chacabuco, la que cronológicamente produce mayor sorpresa fué su completa pasividad después de la triunfal entrada en Santiago. Es fácil suponer que le aconteció como a otros muchos talentos organizadores, que llegan a hacerse esclavos de la disciplina. La unidad del ejército se había resentido desde Mendoza, y el carácter atrabiliario de Soler había aumentado las trizaduras. A conciencia cierta de que los realistas contaban aún con fuerzas organizadas en el sur, San Martín acuarteló las tropas en Santiago y encomendó el remate de la campaña a Freire, con sólo 100 soldados de línea, al que debía reforzar Las Heras con una pequeña columna (fig. 500).

Freire hizo, con tan escasos elementos, lo único que pudo: acordonó la línea del Maule y cortó la fuga a grupos dispersos de los novecientos soldados que Maroto había dejado en Valparaíso.

Las abigarradas fuerzas con que contaba el jefe chileno se nutrían especialmente de montoneros. Con la pueril pretensión de imponer disciplina y sistema donde no era posible ni intentarlo siquiera, conminó con la pena capital

al de San Bruno indisolublemente. Al recrudecer la lucha, la pasión había anulado en él al cristiano y al sacerdote. Con tales antecedentes no es de extrañar que San Martín aprovechara el prestigio de Chacabuco para desterrarlo a Mendoza. El nuevo gobernador de la diócesis, don José Ignacio Cienfuegos, se apresuró a ordenar a párrocos y eclesiásticos en general que se hicieran patriotas.

El comisario general de frailes regulares, que, como el señor Cienfuegos, había sido impuesto por el nuevo gobierno, instó a los predicadores que propugnaran "el sagrado sistema de América y la obligación en que están todas las clases sociales e individuos del estado de cooperar a su consolidación". El padre Arce hacía derivar el principio de soberanía popular del propio Santo Tomás de Aquino, mientras el señor

al guerrillero reincidente en el delito de salteo. La primera víctima había de ser, por supuesto, el flamante coronel Miguel Neira, que, en castigo al ultraje de dos desgraciadas mujeres, fué fusilado en la plaza de Talca.

Aprovechando la inactividad de San Martín y el lento avance de Las Heras, Ordóñez (fig. 501) había organizado la defensa de Talcahuano como base de operaciones en el control de toda la provincia.

Las dos columnas, ahora comandadas por Freire y Las Heras, ocuparon sin resistencia Linares, Parral, Cauquenes, San Carlos, Quirihue y Chillán. Siguiendo el plan previsto, Ordóñez se replegó en Talcahuano. Después de frustrar una sorpresa en Curapalihue, Las Heras siguió a Concepción, donde no iba a encontrar ninguna resistencia armada. Casi todos los habitantes de la Intendencia de Bío-Bío se acogieron al perdón ofrecido.

Ordóñez había confinado en la isla Quiriquina a más de doscientos patriotas. Ante la imposibilidad de mantenerlos, luego de su encierro en Talcahuano, envió un oficio a Las Heras solicitándole que se encargara de la alimentación. Este se negó, y los desgraciados presos se vieron amenazados de muerte por hambre. Mas no se arredraron por la circunstancia. Con las maderas de sus chozas fabricaron frágiles balsas y se dirigieron a la costa continental. Varias se desarmaron en alta mar, pereciendo más de treinta confinados. Los sobrevivientes lograron llegar a feliz arribo luego de novelesca navegación. Entre ellos venía Manuel Bulnes, a la sazón joven de 17 años.

Según había intuido Las Heras, frente a los 1.300 hombres con que contaba se defendían en posiciones formidables un número igual de realistas, reforzados a poco por el virrey, pese a la situación desesperada que le había creado la pérdida de los abastecimientos y productos otrora enviados desde Chile.

Las Heras había tomado posiciones en el pequeño cerro del Gavilán. Sa-



FIG. 501.—ORDÓÑEZ. (Colección Negativos, Museo Histórico.)

Avanzan las columnas de Freire y Las Heras

La odisea de los reclusos en la Quiriquina

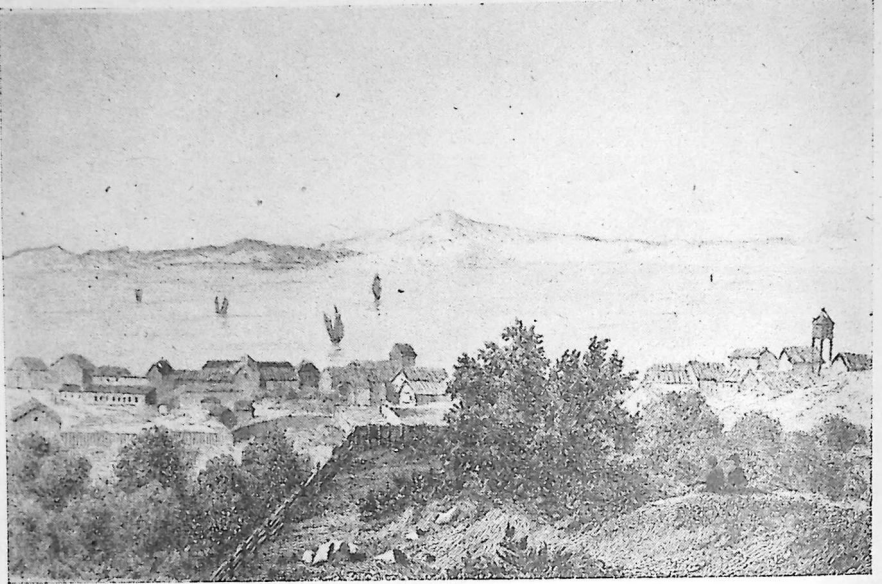


FIG. 502.—TALCAHUANO A COMIENZOS DEL SIGLO XIX, SEGÚN FAMIN.

El combate del
cerro del Gavilán.
O'Higgins en
el sur

bedor de los refuerzos recibidos por Ordóñez, comprendió que iba a ser atacado por contingentes superiores y solicitó rápidos auxilios a O'Higgins. El jefe realista, adelantándose a la llegada de éstos, intentó el 5 de mayo un suicida asalto a las posiciones patriotas que se resolvió en parcial derrota, pues comprendiendo su inferioridad, se replegó de nuevo a Talcahuano (figs. 502 y 503).

La gravedad de la situación en el sur movió al fin a O'Higgins a enviar, el 10 de abril, después de haberse acordado tal medida por la Logia, una división de 800 soldados, al mando de Conde; un escuadrón de Granaderos; al de Manuel Encalada, y dos cañones. El propio director supremo partió seis días después, acompañado por su ministro de la guerra, don José Ignacio Zenteno.

El alborozo que le había producido la victoria del Gavilán pronto se disipó en el ánimo de O'Higgins, al comprobar el estado en que se hallaba el ejército patriota y el aspecto gravísimo y ya irreparable que había tomado el sitio a Talcahuano. Las fortificaciones de Ordóñez hacían de la península de Tumbes una fortaleza inexpugnable (fig. 504).

Mientras se reconocían las fortificaciones y se preparaban planes de ataque, O'Higgins dispuso la ocupación del territorio al sur del Bío-Bío y de la plaza de Arauco, con el objeto principal de privar de recursos a Ordóñez. Mas pronto se convenció de la inutilidad de los esfuerzos con los elementos con que contaba y desistió del ataque total contra Talcahuano.

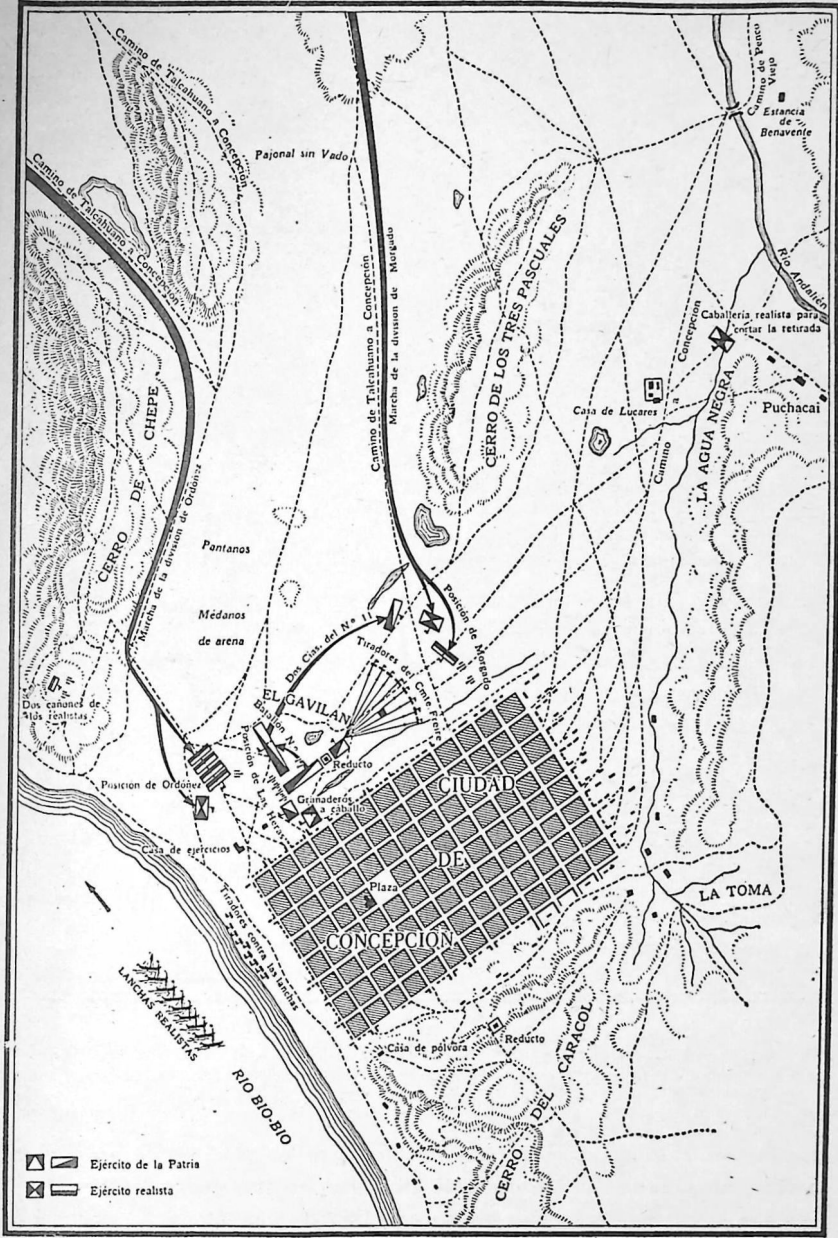


FIG. 503.—CROQUIS DE LA ACCIÓN DEL CERRO DEL GAVILÁN.

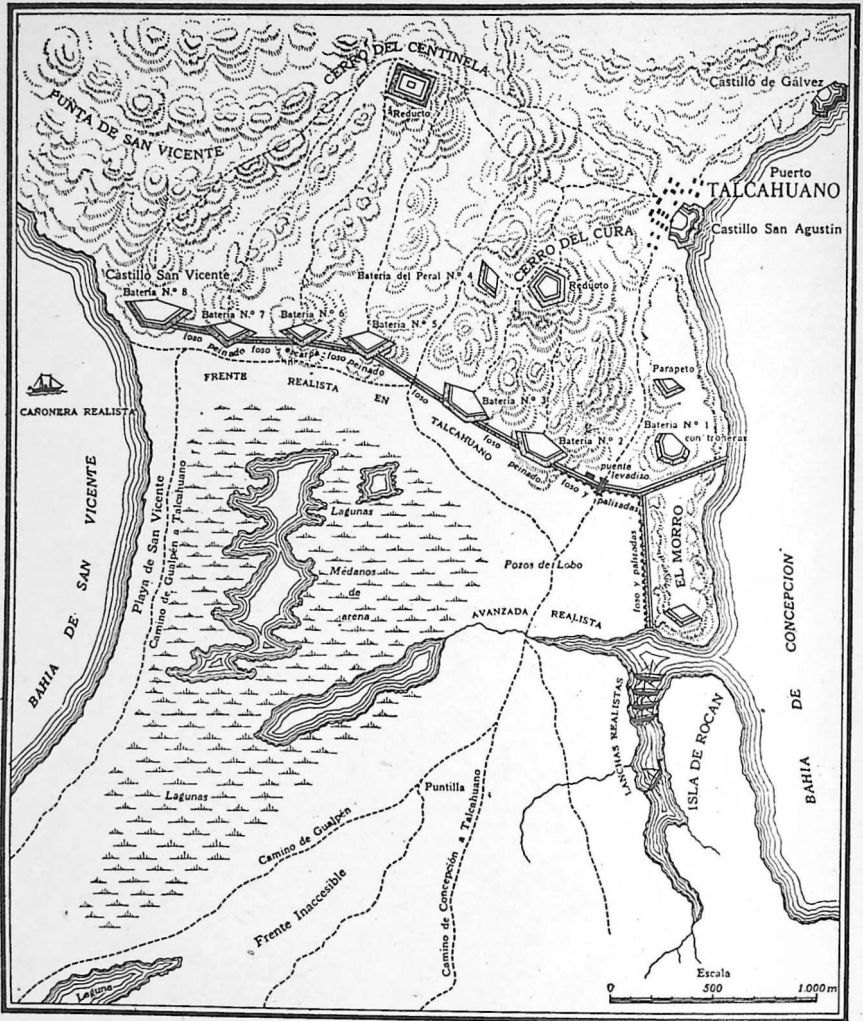


FIG. 504.—CROQUIS DE LAS FORTIFICACIONES DE TALCAHUANO. NÓTENSE EL INEXPUGNABLE CORDÓN DE LAS BATERÍAS Y EL VALOR ESTRATÉGICO DEL MORRO. (Dibujo basado en el esquema original de Alberto Bacler d'Albe.)

Las guerrillas

No tardaron en aparecer, luego de retirarse los patriotas a cuarteles de invierno en Concepción, las primeras guerrillas realistas destacadas por Ordóñez. Las más temibles fueron las organizadas por José María Zapata y José Antonio Pincheira. Ni la horca ni las derrotas lograban atemorizar a los guerrilleros. Su contumaz y temeraria acción tornó en sangría debilitante el do-

minio de la intendencia, que O'Higgins suponía segura reserva para abastecer al ejército patriota.

Disipado el lógico sectarismo de los historiadores hispanoamericanos de pasadas generaciones, la objetiva observación de la obra llevada a cabo por Ordóñez en once meses produce asombro. No se concibe cómo pudo sacar tanto partido a los elementos pobres y desmoralizados que recibió después del desastre realista de Chacabuco.

El problema de Talcahuano se iba tornando cada vez más crónico y grave. En vista de la nueva resolución de O'Higgins de lanzarse al asalto, San Martín le envió con nuevos refuerzos al ingeniero militar Alberto Bacler d'Albe, para que levantara planos de las fortificaciones enemigas, y al teniente general de los ejércitos de Napoleón Miguel Brayer, para dirigir la operación. Los acompañaba, además, el capitán Jorge Beauchef (fig. 505).

El 24 de noviembre, O'Higgins pasaba revista en Concepción a 3.300 hombres. Se había aprobado el plan de Brayer: el ataque sobre la extrema izquierda realista, que se apoyaba en la bahía de Talcahuano y estaba defendida por el reducto del Morro, a su juicio, llave de la plaza. La captura de éste hacía inútil toda resistencia en la ciudad.

Beauchef había sido elegido para encabezar el más peligroso ataque por su prestigio e intrepidez. Al frente de cuatro compañías de cazadores rompió la marcha en la madrugada del 6 de diciembre. Una se extravió en la oscuridad, y las defensas realistas, avisadas por el centinela, produjeron numerosas bajas en los asaltantes. Beauchef, arrojándose al foso que protegía al enemigo, logró arrastrar a algunos oficiales y soldados y escalar los parapetos. Gravemente herido por una bala que le tronchó el brazo derecho, siguió no obstante el ataque, logrando dispersar a las fuerzas realistas. Cuando la situación parecía más crítica, Ordóñez se dió cuenta del insensato plan de operaciones y empezó a batir las fuerzas que cañoneaban el Morro combinando su artillería de tierra con la de los barcos surtos en la bahía. Los vencedores del Morro eran



El ataque

FIG. 505.—BEAUCHEF. (Dibujo de Desmadryl.)

aniquilados impunemente. A las 5, O'Higgins dió orden a Las Heras de abandonarlo para evitar un sacrificio inútil (fig. 504).

La noticia de la llegada de una nueva expedición de Osorio puso término a las consultas y proyectos sobre futuros ataques a Talcahuano.



FIG. 506.—DON BERNARDO O'HIGGINS. (Dibujo de J. D. Zegers, 1821, dedicado a doña Rosa Riquelme. Colección negativos. Museo Histórico Nacional.)

XIII

La primera fase del gobierno
de O'Higgins.
La lucha contra el ancestro.
Actividades revolucionarias.
La expedición de Osorio.

A la Historia interesa, más que la dilucidación del casillero ideológico en que se haya querido embutir a los gobiernos, su realidad sociológica y política. En el período que nos ocupa, la reflexión atañe a lo que fué en la práctica el gobierno de O'Higgins, que en el fondo mantiene la línea del realizado por los últimos mandatarios coloniales y los primeros presidentes de la época de Portales.

Fué un gobierno activo, similar a los que Prieto, Montt y Balmaceda realizaron en circunstancias, por cierto, muy diversas. El 16 de febrero designó secretarios de Estado, en el interior, a don Miguel Zañartu, y en la guerra, a don José Ignacio Zenteno. Un decreto de 1.º de marzo disponía que las comunicaciones firmadas por los secretarios y rubricadas por el director supremo tendrían suficiente validez ejecutiva, y otro del día siguiente refrendaba su valor legal con la publicación en la "Gaceta de Gobierno". Un estudio detenido de las relaciones entre el director y sus ministros permite afirmar que éstos obraron más que aquél. El gobierno de O'Higgins, lejos de aparecer como una dictadura personal, semeja el de una junta estable en la que se han producido el acuerdo tácito y las subordinaciones permanentes en las inteligencias y las voluntades de sus vocales.

Mas sobre el gobierno legal y el mando secreto de la Logia se elevó siempre la personalidad de San Martín, como consecuencia de su prestigio y de su don innato de mando. Entre él y O'Higgins, como ya hemos visto, se produjo una simbiosis perfecta. Los sentimientos de O'Higgins hacia San Martín se caracterizaron por una mezcla de gratitud, de admiración y de respeto por sus aptitudes, por su personalidad moral, por su desinterés y por sus virtudes cívicas. "Libertador de mi patria y mi grande amigo hasta la tumba", lo llamaba en carta de 9 de octubre de 1832, cuando ambos comían ya el pan del proscrito.

Los esfuerzos encaminados por O'Higgins hacia la creación de la enseñanza militar se iniciaron con el establecimiento de la maestranza en la antigua propiedad de los jesuitas en la chacra de la Ollería. Creó una suerte de Escuela Militar que no pretendía ambiciosamente formar técnicos profesionales, sino oficiales y clases capaces de instruir a los soldados y conducirlos en el combate. Fué su primer director el sargento mayor de ingenieros Antonio Arcos, español

La Escuela
Militar



FIG. 507.—DON HILARIÓN DE LA QUINTANA. ÓLEO DE GIL DE CASTRO. (Museo Histórico de la República Argentina.)

al servicio de la independencia, eficazmente asesorado por su ayudante mayor, el entonces joven oficial de caballería Jorge Beauchef, valiente participante en los combates de Ulm, Austerlitz, Jena y Friedland. El comandante Cramer, antiguo alumno de Saint-Cyr, tal vez el jefe más competente entre los profesionales extranjeros que pelearon por la libertad de Chile, lo instruyó en la táctica de infantería y sugirió las normas fundamentales que debían presidir el establecimiento de enseñanza militar. Las necesidades de la guerra en el sur pronto desplazaron a estos jefes al teatro de operaciones. "La escuela —dice Beauchef— no demoró en quedar vacía."

El traslado de O'Higgins al sur para dirigir la guerra planteó el problema de su suplencia. El director supremo había resuelto delegar el mando en don Luis de la Cruz, mas la Logia acordó substituirlo por el coronel argentino don Hilarión de la Quintana (fig. 507), según Mitre, para poder manejarlo "como gobernante de paja". En la práctica, O'Higgins continuó dirigiendo el gobierno en ruta y en Talcahuano por medio de detalladas e ininterrumpidas instrucciones.

Las actividades subversivas, no obstante, aprovecharon la coyuntura para crear un clima de hostilidad al nuevo director supremo interino. Quintana, hombre sagaz y más sensato de lo que la tradición ha mantenido, comprendiendo el peligro que su presencia entrañaba para la estabilidad política, presentó la renuncia el 11 de mayo, poniendo como pretexto el regreso de San Martín. La terminante negativa de éste al ofrecimiento obligado que se le hiciera, puso de manifiesto la calidad de insustituible que había ganado O'Higgins. Por último, San Martín y Zenteno hallaron la fórmula transitoria en la designación de una Junta compuesta por don Luis de la Cruz, don Francisco Antonio Pérez, a la sazón presidente del tribunal de justicia, y del jefe de la aduana, don José Manuel Astorga (fig. 508). El primero, ausente en su calidad de jefe militar y político de los partidos comprendidos entre Curicó y Cauquenes, debía ser reemplazado por don Anselmo de la Cruz (fig. 509).

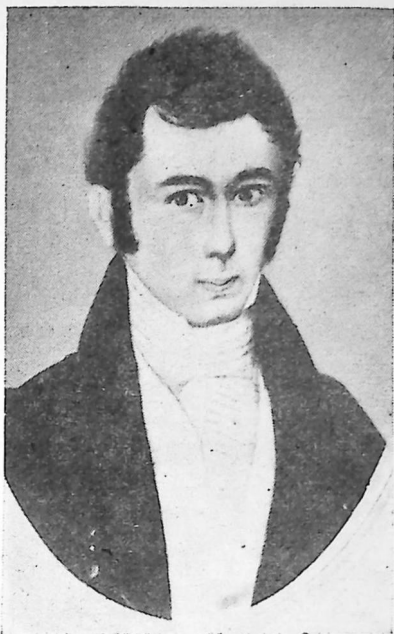


FIG. 508.—DON JOSÉ MANUEL ASTORGA.
(Colección Negativos, Museo Histórico Nacional.)

Acefalia
y subversión

Se crea el
Ministerio de
Hacienda



FIG. 509.—DON ANSELMO DE LA CRUZ.
(Colección Negativos, Museo Histórico
Nacional.)

El principal y más difícil problema del momento era el financiero. El país estaba económicamente exhausto. Centrando una serie de medidas que debían espolear el sentimiento colectivo de austeridad y sacrificio, un decreto de 2 de junio de 1817 creaba el Ministerio de Hacienda, a cargo de don Hipólito Villegas (fig. 510), experimentado funcionario colonial que se había pronunciado por la revolución. A poco se autorizaba a los panaderos para rebajar el precio del pan, pagando el fisco la diferencia; se incrementaban algunos impuestos y se decidía reducir los sueldos en una escala que iba desde el 2 hasta el 25%.

En todo el curso de su historia la economía chilena no había sido forzada en forma tan dura. Las entradas totales entre el 6 de febrero y el 31 de diciembre de 1817 fueron \$ 2.003.208,1 y las salidas ascendieron a \$ 1.960.870,3.

El aspecto
de Santiago

Con las calamidades y depredaciones de la guerra civil, el panorama edilicio de la capital alcanzaba en 1817 los límites del abandono y de la miseria. Zapiola nos ha dejado cuadros sobrecogedores, que su fina sátira hace aun más trágicos: "Toda la vereda del poniente (de la plaza) estaba obstruída por basuras y otras cosas peores. Un día que pasábamos por allí advertimos medio enterrados dos trozos de madera labrada. Tomamos sus extremos, y, al levantarlos, nos encontramos con una escalera, de cuatro o cinco metros de largo, cubierta apenas con basuras. Esta escalera, según los comentarios de los transeúntes, debía pertenecer a ladrones que para servirse de ella no necesitaban llevarla a su casa, siendo aquel lugar seguro y más próximo para sus expediciones nocturnas". La anécdota del burro enfermo, que murió y se pudrió en la vía pública, sin que nadie se tomara la molestia de llevarlo siquiera al río, ilustra con una pincelada realista la pavorosa situación sanitaria de la ciudad.

Reviviendo las ordenanzas coloniales, O'Higgins instituyó un tribunal de alta policía, que fué confiado a don Mateo Arnaldo Hoevel, feliz introductor

de la imprenta en que vió la luz la "Aurora". Ayudado por don Francisco de Borja Fontecilla, que lo substituyó en noviembre de 1817, lograron ambos esforzados ediles devolver a la capital parte del aspecto que había ganado en los días de Muñoz de Guzmán, no sin antes concitarse, y de rechazo encauzarlas contra O'Higgins, las odiosidades de pueblo y aristocracia, primeras y propiciatorias víctimas de los sacrificios colectivos imprescindibles para una labor tan ingrata como difícil (fig. 511).

No bien hubo O'Higgins afirmado la situación política, inició de inmediato la lucha contra el pasado con la orden de suprimir los escudos de armas y demás signos de nobleza. El preámbulo del decreto de 22 de marzo de 1817 expresa fielmente su pensamiento al respecto: "Si en toda sociedad debe el individuo distinguirse solamente por su virtud y su mérito, en una república es intolerable el uso de aquellos jeroglíficos que anuncian la nobleza de los antepasados, nobleza muchas veces conferida en retribución de servicios que abaten la especie humana". Cinco meses más tarde, un decreto firmado en Concepción declaraba abolidos los títulos de nobleza. "El estado no reconoce más dignidad ni da más honores que los concedidos por los gobiernos de América."

Naturalmente, los enemigos de O'Higgins, encauzados en la aristocracia por los Carrera, recrudecieron en sus ataques contra el "huacho y el provinciano intruso". Sin acarrear nuevos concursos a su gobierno, la abolición de los títulos de nobleza iba a ser un arma poderosa en manos de sus enemigos. Pronto los intereses creados comenzaron a actuar. Los consejeros inmediatos del director supremo, incluso el revolucionario y exaltado Zenteno, iniciaron una pequeña y discreta presión. Pero O'Higgins mantuvo inalterable su actitud y la Junta dió curso al decreto el 22 de noviembre de 1817.

Como su padre, O'Higgins admiraba en los hombres sus méritos personales y cívicos. Creía en la única aristocracia de la ética y de la inteligencia. Consecuente con sus ideas, tres días antes de abolir los títulos de nobleza establecía la "Legión del Mérito de Chile", destinada a premiar las virtudes civiles y militares sin considerar el ancestro del agraciado. La nueva institución



FIG. 510.—DON HIPÓLITO VILLEGAS. ÓLEO DE GIL DE CASTRO. (Propiedad de la familia Villegas, Santiago.)

Lucha contra los
prejuicios

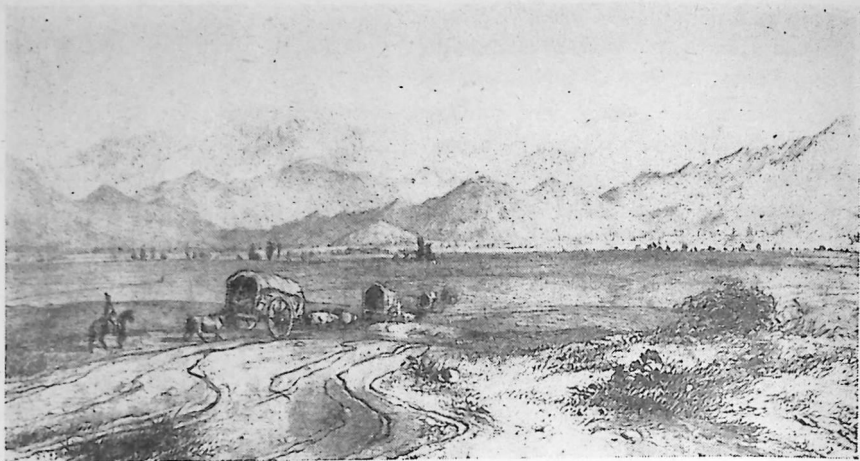


FIG. 511.—ALREDEDORES DE SANTIAGO A COMIENZOS DEL SIGLO XIX. (Dibujo de Ruggendas.)

nunca arraigó en el sentimiento chileno. Don Mariano Egaña logró prolongar sus días hasta junio de 1825, fecha en que desapareció definitivamente.

La lucha contra los prejuicios religiosos ganó caracteres aun más graves. El retiro de imágenes antiestéticas y hasta ridículas de los templos, la prohibición de pedir limosna con santos portátiles y en las procesiones nocturnas, la reglamentación de forma y número en las diurnas, impuestas al señor Cienfuegos, enajenaron para siempre a O'Higgins la adhesión del pueblo.

Los incidentes con el clero se multiplicaron. Una señora, reprendida por la autoridad eclesiástica en razón de su vestimenta "escandalosa", se quejó personalmente a O'Higgins. El director llamó al prelado, nada menos que el después obispo electo de Santiago don José Alejo Eyzaguirre (fig. 512), y le increpó iracundo: "Esas son hipocresías; ya no estamos en esos tiempos; vaya usted arrestado". Y, como el sacerdote no se moviera, concluyó: "Si usted no se mueve, lo echarán a culatazos". Poco después era desterrado a Mendoza.

Nuevas monedas

Completa las medidas iniciales para el afianzamiento del nuevo estado de cosas la substitución en la moneda del antiguo cuño con la efigie de Fernando VII, "ese infame busto de la usurpación personificada", por otro "que tendrá por el anverso el nuevo sello del gobierno (una columna coronada por una estrella radiante); encima de la estrella una tarjeta con esta inscripción: "Libertad", y alrededor de ésta: "Unión y fuerza"; bajo la columna, el año. Por el reverso se pondrá el valor, y alrededor: "Chile Independiente". Debajo del cerro: "Santiago". La mitad de las 4.000 monedas acuñadas se obsequiaron a las Provincias Unidas para su distribución en el ejército como medallas conmemorativas de la libertad.

Poco después de la victoria de Chacabuco, O'Higgins envió comunicaciones a los principales Estados participándoles la constitución del nuevo gobierno nacional y los propósitos de éste de estimular toda clase de franquicias al comercio exterior, así como la benévola acogida a todos los extranjeros que desearan radicarse en el territorio. A cada mandatario le habló el lenguaje que juzgó más convincente. En especial multiplicaba las frases placenteras a los gobiernos de Inglaterra, Estados Unidos y Rusia.

Las comunicaciones quedaron sin respuesta. Probablemente, ni siquiera llegaron a conocimiento de las cancillerías, que situaban el foco de la independencia americana en México, Bogotá, Lima y Buenos Aires. Las proyecciones del triunfo de Chacabuco pasaron inadvertidas, incluso para los británicos, entonces los mejor informados.

Gracias al empeño y buena suerte con que Vicuña Mackenna logró hallar entre los papeles de O'Higgins una copia de su puño y letra de los estatutos de la Logia, conocemos hoy su estructura, sus finalidades e importantes detalles de su funcionamiento. Entre sus puntos esenciales cabe destacar: 1. "La Logia matriz se compondrá de trece caballeros, además del presidente, vicepresidente, dos secretarios, uno por la América del Norte y otro por la del Sur, un orador y un maestro de ceremonias... 5. No podrá ser admitido ningún español ni extranjero, ni más eclesiástico que uno solo, aquel que se considere de más importancia por su influjo y relaciones... 9. Siempre que alguno de los hermanos sea elegido para el supremo gobierno, no podrá deliberar cosa alguna de grave importancia sin haber consultado el parecer de la Logia... 11. No podrá dar empleo alguno principal y de influjo en el estado, ni en la capital, ni fuera de ella, sin acuerdo de la Logia, entendiéndose por tales los enviados interiores y exteriores, gobernadores de provincia, generales en jefe de los ejércitos, miembros de los tribunales de justicia superiores, primeros empleados eclesiásticos, jefes de los regimientos de línea y cuerpos de milicias y otros de esta clase... 14. Será una de las primeras obligaciones de los hermanos en virtud del objeto de la institución auxiliarse y protegerse en cualesquiera



FIG. 512.—SEÑOR JOSÉ ALEJO EYZAGUIRRE. (Dibujo de Desmadryl.)

Relaciones
exteriores

Las Logias

conflictos de la vida civil y sostenerse la opinión unos de otros; pero cuando ésta se opusiera a la pública, deberán por lo menos observar silencio... 23. Cuando el supremo gobierno estuviese a cargo de algún hermano, no podrá disponer de la fortuna, honra, vida, ni separación de la capital de hermano alguno sin acuerdo de la Logia..."

Las leyes penales centran su severidad en los puntos 2: "Todo hermano que revele el secreto de la existencia de la Logia, ya sea por palabras o por señales, será reo de muerte, por los medios que se halle conveniente", y 3: "El hermano que acuse falsamente a otro será castigado con la pena del talión..."

La antigua polémica sobre las conexiones entre la Logia Lautarina, organizada como es sabido por Miranda para luchar por la independencia de América, y las masónicas propiamente dichas ha sido aclarada gracias a la misma fuente documental. Es probable que la primera de éstas organizada en Chile fuera la Logia Simbólica denominada "La Filantropía Chilena", según el rito antiguo escocés, el 15 de marzo de 1827. Entre sus fundadores, salvo el nombre del venerable, don Manuel Blanco Encalada, ningún otro formó parte de la Logia Lautarina. *

Confraternidad
chileno-argentina

Tanto los choques entre chilenos y argentinos como el recrudecimiento de los síntomas de indisciplina y descomposición que se advertían en el ejército de los Andes, incrementados al designarse a Soler jefe de estado mayor, movieron a San Martín, primero, a separar a este jefe de su alto cargo y, después, a realizar un viaje a Buenos Aires de positivos e inmediatos resultados en cuanto a la firmeza de las buenas relaciones chileno-argentinas.

El principal objeto, no obstante, de su misión era la compra de buques que le permitieran dominar el Pacífico. Antes de su partida había convenido con O'Higgins el envío a Londres de don Ignacio Alvarez Condarco con amplias facultades para adquirir barcos, armas y otros elementos. Los buques debían pagarse a su llegada a Valparaíso, pues se calculaba que en tal oportunidad podría disponerse de los fondos necesarios.

Con el regreso de San Martín, la confraternidad chileno-argentina alcanzaba su cenit. En la conmemoración del 25 de mayo reapareció, por primera vez desde Rancagua, la antigua bandera de tres fajas horizontales (azul, blanco y amarillo).

Preparativos de
la Expedición
Libertadora

A fines de 1817 se había realizado el milagro de adiestrar el mejor ejército, si no por su número, por su eficiencia, que había conocido la América

* Los restantes fundadores de "La Filantropía Chilena" fueron: Manuel José Gandarillas, primer vigilante; Manuel Rengifo, segundo vigilante; Tomás Oberjero, orador; Juan Francisco Zegers, se-

cretario; Ventura Blanco Encalada, tesorero; Angel Argüelles, experto; Vicente Zur, Victorino Garrido, José Manuel Gómez de Silva, Jorge Lyon, Carlos Renard, José Domingo Otaegui y Mariano Alvarez.

española. Se componía de 9.214 hombres (2.700 argentinos y 6.514 chilenos) y su formación había sido paralela a la de la escuadra.

El 26 de febrero había caído en poder de los patriotas el "Aguila". Dos meses después era apresado el "Carmelo", que venía del Plata a cargar trigo, fuerzas que se sumaron a la goleta "Fortuna" y varias lanchas cañoneras construidas en Constitución.

Entre las primeras hazañas de la incipiente escuadra chilena cabe señalar la captura de la "Perla", que, formando convoy desde Cádiz, se había separado de su flota con ánimo de obtener agua y provisiones en Valparaíso. El "Aguila" la apresó con los 75 soldados que traía a bordo.

No menor actividad desplegó O'Higgins en la organización del corso que hostilizara el comercio español. El primer corsario de la Patria Nueva lo armó en el propio Valparaíso el ex oficial escocés William Mackay. Con su pequeño lanchón "La Fortuna", capturó en Arica la fragata "Minerva", de 400 toneladas, y poco después, el bergantín "Santa María de Jesús", con los que regresó a Valparaíso.

Esperaban a don José Miguel Carrera (fig. 513) desengaños e infortunios sin cuento en Estados Unidos. Había confiado en demasía en las promesas de Porter y Poinsett, mas los gobernantes norteamericanos no deseaban crearse dificultades con el embajador español, don Luis Onís, y ni Madison ni Monroe manifestaron gran interés por los asuntos de Chile.

Carrera en
Estados Unidos

No le quedaba otro camino que dirigirse directamente a los fabricantes de armamentos, y así lo hizo. Había surgido en Estados Unidos una verdadera organización industrial y mercantil para surtir de armas, indistintamente, a España y a sus revueltas colonias. La codicia e inescrupulosidad de estos negociantes imponían unas utilidades tan usurarias a sus ventas, que más de una vez el desánimo y la decepción hubieran amilanado a hombres menos entusiastas y tesoneros. El 26 de abril escribía Carrera en su Diario: "Me tiro a la cama a las 9 de la noche, medio loco. Es uno de los días más amargos de mi vida".

Al fin pudo celebrar dos contratos. Por el primero, la firma Didier y Shepford se comprometía a entregar en un puerto chileno ocupado por los patriotas 3.000 fusiles y bayonetas, pólvora, balas e implementos que Carrera debía pagar por el duplo de su valor. Por el segundo, la misma firma se obligaba a enviar la fragata "Clifton", de 409 toneladas. En ella llegaba don José Miguel a Buenos Aires el 9 de febrero, con veinticinco oficiales, sargentos, médicos, etc., en su mayoría franceses y norteamericanos.

En la capital de las Provincias Unidas la tensión era enorme en aquellos momentos. Se esperaba el desenlace del esfuerzo de San Martín de un día a otro. Pueyrredón ofreció a Carrera hacerse cargo de la escuadrilla cubriendo todos sus gastos y entregarle la embajada conjunta de Chile y Argentina en



FIG. 513.—DON JOSÉ MIGUEL CARRERA. (Colección Negativos, Museo Histórico Nacional.)

Estados Unidos. Mas a don José Miguel sólo interesaba el gobierno de Chile. Declinó el honroso puesto, a la vez que sugería a O'Higgins la reconciliación, totalmente imposible ya.

Como era de temer, la ruptura entre Carrera y los gobernantes de Buenos Aires no tardó en producirse. A su apresamiento siguió la audaz fuga a Montevideo. Los patíbulos de Mendoza y la activa participación de don José Miguel en la anarquía argentina eran ya fatales.

Mientras tanto, en Chile Manuel Rodríguez había mantenido su actitud subversiva desde que O'Higgins fué encargado del mando, como simple continuidad en su vida de guerrillero. El 3 de marzo convocó a las autoridades de San Fernando para que eligiesen mandatarios a su satisfacción. El pequeño gobierno local solicitó audazmente su reconocimiento y O'Higgins envió un piquete que trajo a Santiago a Manuel Rodríguez preso. Desde su celda el arrogante guerrillero solicitó una audiencia que le fué concedida. La conversación habida entre él y O'Higgins, que la portentosa memoria de Cruz nos ha conservado, es un documento inapreciable para estudiar la psicología de los hombres de acción de la hora. Al final de ella, Manuel Rodríguez dijo a don Bernardo: "Usted ha conocido, señor Director, perfectamente mi genio. Soy de los que creen que en esto de los gobiernos republicanos deben cambiarse cada seis meses o cada año lo más, para de ese modo probarnos todos, si es posible, y es tan arraigada esta idea en mí, que si fuese Director y no encontrase quién me hiciera revolución, me la haría yo mismo. ¿No sabe usted que también se la traté de hacer a mis amigos los Carrera?"

Manuel Rodríguez,
revolucionario
impenitente

Manuel Rodríguez sugirió una comisión en Estados Unidos con el propósito de fugarse, lo que lograba a fines de abril, ocultándose en un fundo cercano a Santiago. Cuando San Martín regresó de Buenos Aires se presentó a él, y éste, para tenerlo cerca, lo nombró ayudante del estado mayor.

Los Carrera juzgaban propicias las circunstancias para organizar una nueva conspiración, que tenía su centro de operaciones en Buenos Aires y que contaba con abundantes ramificaciones en Chile. La trama fué descubierta simultáneamente en Santiago y en Mendoza. Quintana, presionado por el ministro del interior y por San Martín, decretó las prisiones de Manuel Rodríguez, Gandarillas, Díaz Muñoz y siete conjurados más. Poco después eran apresados don Luis en Mendoza y don Juan José en San Juan.

Nueva conspiración

El 6 de agosto se iniciaba el proceso en Santiago. La Junta de gobierno buscó primero el camino del avenimiento. Se puso en libertad a Gandarillas y a Manuel Rodríguez, luego de obligar a éste a firmar un pintoresco documento en el cual decía: "Me condeno delante de la América como un indigente enemigo de su representación política, si he cometido la indigna torpeza

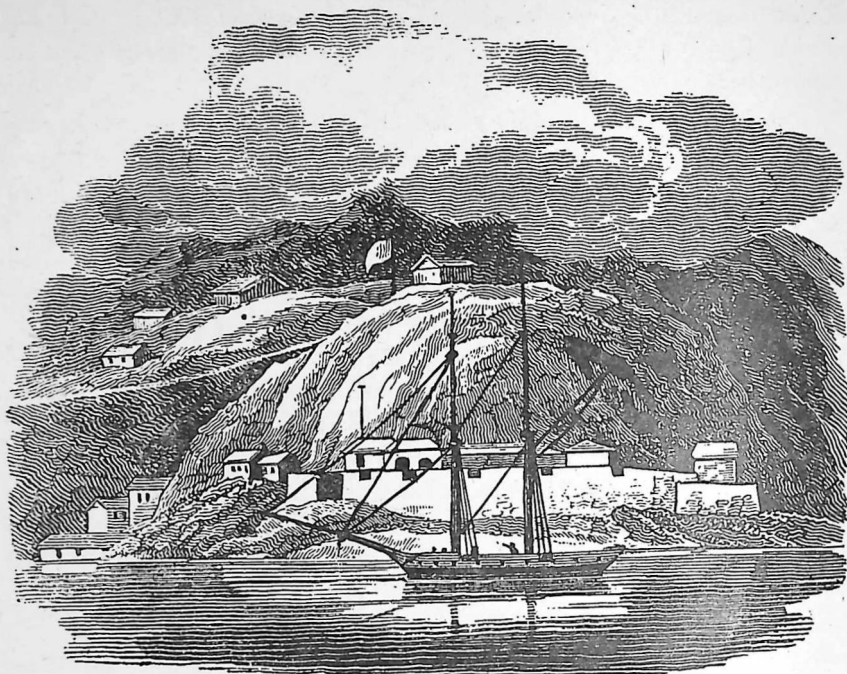


FIG. 514.—FUERTE DE VALPARAÍSO. (Viñeta de María Graham.)

de adoptar y consentir en planes de novaciones contra los sucesos de Chile que empezaron en febrero". "Me publico un vil esclavo español, si no detesto firmemente todo movimiento contra el orden convenido..."

La expedición
de Osorio

El virrey Pezuela captó de inmediato la trascendencia de la derrota de Chacabuco y se propuso recuperar Chile a cualquier precio. A la vez que reforzaba a Ordóñez en Talcahuano, aceleró el envío de un ejército de 3.262 plazas, además de los jefes y oficiales, al mando del vencedor de Rancagua, el brigadier don Mariano Osorio. De importancia decisiva fué la designación en el cargo de jefe de estado mayor del joven Joaquín Primo de Rivera, inteligente, decidido e impetuoso, que permitió con su enérgica actitud la recuperación realista hasta Maipo.

En diciembre de 1817 llegaron a Santiago noticias de la expedición de Osorio. Esta vez, lejos de producir zozobra, los ánimos se levantaron, pues todos juzgaban que ello acercaba el fin de la guerra. El momento psicológico fué captado por San Martín en su célebre y oportuna proclama: "Tenemos que daros una agradable noticia. Nuestros enemigos los maturrangos preparaban una expedición con el objeto de visitarnos. Mucho tiempo hace que estamos

preparados sin hacer nada de provecho. ¡Amigos, vamos a tener otro Chacabuco!"

Con el objeto de concentrar fuerzas, O'Higgins se retiró al norte del Maule. San Martín había enviado a un espía, el sargento mayor Domingo Torres, a Lima, que le trajo no sólo informaciones verbales de toda naturaleza, sino una copia fidedigna del estado de las fuerzas del ejército de Osorio y un extracto de las instrucciones del virrey.

Mientras se reparaban febrilmente las baterías de Valparaíso (fig. 514) y se tomaban todas las medidas para prevenir cualquier eventualidad, la excitación de las circunstancias puso de relieve la anomalía de no haberse declarado aún la independencia. Con arreglo a las ideas de la época, para ello se creía imprescindible la convocatoria de un Congreso pleno. Mas las condiciones por supuesto no lo permitían, razón por la cual O'Higgins ordenó la apertura de registros para que los ciudadanos emitieran sus votos. La inminencia de la llegada de Osorio presionó aun más los ánimos, y el director supremo encargó perentoriamente la redacción de un acta al ministro del interior, don Miguel Zañartu. Como éste no lograra el estilo lapidario solicitado por O'Higgins, se extendió el encargo a una comisión compuesta por don Miguel Zañartu, don Manuel de Salas y don Juan Egaña, a la que se podía agregar don Bernardo Vera y Pintado. O'Higgins prestó su aprobación al nuevo texto en Talca el 2 de febrero de 1818. Se le dió la falsa fecha de 1.º de enero y se trocó el lugar de la firma por el de Concepción. De su puño y letra añadió al pie del documento tres modificaciones. Pero el acta estaba ya impresa. * La ceremonia de la proclamación se hizo coincidir con el 12 de febrero, primer aniversario de la batalla de Chacabuco (fig. 515). Se proclama la independencia

Al cambio de la banda amarilla por otra roja en la bandera había seguido el de su diseño, según un proyecto dibujado por el ministro de la guerra, don José Ignacio Zenteno. Fué, por tanto, la bandera con los colores de la actual la que presidió la jura de la independencia. **

Osorio iba a encontrar en Concepción el mismo ambiente favorable que en 1814. No obstante, hubiera deseado recibir nuevos refuerzos del Perú antes de iniciar la campaña. Necesitaba para equiparar fuerzas tres o cuatro mil sol- Patriotas y realistas acortan distancia.

* Después de un preámbulo en que se hace constar que sólo la violencia había mantenido la sumisión a España, el director supremo decía: "Hemos tenido a bien, en ejercicio del poder extraordinario con que para este caso particular nos han autorizado los pueblos, declarar solemnemente, a nombre de ellos, en presencia del Altísimo, y hacer saber a la

gran confederación del género humano, que el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes forman de hecho y por derecho un estado libre, y quedan para siempre separados de la monarquía de España, con plena aptitud de adoptar la forma de gobierno que más convenga a sus intereses.

** Blanchard Chessi.

RELACION

DE LA

GRAN FIESTA CIVICA

CELEBRADA EN CHILE EL 12 DE FEBRERO

DE 1818.



LA DEDICA

A LOS PATRIOTAS CHILENOS

Que por su amor á la libertad de la Patria han sido
victimas del furor español, desde la jornada
de Rancagua hasta la batalla de
Chacabuco.

B. N

SANTIAGO DE CHILE: IMPRENTA DEL ESTADO: POR LOS CIUDA-
DANOS XARA, Y MOLINARE.

FIG. 515.—FOLLETO IMPRESO CON LA DESCRIPCION DE LA FIESTA PARA CELEBRAR LA EFEMÉRIDES DOBLE. (Biblioteca Nacional.)

te, el último para conservar su línea de retirada y el primero para cortársela. El jefe realista ocupó Talca sin hallar resistencia.

dados criollos más. Pero como no era posible satisfacer sus peticiones, resolvió abrirla a fines de enero con los 4.600 hombres que completaban los efectivos traídos de Lima y las fuerzas de Ordóñez atrincheradas en Talcahuano.

El 18 de febrero llegó San Martín a Talca. Aun no se tenían noticias ciertas del avance de Osorio. El día 24 se supo que el ejército realista se hallaba en Linares. Los patriotas resolvieron ceder terreno, luego de un amago de resistencia. En la tarde del 1.º de marzo las avanzadas de Morgado ocupaban Talca.

Luego de varias escaramuzas de tanteo, ambos ejércitos emprendieron una carrera paralela. El de San Martín marchaba por el camino de Tres Montes, que corre al poniente, y el de Osorio por el de Pelarco, que discurre al orien-

XIV

Cancha Rayada y Maipo *. El cadalso de Mendoza. Asesinato de Manuel Rodríguez. La escuadra.

LA precipitada marcha del ejército realista provocó el desconcierto absoluto en el cuartel general. Ordóñez, Primo de Rivera y Barañao habían obligado a Osorio a realizar un avance temerario sin conocer las fuerzas enemigas y, después de pasar el Maule, creían tener enfrente no menos de 9.000 hombres. Franquear de nuevo el río era imposible, y acuartelarse en Talca, sin víveres ni municiones, equivalía al suicidio. En el fondo, toda la campaña realista en la última fase de la guerra de la independencia tiene mucho de tan desesperada y violenta determinación.

Ante la carencia de soluciones, se pensó en la más extrema, cual era la de atacar al enemigo por sorpresa, de inmediato. Eran las 8 de la noche del 19 de marzo de 1818. La luna alumbraba débilmente. San Martín, informado por sus espías de los preparativos de ataque, supuso que éste se realizaría al aproximarse la madrugada, y decidió trasladar su ejército para situarlo entre la ciudad de Talca y el Lircay, sin que el enemigo advirtiera sus movimientos. En contra de lo que se ha afirmado sin cesar en la historia tradicional y pragmática, el ejército patriota estaba sobre aviso, en formación y con sus fusiles en las manos. ** Con las primeras acciones iniciaba su desarrollo lo que se ha dado en llamar la sorpresa de Cancha Rayada. Los artilleros patriotas, inexplicablemente, se fugaron antes de recibir la primera descarga, salvo los de un par de piezas mandadas por Miller. Los cuerpos de caballería estaban formados, pero huyeron unos, también, atropellando implementos, hospital y cuanto hallaron por delante, y otros permanecieron inactivos. "¿Quién podría presumir —dice el general Cruz, actor en la sorpresa— que los soldados vencedores de Chacabuco y que asaltaron con tanto denuedo las trincheras de Talcahuano fueran dispersos y derrotados casi sin recibir una bala del enemigo?" La confusión fué desde un comienzo tan grande que en un momento el único batallón firme en su puesto era el N.º 3 de Chile. Las divisiones de Primo de Rivera y de Ordóñez se desviaron de su objeto, a causa de la obscuridad. De súbito, las tropas de La Torre, tomándolos por patriotas, abrieron un vivísimo fuego, trabándose así un feroz

Cancha Rayada.
Desbarajuste más
que sorpresa

* Juzgamos ocioso insistir en la estéril disputa sobre el nombre de la batalla que consolidó la libertad de Chile. El señor

Encina y el autor de este resumen consideran intrascendente la polémica.

** Miller: "Memorias", XI, p. 256.

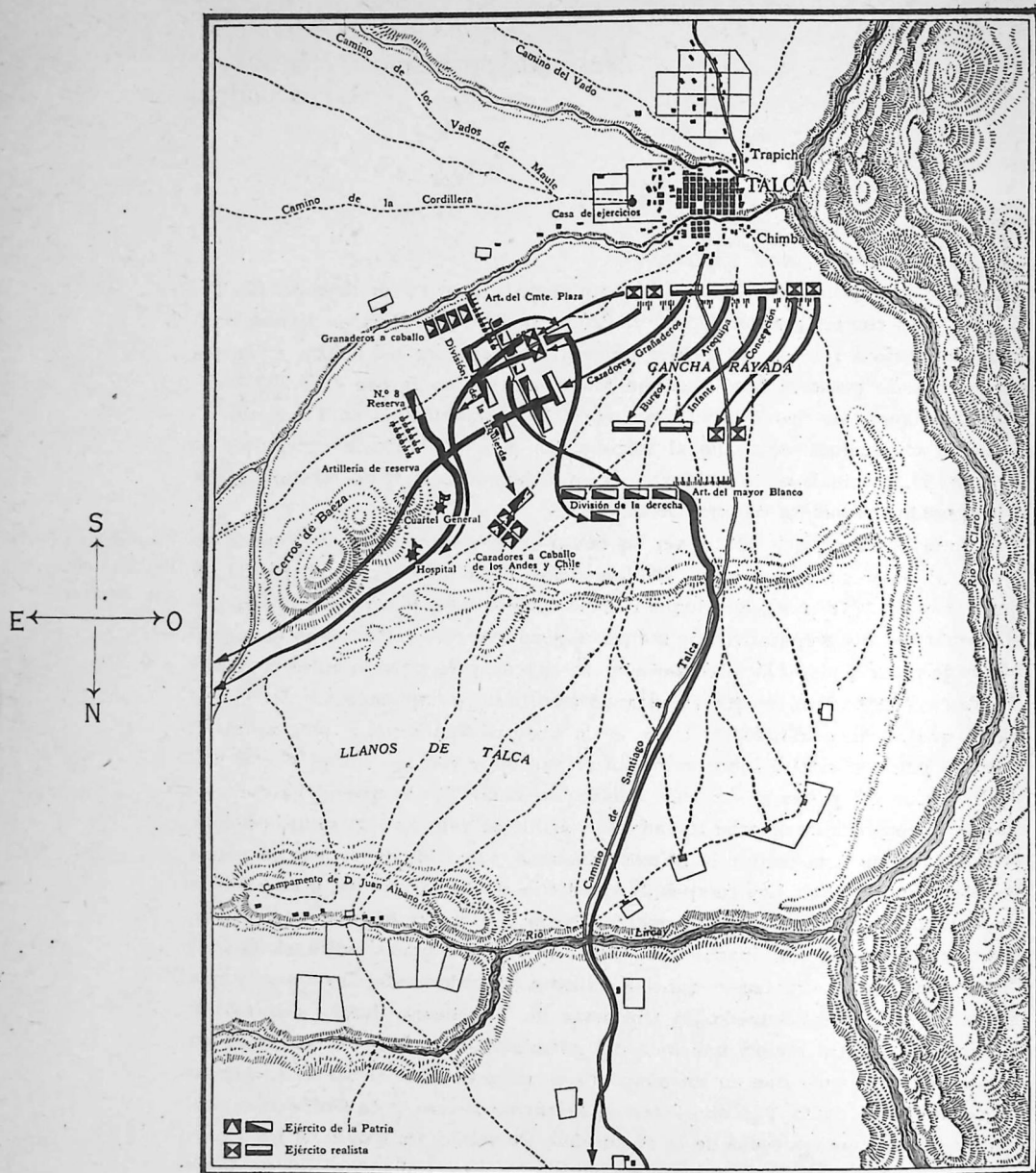


FIG. 515-A.—CROQUIS DEL COMBATE DE CANCHA RAYADA.

combate entre los propios realistas. La sorpresa había fracasado por completo. En medio del "desorden más grande que pueda imaginarse", O'Higgins, abandonado por sus soldados, recibió un tiro en el brazo. También los batallones patriotas se habían envuelto entre sí. Un indefinible estado psicológico de derrota hizo que éstos fueran perseguidos por los realistas hasta las orillas mismas del Lircay. Allí Ordóñez comenzó a reunir sus fuerzas dispersas. Los realistas habían perdido el 15 por ciento de sus efectivos. Las bajas patriotas fueron menores, pero los restos del ejército huían al norte en la más espantosa confusión. Las tropas estaban completamente desmoralizadas (fig. 515-A).

El médico que atendía a O'Higgins, pretendiendo calmar la impresión de la derrota, le decía que no estaba todo perdido, que aun en caso de nuevo contraste quedaba el recurso de la retirada a Mendoza. "Eso no —le replicó O'Higgins—. Mientras yo viva y haya un solo chileno que quiera seguirme, haré la guerra en Chile al enemigo. Basta con una emigración."

Las fuerzas realistas de La Torre habían pasado en su marcha casi rozando las de Las Heras. El jefe patriota, que contaba con 3.500 infantes y 10 cañones, apenas tenía 10 cartuchos por soldado, de suerte que optó por retirarse al norte para evitar que cayera sobre sus fuerzas la totalidad del ejército realista.

Al amanecer del día 21 llegaba a Santiago un pequeño grupo de derrotistas, capitaneado por Monteagudo. Traía la impresión de que el desastre de Cancha Rayada era fatal para la República, y después de contaminar con su terror a toda la población, siguió la huida y no paró hasta llegar a Mendoza. El ambiente en Santiago era desolador. Muchos patriotas iniciaron sus preparativos para cruzar de nuevo la cordillera, y algunos se pusieron en camino llevándose la plata labrada y los objetos más valiosos.

Los derrotados
en Santiago

Por fortuna, el director delegado, don Luis de la Cruz, era hombre de arrestos, y hábilmente secundado por el ministro Zañartu, adoptó con gran rapidez las únicas medidas factibles: reunir caballos, concentrar en Santiago las milicias y acumular todos los elementos necesarios para armar y reemplazar las bajas, que se suponían muy numerosas. Con la noticia del desastre se había extendido con rapidez vertiginosa la de la muerte de San Martín. Forzoso es reconocer que muchos carrerinos vieron en el supuesto contraste la aurora de felices augurios. La relativa acefalía y lo precipitado de las circunstancias erigieron en jefe de la inevitable revuelta a Manuel Rodríguez, que había aprovechado la candorosa buena fe de Cruz para lograr el nombramiento de su edecán.

Con presteza fué convocada una asamblea del pueblo, con anuencia del director suplente, en el palacio de gobierno, a las 11 de la mañana del día 23 de marzo. Abierta la sesión, pronunció Manuel Rodríguez un discurso incendiario, en el que anunció a los asambleístas la muerte de O'Higgins y el abati-

Manuel Rodríguez,
dueño de
la situación



FIG. 516.—MANUEL RODRÍGUEZ. (Dibujo de Desmadryl.)



FIG. 517.—ROL DE UN SOLDADO DE LA COMPAÑÍA DE MANUEL RODRÍGUEZ. (Museo Histórico Nacional.)

miento y desesperación de San Martín, camino de Mendoza. Brayer y Cramer, complicados en la intriga, corroboraron lo dicho por Rodríguez. El Cabildo abierto tenía tanta o más autoridad que la asamblea electora de O'Higgins. Mas como el lenguaje reposado del coronel Joaquín Prieto, jefe de la artillería, defendiera la legalidad y existencia de don Bernardo, Manuel Rodríguez transó en que "las facultades del supremo director propietario se entiendan indivisiblemente delegadas en los ciudadanos coronel Luis de la Cruz y teniente coronel don Manuel Rodríguez" (figs. 516 y 517).

Aquella misma tarde organizó el flamante director adjunto el escuadrón de caballería de Húsares de la Muerte, con la divisa de una calavera de paño blanco sobre fondo negro, que se nutría exclusivamente de carrerinos.

Las deprimentes noticias sobre el estado de anarquía que estaba viviendo Santiago llegaron a conocimiento de O'Higgins, en San Fernando, el día 22. Pese a la gravedad de su herida y desoyendo las recomendaciones del médico, galopó toda la noche para amanecer en Rancagua. A las 3 de la madrugada del 24, con el brazo en cabestrillo y después de haber soportado los dolores de una marcha frenética en condiciones inhumanas, llegaba el director supremo a Santiago. El repique de las campanas y una salva de cañonazos anunciaban a los

O'Higgins en
Santiago

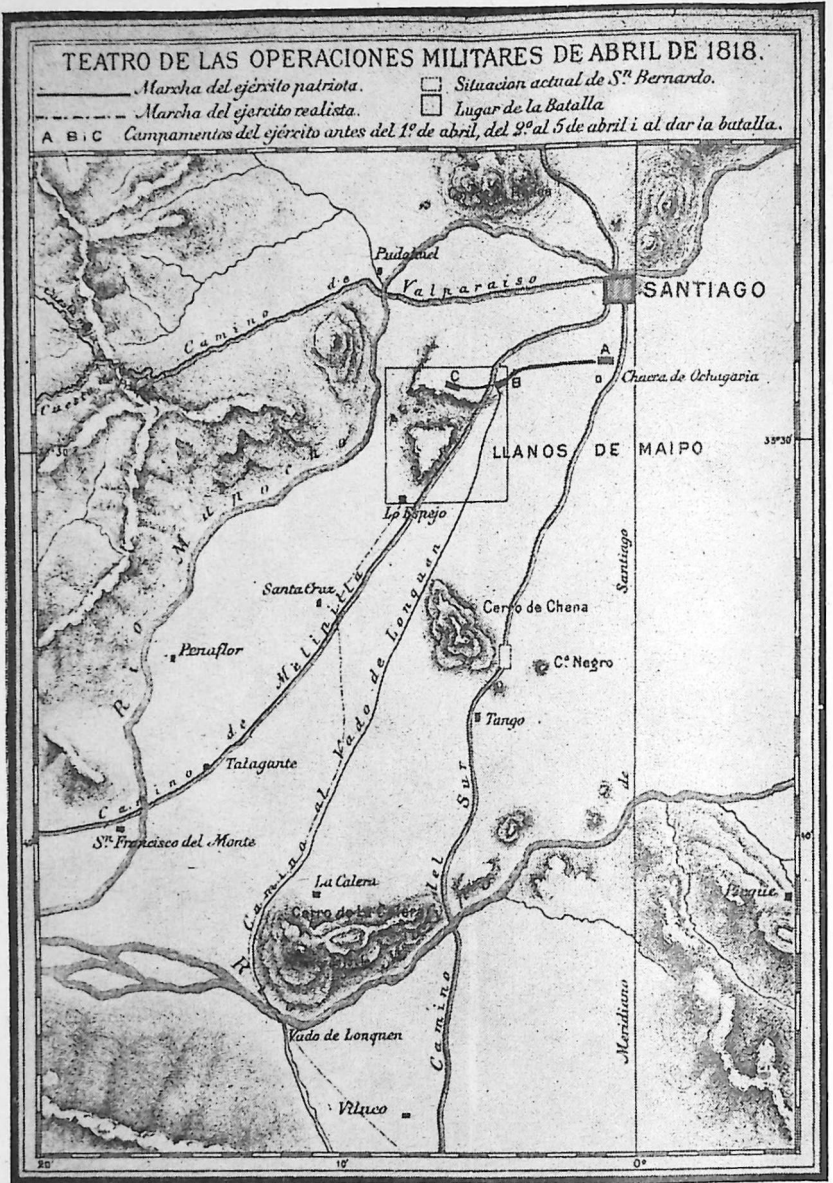


FIG. 518.—LA MARCHA PARALELA DE LOS EJÉRCITOS PATRIOTA Y REALISTA. SALA BARRROS ARANA. (Biblioteca Nacional.)

atribulados santiaguinos su presencia. A las doce se reunían las corporaciones en palacio. Bastó que el director supremo se pusiera de pie, con su brazo herido y el semblante estragado por la fatiga y la pérdida de sangre, para que a la cordía moral precedente sucediera una vigorosa reacción de coraje y optimismo que estalló en frenéticos aplausos. Con voz reposada relató lo ocurrido en Cancha Rayada y dió cuenta de las fuerzas patriotas salvadas. Pronto se uniformaron y disciplinaron 2.000 soldados más. La independencia había quedado sellada antes de la batalla de Maipo. El 2 de abril de 1818, el ejército patriota constaba de unos 5.500 hombres.

Luego de un avance sin resistencia apreciable, el ejército realista acampaba, el 1.º del mismo mes, en las casas de la hacienda de Hospital, y el 3 lo hacía en las de la hacienda de La Calera (fig. 518). Las tropas estaban ahora equilibradas, pues la mayor eficacia de los veteranos del Burgos y del Infante, que Osorio había traído de Lima, estaba compensada por los mil hombres que le llevaba San Martín de ventaja. La pelea iba a decidir la moral de los combatientes.

Osorio llega a Hospital

Las angustias de los santiaguinos llegaban a su clímax. Los escasos transeúntes nocturnos oían sobrecogidos el murmullo de las plegarias que desde los hogares subían al cielo, rogando por el hermano, el marido, el padre o el novio que había partido al campo de batalla.

Los ejércitos rivales estaban separados apenas por unos siete kilómetros. Morgado y Ordóñez querían trabar combate cuanto antes. Se pensó en la retirada realista a Valparaíso. En medio de un completo desconcierto y ausencia de mando, se ordenó la marcha oblicua. Ordóñez iba resuelto a atacar. Osorio pretendía deslizarse por el flanco patriota, si la inoperancia de San Martín se lo permitía. Este, desconcertado ante la marcha del enemigo, se disfrazó de campesino y se acercó a las columnas realistas. Desde 500 metros pudo observar el desfile a tambor batiente y banderas desplegadas. "¡Qué brutos son estos godos! —exclamó—. Osorio es más torpe de lo que yo pensaba." Y volviéndose hacia O'Brien y demás acompañantes, les añadió: "¡El triunfo de este día es nuestro! El sol por testigo".

A las 10 de la mañana el ejército patriota salvó el kilómetro y medio que lo distanciaba del realista y se tendió en batalla sobre el borde sur de una loma, de unos seis metros de alto, que corre de oriente a poniente, con la división de Las Heras a la derecha, la de Alvarado a la izquierda y la de Quintana a retaguardia. Los granaderos quedaron en la extrema derecha y los cazadores a la izquierda. La artillería de campaña se situó en el centro y la volante en las alas. El movimiento del ejército patriota obligaba a Osorio a presentar batalla. Ante lo ya inevitable, sacó al terreno el mejor partido que pudo.

La batalla de Maipo

Los dos ejércitos quedaban separados por el bajo u hondonada que media



FIG. 519.—LA BATALLA DE MAIPO. ÓLEO DE RUGENDÁS. (Museo Histórico Nacional.)

entre dos cordones de lomas, de una anchura aproximada de cuatrocientos metros en su extremo este y unos mil en el poniente. Ambas posiciones eran magníficas desde el punto de vista defensivo. El atacante debía atravesar un bajo de más de quinientos metros a pecho descubierto, soportando el fuego de los cañones y de la fusilería, y repechar, en seguida, la loma donde estaba apostado el contrario. Ambos ejércitos permanecían en sus posiciones, esperando el asalto del enemigo. “Ni una nube —dice Haigh— empañaba el azul diáfano del cielo; la brisa esparcía el exquisito perfume de los naranjos; se respiraba en el ambiente la dulzura del clima de Chile en esta época del año. El próximo tronar de los cañones y el choque de los ejércitos ya listos para embestirse se nos presentaban como un sacrilegio, que venía a turbar la sonriente placidez de la naturaleza...”

Luego de media hora de incesante cañoneo, San Martín comprendió que sus efectos eran prácticamente nulos, y dió orden de atacar con las dos divisiones. La embestida general corrió distinta suerte en las dos alas. Las Heras lanzó sus columnas de infantería contra el mamelón defendido por Primo de Rivera, que formaba el extremo del ala izquierda realista, mientras Blanco Encalada la batía por elevación con sus cañones. El coronel Morgado defendía el bajo de 300 metros que separaba el mamelón de la meseta triangular en que estaba



FIG. 520.—LA BATALLA DE MAIPO. ÓLEO DE FERNÁNDEZ VILLANUEVA.

situado el grueso del ejército realista. Recibida orden de cargar con los Dragones de la Frontera, fué obligado a volver cara por dos escuadrones de granaderos, y, al replegarse, sufrieron nuevas bajas causadas por la infantería realista. Los dos escuadrones patriotas se vieron forzados a retroceder, a su vez, rechazados por las fuerzas de Primo de Rivera. Mas se rehicieron rápidamente y, apoyados por la infantería de Las Heras, ocuparon el mencionado bajo cortando el ala izquierda realista del centro y del ala derecha (figs. 519 a 521).

Mientras tanto, Alvarado, salvando la escasa distancia que en la parte del ala derecha realista separaba a ambos ejércitos, rebasó el flanco derecho de Ordóñez. Se trabó un furioso combate, en el que el jefe realista derrotó completamente al N.º 8 de los Andes y al N.º 2 de Chile. Las Heras, al percatarse de ello, había destacado el batallón de Infantes de la Patria, también rechazado poco antes. Por un momento creyóse asegurada la victoria realista. Mas las reservas de Osorio estaban agotadas y las de San Martín intactas.

Cuando la incertidumbre era mayor, se oyó en la retaguardia patriota el toque de carga. San Martín había ordenado el ataque a la reserva mandada por Quintana. Los batallones 7 de los Andes y 1 y 3 de Chile entraron en fuego. Los cazadores de Freire y de Bueras cargaron, al mismo tiempo, sobre la caballería enemiga, que se había situado en el flanco derecho realista. Bueras cayó, atravesado el pecho por una bala (fig. 522), mas Freire aventó materialmente a los escuadrones enemigos. La infantería del centro y del ala derecha realista, congestionada en un cada vez más reducido espacio, sin artillería ni

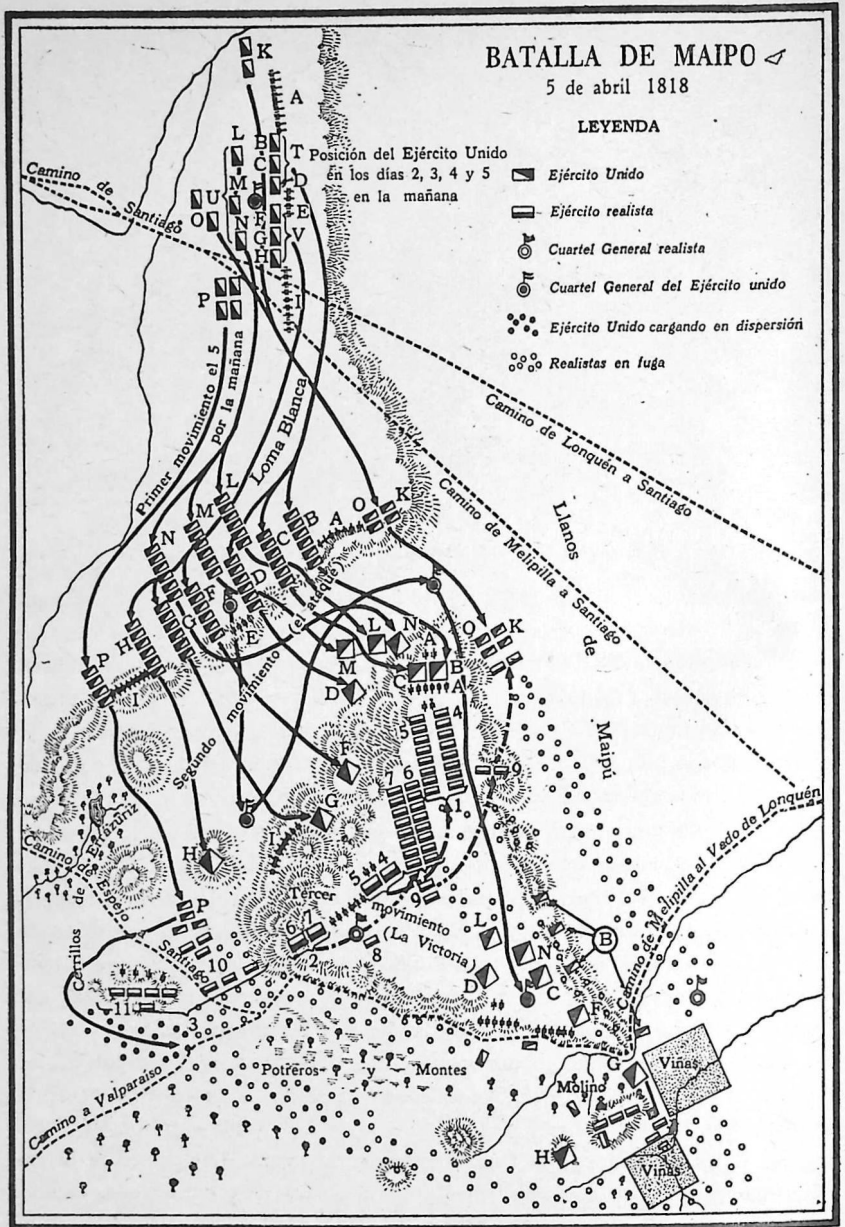


FIG. 521.—CROQUIS DE LA BATALLA DE MAIPO. (Vid. en la pág. 665 las explicaciones.)

caballería, quedaba rodeada por los batallones patriotas. La batalla estaba decidida. Pero el Burgos se negaba a rendirse. Sus soldados, al grito de "¡Aquí está el Burgos! ¡Dieciocho batallas ganadas, ninguna perdida!", desplegaron al viento su bandera. Los demás cuerpos siguieron el ejemplo y se trabó, casi a quemarropa, un combate demoníaco. San Martín supo decir del momento: "Con dificultad se ha visto un ataque más bravo, más rápido y más sostenido, y jamás se vió una resistencia más vigorosa, más firme y más tenaz". Soldados de uno y otro bando se fusilaban a mansalva.

EJERCITO PATRIOTA

- | | |
|--|--|
| T. División mandada por Alvarado. | H. Batallón N.º 11 (arg.), mandado por Las Heras. |
| V. División mandada por Las Heras. | I. Artillería chilena, mandada por Blanco Encalada (8 piezas). |
| U. División de reserva, mandada por H. de la Quintana. | K. Escuadrones de Lanceros de Chile y Escolta de O'Higgins, mandados por Freire. |
| A. Artillería chilena, mandada por Borgoño (9 piezas). | L. Batallón N.º 3 de Chile, mandado por Ag. López. |
| B. Batallón N.º 11 de Cazadores de los Andes (arg.), mandado por Alvarado. | M. Batallón N.º 1 de Chile, mandado por F. de D. Rivera. |
| C. Batallón N.º 8 de los Andes (arg.), mandado por Enrique Martínez. | N. Batallón N.º 7 de los Andes (arg.), mandado por Conde. |
| D. Batallón N.º 2 de Chile, mandado por J. B. Cáceres. | O. Escuadrones de Cazadores de los Andes (arg.) y Escolta de San Martín, mandados por Freire, en ausencia de su jefe, M. Necochea, y por Bueras. |
| E. Artillería de los Andes (arg.), mandada por P. R. de la Plaza (4 piezas gruesas). | P. Escuadrones de Granaderos a Caballo (arg.), mandados por Zapiola. |
| F. Batallón Infantes de la Patria (chil.), mandado por J. A. Bustamante. | |
| G. Batallón Cazadores de Coquimbo (chil.), mandado por Isaac Thompson. | |

EJERCITO REALISTA

- | | |
|---|--|
| 1. División de la derecha, mandada por Ordóñez. | 6. Batallón Arequipa. |
| 2. División del centro, mandada por Morla. | 7. Batallón Burgos. |
| 3. División de la izquierda, mandada por Morgado. | 8. Reserva de Granaderos. |
| 4. Batallón Infante Don Carlos. | 9. Escuadrones de Lanceros del Rey. |
| 5. Batallón Concepción. | 10. Escuadrones de Dragones de la Frontera. |
| | 11. Compañía de Cazadores con Reserva de Granaderos. |



FIG. 522.—LA CARGA DE BUERAS. (Dibujo de Cocke, Colección Negativos, Museo Histórico Nacional.)



G. 523.—LLEGADA DE O'HIGGINS AL CAMPO DE BATALLA. (Reproducción Archivo Zig-Zag.)

Viéndolo todo perdido, Osorio se retiró a galope del campo de batalla con los restos de la caballería. Ordóñez se hizo cargo del mando, y, como ya no podía sostenerse en la loma, se replegó en perfecto orden hacia las casas de Espejo. La caballería patriota los perseguía acuchillándolos impunemente. Así llegaron juntos a este pueblo. "El camino quedó sembrado de cadáveres, los realistas iban dejando una estela de muertos, de heridos y de sangre, pero sus columnas no se desorganizaban." La misma pluma que describía tan a lo vivo las vicisitudes de la cruel e inhumana batalla lapidó en un parte histórico el desenlace final: "Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño resto huye. Nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. La patria es libre. Dios guarde a V. E. muchos años.— San Martín" (fig. 524).

Cuando las últimas tropas realistas se replegaban, llegó O'Higgins al campo de batalla al frente de unos mil milicianos. Echándole el brazo izquierdo al cuello, gritó a San Martín: "¡Gloria al salvador de Chile!", y el vencedor le respondió: "General, Chile no olvidará jamás el nombre del ilustre inválido que en el día de hoy se presentó al campo de batalla en ese estado" (fig. 523).



FIG. 522.—LA CARGA DE BUERAS. (Dibujo de Cocke, Colección Negativos, Museo Histórico Nacional.)



FIG. 523.—LLEGADA DE O'HIGGINS AL CAMPO DE BATALLA. (Reproducción Archivo Zig-Zag.)

Viéndolo todo perdido, Osorio se retiró a galope del campo de batalla con los restos de la caballería. Ordóñez se hizo cargo del mando, y, como ya no podía sostenerse en la loma, se replegó en perfecto orden hacia las casas de Espejo. La caballería patriota los perseguía acuchillándolos impunemente. Así llegaron juntos a este pueblo. "El camino quedó sembrado de cadáveres, los realistas iban dejando una estela de muertos, de heridos y de sangre, pero sus columnas no se desorganizaban." La misma pluma que describía tan a lo vivo las vicisitudes de la cruel e inhumana batalla lapidó en un parte histórico el desenlace final: "Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño resto hu-ye. Nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. La patria es libre. Dios guarde a V. E. muchos años.— San Martín" (fig. 524).

Cuando las últimas tropas realistas se replegaban, llegó O'Higgins al campo de batalla al frente de unos mil milicianos. Echándole el brazo izquierdo al cuello, gritó a San Martín: "¡Gloria al salvador de Chile!", y el vencedor le respondió: "General, Chile no olvidará jamás el nombre del ilustre inválido que en el día de hoy se presentó al campo de batalla en ese estado" (fig. 523).

Acabamos de ganar completam^{te} la
 accion. Un prudente reino hugo precep-
tadam^{te}. hora avalla led perrique hansa
conduerto La Patria e libre

Dios que a V. M. a R
 L. E. g. r. a. l. en el campo de Batalla en
lo de Exepo 5 de Febril de 1813
 M. S. A. U. T. A. N. I.

Director Sup.

del
 de

Poco después tenía lugar en Espejo un epílogo dantesco de la feroz jornada. La infantería patriota cargó con ímpetu ciego. Se peleaba en los corredores, en los patios, en los aposentos. Nadie daba cuartel. Al fin, Las Heras consiguió imponerse y frenar la matanza. Los milicianos y los huasos que llegaron con O'Higgins, con sus caballos de refresco, cazaban a los fugitivos a lazo. Colofón trágico

De los 4.500 realistas que habían entrado en el combate, quedaron en el campo 1.500 muertos; 2.289 fueron hechos prisioneros, los más heridos. Sólo unos 700 lograron retirarse en orden, pero las constantes desertiones redujeron su número a 90. Entre los prisioneros se contaban el general Ordóñez, los coroneles Beza, Morgado y Primo de Rivera y cinco comandantes más. El ejército patriota había triunfado, dejando en el campo ¡el 35% de sus efectivos! El coronel Bueras había pagado con la vida el arrojado de su primera embestida.

Dos notas dramáticas pusieron fin a la jornada. Grupos de huasos, que durante toda la tarde habían observado la batalla, fuera del alcance de las balas, se precipitaron sobre la masa informe de cuerpos sanguinolentos, como bandada de aves de rapiña, y despojaron de sus ropas a muertos y heridos. En contraste con tan horrible espectáculo, la caridad de la mujer chilena comenzó su abnegado y silencioso trabajo. No había casa en Santiago donde no se atendieran y mitigaran los sufrimientos de los heridos.

El desastre de Cancha Rayada había tenido un epílogo trágico que iba a repercutir profundamente en el suceder histórico de 1818 a 1830: el fusilamiento de los hermanos Carrera y el asesinato de Manuel Rodríguez. El cadalso de Mendoza

Convencido de que don José Miguel nada podía esperar de sus gestiones, doña Javiera Carrera urdió la fuga de sus hermanos, con sigilo y precauciones minuciosas. No obstante, se produjo la delación, y el complot fué descubierto.

Don Luis, que se mantuvo al margen del plan ideado para adueñarse del gobierno de Mendoza, asumió una actitud de romance al exigir la responsabilidad exclusiva para su persona, a cambio de la moderación en la pena de los otros acusados. El representante de la autoridad, Luzurriaga, que nunca recibiera instrucciones de fusilar a los conjurados, había decidido mantenerlos en prisión con doble guardia. Pero la fatalidad, encarnada en un personaje siniestro, hacía ineludible el sangriento desenlace.

Acababa de llegar, como es sabido, a Mendoza el doctor don Bernardo Monteagudo, fugitivo de Cancha Rayada. El fogoso revolucionario de la juventud se había trocado en la madurez en no menos violento partidario de la fuerza, centrada en un concepto absolutamente monárquico del gobierno. Ante las alarmantes noticias que llegaban de Chile, el Cabildo, por solicitud del procurador de ciudad, pedía el 6 de abril la cabeza de los Carrera, invocando la salvación pública. Luzurriaga, presionado por los violentos, nombró una comisión compuesta por tres letrados: don Juan de la Cruz Vargas, don Miguel José Caliglia-



FIG. 525.—DOÑA ANA MARÍA COTAÑOS.
(Colección Negativos, Museo Histórico
Nacional.)

na y el doctor Bernardo Monteagudo. El último no tenía ningún motivo de agravio hacia los Carrera; mas, suponiendo que las medidas extremas lo congraciarian con San Martín y O'Higgins, redactó el informe sosteniendo la tesis de que Luzurriaga estaba en la obligación de fallar inmediatamente, sin consulta a Buenos Aires ni a Santiago. En el momento de firmar, Vargas se excusó, mas Monteagudo y Caligliana votaron por la pena de muerte. Luzurriaga recibió el informe a las dos y media de la tarde del 8 de abril. Mandó tenerla por sentencia y proceder al ajusticiamiento a las 5 de la misma tarde.

Cuando ambos hermanos fueron informados de la sentencia y del plazo para su cumplimiento, estallaron en sobrecogedora depresión. Don Luis se negó a confesarse, a menos que se le concediera plazo para arreglar sus asuntos. Al saber la negativa, dictó algunas dis-

posiciones testamentarias y cayó en una nueva crisis de furor. "Recorría el calabozo —dice el padre Lamas— como si sus pies no hubieran estado oprimidos con pesados grillos." El relajamiento de la tensión lo hizo caer en una especie de sopor. Recibió la absolución y desde ese momento recobró una serenidad ultraterrena.

Mas don Juan José, presa de furia incontenible, insultaba a los sacerdotes. Al que le presentó el crucifijo le espetó: "Padre, ése no es Dios en imagen". Agotados todos los recursos, lo sacaron del calabozo sin confesión. Una enorme muchedumbre, ahora apiadada de las víctimas, llenaba la plaza. Las campanas de la iglesia rompieron el toque de agonía. En el banquillo se renovó la crisis de don Juan José, que prorrumpió en imprecaciones entremezcladas con súplicas y quejas. De pronto, se puso en pie y abrazó estrechamente a su hermano. Al separarse solicitó confesión. Una vez absuelto, los dos reos se sentaron en los banquillos, ya desasidos de la vida. Don Luis murió de inmediato. En cambio, como si en su rebeldía ante la muerte el cuerpo quisiera aferrarse en un



FIG. 526.—ALEGORÍA A LA MUERTE DE LOS CARRERA. (Cuadro compuesto con cabellos de los tres hermanos.) (Colección Negativos, Museo Histórico Nacional.)

supremo esfuerzo al espíritu, fueron necesarios varios disparos para que don Juan José exhalara el último suspiro. *

Eran las siete de la tarde. Cuatro horas después llegaba a Mendoza el parte de la victoriosa jornada de Maipo. La burla del destino

Pero la cruel burla de la fatalidad no había concluído. Al día siguiente de la ejecución, el supremo director de las Provincias Unidas ordenaba a Luzurriaga que mantuviera el proceso en espera de sus instrucciones, y dos días después, doña Ana María Cotapos (fig. 525), esposa de don Juan José, en el clima de euforia producido por Maipo, obtenía de San Martín una carta para O'Higgins, que decía: "Si los cortos servicios que tengo rendidos a Chile merecen alguna consideración, los interpongo para suplicar se sobresea en la causa que se sigue a los señores Carrera". Y, en el mismo tenor, O'Higgins escribía poco después a Luzurriaga: "...este gobierno suplica a V. S. que en favor del citado (San Martín), por lo respectivo al delito perpetrado contra la seguridad

* Cf./ relación del padre José Benito Lamas, "Revista Chilena de Historia y Geografía", Tomo XL, página 79. El autor ha desestimado las versiones de Pérez Ro-

sales, entonces niño de 10 años, y de Vicuña Mackenna, que sólo tiene el valor de una hermosa fantasía.

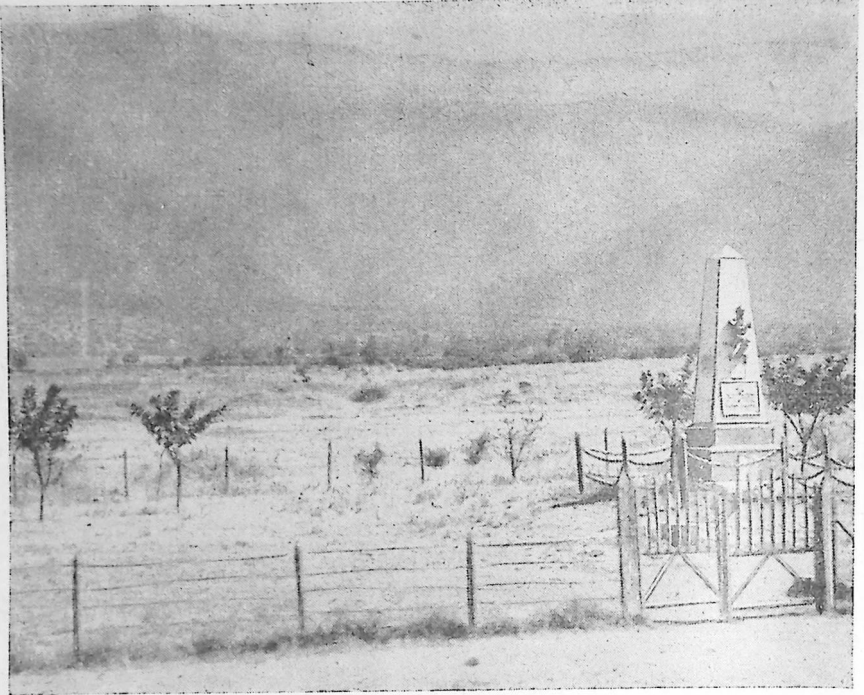


FIG. 527.—MONUMENTO A MANUEL RODRÍGUEZ, CERCA DE TILTIL. (Fotografía de L. C., 1953.)

de este estado, se aplique toda indulgencia, dando así a él como a su hermano aquel alivio conciliable con los progresos de nuestra causa augusta. . .”

Recrudescen
las conspiraciones

No es de extrañar que la llegada de la trágica noticia a Santiago exacerbara aun más los ánimos de los carrerinos. Con la exaltación de las primeras nuevas se preparó un golpe de Estado, ahora estimulado con el deseo de satisfacer la venganza en la persona de don Bernardo O’Higgins, a quien consideraban principal culpable de los fusilamientos.

El director supremo yacía postrado en cama. La ocasión no podía ser más propicia. Con un pretexto fútil, se hizo convocar el Cabildo para el día 16 de abril. Pronto la reunión tomó contornos de comicio abierto, en el que dominaban los organizadores, carrerinos decididos, con Manuel Rodríguez a la cabeza. Los acuerdos exigían la inmediata convocatoria de un Congreso Nacional; la incorporación, también inmediata, de don José Miguel Infante y de don José Gaspar Marín al gobierno, que debería adoptar la forma de Junta; el indulto general de los delitos políticos, etc.



FIG. 528.—INDIOS DE LA PAMPA, ALIADOS DE CARRERA EN LAS GUERRAS ARGENTINAS. (Dibujo de Earle, en la obra de María Graham.)

de su pueblo. La realidad objetiva y escueta señala que entonces no existía tal pueblo, en el concepto político moderno del término. Además, el valiente guerrillero era un ser aislado en el medio en que se desenvolvía. Apenas contaba con algunos amigos incondicionales de poco peso. Pero la razón que acentúa más su actitud personal es el hecho de que, como no pertenecía a la aristocracia dominante, tampoco estaba protegido por la Logia. San Martín había hecho increíbles esfuerzos por evitar su perdición. Mas diríase que si pocas veces un hombre ha intentado con más fuego salvar a un condenado, menos aún podrá encontrarse un condenado que se obstinara tanto en no dejarse salvar.

La supresión de Manuel Rodríguez estaba decidida por la Logia hacía mucho tiempo. El guerrillero había ofendido a casi todos sus miembros, apodándolos de asesinos, y éstos encargaron al más afectado, Bernardo Monteagudo, su eliminación, quien debería compartir la responsabilidad con el comandante Rudecindo Alvarado.

Para lograr un más sigiloso y disimulado modus operandi, se fingió una fuga del batallón de Cazadores de los Andes, que lo conducía, cerca de Tiltit (fig. 527). Probablemente, recibió a traición un balazo del teniente Navarro, encargado del piquete de custodia. Se procesó a este teniente, por fórmula, pero pronto fué enviado a servir en el ejército patriota del Alto Perú. Cuando años

Manuel Rodríguez reunió una turba multa, con la que se dirigió al palacio para presionar con el escándalo la aceptación de los acuerdos. Seguido de don Gabriel Valdivieso, penetró a caballo en el patio, azuzando a sus seguidores contra el director supremo. Los edecanos, sin encontrar ninguna resistencia, apresaron a los dos cabecillas y los enviaron presos al cuartel de San Pablo.

O'Higgins, indignado, especialmente por el momento en que se había decidido la revuelta, apostrofó a los instigadores y cómplices, y desterró a Mendoza, entre otros, al doctor Vera y Pintado.

La simbolización histórica ha creado El asesinato de Manuel Rodríguez a posteriori un héroe de novela en la arrogante y legendaria figura de Manuel Rodríguez. Se ha fantaseado a discreción acerca de la identidad del héroe.



FIG. 529.—PASO DE LA CORDILLERA POR LA "LADERA DE LA JAULA". (Dibujo inédito de Rugendas. Propiedad de la familia Icaza-Hederra, Talca.)

después fuera de nuevo sometido a proceso, confesó haber recibido directamente las órdenes de asesinato del coronel Alvarado y de Monteagudo. *

La figura de Manuel Rodríguez es, entre todas las de los prolegómenos de la patria, la que más hondo ha encarnado en el alma del pueblo chileno. Aunque halagó sus instintos, sin retroceder ante la licencia y el pillaje, su actuación fué tan breve y esporádica, y tan inerte el pueblo aun en materia política, que no se justifica el ascendente supuesto. Pero encarnó muchos de los rasgos simpáticos del alma chilena, especialmente el coraje, acompañado de la audacia, la astucia, la generosidad y el espíritu aventurero. La simbolización de estos ideales latentes ha creado a posteriori, en alas sobre todo del postrer martirio, un verdadero mito, tal vez el único que ya tiene valor secular.

La furiosa reacción de Carrera La precipitación de sucesos tan intensos y dramáticos exacerbó, como era de esperar y de temer, la iracundia lógica de don José Miguel. Todos los frenos

* Información de Miller a Vicuña Mackenna.



FIG. 530.—O'BRIEN. (Colección Negativos, Museo Histórico Nacional.)



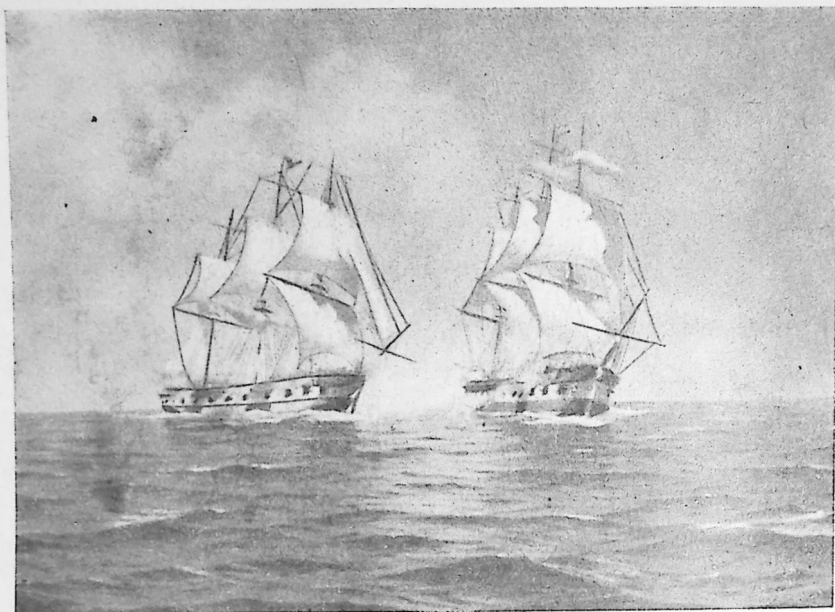
FIG. 531.—ZENTENO. (Dibujo de Desmadryl.)

y consideraciones fueron rotos por el furor. Desde que supo la consumación del fusilamiento de sus hermanos, no cupo en su cabeza otro propósito que el de vengarse. Tan humana reacción explica y justifica sus furibundas proclamas de Montevideo y sus depredatorias campañas en Argentina. San Martín acabó por comprender que no había avenimiento posible, que era necesario concluir con Carrera y los carrerinos, o desistir de la empresa libertadora. Fué entonces cuando asumió la responsabilidad moral de los patíbulo de Mendoza, actitud en que fué acompañado por O'Higgins, no obstante haber ambos demostrado con hechos y con palabras su absoluta ignorancia de las maquinaciones de Monteagudo.

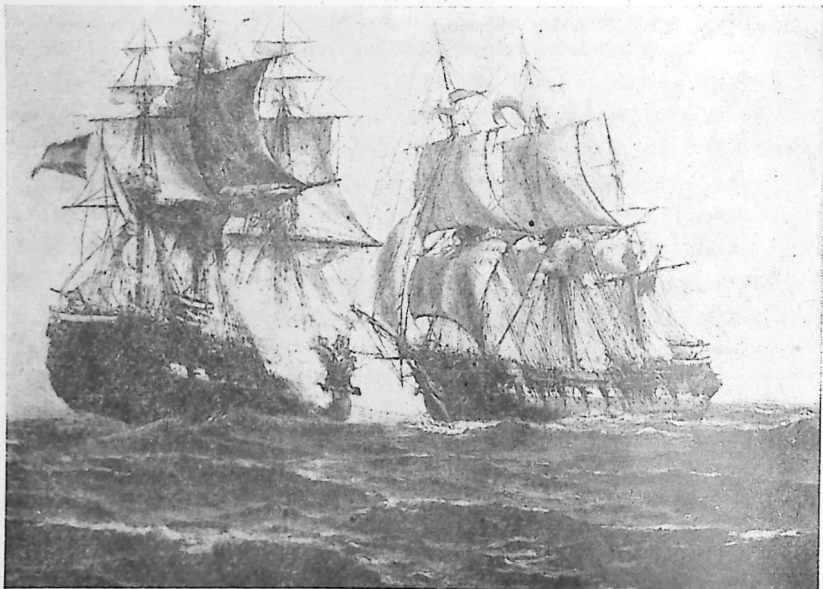
El pensamiento que don José Miguel dirigiera a su hermana el 31 de julio: "Voy a moverme, a vengarte y a vengarme", pronto se canalizó en una conjuración destinada a asesinar a San Martín y a O'Higgins. Las personas encargadas de la audaz tentativa fueron los franceses Lagresse, Dragumette y Parchappe. Una infidencia descubrió los planes a Pueyrredón. Juzgados por un tribunal militar, fueron Robert y Lagresse condenados a muerte. Ambos hicieron frente al fusilamiento con varonil entereza.

La conspiración de los tres franceses

Fracasada la tentativa de asesinato de San Martín, Carrera se erigió en mentor de la anarquía argentina, en cuyas fauces debía perecer, mas no sin antes sacudir las columnas del templo, aplastando entre sus escombros el prestigio



FIGS. 532 Y 533.—DOS VERSIONES DEL COMBATE ENTRE LA "LAUTARO" Y LA "ESMERALDA", SEGÚN GRODEMACHT (arriba, Club Naval de Valparaíso) Y SOMERSCALES (abajo, Museo Histórico Nacional).



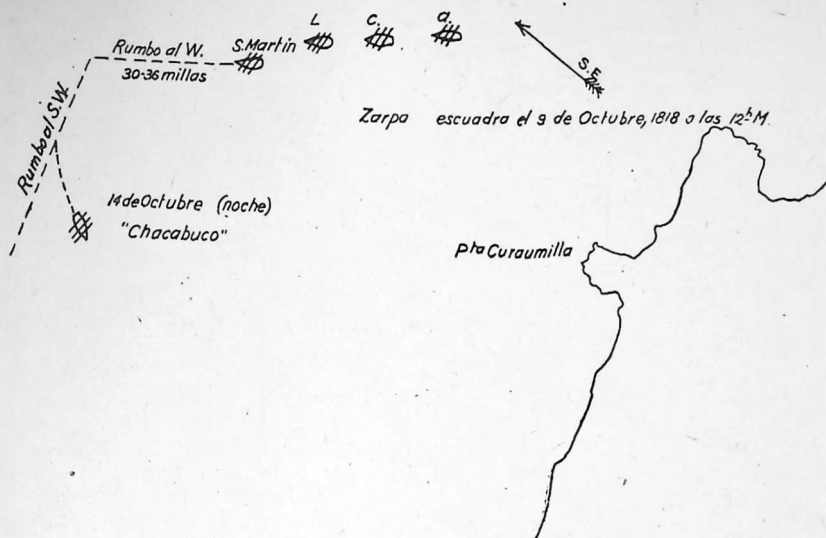


FIG. 534.—CROQUIS DEL ORDEN DE LAS NAVES EN LA PRIMERA SALIDA DE LA ESCUADRA NACIONAL.

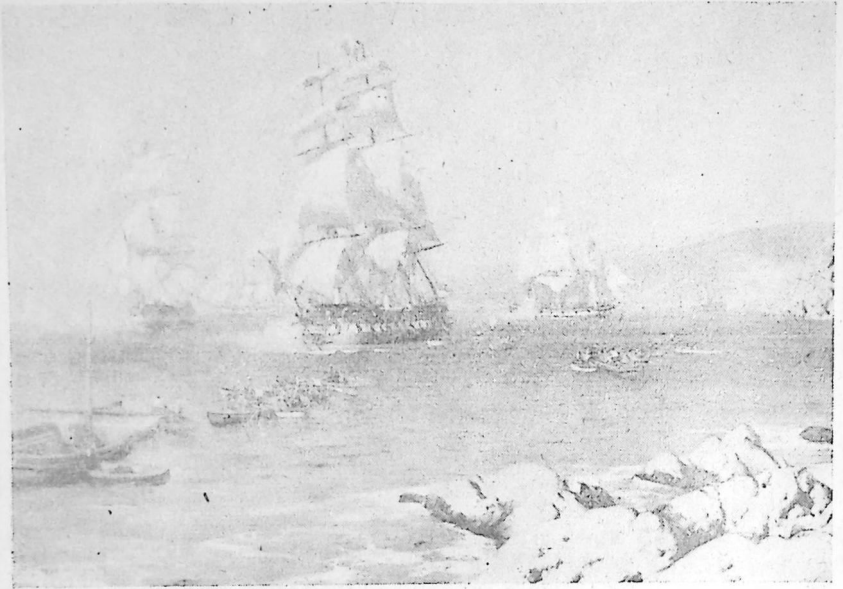
contemporáneo de San Martín y O'Higgins en cuanto libertadores y gobernantes (fig. 528).

Los soldados vencedores en Maipo, que habían combatido bravamente, pero no tenían la disciplina de los antiguos batallones del ejército de los Andes, se concedieron a sí mismos una suerte de licenciamiento, bien ganado, por cierto. De aquí que no fuera posible ocupar de inmediato la Intendencia de Concepción. Las escasas fuerzas reunidas por los realistas de nuevo en Talcahuano, apenas podían oponer resistencia a una campaña sistemática. Un consejo de guerra autorizó a Osorio para devolver las fuerzas que habían venido del Perú. De inmediato se ordenó demoler las fortificaciones realizadas por Ordóñez y clavar la artillería que no pudiera embarcarse. Y el 8 de septiembre se hizo a la vela, llevándose unos 700 soldados, 35 cañones y los elementos que habrían permitido a su sucesor mantener con éxito la campaña de guerrillas. Dejó al mando de las fuerzas criollas al coronel Juan Francisco Sánchez, con la consigna de retirarse al sur y sostener la guerra con el concurso del pueblo mapuche, si era atacado en Talcahuano.

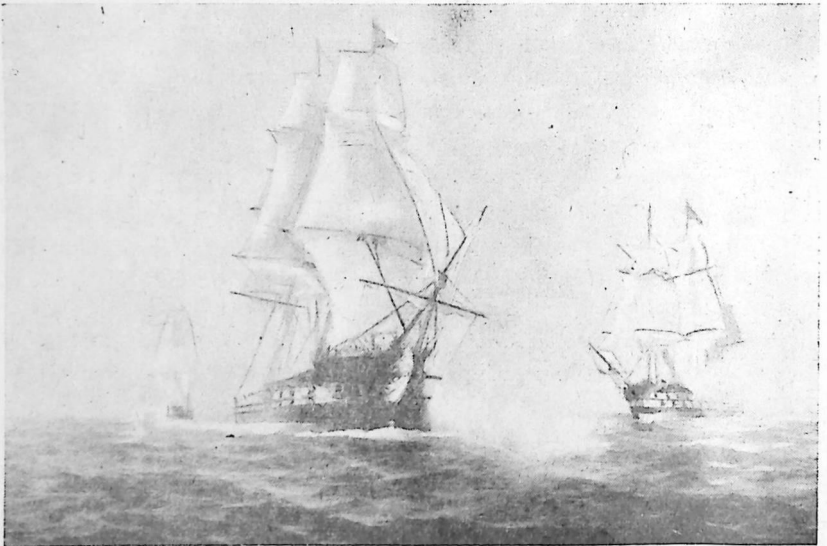
Mientras tanto, O'Higgins había reanudado sus tenaces esfuerzos para el logro de una escuadra que permitiera dominar el Pacífico. Es éste, sin duda, el mayor timbre de gloria que le corresponde. A raíz de Chacabuco había dicho: "Este triunfo y cien más se harán insignificantes si no dominamos el mar".

Los realistas
en el sur

O'Higgins
organiza
la escuadra



FIGS. 535 Y 536.—DOS VERSIONES DE LA PRIMERA SALIDA DE LA ESCUADRA, SEGÚN SOMERSCALES (arriba) Y SEGÚN CASANOVA Z. (abajo). (Club Naval de Valparaíso.)



El prodigio fué realizado, mancomunadamente, por la voluntad de O'Higgins y las aptitudes extraordinarias de Zenteno (fig. 531).

Poco antes de producirse la sorpresa de Cancha Rayada, había llegado a Valparaíso el navío inglés "Windham", de 800 toneladas y 34 cañones. O'Higgins, que nunca dudó del triunfo final, lo adquirió con \$ 180.000. Se confió el mando al ex teniente de la armada británica Guillermo O'Brien (fig. 530). Ingleses fueron también sus oficiales. La tripulación fué completada con 100 británicos más y 550 pescadores y lancheros de Valparaíso.

El 26 de abril, la "Lautaro", que con este nombre fué rebautizado el navío, levó anclas, dirigiéndose contra la fragata de guerra realista "Esmeralda" y el bergantín "Pezuela", que bloqueaban el puerto. Lanzados al abordaje, cayó O'Brien mortalmente herido. Un error de número, en la confusión del combate, permitió a la "Esmeralda" huir a Talcahuano, perseguida por la "Lautaro", que si bien no logró darle alcance, a su regreso apresaba al bergantín "San Miguel" (figs. 532 y 533).

El mismo año la escuadra aumentaba sus unidades. El 6 de julio se adquiría en \$ 36.000 la corbeta "Coquimbo", que recibió el nombre de "Chacabuco". Fué confiado su mando al distinguido oficial de artillería español comandante Francisco Díaz. Un mes después se compraba el bergantín "Columbus" en \$ 33.000, trocándose su nombre por el de "Araucano". Fué su primer comandante el teniente Raimundo Morris.

Alvarez Condarco había tratado en Londres la compra del "Cumberland", navío de 1.350 toneladas y 44 cañones. El director supremo logró bajar su precio a \$ 140.000. Recibió el nombre de "San Martín", y quedó en el mando el mismo comandante Wilkinson que lo había traído de Europa. El ministro Zañartu, por su parte, había adquirido en Buenos Aires el "Lucy", bergantín de

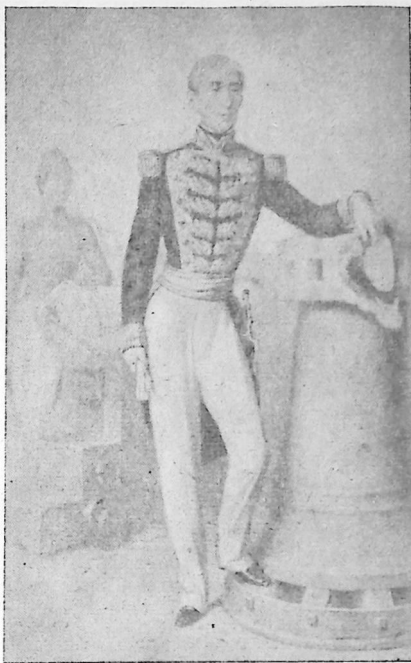


FIG. 537.—EL ALMIRANTE BLANCO. (Grabado en Londres, Museo Histórico Nacional.)

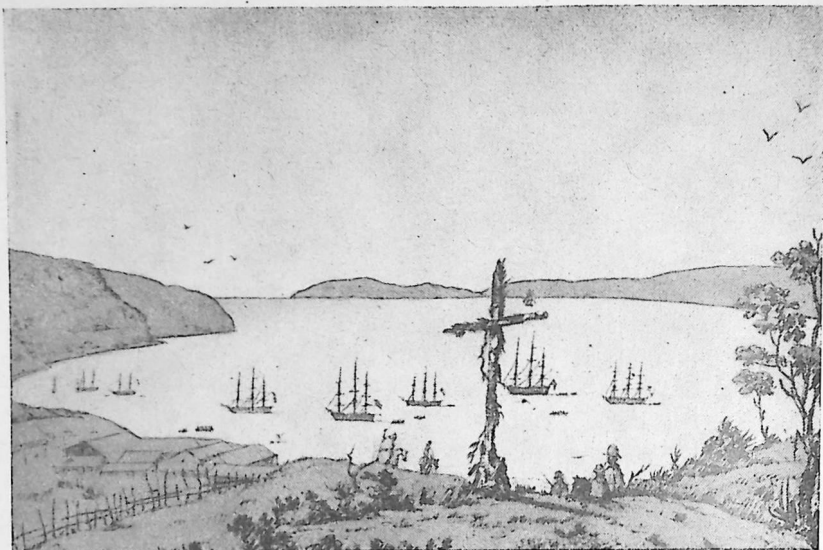


FIG. 538.—LA BAHÍA DE CONCEPCIÓN A COMIENZOS DEL SIGLO XIX. (Dibujo de Dampier. Archivo Nacional.)

380 toneladas, que en adelante se llamó "Galvarino"; y Pueyrredón enviaba a poco el bergantín "Intrépido", con 18 cañones.

Paralela a la compra de los buques, la organización de la escuadra había avanzado merced a los esfuerzos de Blanco Encalada, que en agosto de 1818 podía escribir al director supremo: "La escuadra está lista, socorrida, aparejada, envergada, con aguada para seis meses adentro. No falta más que echarle víveres, gente y algunos cañones y largarla a la mar. Su fuerza es tal, que puede hacerse dueña del Pacífico y frustrar toda expedición ulterior de España".

En un momento de fugaz respiro interior, había Fernando VII dispuesto el envío de una fuerza de 2.000 soldados a Chile, que partían de Cádiz el 21 de mayo de 1818 en 11 transportes convoyados por la fragata "Reina María Isabel". Al tener noticias de su partida, dispuso O'Higgins el embargo de los buques neutrales surtos en puertos chilenos, con el objeto de evitar el aviso a los buques españoles del abandono de Talcahuano por Osorio y los preparativos de la escuadra chilena. Rápidamente fué armada una escuadrilla compuesta por el "San Martín", la "Lautaro", la "Chacabuco" y el "Araucano", al mando del capitán de navío Manuel Blanco Encalada (figs. 534 a 537). Al mirar desde lo alto del puerto los buques que se alejaban, O'Higgins dijo a sus acompañantes: "Tres barquichuelos dieron a España el continente americano: esos cuatro buques se lo quitarán". La tradición condensó este pensamiento en la

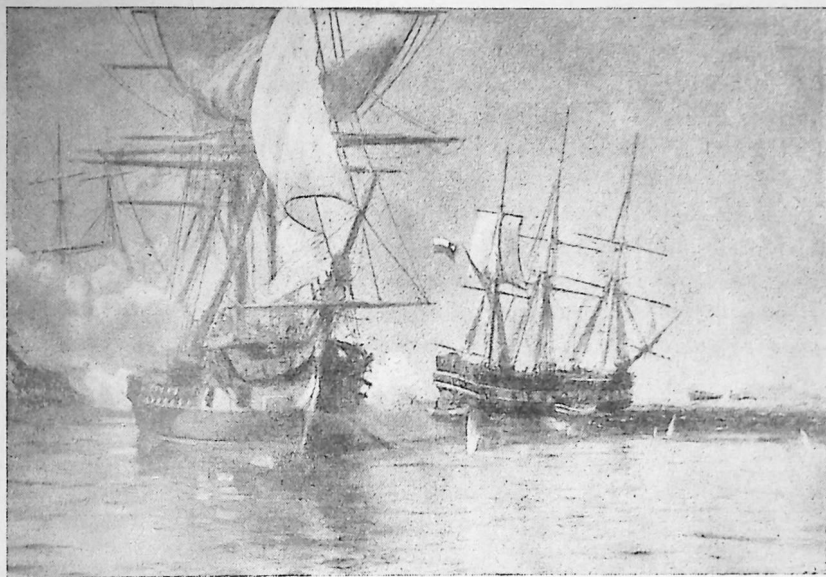


FIG. 539.—CAPTURA DE LA “MARÍA ISABEL”. ÓLEO DE SOMERSCALES. (Club Naval de Valparaíso.)

lapidaria, tradicional e inexacta frase: “De estas cuatro tablas depende la suerte de América”.

A las once de la mañana del 28 de octubre dos grandes buques desconocidos pasaban frente a la boca chica que separa la isla Quiriquina del continente. La “María Isabel”, que ya se encontraba en Talcahuano, izó bandera roja y disparó un cañonazo sin bala. Los navíos contestaron elevando al tope la bandera inglesa y una hora más tarde penetraban resueltamente en la bahía. Al nuevo desafío de la fragata española, los buques desconocidos, por toda respuesta, desplegaron la bandera chilena y se dirigieron a todo trapo hacia ella sin hacer fuego. La “María Isabel” disparó una andanada con todos sus cañones de babor, “picó los cables, dió el foque, cargó la sobremesana, y, llevada por el viento noroeste, se fué a varar”, sin intentar siquiera una defensa a todas luces inútil. El “San Martín” y la “Lautaro” iniciaron un fuego vivísimo de fusilería, con objeto de rendir la nave sin estropearla. Los marineros españoles se lanzaron al agua. Un piquete de 50 hombres de Blanco se apoderó de la fragata. Luego de bravo combate con las fuerzas de tierra, al día siguiente, en medio de la estupefacción general, la fragata, zafándose del fango que la aprisionaba, salió airosa a alta mar (figs. 538 a 540).

Capturada la “María Isabel”, fueron fácil presa cinco de los transportes

Captura de la
“María Isabel”

partidos de Cádiz. Al conocerse tan halagüeñas noticias, el país parecía como alucinado por tan súbito cuanto rotundo e inesperado éxito. Blanco Encalada entró en Santiago en la carroza del gobierno, aclamado por una multitud frenética de entusiasmo. "La imaginación sobreexcitada sólo veía por delante una gloriosa carrera de triunfos... Durante ocho días la vida en la capital fué un sarao ininterrumpido."

Aparte lo que en estos regocijos había de artificial y pasajero, no cabían dudas acerca de la magnitud de un triunfo que había arrancado a los realistas el dominio del Pacífico en beneficio del pueblo chileno, a la vez que encendía confianza y optimismo para emprender la larga carrera de sacrificios que debía conducir a la no menos gigantesca empresa de la expedición libertadora del Perú.

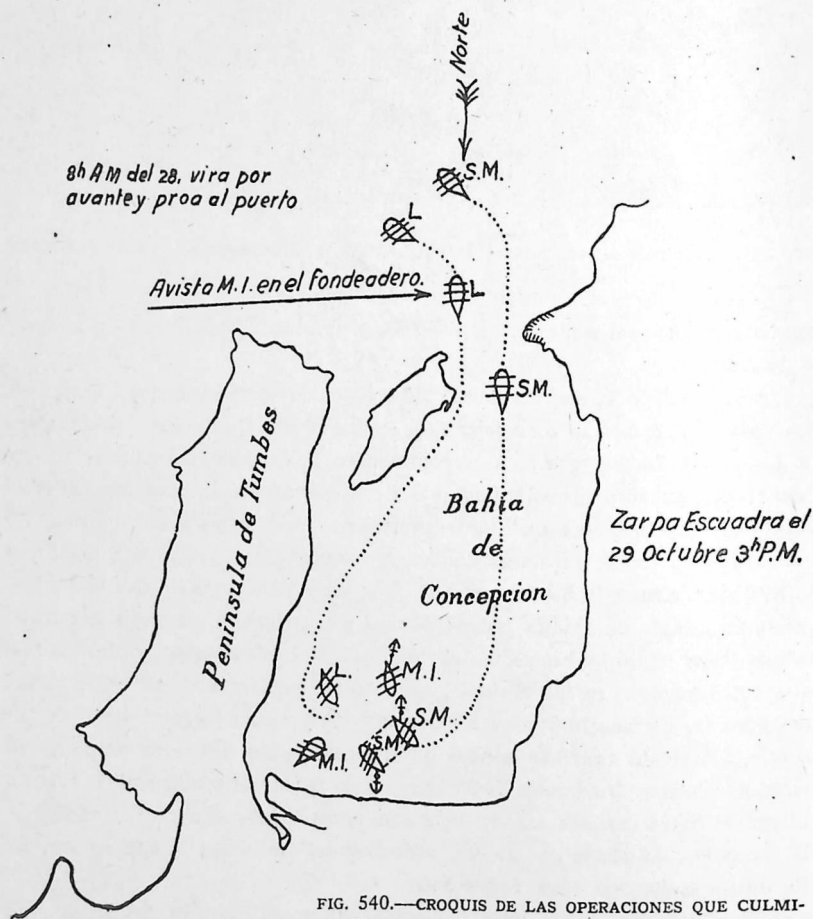


FIG. 540.—CROQUIS DE LAS OPERACIONES QUE CULMINARON CON LA CAPTURA DE LA "MARÍA ISABEL".

Panorama político.
 La Constitución de 1818.
 Preparativos de la expedición
 libertadora del Perú.
 Comienza la guerra a muerte.

MIENTRAS se producían los dramáticos sucesos de carácter militar referidos, la evolución política de la incipiente nacionalidad atravesaba por cada vez más contrastadas y nuevas vicisitudes. El desiderátum general canalizaba los afanes colectivos en el deseo de disponer de una Constitución a la altura, al menos teóricamente, de las más avanzadas. Ya el ministro del interior, don Antonio José de Irisarri, había lanzado un manifiesto en el que achacaba todos los males de la Patria Vieja a la precipitación con que fuera colmado de poderes el Congreso de 1811.

En la urdimbre de los nuevos ensayos legislativos no iban ahora a actuar los representantes norteamericanos con la transcendencia que lo hicieran los del período carrerino. Diversas misiones, sin calidad diplomática, habían venido al país con el objeto de estrechar amistades y estimular los vínculos comerciales. Worthington y Bland, especialmente, intentaron forzar el pensamiento de O'Higgins, aconsejándole la convocatoria de un congreso y la implantación de un sistema de gobierno similar al norteamericano. Mas el director supremo tenía ideas definidas al respecto. "Estoy convencido —dice Worthington— de que el actual gobierno prefiere las instituciones europeas a las nuestras." *

La comisión encargada de redactar el estatuto constitucional presentó sus conclusiones el 8 de agosto de 1818, demostrando gran cordura y un completo sentido de la realidad. El proyecto estaba centrado en el afianzamiento de la independencia, mas reconocía la falta de madurez política que permitiera realizar un gobierno democrático. Dábale mayor validez su carácter provisional. Todas las disposiciones llevaban implícita la idea de que, una vez lograda la independencia de América, debería convocarse a elecciones y el director supremo entregar el poder al Congreso, como solemnemente lo había prometido.

El estatuto
 constitucional

La organización administrativa, judicial y municipal de la Colonia sólo sufría las alteraciones imprescindibles para amoldarla a las nuevas circunstancias políticas. Las leyes de Indias, las reales cédulas y las reales órdenes se mantuvieron en vigencia, salvo las que el director declarara contrarias "al actual sistema de gobierno", de acuerdo con el Senado.

El gran avance que la Constitución representaba sobre el reglamento predecesor se acusaba sobre todo en el capítulo de los derechos y de las garan-

* Cf./ las monografías de Eugenio Pereira Salas sobre las misiones norteamericanas en Chile.

tías individuales. Establecía la libertad individual y la igualdad civil. Nadie podía ser detenido ni castigado sin previo juicio en que se hubiera declarado su culpabilidad; reconocía el derecho de transitar y residir libremente en todo el territorio; afianzaba la inviolabilidad de la propiedad privada y establecía la libertad de opinión. Pese a sus denodados esfuerzos, no logró O'Higgins establecer en la Constitución la tolerancia religiosa, la liquidación de los mayrazgos y otras reformas avanzadas.

La jura

La flamante Constitución fué aprobada por la unanimidad de los sufragios, acontecimiento que no refleja en absoluto madurez política. La masa, sin diferencia de aristocracia y pueblo, de letrados y analfabetos, no tenía idea de lo que era una Constitución. El 23 de octubre todas las corporaciones y autoridades juraban la carta. Don Mariano Egaña, ya entonces en la cúspide intelectual de su generación, en su calidad de secretario del Tribunal del Consulado, pronunció un hermoso discurso, en el que, luego de señalar los triunfos de O'Higgins en el campo de batalla, decía: "Pero hacerse esclavo de la ley estando en el lleno de la autoridad, quedar vencedor en esta lucha de generosidad, donde el pueblo, confiando en las virtudes del que destina para gobernarlo, pone en sus manos un mando sin límites, y el jefe quiere sólo obedecer a la voluntad pública y hacer crecer la autoridad de su cargo por la de su mérito, éste es el triunfo todo de V. E., y que hace que el día de hoy podamos llamar con mejor título el día de la gloria de O'Higgins".

Nuevo ministro

El director había enviado a Inglaterra a su ministro del interior. La ocasión era propicia para hacer una concesión política a la aristocracia, y, con este fin, nombró nuevo ministro a don Joaquín Echeverría Larraín, que presentaba en su haber los servicios prestados durante la Patria Vieja y una larga prisión en las casamatas del Callao. Sensato, bondadoso y conciliador, sin grandes talentos ni mayores iniciativas, representaba el arquetipo ideal soñado por la aristocracia castellano-vasca. En tiempos menos difíciles que aquéllos, habría sido un puente duradero entre O'Higgins y los altos elementos sociales.

Trizaduras en
la armonía
chileno-argentina

Los preparativos de la expedición libertadora —mientras en Chile fructificaban en el primer paso ineludible: la formación de una escuadra— en Argentina tropezaban con las dificultades naturales derivadas de la tensa situación política interior. San Martín, sea como recurso para presionar el pueblo argentino o como corolario del depresivo estado de su salud, en sucesivos y cada vez más complicados artilugios, ensayó la táctica de asustar al gobierno argentino con los peligros de la anarquía chilena y con el temor del abandono del plan libertador. En notas reservadas y en una carta personal a Rondeau, después de afirmar que O'Higgins no había aumentado el ejército en un solo hombre, decía: "Este gobierno, en su conducta pública manifiesta una bancarrota total; su administración es odiosa y aborrecida por todos sus habitantes; la apatía, el

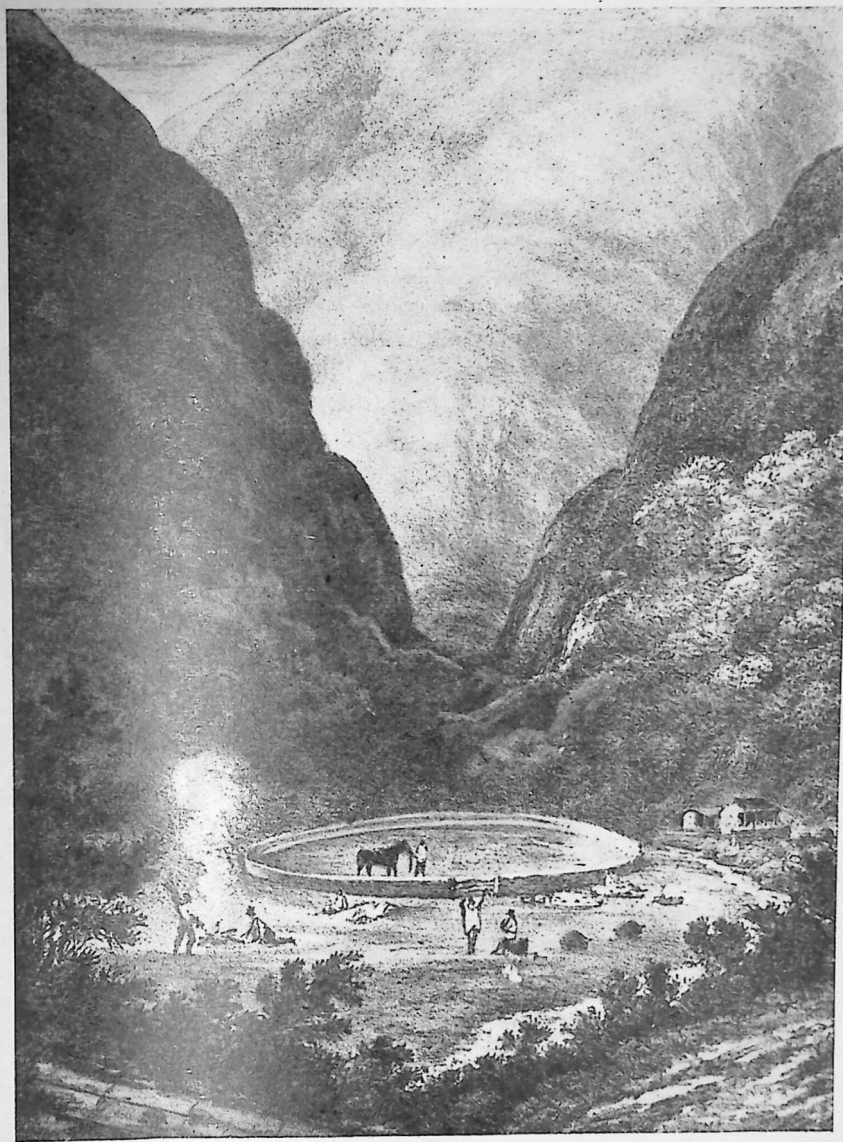


FIG. 540-A.—VILLAVICENCIO, ZONA MONTAÑOSA ENTRE MENDOZA Y USPALLATA.
(Dibujo de P. Schmidtmeier.)



FIG. 541.—BUENOS AIRES A COMIENZOS DEL SIGLO XIX, SEGÚN FAMIN.

desgredo y la desconfianza, tanto de él como de sus habitantes respecto del ejército de los Andes, es demasiado marcada. En fin, Excmo. Sr., desde el momento en que la escuadra de este estado ha tomado la superioridad en el mar Pacífico se ha creído que los brazos del ejército de los Andes no le son ya necesarios, pues se cuentan, y con razón, libres de todo ataque". La consecuencia lógica de la intriga había de ser el fracaso del proyecto de alianza chileno-argentina y el desistimiento del gobierno de Buenos Aires en la empresa libertadora (figs. 540-A y 541).

El drama de
San Luis

Por aquellos días, además, se producía un trágico acontecimiento que iba a repercutir en toda América, y que, a la postre, también influyó en la repatriación del ejército argentino.

Los principales jefes realistas capturados en Chacabuco y Maipo habían sido confinados en San Luis. San Martín y O'Higgins, para librarse de las intrigas de Monteagudo, también lo habían recluso en aquella ciudad argentina, pese a la resistencia de Pueyrredón, que les escribía "pero ni aun allí me acomoda que esté". Los temores de que cometiera alguna nueva fechoría pronto se vieron confirmados. Primo de Rivera, Monteagudo, Ordóñez y un sobrino de éste, de 17 años, frecuentaban la casa de un vecino de San Luis, atraídos por la belleza de sus tres hermanas. Una de éstas, Margarita, encendió la concupiscencia de sátiro que latía en Monteagudo. La joven estaba enamorada del sobrino

de Ordóñez, y se mostró esquiva a las solicitudes de aquél. La rivalidad amorosa movió al despechado a tramar una venganza sangrienta. No le fué difícil adueñarse de la voluntad del timorato gobernador Dupuy y convencerlo de que tantos prisioneros españoles juntos representaban un peligro, dado lo reducido de las fuerzas con que se contaba en San Luis. Y, para vengarse de su afortunado rival, hizo dictar a Dupuy un bando en el que se prohibía a los realistas salir de noche y visitar a las familias del pueblo.

Se ha afirmado, para cohonestar las atrocidades cometidas después, que los prisioneros tenían tramada la huída desde hacía cuatro meses. Si este hecho, que no ha sido confirmado documentalmente, fuera cierto, la orden y la llegada de veinte prisioneros más precipitaron, si no fraguaron, una tentativa que estaba latente. Encabezó el complot el capitán del batallón Burgos, Gregorio Carretero, hombre de mucho coraje y cabeza inflamable, que ya en España había proyectado una empresa revolucionaria de grandes alcances. El programa era apoderarse de las personas de Dupuy y Monteagudo, y, una vez libres, unirse a las montoneras de Córdoba e incorporarse a las fuerzas realistas del sur de Chile.

El plan sólo fué dado a conocer momentos antes de iniciarse. Los conjurados se desayunaron con un pedazo de pan y otro de queso, y un vaso de aguardiente de San Juan. A las 8 de la mañana, las partidas salieron a su destino. La que se dirigió al cuartel desarmó a la guardia. El teniente José María Riesco, chileno, se encaminó a la cuadra donde estaban los montoneros argentinos presos. Pero le salió al encuentro uno de ellos, un hombre joven, de "mirada torva, melena poblada y larga barba renegrida", armado de un cabo de lanza. Era Juan Facundo Quiroga, nombre que debían inmortalizar la historia de la anarquía argentina y la pluma de Sarmiento. Los demás, siguiendo el ejemplo de Facundo, en vez de unirse a sus libertadores, acometieron contra ellos. Pronto algunos vecinos auxiliaron a los montoneros y soldados, y dieron cuenta en un santiamén de los sublevados.

Carretero, Morgado y Morla cumplieron sus objetivos. Mas, cuando tenían ya prisionero a Dupuy, grandes voces de "¡mueran los godos!" denotaban a todo el pueblo sublevado. Dupuy ofreció la libertad a cambio de su vida amenazada; mas, cuando se vió con refuerzos, entregó a los tres al furor popular, y él mismo se dió el placer de matar a Morgado. Primo de Rivera se suicidó con una carabina.

Después de libertar al gobernador, los vecinos se dispersaron por el pueblo y mataron a cuanto prisionero hallaron en la calle o en sus casas, todos ellos ajenos en absoluto al complot.

Concluida la primera fase de la degollina, Monteagudo, erigido en mentor de Dupuy, instruyó un sumario similar al que condujo al cadalso a los Carrera



FIG. 542.—VISTA DE PORTEZUELO, ALDEA DE CÓRDOBA, SEGÚN SCHMIDTMEYER.

en Mendoza. Así se añadieron ocho fusilamientos más a las anteriores y numerosas muertes. Marcó del Pont y González Bernedo lograron escapar, para morir, el primero, a poco en Luján, y el segundo, loco, en España, a consecuencia de la impresión.

Orden de repatriar
el ejército argentino

Mientras estos trágicos sucesos enlutaban el prestigio patriota, San Martín conseguía, con sus complicadas y artificiosas intrigas, el resultado contrario a sus mejores propósitos. El gobierno de Buenos Aires decidió repatriar el ejército de los Andes. La Logía, O'Higgins y Guido, al conocer la resolución, apelaron a San Martín, en nombre de las causas de Chile, Argentina y América entera, bien ajenos a la idea de que el propio general había provocado tan desgraciada medida. En abierto mentís con sus anteriores comunicaciones, San Martín solicitaba ahora la nulidad de la orden. En vista de ello, el 9 de abril de 1819 se le autorizaba para dejar en Chile 2.000 hombres; pero el 15 del mismo mes recibía instrucciones de que los 2.000 que se suponía estaban ya en Mendoza, reforzados con 2.000 reclutas chilenos, fueran a engrosar el ejército de Tucumán.

La composición del ejército de los Andes se había alterado, por lo demás, substancialmente. Según afirmaba Guido, "más de los dos tercios de este ejército se componía de hijos de Chile". No es de extrañar que, al saberse la noticia del traslado a Argentina, las desertiones se multiplicaran. Los soldados



FIG. 543.—LOS PINARES DE NAHUEL BUTA (Nacimiento), SEGÚN GAY. ESCENARIO DE LA GUERRA DEL SUR.

preferían regresar a sus hogares o sumarse a las montoneras, antes que incorporarse a las luchas civiles argentinas.

Al cerrarse la cordillera, el ejército de los Andes, la más eficiente fuerza organizada en la América española, se hallaba reducido a 1.253 hombres que llegaron a Mendoza y 2.168 que permanecieron en Chile. La mayor parte de las tropas que regresaron a Cuyo se perdieron para la causa de la independencia.

La expedición libertadora del Perú exigía dos grandes operaciones previas: el sometimiento del sur de Chile y la limpieza de buques españoles en el Pacífico. Osorio, al embarcarse al Perú, había dejado a Sánchez en Concepción y Talcahuano con unos 1.500 hombres, en su mayoría montoneros, y la "María Isabel" había aumentado sus efectivos en unos 700 más de línea, enfermos pero bien pertrechados. Bandidos y
montoneros

No obstante haber entregado a Zapiola el sur del país hasta el Bío-Bío, este jefe patriota, creyendo que se trataba de una estratagema, evacuó Chillán y retrocedió hasta el Maule en condiciones desastrosas. La extensa zona comprendida entre el Perquillauquén y el Bío-Bío quedó abandonada en manos de bandidos y montoneros (figs. 543, 544, 546, 547 y las del Cap. XVIII).

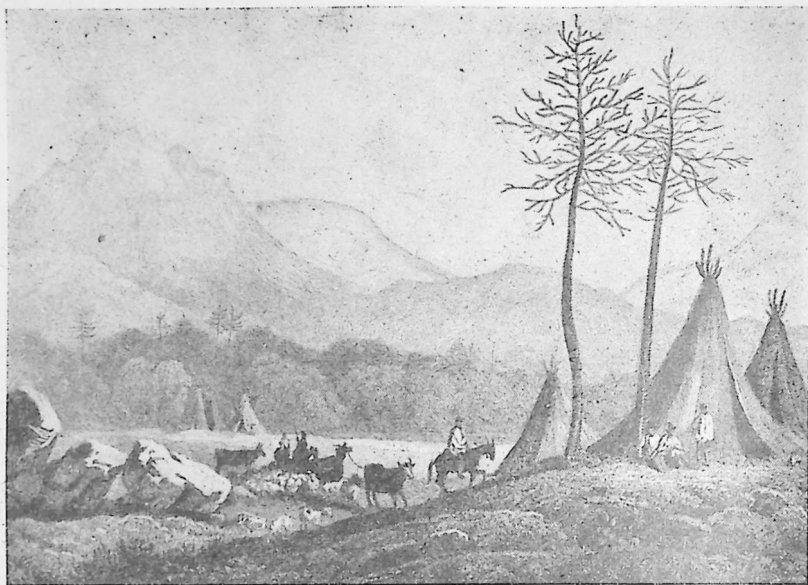


FIG. 544.—INDIOS PEHUENCHES, SEGÚN FAMIN.

El campamento de Sánchez presentaba la más abigarrada mezcolanza imaginable. En Los Angeles había afianzado su alianza con los mapuches, así que sus fuerzas se componían de soldados españoles y criollos realistas, indios, milicianos, montoneros, salpicados con todos los tipos militares de la época. El odio de los indios contra los enemigos del rey era tremendo. “Bastaba nombrar a los patriotas —dice un viajero norteamericano— para que los indios estallaran con toda su cólera de salvajes.”

Un monstruo

No es posible encontrar explicación lógica a la pueril medida de San Martín que puso en libertad a Vicente Benavides, para convertirlo en verdugo de sus hermanos chilenos. Era Benavides uno de esos seres anormales en los que la traición y la deslealtad son consubstanciales. Sumadas a sus condiciones de caudillo de montoneras y a su sadismo sin freno, iba a dejar huellas de una inenarrable cadena de crímenes y crueldades. Hijo del alcaide de la cárcel de Quirihue, había nacido en este pueblo hacia 1785. Pronto sentó plaza de soldado. Prisionero en El Membrillar y en Maipo, fué condenado a muerte y salvado del patíbulo por las influencias del presbítero don Salvador Andrade. Frustrada una nueva tentativa de evasión, fué “fusilado” con su hermano Timoteo. Juntos recibieron cuatro tiros de carabina que los dejaron exánimes. Quedaron los cadáveres tirados en el campo. Un soldado, desahogando vesáni-

camente el odio popular hacia el bandido, le dió un tremendo hachazo en el cuello. Timoteo murió instantáneamente, mas el hermano, cumpliendo el dicho español de que "bicho malo nunca muere", sobrevivió con la enorme cicatriz del hachazo y algunas quemaduras. * Se vendó la herida como pudo y, auxiliado por algunos campesinos, a los que hizo creer que había sido asaltado, se refugió con nombre supuesto en Santiago. Sanó, aunque con la cabeza desviada hacia atrás. En cuanto llegó San Martín a la capital se lo presentaron sus protectores. En una hora de charla, el vencedor de los Andes quedó prendado del bandido y lo envió al sur, disfrazado de arriero y provisto de dineros, con la ingenua pretensión de que convenciera a los realistas de la inutilidad de la lucha.



FIG. 545.—BALCARCE. (Reproducción Archivo Zig-Zag.)

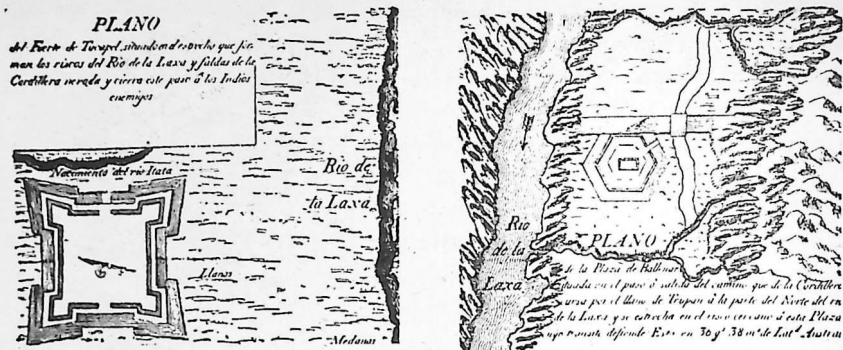
Nuevos errores

Freire, con sus 1.600 hombres de línea, podía concluir con los realistas en un mes, pero hubo de establecerse en Parral en espera del resultado del descabellado encargo. San Martín no comprendía que Sánchez era hombre de una pieza, incapaz de ceder ante presiones de ninguna clase en el cumplimiento de las instrucciones recibidas del virrey, que no eran otras sino el entorpecimiento de los preparativos de la expedición libertadora.

Otra medida incomprensible de San Martín iba a prolongar la guerra, y, con ello, consumir la ruina del sur de Chile. Freire no era hombre de astucia y política suficientes para llevar a buen término una campaña más psicológica que militar; pero era joven, arriesgado y conocedor de la región. No obstante, fué confiado el mando a Balcarce, que la desconocía por completo y, además, estaba muy enfermo (fig. 545).

Cuando Sánchez supo que un ejército fuerte de 4.000 hombres había pasado el Itata (17 de enero), se dirigió al Bío-Bío encarrilando un éxodo trágico. La tropa caminaba a pie. Lo acompañaban numerosas monjas, más de dos mil mujeres y doble número de niños. En el camino quedaron abandonadas

* Relación de Castellón a Miller. Benavides refirió a San Martín que había recibido dos balazos. Cf./ San Martín, "Correspondencia", p. 112.



FIGS. 546 Y 547.—EL FUERTE DE TUCAPEL Y LA PLAZA DE BALENAR, EN LA ZONA DEL LAJA, SEGÚN LA EDICIÓN ESPAÑOLA DE LA HISTORIA DEL ABATE MOLINA. (Cf./ los planos del Cap. VI y los incluidos en la Primera Parte.)

treinta cargas de municiones, numerosas armas y los bagajes. No fué difícil, en estas condiciones, empujar y sostener a los realistas al sur del Bío-Bío.

Benavides, jefe
absoluto

El desaliento de Sánchez y sus hombres era completo. Mas, cuando la disolución del ejército parecía segura, el siniestro Benavides logró reanimar a los criollos y erigirse en el jefe absoluto de las montoneras. Continuaron la retirada hasta Valdivia, mientras Balcarce, luego de dejar a Freire instalado en la intendencia de Concepción, regresaba a Santiago convencido de que había pacificado el sur del país. Al día siguiente de su partida, Benavides, iniciando su carrera de crímenes, reanudaba las correrías con sus montoneros. Pronto en la isla del Laja se organizaba un verdadero levantamiento general. Freire conocía la forma y carácter de la guerra de Arauco, mas su desesperación no iba contra un estado de cosas cada vez más grave, sino contra la imposibilidad de llevar al ánimo de los gobernantes patriotas la enorme trascendencia de la campaña iniciada por Benavides con sus montoneros y con el auxilio de los indios.

O'Higgins, aún sugestionado por el crédito que San Martín depositara en Benavides, arrastraba, además, el concepto respetuoso y fraterno que su padre sintiera por los mapuches. Le repugnaba toda actitud violenta contra los que consideraba los propietarios legítimos del suelo y progenitores del pueblo chileno.

Falacias
novelescas

En uno de sus afortunados golpes de mano, Benavides había capturado numerosos prisioneros patriotas, a los que resolvió asesinar impunemente. Mas su mujer, único afecto humano del bandido, estaba en Concepción. Inicióse con el propósito de efectuar un canje todo un artilugio, verdadero duelo de astucia entre Benavides y Freire, con el objeto de recuperar cada uno a los suyos sin perder los prisioneros, a través de peripecias que constituyen una verdadera novela.

Al fin, Benavides logró convencer a Freire de que los indios, a los cuales arteramente hacía responsables de las depredaciones, iban a celebrar en breve una ceremonia ritual con las cabezas de los presos si no se le devolvía en el acto a su mujer "viva, enferma o muerta". Presionado por la amenaza, Freire envió a la mujer del bandolero a Talcamávida con un parlamentario que debía rescatar a los patriotas. Benavides exigió que le fuera entregada ella previamente en Santa Juana, y Freire la envió el 30 de marzo. Agradeció la devolución en nota de 4 de abril, devolvió a un teniente y... asesinó en los calabozos a los catorce soldados patriotas que a la sazón le quedaban y al desgraciado parlamentario Torres. Cuando Freire recibió la noticia, se negó durante mucho tiempo a creerla.

Encorajinado por tamaña villanía, Freire partió en procura del criminal y logró destruir casi todas sus montoneras reunidas en Santa Juana. Benavides, que era tan cobarde como sanguinario, logró huir a uña de caballo. La persecución lo obligó a refugiarse, casi solo, entre los indios de Tubul. Entonces Freire cometió la misma torpeza que Balcarce, esto es, dar por concluída la campaña, mientras las montoneras de Chillán y Quirihue sembraban la desolación al grito de "¡viva el rey!", si es lícito hablar de desolación en una comarca donde ya no quedaba nada que destruir.

El invierno forzó a una tregua relativa. Con la llegada de la primavera, indios y montoneros renovaron con nuevos bríos sus correrías. En la zona de Chillán, las depredaciones de éstos y la represión de las autoridades patriotas ganaron un carácter feroz. Nadie daba cuartel. Dos desalmados, Justo y Mauricio Roa, cayeron en poder del subdelegado de Puchacay, a la vez que su padre. Para salvar la vida, ofrecieron asesinar a puñaladas a su jefe, el célebre bandido Manuel Contreras, dejando como rehén al padre. Cuando cumplieron la macabra promesa, Freire, luego de ponerlos en libertad, envió un parte al gobierno informando que los tres Roa se "ofrecieron a ser en adelante fieles servidores de la patria".

El prestigio de Benavides pareció por un momento eclipsarse ante el del célebre cura Ferrebú, que iniciaba su carrera de montonero trabucaire con la ocupación por sorpresa, el 30 de abril, del pueblo de Rere, donde cometió iguales o peores atrocidades que los bandidos. *

El éxito más sonado de Benavides fué la captura de Talcahuano. En la noche del 2 de mayo se adueñó por sorpresa del puerto, al frente de 400 forajidos. Lo saqueó durante dos terribles horas, y cuando se cansó de asesinar, ro-

* Si la similitud en el carácter de las guerras civiles americanas y españolas del período no hubiera sido señalada con ar-

gumentos incontrovertibles, este ejemplo bastaría para sellar su absoluta identidad. (N. de L. C.)

bar y violar, se retiró llevándose prisioneros a los sobrevivientes de la guarnición y a numerosos vecinos... , para degollarlos con más calma.

Macabro prestigio

Con la nueva atrocidad se restableció en parte el prestigio de Benavides. Personalmente cobarde y muy devoto, se hallaba siempre rodeado de los frailes y las monjas que había llevado consigo, mientras sus montoneros peleaban. A pesar de este éxito, difícilmente habría logrado restablecer la decaída moral de los pocos realistas sinceros que lo acompañaban ni contenido las turbulencias intestinas de sus huestes, sin la noticia de que don José Miguel Carrera y el caudillo Artigas venían desde Buenos Aires en auxilio de las armas realistas, y del anuncio de la llegada de una nueva y poderosa expedición peruana.

Refuerzos realistas

En efecto, el 15 de junio de 1820 regresaba el ex comerciante Juan Manuel Pico al frente de algunos hombres, portador de armas y recursos de todo orden, amén de numerosísimas condecoraciones y promesas. Muchos realistas que vagaban escondidos, rebeldes al perdón acordado para ellos, se dirigieron a Arauco. En pocos días se formaba un regimiento de caballería, los "Dragones de la Nueva Creación", de unas 800 plazas, bajo las órdenes de Pico. Al mismo tiempo, recrudecía la violencia de las montoneras al norte del Bío-Bío. Diariamente se libraban combates entre los bandidos y los piquetes del gobierno, en los cuales, casi sin excepción, los prisioneros eran degollados en represalia del degüello anterior.

Sólo el preludio

Al fin se decidió Freire a plantear en Santiago a San Martín y a O'Higgins la gravedad de la situación, con ulterior propósito de tentar mejor fortuna en las primeras escaramuzas peruanas. Mas pronto logró el director supremo vencerlo de que reasumiera el mando del ejército del sur, y se dirigió a las desgraciadas provincias, en compañía de Alcázar, con abundantes recursos. Ambos jefes fueron ascendidos a mariscales, esto es, generales de brigada.

Simultáneamente, Benavides y Pico completaban también sus preparativos. La guerra del Bío-Bío va a comenzar. Lo referido sólo es el preludio de una lucha espantosa que durará largos años de angustia y de crimen. La cabeza intuitiva y demoníaca de Benavides había logrado canalizar los más abyectos instintos de un grupo de hombres sin el menor atisbo de moral, perdidos hasta los más ínfimos conceptos de sociabilidad y de civilización.

XVI

La fascinante personalidad de Lord Cochrane. Zenteno y la escuadra. El ataque al Callao.

EL agente de Chile en Londres, Alvarez Condarco, escribía a O'Higgins el 12 de enero de 1818: "Tengo la satisfacción de anunciar a V. E. que el lord Cochrane, uno de los más acreditados y acaso el más valiente marino de la Gran Bretaña, está enteramente resuelto a pasar a Chile para dirigir nuestra marina y cooperar decididamente en la consolidación de la libertad e independencia de esa parte de América".

El décimo conde de Dundonald, sir Thomas Cochrane (figs. 548 a 550), nació en Armfield, condado de Lanark (Escocia), el 14 de diciembre de 1775. El padre, hombre excéntrico, poseído de la pasión por los inventos, caracterizó su vida por los negocios desastrosos. "No me dejó otra herencia—dice el hijo— que el humo de los ensayos químicos." Contrariando la voluntad paterna, que deseaba hacerlo militar aun a costa de tremendas palizas, logró el futuro héroe embarcar como aspirante a los 17 años. Sus breves conversaciones con Nelson le dejaron una huella perenne, en especial la reiterada y célebre frase: "No os ocupéis mucho de maniobrar, marchad derecho sobre el enemigo". Cuando apenas contaba 25 años, se le confió el mando del pequeño bergantín "Speedy", con el encargo de hostilizar al francés. Pronto el barquichuelo se convirtió en el terror de grandes y pequeños barcos surtos en los puertos de Francia y España. Luego de seguir cursos universitarios en Edimburgo, ingresó en el Parlamento (1803), donde su carácter impetuoso creó tanto dolores de cabeza al partido gobernante, que para liberarse de él se le confió el mando de la fragata "Imperieuse". El ataque a la escuadra francesa en la isla de Aix aureoló de golpe la fama de una



FIG. 548.—LORD COCHRANE. (Grabado en Londres. Reproducción Archivo Zig-Zag.)



FIG. 549.—LORD COCHRANE. (Dibujo del natural, por Adam Buck. National Maritime Museum, Inglaterra.)

temeridad acompañada de una fortuna sin límites. Napoleón diría de él: "Cochrane habría podido destruir o tomar todos los buques franceses, si, como debió hacerlo, lo hubiera apoyado el almirante inglés".

Pero desde su incorporación a la armada, el temperamento atrabiliario e irascible concitó en su contra el ánimo de superiores y compañeros. Llegó hasta a acusar en el Parlamento a su jefe, el almirante Lord Gambier. La primera consecuencia fué su expulsión de la armada. Desde ese instante se dedicó en cuerpo y alma a la lucha política y a los inventos industriales. Un incidente novelesco decidió su vida por el camino de la aventura, que

debía erigirlo en campeón de la libertad de Chile, Brasil y Grecia, pues, como Byron, fué un símbolo del romanticismo militante.

El lunes 21 de febrero de 1814 llegaba a Inglaterra un emisario con la noticia de la derrota absoluta y muerte de Napoleón. Hubo un alza de valores descomunal que duró toda la mañana. En la tarde se supo que la noticia era falsa. "Tres personas —dice Cochrane— habían aprovechado del alza de los fondos públicos: yo, mi tío Cochrane Johnstone y un tal Mr. Butt. Se descubrió que el pretendido portador de despachos había llegado a mi casa, y se dijo que allí había cambiado de uniforme"... La requisitoria del juez fué violenta, y el jurado declaró culpables a todos los acusados. Cochrane fué condenado a multa, un año de prisión y la picota pública delante de la bolsa. El Parlamento le ahorró la última afrenta, pero fué desposeído de la insignia de la orden del Baño y se le borró del escalafón de la marina. A pesar de que la multa se pagó por subscripción popular y fué reelegido miembro del Parlamento, el escándalo alcanzó resonancia mundial. En ese momento decisivo de su vida, Alvarez Condarco logró de él la promesa de comandar la escuadra chilena. Su primera medida fué construir un buque de guerra a vapor, que, según su criterio, haría invencible a la armada que lo poseyera. Se lanzó al agua en julio de 1818, pero las calderas no podían mover la nave.

El audaz

A través de la psicología personalísima de este inglés extraño a su medio y a su tradición, se perfilan con nitidez un coraje agresivo, un orgullo y una



FIG. 550.—LORD COCHRANE. (Dibujo de Desmadryl.)



FIG. 551.—WOOSTER. (Dibujo de Desmadryl.)

Zenteno y la
formación de la
escuadra

Habituado a las exigencias de la Marina inglesa e ignorante en absoluto del estado paupérrimo del erario chileno, pidió, no bien hubo llegado a Chile, en tono destemplado, todos los elementos que permitieran poner a la escuadra chilena en igualdad relativa de condiciones a la británica. Haciendo verdaderos milagros, lograba Zenteno equipar la primera división de la escuadra, formada por el "San Martín", capitán Wilkinson; la "O'Higgins", capitán Wooster (fig. 551); la "Lautaro" y la "Chacabuco". Con Cochrane habían venido el capitán Roberto Forster, que tomó el mando de la "O'Higgins", y el capitán Tomás Carter, que comandó la "Chacabuco". La segunda división se formó con los bergantines "Pueyrredón", "Galvarino" y "Araucano". De 31 oficiales, sólo 7 eran chilenos. En cambio, la marinería contaba 331 chilenos contra 258 extranjeros. Asimismo eran chilenos los 37 grumetes y los 255 soldados de infantería que completaban los 1.079 individuos embarcados en los cuatro primeros buques.

Ataque al Callao

El nuevo almirante recibió instrucciones de bloquear el puerto del Callao y destruir, si ello era posible, los buques de guerra enemigos, sin empeñar combate con las baterías de tierra. Debía, además, capturar todos los buques mercantes hallados en la travesía y repartir proclamas en que se anunciara al pueblo peruano la próxima partida de la expedición que habría de liberarlos. Lo secundaba en la empresa, como contraalmirante, don Manuel Blanco Encalada.

audacia novelescos. El maridaje de su heroísmo y de su avidez pecuniaria lo hizo totalmente incomprensible al alma española. De este substrátum fundamental surgirían las violentas discrepancias con San Martín. Pero la línea maestra de su personalidad era la audacia, una audacia llevada constantemente hasta la locura. Las empresas le interesaban en razón directa de su peligro y de su provecho pecuniario consecuente. Su valor temerario fué, como es lógico, causa de admiración ciega en sus subalternos. Mas no podía tolerar la subordinación a sus superiores. Nunca obedeció a nadie ni pudo actuar en concierto con otros. Su vida es un combate ininterrumpido. Los días que el enemigo le concedía de tregua los gastaba en pelear con gobiernos, funcionarios y colegas.

Sobre la marcha, Cochrane instruía en la maniobra y manejo de los cañones al abigarrado conjunto de individuos que dotaban sus naves.

La plaza del Callao (fig. 553) estaba defendida por tres poderosos castillos y las baterías del arsenal y de San Joaquín, artilladas con más de 60 cañones que protegían a la escuadra española del Pacífico: las fragatas "Esmeralda" y "Venganza", de 40 cañones cada una; la corbeta "Sebastiana", de 34; los bergantines "Pezuela", "Potrillo" y "Maipo", de 18; la goleta "Moctezuma", de 7; el pailebot "Aranzazus", 32 lanchas cañoneras y seis buques mercantes armados en guerra. En total, los cañones pasaban de 500 entre buques y fuertes.



FIG. 552.—GUISE. (Museo Histórico Nacional.) (Cf./ Apéndice sobre la iconografía.)

A las 4 de la tarde del 26 de febrero la "O'Higgins" y la "Lautaro" abrieron fuego a 900 metros de la plaza. Una bala hirió al comandante Guise (fig. 552), de la "Lautaro", y su segundo maniobró con tal torpeza, que pronto la "O'Higgins" quedó sola. Al darse cuenta de la escasa puntería de los defensores, Cochrane se mantuvo provocativamente durante dos horas soportando su fuego. El resultado moral de esta actitud fué formidable, y amilanó por completo a los realistas, que desde hacía tiempo se hacían bocas de sus hazañas.

Luego de decretar el bloqueo de las costas del Perú, desde Atacama hasta Guayaquil, y de mantener pequeños combates, como los víveres escasearan, Blanco levantaba el bloqueo del Callao y se dirigía a Valparaíso, sin dejar aviso a Cochrane, que correteaba al norte. La irritación en Chile fué enorme. El consejo de guerra, sin embargo, rehabilitó al contraalmirante con su sentencia absolutoria.

No obstante el relativo fracaso de la escuadra en el Callao, Valparaíso manifestó su entusiasmo por el empeño puesto en destruir la escuadra peruana. Todavía no se extinguían los vapores de las fiestas cuando ya Cochrane amargaba a O'Higgins y a Zenteno con sus exigencias pecuniarias. Se le había asignado un sueldo de seis mil pesos (\$ 1.200.000 actuales), que no le alcanzaba para los gastos cotidianos, tal era el rango de su vida. Como primera concesión, se

**Exigencias
fabulosas**

modificó el régimen de presas, además de aumentársele el sueldo en \$ 10.000 y otorgarse a los apresadores el total de sus conquistas.

Refuerzos y corsarios La llegada de la excelente corbeta "Curiacio", de 36 cañones, que fué rebautizada con el nombre de "Independencia" y confiada al mando de Forster, coincidió con las noticias del refuerzo de la escuadra peruana. El 10 de mayo de 1819 habían zarpado de Cádiz el navío "San Telmo", de 74 cañones; la fragata "Prueba", de 44, y el navío "Alejandro I", de 74, comprado a Rusia, al mando del brigadier don Rosendo Porlier. Ante la amenaza se dividieron las opiniones. Cochrane era partidario de sublevar el Perú sin más tardanza. O'Higgins y Zenteno juzgaron preferible destruir antes las naves peruanas ancladas en el Callao. Fué éste el plan adoptado. Mientras la escuadra chilena mantenía encerrada en dicho puerto a la peruana, numerosos corsarios chilenos arruinaban el comercio español en el Pacífico. Pasaron a la leyenda las audaces hazañas de la fragata "Rosa de los Andes", mandada por el capitán Illinworth,

Amparados por la impunidad de sus depredaciones, los corsarios pronto sentaron cátedra de inmoralidad y atropellos de todo orden. Fué el pirata francés Hipólito Bouchard el que llegó a mayores extremos. Peleaba con cualquier buque, con tal que fuera inferior en fuerza al suyo, sin distinguir, incluso, entre otros corsarios chilenos. En Valparaíso, Cochrane hubo de someterlo a viva fuerza.

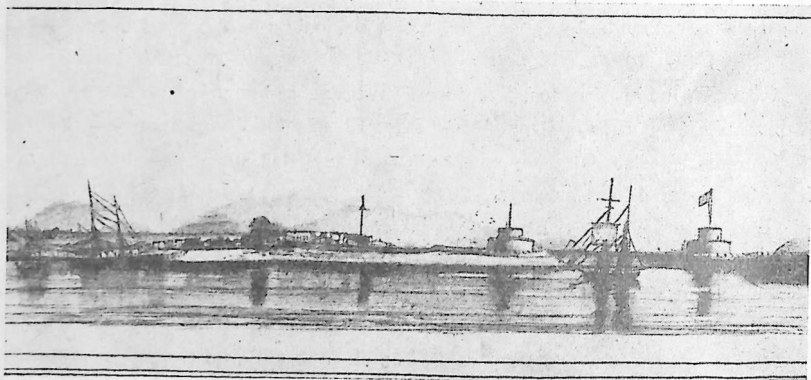


FIG. 553.—LAS FORTIFICACIONES DEL CALLAO. PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX, SEGÚN D'ORBIGNY.

XVII

El Senado legislador.
Espíritu progresista de O'Higgins.
Postración económica.
Conspiración y bandolerismo.

EL mismo día 23 de octubre, en que fuera jurada la carta constitucional, iniciaba el Senado sus sesiones en la sala del Tribunal del Consulado. Las presidía el presbítero don José Ignacio Cienfuegos, sin abandonar sus funciones de gobernador eclesiástico. Los senadores eran inviolables, tenían tratamiento de señoría y su sueldo de \$ 2.000 anuales los hacía incompatibles con cualquier empleo público.

Lord Cochrane, radical, rebelde y libertario británico, se quedó perplejo ante el concepto que el Senado tenía del gobierno. Al saber que se estaban estudiando sus planes militares, dijo: "En los países más libres en que he residido, los cuerpos deliberantes, en tiempo de guerra, no han intervenido en el gobierno de las fuerzas armadas".

La prolífica labor administrativa de O'Higgins demuestra que las preocupaciones militares y políticas, que tantos quebraderos de cabeza entrañaban para su gobierno, no fueron óbice para el desarrollo de iniciativas, las más de ellas personales, de carácter renovador. En la sesión del 26 de agosto, el Senado acordaba la pronta instalación del cementerio de Santiago, según el espíritu de la real cédula de 1804, y poco después se autorizaba el establecimiento de cementerios protestantes en Santiago y Valparaíso, medida que produjo, como era de esperar, la violenta reacción del clero, azuzado por los carreños. El 12 de diciembre de 1818 se habían prohibido las ramadas y la venta de licores, y el 3 de febrero de 1821, los juegos de carnaval, las coscorobas, amén de otras reformas de hábitos y costumbres que cautivaban al pueblo. La sana intención de imponer una tónica de austeridad consecuente con las circunstancias remachó la antipatía popular por el director supremo.

Otra de las medidas administrativas de O'Higgins fué el establecimiento de una política definida en cuanto a los extranjeros, que llevó su liberalidad a extremos desconocidos en Europa. Muchos de ellos se acogieron a las franquicias que otorgaba la carta de naturaleza. Mas no tardaron en negarse a pagar los impuestos alegando su ciudadanía originaria. El Senado hubo de legislar al efecto, estableciendo que debían "participar de las contribuciones, gravámenes y empréstitos generales, con arreglo a sus facultades y giro, lo mismo que los naturales".

La presencia de muchos españoles peninsulares creaba otro problema.

Pavorosa
situación
financiera

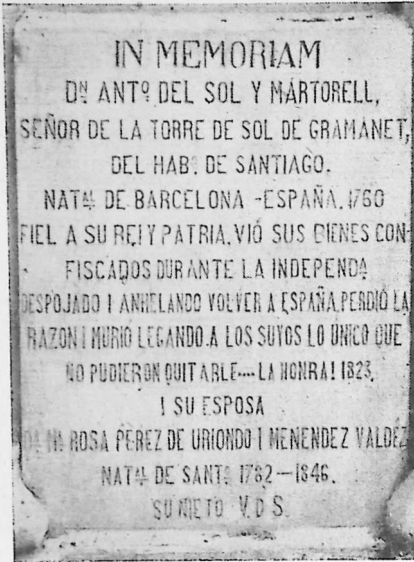


FIG. 554.—UN SÍMBOLO LAPIDARIO DE LA GUERRA CIVIL. LA ACTITUD TOLERANTE DEL ESPAÑOL-CHILENO Y LA ENCARNACIÓN POST MORTEM DEL AFORISMO PENINSULAR: "GENIO Y FIGURA HASTA LA SEPULTURA". (Cementerio General de Santiago.)

Aunque arruinados por las exacciones de los patriotas (fig. 554), la gran mayoría deseaba vivir en el país que había hecho suyo. Otra ley tajante les obligaba a la adopción de la ciudadanía o el extrañamiento. Casi todos se incorporaron a las actividades nacionales, aportando un precioso contingente de individuos ordenados, progresistas e industriales.

El aspecto más catastrófico de la situación era el financiero. El ejercicio de 1818 había cerrado con un déficit que incrementó la deuda atrasada, y el de 1819, con los ingresos estancados, veía crecer desmesuradamente los gastos por las exigencias del ejército, la escuadra y la expedición libertadora. La capacidad tributaria del país estaba agotada por los empréstitos forzosos y los donativos. Se intentó incrementar las entradas con diversos expedientes condenados de antemano al fracaso. Fué el más

importante el restablecimiento del estanco del tabaco, el 27 de noviembre de 1820, que hubiera producido una renta apreciable de no haberse autorizado la libre plantación en el país.

En razón de ello, y no obstante las austeras economías practicadas, según el estado anexo al acta del Senado de 29 de febrero de 1820, el ejercicio financiero de 1819 cerró con un déficit de \$ 1.574.935 y siete reales, incluída la deuda de arrastre del ejercicio anterior. Para un gasto en sueldos civiles de \$ 60.000, el ordinario de los sueldos del ejército y de la armada sumaba \$ 1.200.000.

La ética de
O'Higgins

Es evidente que O'Higgins tenía absoluta conciencia de la desproporción entre la potencialidad económica de Chile y sus desmedidos propósitos. Constantemente reconocía el hecho. Su único error estribaba en el intento de transferir al país su propio estado de ánimo. El había sacrificado por su patria tiempo, bienes, incluso arriesgado su propia vida, y no concebía que los demás chilenos no hicieran otro tanto. Los más allegados a su persona por las vinculaciones políticas y militares, los comerciantes enriquecidos con los contratos

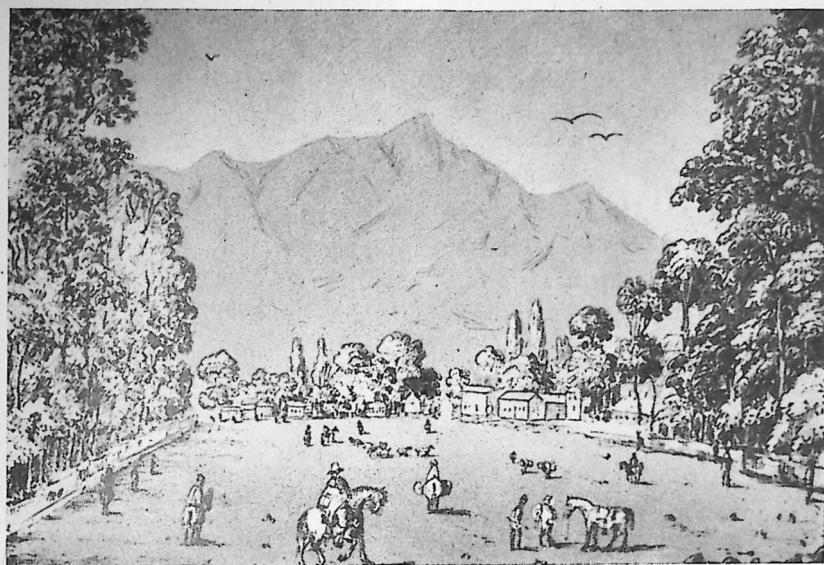


FIG. 555.—UNA SERIE INÉDITA DE DIBUJOS SOBRE SANTIAGO Y VALPARAÍSO EN LA ÉPOCA DE O'HIGGINS: LA SALIDA DE LA CAPITAL. (Dibujo de Dampier, Archivo Nacional.) (Cf./ Figs. 556 a 559 y 585.)

de aprovisionamiento y algunos miembros de la aristocracia, comprendían que ya no se podía retroceder. Todos esperaban, por otra parte, que el embarco del ejército pusiera fin a los gastos. En adelante vivirían a expensas del virreinato. No pocos cifraban el término de sus angustias financieras en la recuperación del mercado peruano para los productos de la agricultura chilena. Pero la gran mayoría no acertaba a comprender la necesidad de la expedición libertadora, habiendo sido afianzada, a sus ojos, la independencia de Chile.

Las imposiciones tributarias, desmesuradas incluso en los días de normalidad económica, pretendían exprimir un país completamente exhausto. Como consecuencia ineludible de las devastaciones de la guerra civil, de los trastornos en los mercados, de los 10.000 hombres que absorbían el ejército, la marina y el corso, de las 30.000 almas que perecieron en la guerra o vagaban por la pampa argentina, de las compras de armas y municiones, del excesivo consumo de mercaderías extranjeras, Chile era en 1820 mucho más pobre que en 1810. La miseria afectaba especialmente a la agricultura. Los campos de la intendencia de Concepción eran páramos desiertos, en los que a veces podían divisarse tres o cuatro ovejas y, por raro azar, un caballo, una vaca o un buey. Del Maule al norte se producía sólo lo indispensable para el alimento del país y del ejército. Entre 1817 y 1820 el rendimiento medio de

Pobreza supina



FIG. 556.—UN ALTO EN EL CAMINO. (Dibujo de Dampier, Archivo Nacional.)

las explotaciones agrícolas en la intendencia de Santiago representaba el 2% sobre el valor que la propiedad tenía en 1810.

En contraste con el calamitoso panorama de la agricultura, los productos de la minería eran solicitados con avidez por los mercaderes extranjeros que hacían comercio de importación. Mas a los tropiezos ya seculares, la falta de capitales y de competencia técnica, de caminos, seguridad y trabajo regular, se añadían ahora la carencia de brazos, los empréstitos y donativos forzosos, la incertidumbre y toda clase de trastornos.

El terremoto
de 1819

Para colmo de fatalidades, un espantoso terremoto arruinó las labores de las minas y los modestos caseríos que albergaban a la población minera. A las 10 de la mañana del 3 de abril de 1819 un violento temblor sacudió todo el extremo norte del país. La tierra continuó temblando hasta que, a las 5 de la madrugada del día siguiente, un terremoto de cinco minutos de duración derribó innumerables edificios y hundió numerosas minas. En Copiapó cayeron las iglesias de la Merced y la Matriz, además del 40% de las casas. En las tierras bajas se produjeron grietas que desprendían emanaciones sulfurosas. Pequeños temblores enlazaron el primer terremoto con otro mucho más destructor aún, el día 11 de abril, seguido de otro más, de seis minutos de duración, que arrasó con las pocas casas que habían quedado en pie. Los vecinos, aterrados desde los primeros movimientos, huyeron al campo, sal-



FIG. 557.—LA CUESTA DE ZAPATA. (Dibujo de Dampier, Archivo Nacional.)

vando así la vida. Pero habían perdido sus casas, muebles, alimentos, ropas, en suma, absolutamente todo. Más de tres mil personas vagaban como fantasmas por los cerros, esquivando los repetidos maremotos, que sobrepasaron en 600 metros la línea horizontal de la más alta marea.

A todas estas dificultades, que hubieran amilanado a hombres de hierro, se sumaba para O'Higgins la decrepitud física de su gran mentor y amigo San Martín. En la Logia tampoco había cabezas en que afirmar sus resoluciones y Zenteno carecía de irradiación magnética y de voluntad expansiva e invasora. Paulatinamente se había prendado de la claridad intelectual y del carácter resuelto de don José Antonio Rodríguez Aldea. El 2 de mayo de 1820 lo nombraba ministro de hacienda interino y siete meses más tarde le confirmaba la delicada misión en propiedad.

Sus inmediatos antecesores ya habían llevado a cabo sustanciales reformas en la eficiente organización financiera del siglo XVIII. Cruz confeccionó una tarifa de avalúo para el cobro de los derechos que gravaban la internación de mercaderías. La otra gran reforma de su época fué el traslado de la aduana a Valparaíso, medida destinada especialmente a combatir el contrabando, que adquiría proporciones aterradoras. Según iniciativa de Rodríguez Aldea, el 18 de mayo el Senado sancionaba un proyecto de reorganización de la contaduría mayor, que la transformó en un tribunal de cuentas muy

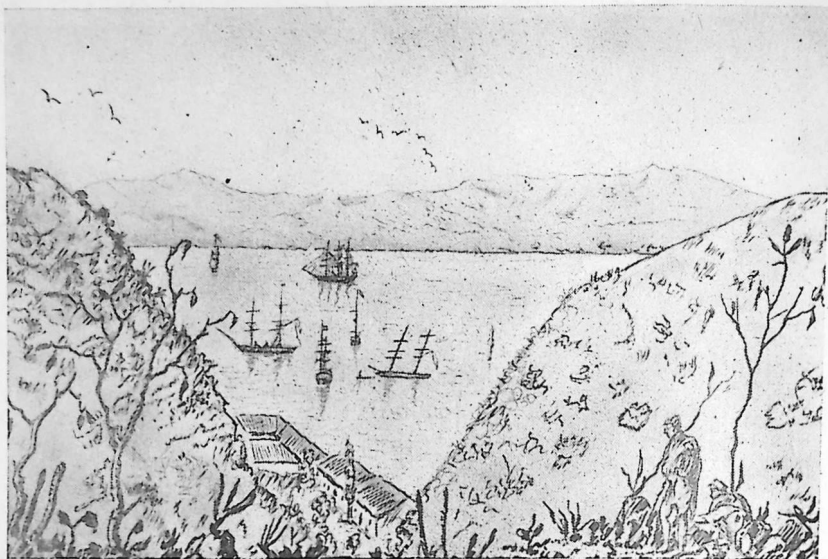


FIG. 558.—UNA QUEBRADA EN VALPARAÍSO. (Dibujo de Dampier, Archivo Nacional.)

semejante al que subsistió hasta bien entrado el siglo XX. Entre las medidas de orden económico, la que sin duda acarrió mayor prestigio para la administración de O'Higgins fué la que clarivamente habría de convertir a Valparaíso en el primer puerto comercial del Pacífico sur. Según decía el Senado consulto de 30 de septiembre de 1820..., "se erige el puerto de Valparaíso en entrepuerto general del Pacífico, para que puedan arribar, anclar y surgir libremente en él todos los buques extranjeros de entrada y de retorno que comercien con los países comprendidos desde Chile hasta California" (figs. 555 a 560).

La conspiración
de los Prieto
en Talca

Las medidas de buen gobierno eran con asaz frecuencia entorpecidas por intrigas y conspiraciones. Entre éstas ganó mayores proyecciones la organizada por Francisco de Paula, José y Juan Francisco Prieto y Vargas, vecinos de Talca que se habían mantenido, como muchos otros, al margen de la contienda civil. No eran realistas, ni patriotas, ni carrerinos, ni guerrilleros, ni bandidos. Mientras los demás peleaban, ellos llevaban una alegre vida de juega permanente, al amparo de una situación las más de las veces caótica.

El deseo de confiar la gobernación de Talca a un vecino prestigioso indujo a Zapiola a reparar en José, que se había incorporado a las fuerzas de Freire en el paso del Planchón. Pronto los caprichosos atropellos y escándalos del flamante gobernador forzaron a O'Higgins a destituirlo el 14 de agosto de 1818. Esta fecha marca el comienzo de una época trágica en la desdichada



FIG. 559.—VISTA DE VALPARAÍSO DESDE EL ALMENDRAL. (Dibujo de Dampier, Archivo Nacional.)

provincia. El mayor de los Prieto, Francisco de Paula, pretendió en Santiago concitar a los adversarios del director supremo para derribarlo. Con una ingenuidad que presupone un manifiesto desequilibrio mental, intentó el concurso de Balcarce y de San Martín. El Senado se alarmó y la pretensión de lograr un avenimiento con los hermanos que estaban en Talca provocó la sublevación de ambos cabecillas, al frente de unos 300 hombres, en su mayor parte desertores del contingente chileno del ejército de los Andes.

José Prieto capturaba Curicó el 11 de abril, incorporando a sus huestes a los presos de la cárcel pública. Los antiguos y nuevos montoneros saquearon impunemente la ciudad. Con su poder acrecentado volvió a Talca, obligando al mayor Barrenechea a encerrarse en la plaza. De inmediato le envió una nota conminatoria pidiéndole el dinero en su poder, que es precioso documento para un psiquiatra. No tanto, sin embargo, como la respuesta al ofrecimiento de perdón por parte de Barrenechea si deponía las armas: "ago un total desprecio del perdón que me anuncia por conoser debo morir por defender la causa a que me he comprometido, el que ayan agarrado al hermano, me es duro de creerlo, y si así fuese ya él debe de estar despachado, todavía quedan dos y es de necesidad sepan morir al ejemplo del mayor como que así lo haremos"...

Con el sitio de Talca la rebelión cundió increíblemente. Los bandidos

y los inquietos acudieron a engrosar la montonera. Tardíamente alarmado, O'Higgins envió, al fin, fuerzas que lograron derrotar a Francisco de Paula, fusilado de inmediato. Mientras tanto, José Prieto, incapaz ya de contener los desmanes de sus huestes, llevaba las vejaciones y crímenes en Curicó, Talca y Linares a los límites de lo imaginable. Luego de una cruenta lucha, el 25 de mayo el pueblo presenciaba en la plaza de Talca, a las 2 de la tarde, el fusilamiento de José Prieto.

La sublevación entraña un enorme interés psicológico, porque encierra la clave de la verdadera fisonomía del período histórico 1823-1830. Es la exteriorización en individuos vulgares de la alianza de los agravios y de los odios personales, con deseos de mando, aventuras y placeres borrascosos, sazonados con los latrocinios y los crímenes de toda naturaleza.

La conspiración
de abril de 1820

En contraste con la secuela sangrienta de la sublevación de los Prieto, la conspiración de abril de 1820 sólo fué una tentativa carrerina, desastrosamente conducida, como todas las que don José Miguel no dirigió personalmente. En la casa de don Cipriano Ovalle se tramó la captura de San Martín y de O'Higgins. Se fijó para el golpe la fecha del 8 de abril y se confió la dirección del cuartelazo al coronel don José Santiago Luco, que permanecía alejado del ejército desde los lejanos tiempos del motín de Figueroa. Pronto tuvo el gobierno los hilos de la trama, por la ineludible infidencia de los miembros de la aristocracia comprometidos, que preferían cualquier cosa antes que el dominio de Carrera. Se dejó que actuaran con entera libertad, y en la noche del día 8 fueron apresados los cabecillas.

La conspiración fortaleció en grado increíble la posición de O'Higgins. Era tal la unidad de criterios en cuanto a Carrera, que sus resistencias afianzaron al gobierno, permitiéndole completar los preparativos de la expedición libertadora con la cooperación general.

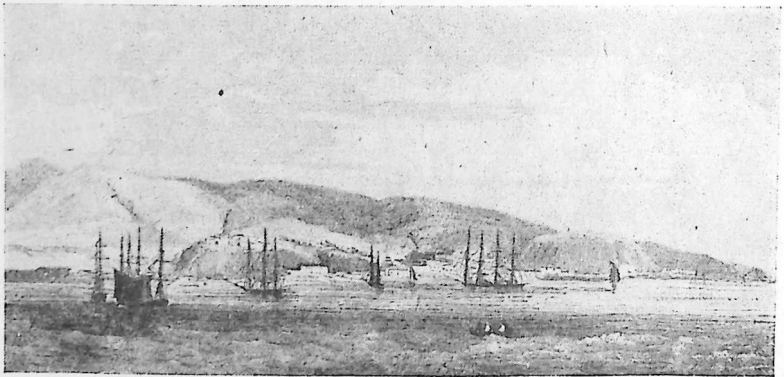


FIG. 560.—VALPARAÍSO A COMIENZOS DEL SIGLO XIX, SEGÚN FAMIN.

XVIII

Nuevas acciones de la escuadra. La toma de Valdivia. Capítulos esenciales de la expedición libertadora.

LOS heroicos esfuerzos desplegados en la organización de la escuadra habían encontrado el principal obstáculo en el enrolamiento de la marinería. En buena hora se optó por sustituir a los extranjeros que no renovaban el contrato y a los ex presidiarios por campesinos y soldados extraños a la vida del mar. Los resultados fueron excelentes. “Desde que nos hemos visto libres de los presidiarios —decía Cochrane al ministro de marina— parece que reina buen humor y alegría entre los marineros chilenos.”

Con tan gratos augurios, entre el 10 y el 12 de septiembre de 1819 se hicieron de nuevo a la mar rumbo al Callao la “O’Higgins”, el “San Martín”, la “Lautaro”, la “Independencia” y el “Galvarino”, y el 14 lo hacía el “Araucano”. En la mañana del 29 de septiembre la flamante escuadra penetraba en el primer puerto peruano. Las fortalezas del Callao estaban ahora guarnecidas por 3.000 hombres. Diestros artilleros servían sus cañones, y palizadas hábilmente dispuestas protegían a la escuadra. La superioridad de la flota chilena era manifiesta, mas también habían mejorado las defensas del puerto. El ataque era una locura. Pero Cochrane deseaba ensayar los famosos cohetes “a la Congreve”, confeccionados en Valparaíso por el técnico Goldsack.

Una simple ojeada al plano de la bahía y de las fortificaciones que la defendían en 1819 basta para comprender lo descabellado del propósito. Antes que los buques o balsas destinados al lanzamiento de los famosos cohetes lograran aproximarse a la distancia idónea, los cañones de la plaza podían hundirlos con absoluta facilidad. Lanzado el ataque de fondo a las ocho de la noche del 1.º de octubre, no fué necesario el empleo de todas las baterías para contrarrestarlo. Los cohetes no llegaron a su destino. Casi todos estallaban en el aire, por la ruptura de la caja de lata que contenía el explosivo, o perdían la dirección porque se tronchaba la cauda de madera que la mantenía.

En la noche del 5 de octubre repetía el ataque con más cohetes y brutotes. Los primeros fallaron de nuevo lamentablemente y el buque cargado con

explosivos, por falta de viento, explotó antes de llegar a su destino. Al día siguiente escribía Cochrane al gobierno: "Me es forzoso expresar mi gran pesar por estas desgraciadas circunstancias, que me impiden que la destrucción de la fuerza naval del enemigo, en el Callao, pueda intentarse con probabilidades de éxito por buques solamente, sean en número y clase los que fuesen". Sólo cabía una actitud, y ella fué la adoptada por el romántico marino. Disolver la escuadra y presentar la renuncia, no sin antes verificar fructíferas correrías por la costa peruana. Como era de esperar, O'Higgins rechazó la renuncia, ampliando las facultades de Cochrane.

Resuelto a alejarse para siempre de Chile, no estaba dispuesto el almirante a partir sin antes realizar alguna hazaña digna de su prestigio. "No tenía más que un buque —dice— y por consiguiente no había que consultar a nadie. Formé el designio de capturar con la almiranta y de un solo golpe de mano, los numerosos fuertes y la guarnición de Valdivia, plaza tenida hasta entónces por inexpugnable."

La inverosímil
empresa sobre
Valdivia

Sabedor de la imposibilidad de la empresa con las fuerzas que contaba, tentó a Freire, que, aceptando la responsabilidad plena del acto, le envió a Beauchef con 250 hombres escogidos. El 2 de febrero llegaba Cochrane a la altura de Valdivia. El ataque de la plaza por el río era imposible: los fuegos de los fuertes del castillo de "La Niebla" y de las baterías del fuerte Piojo se cruzaban con los de las fortalezas situadas en la isla de Mancera. La costa que se extiende al norte de la boca del río es inaccesible. El único punto en que el agresor podía atacar era el elegido por Cochrane, pero el desembarco debería efectuarse bajo el fuego de los cañones del fuerte Inglés. Vencida, esta primera y casi insuperable dificultad, era necesario atacar los fuertes de la ribera sur por la espalda, utilizando senderos abiertos en el bosque o labrados en la piedra, por los que, con frecuencia, apenas se podía pasar en fila. Analizada serenamente, la empresa era una locura (fig. 561).

Con una audacia inverosímil y obligado por los fuegos del fuerte, Cochrane precipitó el desembarco. Los realistas concentraron todos sus elementos en el fuerte Inglés, mas los certeros disparos de las naves, que al chocar contra las rocas producían mortífera metralla, permitieron en pocas horas a Beauchef desembarcar incólumes a sus 250 hombres, que se sumaron a 60 marineros de Miller. No había tiempo que perder. Era necesario capturar en la noche todos los fuertes de la ribera sur o renunciar a la conquista de la plaza. Lo que sucedió en aquella memorable jornada es la operación más sorprendente y afortunada de cuantas registra la historia militar de la independencia americana.

Después de un largo rodeo, en el que no fué molestado por el enemigo, llegó Beauchef a una explanada, cercana al fuerte Inglés. A su izquierda tres cañones de a 24 perdían sus balas en la oscuridad de la noche. A la derecha

Los fuertes Inglés
y San Carlos

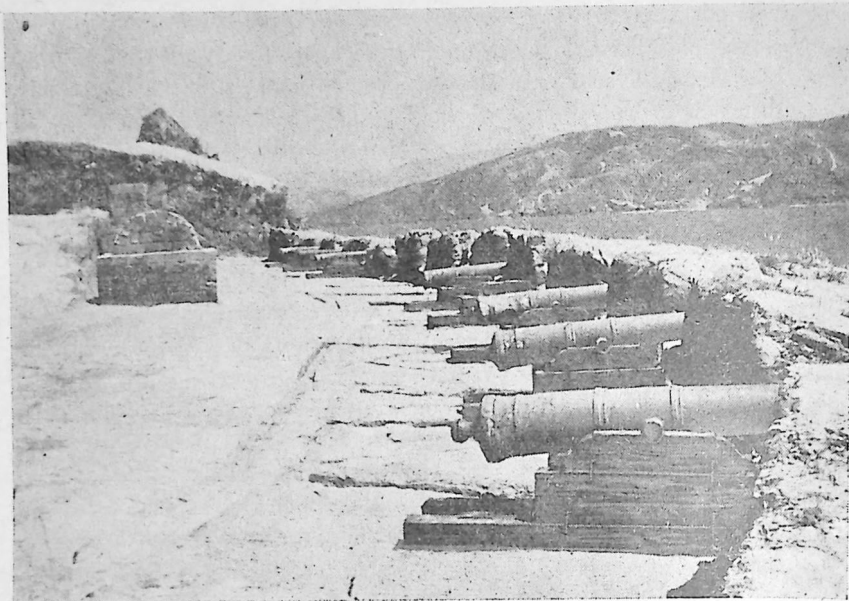


FIG. 562.—FUERTE DE NIEBLA. (Fotografía de R. Montandón.)

se alzaba una alta palizada, desde la cual los realistas abrieron fuego de fusilería. Mientras la mayor parte de los asaltantes combatía en la explanada, un pelotón de soldados patriotas, al mando del teniente Vidal, penetraba en el fuerte por el mismo lugar en que lo habían hecho los fusileros realistas al replegarse. En pocos momentos dieron cuenta de los 60 hombres de la guarnición. Los 300 que habían acudido en su ayuda huyeron a sus respectivos fuertes.

Dominado el Inglés, Beauchef se dirigió a la carrera al fuerte San Carlos, donde se había dado cita con Cochrane, que costeaba el río con una chalupa. La guarnición huyó casi sin combatir. Los dos jefes concertaron los restantes asaltos. Beauchef tomó sucesivamente los de Barro, Amargos (figs. 433 y 564) y Chorocamayo, salvando las distancias que los separaban por senderos atravesados por charcas, matorrales, árboles caídos y pantanos. Por fin, entre las 12 de la noche del 4 y la 1 de la madrugada del 5, llegaba a la fortaleza de Corral (figs. 563 y 565), residencia del gobernador de la plaza y del estado mayor. Entre Beauchef y Miller, este último sostenido por sus ayudantes, pues a causa de sus heridas no podía mantenerse en pie, atacaron el fuerte por sus tres puertas y por una brecha abierta en un lienzo de la muralla. Amilanados por la supuesta presencia de fuerzas muy superiores, los defensores se rindieron de inmediato. Los jefes patriotas dieron descanso a sus fuerzas durante el resto de la noche.

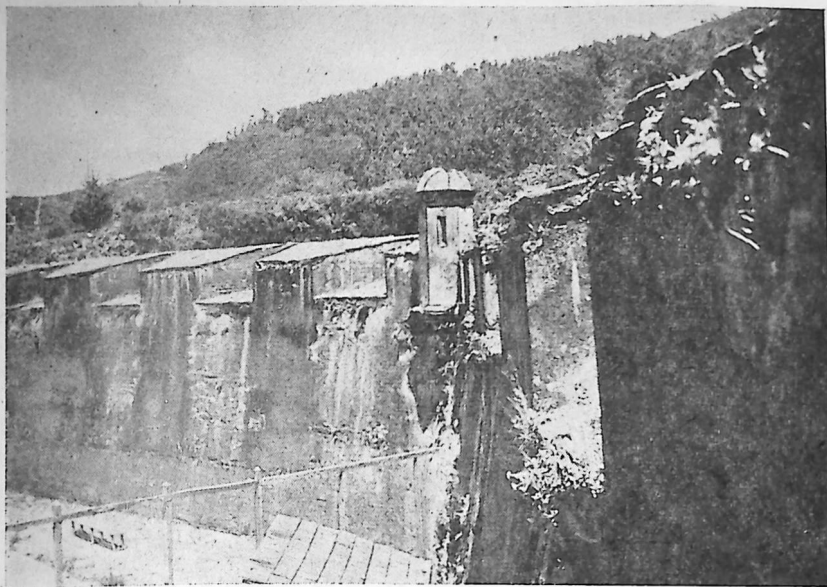


FIG. 563.—FUERTE DE CORRAL. (Fotografía de R. Montandón.)

Faltaba aún por realizar la mitad de la jornada: la captura de los castillos y fortalezas de la ribera norte del río y de la costa. El entusiasmo de los atacantes era formidable. En cambio, los defensores, completamente desmoralizados, no aguardaron el choque. Estaban convencidos de que las fuerzas enemigas pasaban de 2.000 hombres. Cochrane ocupó en la tarde del día 4 todos los fuertes, y Beauchef, al día siguiente, la ciudad (figs. 434, 562 y 564).

El inverosímil golpe sobre Valdivia envalentonó de tal modo el vértigo de audacias y temeridades de Cochrane, que intentó de inmediato la captura de Chiloé. Pretendía asaltar otra fortaleza, mucho más inexpugnable que las de Valdivia, con un cuerpo de desembarco de 160 hombres. Era el castillo de Agüi un reducto protegido por doce cañones que lo defendían por el mar y dominaban, a la vez, el estrecho sendero a través de un bosque impenetrable, único camino directo de acceso. Miller, creyendo fácil repetir de día la hazaña que la noche y el pánico hicieron posible en Valdivia, se lanzó al asalto con 60 hombres. Dos frailes, con un cristo en la mano y una lanza en la otra, exhortaban a los soldados realistas. La primera descarga tumbó al 70% de los atacantes. El temerario ataque había fracasado por completo.

El inquieto y fogoso Beauchef no permaneció mucho tiempo en Valdivia. Con 200 hombres se dirigió a Osorno en triunfal marcha, pues la provincia se había pronunciado con entusiasmo por la patria. En la estancia "El Toro",

El resto de la jornada

Ataque a Chiloé.
Beauchef en Osorno

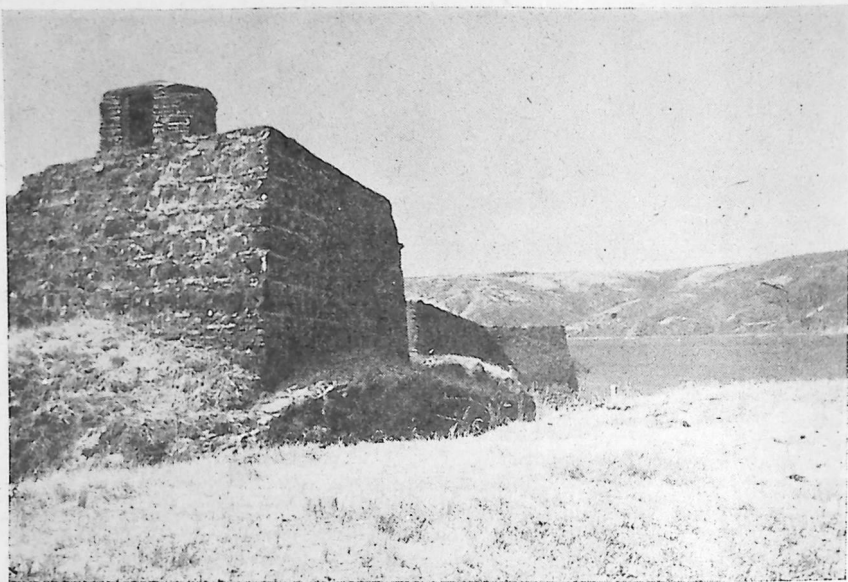


FIG. 564.—FUERTE DE AMARGOS. (Fotografía de R. Montandón.)

fuerzas que duplicaban las suyas le opusieron resistencia. Mas Beauchef compensó la inferioridad numérica con excelente táctica, y pronto la pelea se resolvió en completa derrota del jefe realista Bobadilla.

El combate, que puso término al dominio realista en Valdivia, no restableció en absoluto la tranquilidad. Uno de los misioneros de Chillán, fray Salvador Racela, reunió a los dispersos en los bosques y organizó la guerra de recursos, ayudado por los indios.

Antes de realizarse su relevo en Valdivia por el sargento mayor de ingenieros Cayetano Letelier, Beauchef logró capturar a Racela. Con el nuevo comando de la plaza, el gobierno le enviaba el ascenso a teniente coronel.

Impaciencia y
agotamiento

En definitiva, la posibilidad de llevar a cabo la expedición libertadora del Perú había sido producto de la voluntad y del empuje de O'Higgins. Se penetró de tal modo con la idea-fuerza originaria de San Martín, que sacrificó a ella su bienestar, popularidad, gobierno y, a la postre, el propio país. Gracias a una contumaz e inagotable insistencia, había logrado imponer su propósito a ministros, funcionarios y ejército. Después de la retractación argentina, insistía ante San Martín, el 15 de mayo de 1819: "Véngase usted, pues lo dispondremos todo y llevaremos la guerra al Perú para arrojar de allí a sus tiranos y poner fin a tantas penalidades".

Mientras San Martín forcejeaba para lograr algunos recursos en las Provincias Unidas, la opinión chilena había llegado al convencimiento de que era



FIG. 565.—FUERTE DE CORRAL. (Fotografía de R. Montandón.)

VIVA LA PATRIA.

GAZETA MINISTERIAL

EXTRAORDINARIA

DE CHILE N. 2.

SANTIAGO JUEVES 17 DE FEBRERO DE 1820.

TOMA DE VALDIVIA.

EL Gobierno acaba de recibir noticias oficiales de la toma de la interesante plaza de Valdivia por el Almirante de la Escuadra Nacional, Lord Cochrane. Para satisfacer inmediatamente la curiosidad del público, nos apresuramos á insertar aquí el parte original del Gobernador Intendente de Concepcion, Coronel D. Ramon Freire, y un extracto de la carta que dirige á este el Almirante, interin llega el parte detallado, que viene por mar.

El éxito feliz de una empresa tan brillante ensalza sobre manera el nombre de nuestro ilustre Almirante y de sus bravos y dignos compañeros, sobre todo si se considera la dificultad que presentaban las fortificaciones de Valdivia, tenida hasta ahora por inexpugnable, y lo inadecuado de los medios con que se emprendió tan heroica como importante conquista.

Excmo. Señor.
En embargo de que por mar

recibirá V. E. las comunicaciones del señor Almirante Lord Cochrane, sobre la toma de la importante Plaza de Valdivia, tengo el honor de acompañar á V. E. la carta particular que he recibido en este momento. El Capitan del puerto D. Fernando Vazquez se dirige á Valparaiso en una piragua conduciendo dicha correspondencia.

Mañana mismo voy á marchar para Arauco con una fuerte division, cuyo movimiento estaba paralizado por falta de viveres.

El Coronel Alcazar se halla desde el dia 10 á la otra parte del Bio-bio en persecucion de Bocardo y demás, que se abrigan frente de la Plaza de San Carlos y Santa Bárbara. Está de acuerdo con los Indios del Bultamapu de Angol, que no hay duda proceden de buena fé. La division que tiene á su mando se compone de seiscientos caballos y cuatrocientos infantes con cuatro piezas de artillería. Estoy esperando por momento el resultado, que no dudo sea en todo mui favorable.

Los Pehuenches de Antuco han traído á la Plaza de los Angeles dos niños de los que tomaron cau-



FIG. 567.—UNO DE LOS ÚLTIMOS RETRATOS DE LORD COCHRANE. (Sala Medina, Biblioteca Nacional.)

imposible mantener el tren de gastos militares sin caer en la bancarrota definitiva. Si bien algunas mentes escogidas impulsaban la partida de la expedición con fines altruistas, al considerarla como el único medio de afianzar la independencia americana, los más estaban animados por el deseo de liberarse de una carga insostenible, el ejército, embarcándolo al Perú para que viviera a costa del virreinato. Son numerosos los ejemplos en la correspondencia contemporánea. Don Miguel Zañartu escribía al ministro Echeverría en abril de 1820: "Echen ustedes, por Dios, el ejército fuera, para que viva a costa de otro país. ¿Cómo el pobre Chile sostendrá ejército y escuadra?... La expedición no ha de llevar los aprestos del ejército de Jerjes. Si somos pobres, es preciso que se haga pobremente".

El vehículo de esta corriente de opinión era el Senado. En un acuerdo, después de solicitar que "se activase cuanta diligencia hubiese pendiente... y, facilitada o no la venida del señor San Martín, se ejecutase la expedición", llegaba a proponer que, "aunque llegue el caso de que el general y sus tropas ultramontanas no puedan ayudarnos, nosotros debemos... poner en planta el proyecto expedicionario".

Las Provincias Unidas habían desaparecido momentáneamente como entidad política. "Cada provincia —dice Mitre— era una republiquitita o un cacazgo independiente... y la nacionalidad era una simple abstracción." San Martín, O'Higgins, Cochrane, Zenteno, Guido, el Senado, todos habían llegado a la triste conclusión de que nada había esperar ya del otro lado de la cordillera. Lo único que podía regularizar el anómalo estado del ejército de los Andes era su ingreso en el chileno. Con gran tacto político, y para no herir a los de acá ni la quisquillosa suspicacia de los oficiales argentinos, se creó la unidad

de hecho. El ex ejército de los Andes quedó convertido en otro nuevo, dependiente del gobierno de Santiago, bajo el comando de San Martín.

Planes opuestos

Las rivalidades, sofrenadas por la conveniencia política, entre San Martín y Cochrane tomaron forma concreta ante la disparidad de criterio acerca de la manera de realizar la emancipación del Perú. Al regresar de Valdivia, el pueblo de Valparaíso había aclamado con fervor delirante al hombre que encarnaba su espíritu de heroica improvisación. Estaba hipnotizado. Lo que Cochrane había hecho en Valdivia era lo que todo el pueblo chileno ansiaba en ese momento hacer (figs. 566 y 567). El almirante, por su parte, agradeciendo las felicitaciones del gobierno, el obsequio de la hacienda de Río Claro (Yumbel) y la confirmación de la ciudadanía chilena, solicitaba como única recompensa que se le confiaran dos mil hombres, bajo el mando de Freire, para llevar a cabo la independencia del Perú.

El plan de San Martín era diametralmente opuesto al brillante y audaz de Cochrane. En vez de balas, intrigas; en vez de combates, amagos, desorganizar la defensa del virrey sin arriesgar nada, a menos de tener bien seguro el triunfo. El almirante insistió en su proyecto, sin parar mientes en la arrogancia y aun el desacato de sus comunicaciones. O'Higgins, que lo quería de modo cordial, se armó de paciencia para evitar el choque definitivo, que hubiera sido catastrófico.

Ayuda a Nueva Granada

Mas no fué ésta la única genialidad política de O'Higgins en el tenso período preparatorio. La historia de Chile recuerda pocos episodios tan ejemplares como la tenaz lucha sostenida por el director supremo para obligar al país a costear una empresa que excedía en mucho a sus recursos y posibilidades. El empréstito forzoso de 29 de febrero representa sólo un aspecto del esfuerzo colectivo. El gobierno había empeñado las rentas de aduanas por casi dos años, contraído deudas y requisado bajo recibo toda clase de artículos, tinas, cables, pipas, lanchas, remedios, víveres, etc.

Cuando la situación se complicaba más con los éxitos trágicos de Benavides en el Sur y las conspiraciones metropolitanas, llegaba a fines de marzo de 1820 la noticia de los grandes progresos de Bolívar y una efusiva carta de Santander, ya vicepresidente de Nueva Granada, para O'Higgins. En medio de las penurias económicas señaladas, aun pudo Chile enviar a los revolucionarios colombianos un valioso cargamento de armas y víveres que iba a cambiar la faz de la guerra en la costa del Pacífico y debilitar por simpatía la resistencia peruana en Guayaquil.

Lucha de atribuciones

En contraste con el agradecido recuerdo que O'Higgins conservaba del esfuerzo cuyano en la liberación de Chile, el Senado y la aristocracia consideraban la expedición al Perú como obra exclusiva del pueblo chileno. Chilenos eran

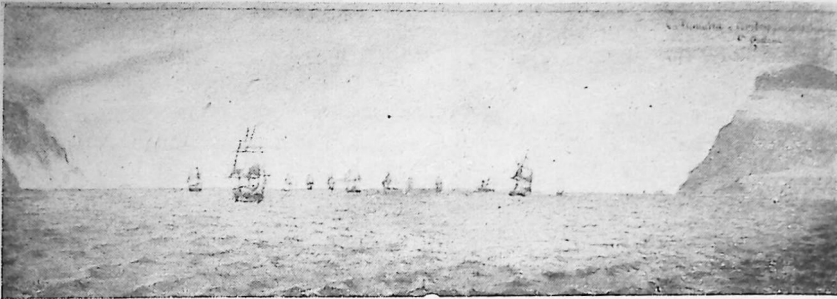


FIG. 568.—PASO DE LA ESCUADRA LIBERTADORA POR EL BOQUERÓN (El Callao).
(Acuarela de Wood, Museo Histórico Nacional.)

los soldados y la mayoría de los oficiales, chilena la escuadra que la conducía y chileno el dinero que la costeaba. No es, por tanto, extraño que el Senado, fiel reflejo de un estado de ánimo colectivo, pretendiera dirigir a San Martín en su política de ocupación en Perú.

El futuro Protector estaba resuelto a sacudir esta tutela, sin perjuicio de seguir utilizando tales recursos. Para ello comenzó por rodearse de un grupo de desarraigados, entre los cuales, además de Alvarez Jonte, García del Río, Guido, etc., despuntaba Monteagudo, ya caracterizado por su siniestra participación en los patíbulo políticos que tanto repugnaban al carácter chileno. La primera consecuencia de semejante política fué la pérdida del afecto que este pueblo otrora le dispensara y que ahora trocaba por un resentimiento no disimulado.

El 15 de julio el ejército expedicionario estaba en condiciones de embarcarse. Según el estado de esa fecha constaba de 4.642 soldados, de los cuales 4.000 eran chilenos. En cambio, la oficialidad se componía de argentinos en un 40%. Convencido de que la expedición había de partir con recursos únicamente chilenos, San Martín aceptaba en abril de 1819 los despachos de brigadier del ejército de Chile. Iba como jefe de estado mayor don Juan Gregorio Las Heras, ascendido a general de brigada, y llevaba como segundo al coronel venezolano Juan Paz del Castillo. La intendencia seguía a cargo de don Juan Gregorio Lemos y el parque al del sargento mayor Luis Beltrán, el mismo ex fraile que había hecho posible el prodigio del paso de los Andes. El material de guerra de repuesto era abundantísimo. En una de las reuniones de vecinos, don Gaspar Marín había preguntado a San Martín: "¿Bajo qué bandera marchará esta expedición?", y el general le respondió: "Con la chilena, señor Marín".

El ejército
expedicionario

El general Miller nos ha dejado una sencilla descripción del embarco: La partida "Era un espectáculo tan tierno como imponente el que ofrecía la bahía, casi



FIG. 569.—SAN MARTÍN (Dibujo de Ruggendas). (Museo Histórico Nacional.)

se hubiera doblegado a la tenaz resolución de O'Higgins y Zenteno. Cerraba la retaguardia el navío "San Martín", que conducía al generalísimo de tierra y de mar.

La escuadra llevaba a bordo toda la substancia del pueblo chileno. Quince años más tarde aún no se reponía del agotamiento originado por un esfuerzo tan desmesurado para su débil potencialidad, que hoy, si los documentos no lo testificasen, se nos imaginaría imposible. También llevaba a bordo la máxima figura americana del momento: el victorioso general don José de San Martín. Pero el recio personaje que había creado el prodigio del ejército de los Andes no dirigía ahora el ejército libertador del Perú. "El general San Martín —escribía O'Higgins a Zañartu el 1.º de febrero de 1820— no sólo no había mejorado su estado físico, sino que, por desgracia, su decadencia cerebral se había agravado."

Las ilusiones cifradas en el enorme esfuerzo hicieron presuponer a sus mentores que la expedición iba a ser un fácil y grato paseo. El optimismo era tan grande, que el mismo O'Higgins decía el 9 de septiembre: "Salió al fin la expedición... Estoy cierto de que en parte alguna tendrá nuestro ejército que disparar un tiro. Todo va combinado de modo que la libertad del Perú se haga sin sangre". Y, rememorando la ardua labor realizada, decía en un manifiesto:

sólitaria en otros tiempos, y ahora cubierta de buques en cuyos mástiles flotaba la bandera chilena... Numerosos vecinos de la capital y de algunas provincias habían acudido a Valparaíso. Las calles de este puerto estaban repletas de gente. Muchas mujeres, que en las otras campañas habían participado de la suerte próspera o adversa de sus maridos, por una orden que no tuvo excepción, estaban, ahora, obligadas a quedarse en tierra. Sus despedidas y lamentaciones, acompañadas del llanto de los niños, daban un grande interés a la escena y enternecían el corazón".

A las dos de la tarde del día 20, la "O'Higgins", enarbolando la insignia de Cochrane, seguida de la "Lautaro" y la "Galvarino", rompía la marcha. El viento sur hinchó las velas, como si también



FIG. 570.—CAPTURA DE LA "ESMERALDA", LA MÁS BRILLANTE ACCIÓN DE LA ESCUADRA DURANTE EL BLOQUEO DEL PERÚ. (Oleo de Somerscales, Club Naval de Valparaíso.)



FIG. 571.—LA "ESMERALDA" DE COCHRANE. (Oleo de A. Finsterbusch, Museo Histórico Nacional.)

"Sólo la futura suerte de Chile ha podido mantenerme. Yo debí encanecer en cada instante".

Fantasías y
realidades

No cabe, en un resumen de esta índole, la pretensión de relatar, por so-mera que sea su forma, las vicisitudes de la guerra de la independencia del Perú, si bien por la estructura del ejército libertador encuadra en el panorama general de la historia de Chile. Juzgamos más oportuno sintetizar el juicio crítico panorámico de la campaña en sus líneas generales definidoras (figs. 568 a 576).

San Martín había embarcado en Valparaíso con un plan preconcebido que se basaba en tres errores: que el ejército chileno era incapaz de batirse con el del Bajo Perú, que el pueblo peruano sólo esperaba su presencia para sublevarse y que la ocupación de Lima significaba la conquista de la sierra y del Alto Perú. Iba, por tanto, resuelto a realizar una guerra de maniobras, concebida para provocar el levantamiento de todo el país, obligar a Lima a rendirse sin combate y esperar a que el resto del Perú se sometiera dócilmente.

Durante el mes y medio en que permaneció en Pisco, vió derrumbarse todas las bases en que descansaba su plan. El pueblo peruano vitoreaba al ejército libertador, mas no estaba dispuesto a enrolarse y, menos aún a sublevarse mientras no se le probara que era capaz de vencer al del virrey. Apenas pudo enganchar a unos 600 esclavos.

En el campo realista las fuerzas materiales y morales atravesaban por una deprimente crisis. El virrey no podía poner en línea de batalla más de 6.000 hombres. Se sabía que el Numancia estaba dispuesto a pasarse a los patriotas y los cuerpos restantes carecían de valor militar. La presencia de la escuadra chilena en el Callao y el desembarco en Chancay provocaron el pánico no sólo en Lima, sino en todo el ejército de Pezuela, abigarrado conjunto de hombres sin moral ni disciplina. La marcha realista de Lima a Asnapuquio se convirtió en un verdadero desbande. Sin embargo, San Martín continuó a Huara, para

Los realistas



FIG. 572.—LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL. (En Lafond de Lucy.)

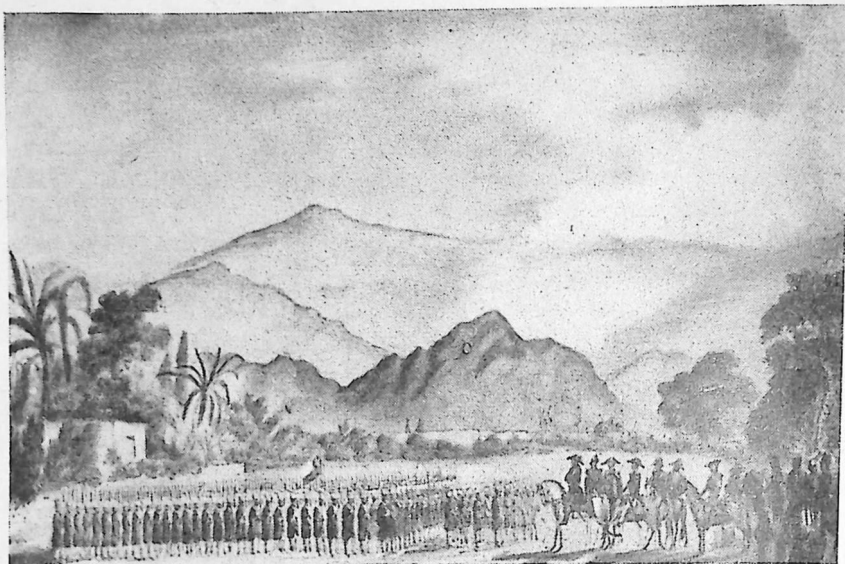


FIG 573.—EL BATALLÓN "NUMANCIA" JURA LA BANDERA ANTE SAN MARTÍN, CERCA DEL INGENIO DE HUAURA. (Acuarela pintada por don Bernardo O'Higgins. Museo de la República, Lima.)

cortar el abastecimiento de Lima por el norte y lograr, después de varios meses de hambre, enfermedades y toda clase de miserias, la entrega de la capital.

El peor enemigo

La idea fija de ahorrar el más insignificante combate se había convertido en una obsesión. El resultado de tan humanitaria política fué el aniquilamiento de su propio ejército, diezclado por las epidemias, el cansancio y la indisciplina, la pérdida de su prestigio y, lo que es peor, la carencia absoluta de recursos, provocada por los ocho meses más de paralización económica.

Mientras él sitiaba Lima a distancia, los generales realistas expulsados de la capital reorganizaban sus fuerzas en el Alto Perú. Llegó la hora del desastre. En Huara morían 20 chilenos cada día y más de 3.000 apenas podían sostener el fusil en las manos. De no haber ocurrido otro tanto en el campo realista, pues Pezuela cometió el error de exponer las tropas de la sierra al paludismo, descuidando la atención de los hospitales y el aseo de la ciudad hasta el extremo de convertirla en un matadero humano, el exterminio del ejército libertador habría sido ineludible y completo.

La situación era tan calamitosa, que La Serna optó por retirarse con sus fuerzas realistas de Lima al Alto Perú, acompañado por las de Canterac. Sin causa justificable, el inteligente Arénales, obedeciendo órdenes de San Martín, abandonó a su vez la sierra.

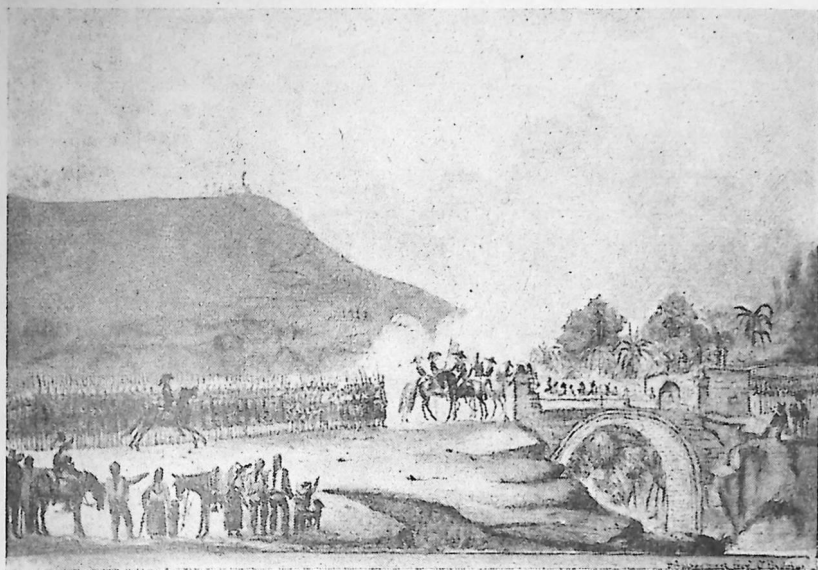


FIG. 574.—EL "NUMANCIA" RECIBE LA BANDERA DEL EJÉRCITO LIBERTADOR EN EL PUENTE DE HUAURA. (Acuarela pintada por don Bernardo O'Higgins. Museo de la República, Lima.)

La ocupación de Lima por San Martín, sus devaneos monárquicos y la serie de calamidades que condujeron al desastre de Ica y que culminaron con la entrevista de Guayaquil ganaron contornos heroicos en cuanto a la férrea voluntad del vencedor de los Andes, que quiso hasta el último momento sobreponerse a las dolencias físicas y morales consecuentes del obligado empleo del opio para combatirlos. Su retiro en 1822 fué oportuno. En apariencia tenía recursos más que suficientes para triunfar, incluso sin el auxilio de Bolívar. Los cuantiosos empréstitos logrados en Inglaterra aclaraban el panorama económico, y la forzada despedida de Monteagudo, que completó su bien ganada fama con toda clase de represalias y persecuciones vesánicas, eliminaba una de las mayores resistencias políticas de su camino. Mas, para consumar la liberación, eran necesarios la voluntad de acero, el don de mando y el buen juicio que dieron valor universal al vencedor de Chacabuco y de Maipo. San Martín lo comprendió así, y optó por abandonar la lucha, heroica y altruísticamente.

El 12 de octubre de 1822 regresaba a Valparaíso. Había partido hacía dos años, un mes y doce días, al frente de las ilusiones y la fe que los chilenos depositaran en su inteligencia y en su valor. El país se había arrancado en un impulso quijotesco el mísero mendrugo de pan y el raído poncho que le quedaban. San Martín no había querido llevar a ningún chileno en su séquito y,

El gesto de
San Martín

El regreso

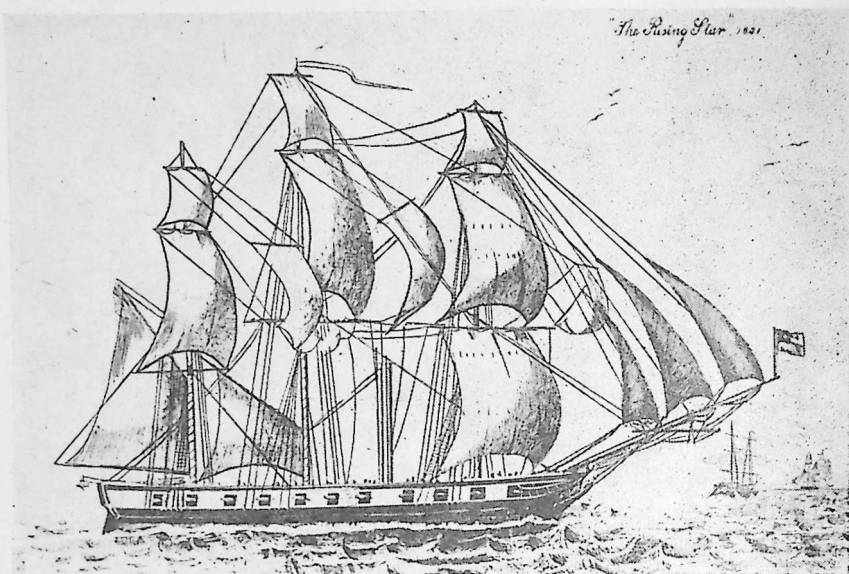


FIG. 575.—LA "RISING STAR", VAPOR CONSTRUIDO BAJO LA DIRECCIÓN DE COCHRANE, DESTINADO A LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA EN AMÉRICA. (Grabado publicado en Londres, septiembre de 1821.)

desde que pisara playas peruanas, no se le oyó una palabra de gratitud para Chile. A mayor abundamiento, había nombrado su ministro de la guerra y jefe de tierra y mar a Monteagudo, que para la morigerada, austera y sobria aristocracia castellano-vasca simbolizaba el pináculo del crimen, la bajeza y la abyección moral. Volvía solo, sin haber apenas combatido. Se había embarcado de noche, dejando abandonados a los hombres que se confiaran a su honor y a su capacidad. No es, pues, de extrañar que los chilenos, de consuno, se sintieran heridos y decepcionados, habida cuenta de su anterior estimación por el vencedor de Maipo. Freire resume el sentir general en su frase a Cochrane: "Téngase por odiosa y sospechosa la residencia de San Martín en cualquier punto del estado chileno. Salga de él para ser feliz en otra parte, pues que tan caro cuesta su protección a los desgraciados".

O'Higgins y Zenteno quemaron los últimos restos de su prestigio en la ardua tarea de ahorrarle desaires y humillaciones. La característica chilena del respeto al caído hizo el resto. Y cuando Cochrane y los carrerinos pedían su procesamiento, el general Prieto lo conducía a la capital con una escolta de honor. Un piadosa fiebre tifoidea, que lo tuvo al borde de la muerte durante dos meses, impuso el respeto a los demás. Veinte años más tarde, podía San



FIG. 576.—SAN MARTÍN. (Oleo de Carrasco. Museo Histórico Nacional.)

Martín escribir a Zenteno: "Jamás olvidaré las demostraciones de interés que me manifestó la población de esa capital en la grave enfermedad que tuve a mi regreso del Perú".

Pensó radicarse en Mendoza. Mas la enfermedad de su mujer le obligó a ir a Buenos Aires, donde un ambiente, más que frío, hostil le indicaba el camino hacia el destierro voluntario.

En el ostracismo le acompañó siempre el recuerdo grato de sus fieles y verdaderos amigos. Sólo la muerte tronchó en 1842 su amistad con O'Higgins, la más profunda y duradera que registra la historia americana. Doblegado en una ancianidad noble y altiva por nuevas enfermedades, el Libertador de Chile y Protector del Perú moría en Boulogne-sur-Mer a las 3 de la tarde del 17 de agosto de 1850.

San Martín en la historia

Entre las figuras de la revolución americana, tal vez sea la de San Martín la que más rápidamente desapareció de la conciencia de los pueblos por él liberados. Los historiadores y panegiristas, en su afán digno por reparar una gran injusticia, han tergiversado el fondo de su personalidad. Al principio, se justificaba, por cierto, esta loable ansia. Mas los continuadores han pretendido endiosar su recuerdo, en el empeño de forjar un arquetipo, a fuerza de diti-rambos y lirismos, para oponerlo al de Bolívar. Su grandeza estriba en el áspero esfuerzo por arrastrar a los pueblos argentino, y chileno a una acción libertadora concertada, a la que ellos se resistían tenazmente. Mientras en la realidad histórica objetiva, el pueblo argentino, desdeñando la sugestión emancipadora de San Martín, se negó a participar en la expedición libertadora del Perú, ordenó a los restos de su ejército que regresaran a la patria y reconcentró sus energías en sostener con ambas manos las entrañas desgarradas por la etapa trágica del año 20, en la fantasía de sus desmesurados y tardíos homenajes pretendióse contrastar su impulso emancipador desinteresado con la ambición y la sed insaciable de gloria de Bolívar.

A la luz del concepto genético de la Historia, la personalidad de San Martín gana contornos muy diferentes de los consagrados. En vez del general de acción deliberada, continua y lógica que inventaron los panegiristas, se destaca una personalidad compleja, transfigurada en el curso de su actuación histórica por tremendos contrastes que, precisamente, valorizan más su calidad humana. Durante la primera fase resaltan con fuerza tres rasgos fundamentales: la llama mística polarizada en el ideal de independizar la América española y quemada en el deseo de pasar a la Historia como libertador desinteresado y austero; una poderosa voluntad invasora, flexible y tenaz, que se resuelve en un absorbente don de mando y en un fuerte poder magnético; una capacidad organizadora genial, sin distinción de tiempos ni de naciones.

XIX

La guerra a muerte.
El coronel Joaquín Prieto.
Chiloé realista.

MIENTRAS el ejército libertador desembarcaba en Pisco, la guerra del sur, que todos creían agonizante, ganaba de súbito un aspecto trágico.

Aprovechando el candor de Freire, Benavides había logrado organizar un ejército de 800 infantes y 900 jinetes, gracias a las armas y otros elementos que había traído Pico del Perú. Las nuevas hostilidades se iniciaron con la derrota total de las fuerzas del comandante Viel en Yumbel, merced a una sorpresa de Pico. La substitución en el mando por O'Carrol no iba a correr mejor suerte, pues el propio Pico lo dispersaba en el Pangal. El jefe patriota fué hecho prisionero y fusilado inmediatamente. No tardó Benavides, envalentonado con estos éxitos, en reincidir en sus crímenes. Luego de engañar a las fuerzas patriotas de Alcázar, desviándolas por el paso de Tarpellanca de su verdadero objetivo, las rodeó sin presentar combate abierto. Se llegó a un acuerdo de rendición, que Alcázar firmó movido por el humanitario deseo de salvar la vida de la enorme masa de mujeres y niños que lo acompañaba.

Como era de temer, dados los tristes precedentes de la ferocidad de Benavides, asesinó a mansalva a todos los prisioneros militares. Su sadismo llegó al extremo de obligar al propio Alcázar a presenciar el sacrificio de sus compañeros. De inmediato, y una vez realizada la infamia, lo entregó a los indios para que lo descuartizaran. Consumado el martirio, pasearon el cadáver en la punta de sus lanzas por delante de los soldados realistas. Los propios indios confesaron después su vergüenza de cantar semejante victoria.

Freire había perdido en una semana la mitad de su ejército y toda la provincia de Concepción. No era, por cierto, hombre para organizar operaciones estratégicas complicadas, pero tenía ánimo en las dificultades, buen juicio y resolución ejecutiva. Estas características lo iban a salvar. Decidió oportunamente encerrarse en Talcahuano y esperar socorros por mar o por tierra (fig. 577).

Victorias
patriotas

El 2 de octubre ocupaban los realistas Concepción. Logró Benavides aumentar sus fuerzas a 1.751 hombres de tropa regulares y 2.400 milicianos disciplinados. Los guerrilleros de Pincheira y Hermosilla se adueñaron, a su vez, de Chillán y San Carlos, donde cometieron increíbles atrocidades.

A pesar de estos contrastes, Freire llegó a la conclusión de que estaba cercado por fuerzas militarmente ineficaces, y, sin esperar los refuerzos pedidos

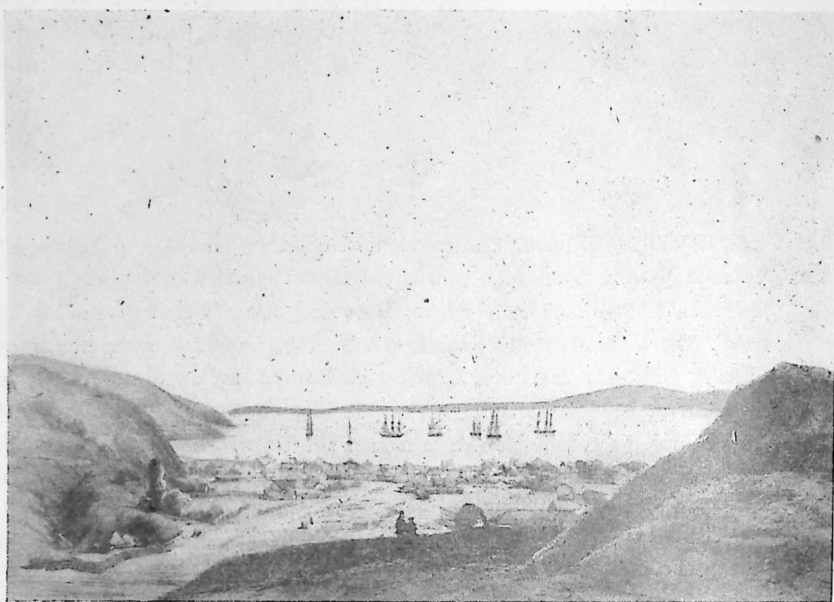


FIG. 577.—TALCAHUANO A COMIENZOS DEL SIGLO XIX, SEGÚN DUMONT D'URVILLE.

a Santiago, realizó una salida con pleno éxito, derrotando a Benavides en las vegas de Talcahuano. El 27 de noviembre avanzó sobre la ciudad penquista. Benavides le presentó batalla en el lugar que después se denominaría la Alameda de Concepción. La actitud de los cazadores de Coquimbo, que se pasaron a sus filas al grito de "¡Viva la patria!", produjo la desbandada de las fuerzas realistas. La totalidad del ejército de Benavides sucumbió bajo los saques de la caballería de Freire, que, en venganza de los aleves asesinatos de Alcázar y sus oficiales, ordenó no hacer prisioneros. Benavides logró salvarse, una vez más, gracias a la velocidad y resistencia de su caballo.

Don Joaquín Prieto

Con todo, las rotundas victorias patriotas no afirmaban la pacificación del sur. Lo que iba a cambiar la faz de la campaña no era el nuevo contingente de tropas preparado en la capital, sino la persona elegida para su comando: el coronel Joaquín Prieto. Sus estupendas cualidades habían pasado hasta el momento inadvertidas. Para los padres de la patria, el arquetipo del general era un hombre torpe y bravo, que embistiera al enemigo como toro, con los ojos cerrados; de aquí el enorme prestigio de Freire y de Bueras. Además, se exigía que el militar fuera "amatonado", grosero, borracho, mujeriego y jugador. Prieto no contaba en su haber ninguna de estas "virtudes"; por el contrario, era sobrio, astuto, perspicaz y dotado de una singular penetración psicológica.

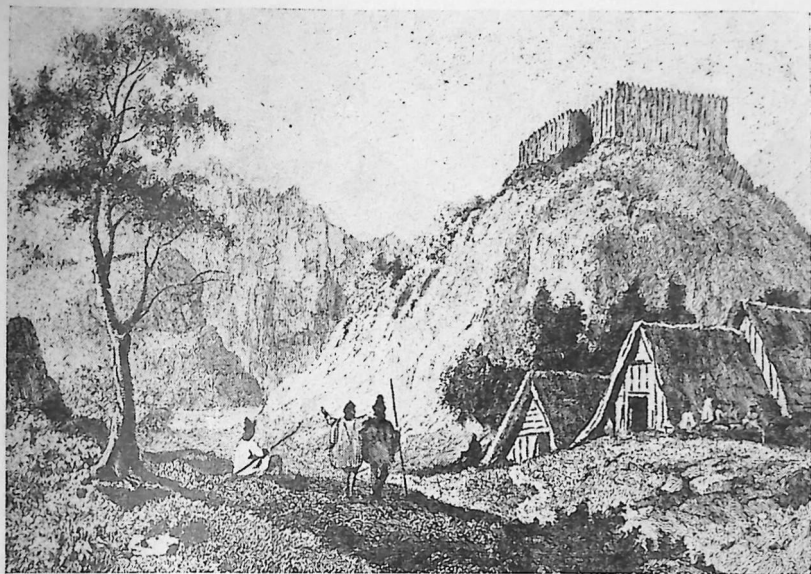


FIG. 578.—EMPALIZADA EN EL CAJÓN DEL RÍO TORBIDO (sic.), SEGÚN FAMIN.

Sin duda, el único hombre que, en ese momento, podía dominar en el sur.

El nuevo comandante discrepaba de Zenteno y de la política de ciegas represalias practicada hasta entonces. A su juicio era peor que la impunidad: destruía el país, sin avanzar en absoluto su reconquista. En vez de organizar guerrillas, reforzó a Viel y a Arriagada, que de inmediato infligieron duras derrotas a los realistas. El 12 de diciembre la división de Prieto entraba en Chillán, iniciando una política de apaciguamiento con positivos e inmediatos resultados.

El imponderable candor de Freire lo había enredado de nuevo en eternas conversaciones de arreglos con Benavides. El astuto bandido, asesorado por su no menos ladino y feroz consejero, el cura Ferrebú, logró mantener entre dimes y diretes una tregua que le permitía reorganizar sus fuerzas al sur del Bío-Bío. Con los últimos restos del ejército de Pico, juntaron unos 2.500 hombres, mal armados, sin eficiencia militar de ninguna clase, mas capaces de lograr el verdadero objetivo de Benavides: destruir lo poco que quedaba incólume de la hermosa región sureña. Dió órdenes de no dejar en pie villorrio ni casa algunos. Los Angeles, Nacimiento, Purén, Santa Bárbara y Tucapel Nuevo desaparecieron consumidos por las llamas. La zona quedó como si jamás hubiera sido habitada.

Nuevas atrocidades
de Benavides

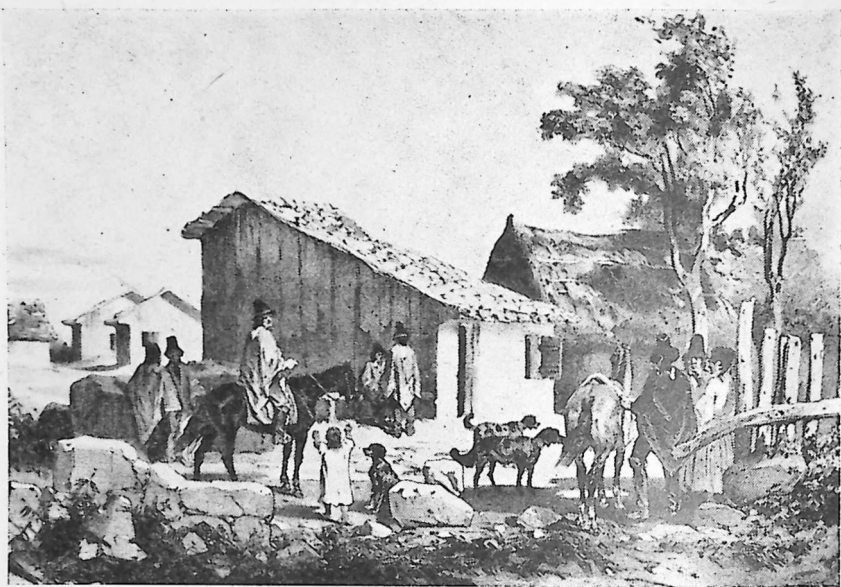


FIG. 579.—CABAÑA DEL CACIQUE PENOLEO EN CONCEPCIÓN, SEGÚN DUMONT D'URVILLE.

Masas gimientes de mujeres y niños que huían despavoridos y los resplandores de los ranchos que ardían al paso de la horda indicaban la proximidad del bandido al río Chillán. Prieto presentó combate, mas su victoria le costó cara, por la inesperada resistencia de Pico. Como Freire se mantuviera inactivo en Concepción, le envió toda su caballería para que operara en la Araucanía, publicó una amnistía para todos los realistas que quisieran volver a sus hogares, se captó a los más influyentes y supo ganarse a muchos guerrilleros. Su energía templada hizo más patriotas en seis meses que la campaña de ocho años de sus predecesores.

Pero Benavides había quedado en posesión de Arauco. Desesperanzado de obtener nuevos auxilios del Perú, optó por conseguirlos por medio de la piratería. Alevosamente capturó el bergantín norteamericano "Hero", la fragata inglesa "Ofilt" y la fragata ballenera de la misma nacionalidad "Perseverance". La presa más valiosa de sus audaces piraterías fué el bergantín "Ocean", que llevaba al Callao para el ejército del virrey 15.000 fusiles, sables, carabinas y municiones. De nuevo el siniestro bandolero contaba con toda clase de recursos, armas para organizar un ejército de más de 4.000 hombres, buques que hacían el corso y lo mantenían en contacto con Chiloé. Engraido con el aplauso

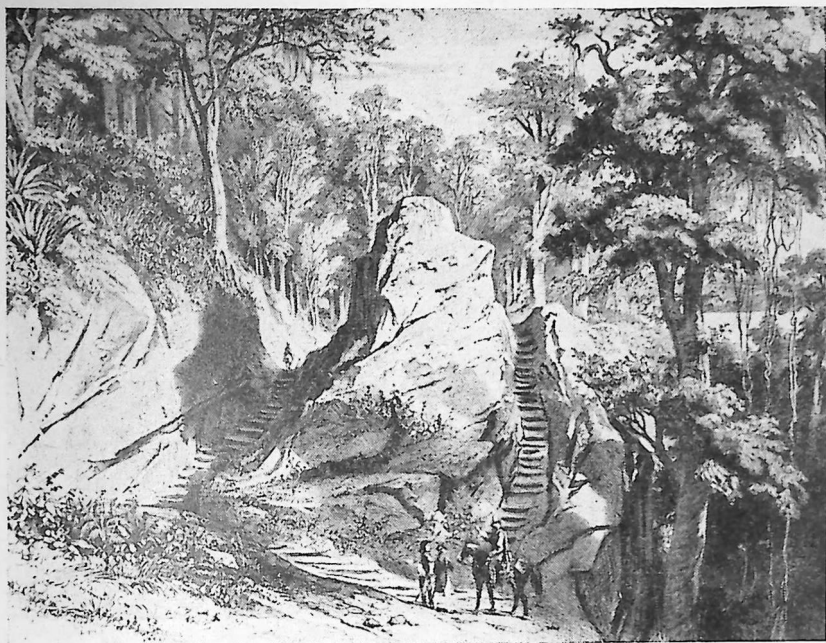


FIG. 580.—ANGOSTURA EN EL CAMINO DE HUALQUI (sic.), SEGÚN DUMONT D'URVILLE.

de la fortuna, organizó un gobierno colonial en regla, con secretarios, ministros del tesoro, etc.

En los primeros días de septiembre se concentraban en el Bío-Bío todas las fuerzas de Pico y Benavides. Llevaban excelente armamento para fortalecer las guerrillas. Los soldados, como antes, no ganaban sueldo. Debían suplirlo esquilmando en el camino a los últimos y míseros sobrevivientes de las depredaciones pasadas.

Por fortuna, Prieto iba a desplegar, ante la temible amenaza, dotes desconocidas antes y después entre gobernantes y generales chilenos. Aprovechando los menores descuidos tácticos de Benavides, a pesar de la inferioridad numérica de sus fuerzas, lo sorprendió en las vegas de Saldía, cuando el bandido iniciaba el paso del río Chillán. Enclavando el grueso de sus fuerzas, atacó al trote por distintos lados, con lo que lograba impedir a los realistas que formaran línea. Pronto sonó el sálvese quién pueda. Cuando Prieto llegó con la infantería, ya Bulnes había destrozado al enemigo sin contar una sola baja en sus filas. La más hábil y afortunada persecución que recuerda la historia de Chile, prolongada hasta las mismas márgenes del Bío-Bío, había liquidado de nuevo al ejército de Benavides. Como en ocasiones anteriores, el

Otra gran derrota



FIG. 581.—UN EPISODIO DRAMÁTICO DE LA GUERRA A MUERTE, RELACIONADO, AL PARECER, CON EL RAPTO DE TRINIDAD SALCEDO. (Dibujo inédito de Rugendas, propiedad de la familia Icaza-Hederra, Talca.)

bandido se salvaba a uña de caballo. Pero ahora no le iba a ser tan fácil reorganizarse.

Esta campaña, pequeña y oscura por la índole del terreno y del ambiente en que se realizó, desde el punto de vista técnico es la gran página de la historia militar nacional. Ni antes ni después se ha realizado nada semejante.

La muerte del
bandido

El ladino Benavides, solo y derrotado, pretendió engañar a Prieto y a O'Higgins como lo había logrado con San Martín y Freire, protestando patriotismo y ofreciéndose para dirigir la pacificación de Arauco. Pronto se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, y decidió embarcarse al Perú. Al recalar en Topocalma la lancha que lo conducía, fué denunciado y apresado. El 13 de febrero entraba en la capital conducido en un asno y vestido como payaso. Diez días después se le arrastraba desde la cárcel a la plaza en un serón. El cadáver quedó en la horca hasta el anochecer. Fué descuartizado y enviados sus restos, por separado, al escenario de sus atrocidades. Un año después, todavía su cabeza, encerrada en una jaula, permanecía colgada de un poste en los suburbios de Concepción.

La memoria de Vicente Benavides ha perdurado en el recuerdo del pue-

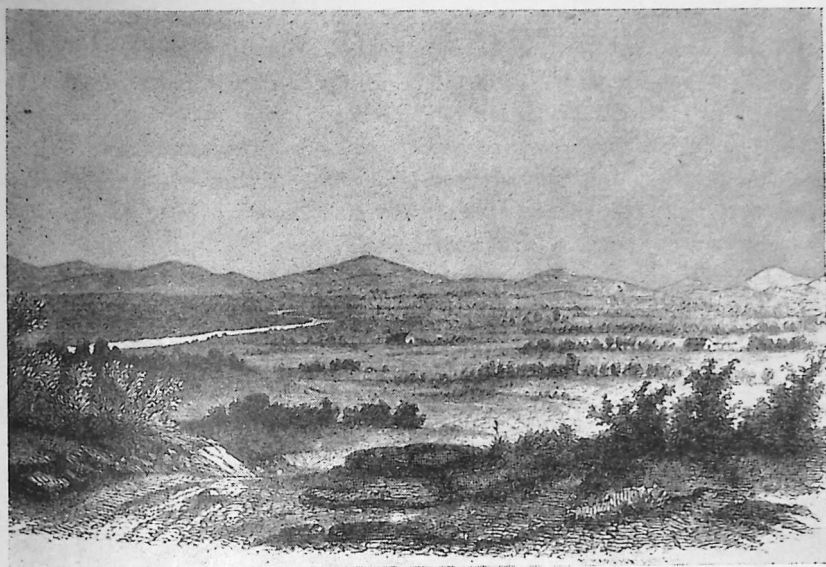


FIG. 582.—LOS LLANOS DE BOROA, ESCENARIO DE LAS GUERRAS DEL SUR DURANTE MÁS DE TRES SIGLOS.

blo chileno como la de un monstruo repulsivo, verdadero baldón de la especie humana. Bajo la máscara de la religión y del rey, cometió los crímenes más espeluznantes y las más depravadas crueldades que registra nuestra historia. En gran parte, los estímulos y auxilios que le dispensaron los virreyes del Perú y el general Quintanilla contribuyeron, objetiva y desgraciadamente, a alimentar en Chile el odio a España durante el siglo XIX, al no diferenciar entre regímenes y pueblos, entre mandatarios y gobernados. Con un simplismo que es común a todas las épocas, llano a aceptar la corriente establecida, historiadores, escritores, intelectuales y políticos del siglo pasado no pararon mientes en que Benavides era chileno y en que la responsabilidad de las estúpidas torpezas cometidas no era error de los españoles, sino de ciertos déspotas que los gobernaban.

Prieto había dado término en buena hora a la guerra con los realistas. Logró concluir en un mes la tarea que su predecesor no había logrado realizar en dos años con los mismos elementos. Pero en substitución de la guerra organizada surgió otro arduo problema en Arauco. Los antiguos caudillos, por obstinación, por temor a las sanciones o, lo que es más probable, por el hábito tristemente adquirido, se distribuyeron entre los caciques amigos, con una docena de soldados, los más sin armas. Las depredaciones en la isla del Laja

Nueva fase en la guerra del sur

y demás comarcas fronterizas continuaron igual o peor que antes. Prieto intentó resolver el problema con las armas. Mas los indios, al día siguiente de vencidos, reaparecían en número mayor cada vez. Tanto Prieto como Bulnes tuvieron que retroceder sin lograr sus propósitos. El primero se había convencido de que el problema era una nueva faceta de la lucha secular entre españoles y mapuches y que sólo podían solucionarlo el avance de la civilización, el mestizaje y el correlativo desplazamiento del indio en más de medio siglo de tenaz esfuerzo (figs. 578 a 582).

Prieto regresaba victorioso a Santiago en marzo de 1822. Se le ascendió a general, pero ya ardía la lucha entre el director supremo y la mayoría de la opinión. Su personalidad, envuelta en el odio a O'Higgins, iba a eclipsarse por ocho años, para renacer presidiendo entre 1831 y 1841 la creación política más fecunda que ha conocido la América española.

Mientras Prieto finalizaba la fase señalada en la guerra del sur, en Valdivia se producían levantamientos que pusieron en peligro la integridad de la plaza. El arrojado novelista de Beauchef, que apresó a los cabecillas del motín dirigiéndose a ellos completamente solo, salvó en momento oportuno la situación. Mas la guerra del sur, que Freire juzgaba concluida, tomaba de nuevo la fisonomía que Prieto había presumido. Bandas mixtas de montoneros y bandidos, capitaneadas por los tristemente célebres Pincheira, asolaban los campos de San Carlos, cometiendo las más atroces fechorías en el pueblecito de Parral. Pico y Senosián, ex oficiales de Benavides, llevaban sus correrías, al frente de bandas de indios, al valle central. En la costa, el cura Ferrebú y el sargento mayor Antonio Carrero ponían sitio a las plazas de Arauco y Colcura.

Chiloé

El archipiélago de Chiloé, gobernado por el general Antonio Quintanilla, había permanecido inalterable al lado del rey. Con motivo de la ocupación de Lima, O'Higgins se dirigió directamente a él ofreciéndole un avenimiento honroso. Quintanilla consultó a los principales jefes y funcionarios y la Junta decidió no rendirse. El general realista comunicó el acuerdo a O'Higgins en una carta atenta y tranquila, que contrasta con la literatura realista y patriota de la época. "Es verdad —le decía— que los asuntos de América tal como usted me los anuncia se hallan favorabilísimos al sistema de independenciam; pero también lo es que el gobierno español ha de hacer el último esfuerzo a su restauración. Esta guerra es demasiado dilatada, y es muy sensible que no se haya efectuado un tratado que conciliase los intereses de ambos hemisferios, para que, cesando los horrores de ella, pudiésemos unirnos con la mayor fraternidad."

XX

La segunda fase de la dictadura.

El empréstito de Irisarri.

Eclipse de Zenteno.

Rodríguez Aldea.

La Constitución de 1822.

Se cierra el horizonte.

La abdicación de O'Higgins.

A PARTE de su aspecto político, la segunda fase del gobierno de O'Higgins iba a acentuar una característica substancial apuntada en la primera: la administración concentra sus esfuerzos en una serie de proyectos fallidos, inspirados en el alto propósito de impulsar el progreso material y moral del país. En 1817 se había encargado a Irisarri el envío de colonos irlandeses y suizos. En enero de 1821 se convino con Peter Schmidtmeier la fundación de colonias agrícolas con familias católicas suizas y, a fines del mismo año, se confió a O'Brien la contratación en Londres de artesanos y técnicos industriales, especialmente químicos, mineralogistas, fabricantes de lino, papel, cristales y loza.

Sintetizando su ambicioso y patriótico programa, decía O'Higgins en el mensaje de 1822: "Necesitamos formar hombres de estado, legisladores, economistas, jueces, negociadores, ingenieros, arquitectos, marinos, constructores, hidráulicos, maquinistas, químicos, mineros, artistas, agricultores, comerciantes". *

En sus demás aspectos, la administración de O'Higgins dista tanto del paraíso ideado a posteriori por sus panegiristas como del sombrío panorama que presentan sus detractores. Fué una administración regular, superior a las que inmediatamente la siguieron, pero muy inferior, en sus líneas generales, a las del período 1830-1891.

En el terreno jurídico, realizó ligeras reformas en las leyes matrimoniales, simplificó la tramitación de los juicios de menor cuantía y reglamentó los recursos de gracia. En el campo administrativo, laboró por regularizar la carrera de los empleados y abolió el sistema de remate de los oficios públicos. En cuanto a la beneficencia, mejoró los hospitales y el servicio de vacuna, y restableció la casa de huérfanos.

La más importante rectificación del rumbo impreso a la primera fase de su gobierno fué el cambio de actitud hacia los realistas y hacia la Iglesia. El 5 de diciembre de 1820 se ordenó el privilegio gratuito de la carta de ciudadanía a los españoles que la solicitaran y se facilitó por todos los medios a la mayor parte de ellos su incorporación a la sociedad. Esta política de avenimiento culmina con una medida simbólica, exaltada muestra de buena fe y es-

* Sesiones de los cuerpos legislativos, T. V, p. 28.



FIG. 583.—CAMILO HENRÍQUEZ. (Dibujo de Desmadryl.)

píritu de concordia: "Si aconteciere que algún enemigo de la causa de América... acreditare de un modo indudable que, procediendo de buena fe, quiere unirse a nuestra gran familia, podrá el supremo gobierno deliberar sobre la devolución en todo o en parte de lo que se le hubiere secuestrado..." * Pero O'Higgins fué personalmente más lejos: el 3 de octubre de 1822 proponía a la convención que se devolvieran a sus dueños o a sus hijos las propiedades secuestradas que no hubieran sido vendidas y que se otorgasen los medios para pagar en dinero efectivo el valor de las ya enajenadas.

En todos los sectores se produjo un movimiento de benevolencia, fiel reflejo del carácter de guerra civil que había ganado la contienda y no de rencor hacia

el español, que iba a ser de decisiva utilidad en la inmediata constitución del pueblo chileno. Uno de los mayores servicios que Camilo Henríquez prestó a la patria fué su brindis del 18 de septiembre de 1822, pidiendo que el próximo aniversario de la independencia se celebrara en concurso con los representantes de España (fig. 583).

Teniendo presente el fenómeno histórico de contemporaneidad, no menos útil fué su nueva política hacia la Iglesia, que produjo la unidad espiritual del pueblo chileno y que se simboliza en la reposición del terco obispo Rodríguez Zorrilla. Esta nueva política, sin embargo, no modificó el criterio de O'Higgins en el empeño por desarraigar los vicios y las supersticiones populares, que tantos enemigos le había ya concitado.

El terremoto
de 1822

El vertiginoso crecimiento alcanzado por Valparaíso sufría en su aspecto material un enorme retroceso con el terremoto que arruinó la ciudad en 1822. El 19 de noviembre había sido un día excepcionalmente tranquilo y abochornado, que presentó el singular fenómeno de una gran marejada sin viento. A las diez de la noche se movió la tierra, luego de escuchar los empavorecidos porteños un ruido aterrador. La suavidad del primer movimiento permitió a los más ganar la calle. Poco después se produjo un segundo tan recio, que en pocos instantes todas las iglesias de Valparaíso se vinieron al suelo. La torre

* Acuerdo del Senado de 5 de mayo de 1821.

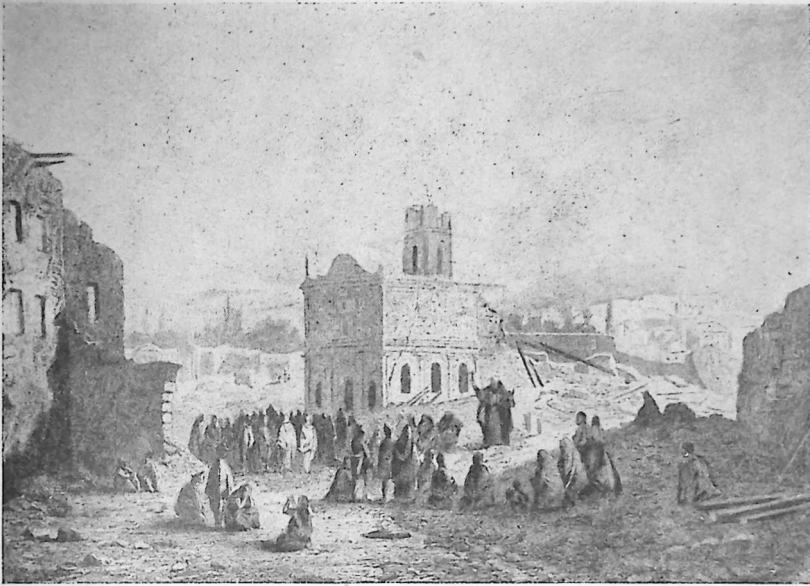


FIG. 584.—EL TERREMOTO DE VALPARAÍSO (1822), SEGÚN FAMIN.

de la Merced, en el Almendral, se derrumbó desde la base, colocándose intacta a modo de puente entre el vecino hacinamiento de escombros. El palacio de gobierno y las casas particulares se hundieron asimismo. "El ruido que acompañó al temblor —dice Longueville Vowell— fué espantoso. En vez del ruido normal de los temblores, semejava descargas de truenos subterráneos, o el de torrentes que arrastran piedras de gran tamaño. Parecía que gruesas capas de granito se removían en las entrañas de los cerros. El estruendo que las iglesias y los edificios producían al caer, los gritos de los habitantes y los aullidos de los perros que vagaban por las calles, sumándose al horroroso ruido subterráneo, formaban un concierto terrorífico, que hacía estremecerse aún a los que estábamos a bordo y casi fuera de peligro" (fig. 584).

Inmediatamente, los rateros emprendieron el saqueo de las casas. Al remover los escombros, se halló a muchos de ellos aplastados por las murallas con los objetos robados en las manos. Los inevitables incendios alumbraban con sus lívidos reflejos el pavoroso escenario, animado por las sombras espectrales de los fugitivos que vagaban sin dirección ni rumbo, profiriendo alaridos aun más sobrecogedores que el unísono concierto de mugidos y graznidos de los no menos aterrorizados animales. Un gran meteoro que cruzó el espacio durante la noche llevó el espanto al paroxismo.

O'Higgins, que estaba en Valparaíso, cayó al salir del palacio de gobierno.



FIG. 585.—EL ALMENDRAL, CON VALPARAÍSO AL FONDO. (Dibujo inédito de Dampier, Archivo Nacional.)

Un ayudante logró arrastrarlo en el momento preciso en que el edificio entero se derrumbaba.

La duración del terremoto fué de tres minutos. El mar se retiró tres veces, para volver otras tantas en olas de más de 4 metros de altura que barrían las playas. Durante la noche siguiente se registraron 36 temblores de menor intensidad, que acabaron de desplomar los pocos muros aun incólumes. Como en anteriores ocasiones, el espanto colectivo buscó refugio en la confesión de sus pecados y en el cilicio.

Cochrane, que estaba a bordo de la "O'Higgins", desembarcó para recoger al director supremo, pero éste prefirió quedarse en tierra para dar ejemplo. El balance fué pavoroso. Además de los edificios públicos y de las iglesias, habían caído unas 700 casas. En cambio, el número de víctimas fué escaso. 78 muertos y 110 heridos. Restablecida la calma, los vecinos pudieron advertir varios fenómenos físicos que aumentaron su pavor. En el suelo se veían huellas de grandes rasgaduras. Los arroyos aumentaron su caudal y surgieron otros nuevos. Cochrane comprobó "que una gran parte de la costa se había elevado tres pies, a lo menos, sobre su antiguo nivel".

O'Higgins, culpable

Mucho peores que los desastres materiales fueron las consecuencias morales de la catástrofe. La fantasía, sobreexcitada con el cataclismo, inventó toda

suerte de avisos sobrenaturales. Una monja había profetizado que Santiago sería totalmente destruido por el terremoto. "La gente oró, y la ciudad escapó ileso." Algunos religiosos predicaban en las calles, atribuyendo el terremoto a castigo del cielo. Aparecieron grupos de aspados y penitentes con el rostro y el cuerpo envueltos en mantos talares. Disciplinantes se flagelaban las espaldas desnudas, gritando salmos y plegarias y dejando regueros de sangre. "Ocurriósele a una santa monja decir que sabía por revelación que el temblor era precursor del fin del mundo y que la hora del juicio final debía sonar a las 11 de la próxima mañana. A tan aterradora noticia, que se esparció por Santiago con rapidez eléctrica, contestó el pueblo saliendo de estampía hacia la plaza, plazuelas y paseos públicos... Pasado el plazo, un repique general de campanas anunció a la aterrada población que los ruegos de las monjas habían movido al Señor a perdonar al género humano y a concederle más años de vida". *

El consenso general de los fanáticos de todas las clases sociales sentó como artículo de fe que la responsabilidad del terremoto caía exclusivamente sobre la heterodoxia del director supremo, sus reformas civiles y religiosas y la benevolencia con los extranjeros herejes. El gobierno intentó paliar tan temible reacción suspendiendo las representaciones teatrales, para que nada impidiera elevar las súplicas al Altísimo, y Camilo Henríquez publicó en "El Mercurio de Chile" una explicación científica de los terremotos. Sin embargo, con su enciclopédica buena fe, O'Higgins ordenó suspender las tenebrosas procesiones de penitentes, disciplinantes y aspados que excitaban el terror colectivo. Con esta medida estimuló la creencia en su herejía y la necesidad de destituirlo antes de que el cielo descargara sobre Chile de nuevo su cólera divina.

El efecto psicológico del terremoto caía sobre campo abonado por el extraordinario agotamiento económico del país, que llegaba a lo increíble con la miseria de la provincia de Concepción. Freire refiere a O'Higgins, en carta de 4 de septiembre de 1822, que vió a una madre dando el pecho a su hijo y, al advertir que estaba exhausto por su propia anemia, asiéndolo por los pies lo estrelló contra una roca para no presenciar su agonía. En ese año se calculaba que habían muerto de hambre unas 700 personas.

En la provincia de Santiago la crisis económica era menos aparente, mas si se escudriña en el fondo de la situación, se percibe una penuria angustiosa que comprende desde el potentado de otrora hasta el humilde gañán.

Caracterizan, por tanto, la segunda etapa administrativa de O'Higgins las dificultades financieras. Falta el dinero para pagar a los empleados, al ejército, a los contratistas y a la marina. En marzo de 1821 escribía el director a San Martín: "No hay quien preste dinero ni con el interés de un 40%; nuestro

* Pérez Rosales: "Recuerdos del Pasado".

ejército del sur no se paga por su falta; los empleados civiles y aun mis propios sueldos no se pagan desde la salida de la expedición, de suerte que parece exageración que para mis gastos de manutención tengo que buscar mensualmente, con vergüenza mía, quien me preste \$ 500".

El empréstito
de Irisarri

Irisarri (fig. 586) se había esforzado afanosamente por colocar un empréstito en Londres. Haciendo uso de la carta blanca que le otorgara el gobierno, el 26 de agosto de 1819 firmaba un contrato con la casa Hullet Hnos. y Cía. por valor de un millón de libras. El Estado de Chile reconocería cien libras de capital adeudado por cada cincuenta que recibiese. Hullet ganaba el 2% por comisiones. Cuatro meses después Irisarri escribía que no había sido posible colocar el empréstito a pesar de sus inauditas condiciones. Chile no tenía aún crédito en el extranjero. El agente propuso entonces la idea de recibir el valor del préstamo en artículos navales o de guerra. Pero el Senado se opuso a la operación.

Todo hace suponer que Irisarri esperaba con avidez la comisión que pensaba obtener con el contrato. No obstante haber recibido órdenes terminantes de O'Higgins de suspender las negociaciones y anularlas si ya se hubieran producido, contrató en firme el empréstito sin esperar respuesta. Un folleto repartido profusamente en Inglaterra realizó a satisfacción la propaganda y, al finalizar el año, la totalidad de los títulos estaban colocados.

Aparte del aspecto escandaloso del asunto, en Chile se tenía el convencimiento de que no podrían servirse las 70.000 libras anuales comprometidas por Irisarri. Por razones de prestigio nacional hubo de aceptarse el depósito de los fondos. Mas ya en esos momentos ardía desde Valdivia hasta Coquimbo la revolución que iba a derribar a O'Higgins. En vista de ello, se dispuso la compra de bonos depreciados hasta el 50% del valor nominal del empréstito, para reducirlo a la mitad, el 15 de enero de 1823. Tres días más tarde abdicaba el director supremo.

Se ha afirmado que el desgraciado negocio de Irisarri fué una de las causas determinantes de la caída de O'Higgins. En realidad, la revolución no necesitaba de estos estímulos. Cuando la noticia del contrato llegó a Chile (noviembre de 1822), Freire estaba ya decidido a sublevarse.

La inmoralidad
crece

Hemos tenido ocasión de advertir hasta qué punto los últimos gobiernos coloniales fueron verdaderos modelos de honradez administrativa en cuanto humanas realizaciones. Es indudable que el desquiciamiento administrativo y la inmoralidad comenzaron con el cambio de personal. Las torpezas de Marcó del Pont y los odios por ellas engendrados movieron a O'Higgins a trocar casi todos los funcionarios. La organización del ejército libertador, combinada con aquella mudanza, fué excelente caldo de cultivo para el desarrollo de la inmoralidad. Era necesario contratar vestuario, armas, víveres, transportes, mu-

niciones, etc., con quienes tuvieran capitales para podérselos adelantar al gobierno, y era imprescindible confiar el control de las transacciones a empleados ahora ineptos y casi todos de dudosa moralidad. Cochrane vióse forzado a reclamar de que se hubiera completado el peso de barriles de carne salada con desperdicios e inclusive con piedras. Uno de los proveedores más ricos, Arcos, mezcló con ladrillo molido y escombros 26 cajones de cartuchos enviados a Freire a Talcahuano. En otras circunstancias, Arcos habría recibido cuatro tiros, como reo confeso de alta traición. El gobierno hubo de contemporizar con él, como con los demás contratistas, porque estos nuevos ricos eran los únicos que poseían capitales y podían adelantarle armas, víveres y, no pocas veces, dinero.



FIG. 586.—IRISARRI. (Oleo, Museo Histórico Nacional.)

Por ello, la impunidad, añadiéndose a los factores ya enumerados, extendió la podredumbre a todos los aspectos de la administración. El contrabando, que durante la Colonia había llegado, según los mejores cálculos, a un 20% del total importado, ahora alcanzaba al 30 y al 40% para la misma mercadería. Idénticas razones hacían inevitable la tolerancia del gobierno en las especulaciones con los artículos de consumo, que durante la Colonia habían sido reprimidas con mano de hierro. Se había formado una verdadera banda de vampiros que desangraban el exhausto tesoro chileno, precisamente apoyados en su debilidad.

Contrabando

Muchos documentos prueban que Rodríguez Aldea se vió envuelto en numerosos y a cuál más oscuros negocios (figs. 587 y 588). No se puede hacer la misma afirmación en cuanto a doña Rosa Rodríguez, a pesar de las reiteradas acusaciones de sus contemporáneos.

Con todo, no fueron éstas las únicas calamidades que afligieron al gobierno de O'Higgins. Los marinos norteamericanos y, especialmente, los ingleses coaccionaban con insolente altanería en defensa de los intereses de sus con-



FIG. 587.—DOS MUESTRAS DE LA FORTUNA ACUMULADA POR RODRÍGUEZ AL-
DEA: ENTRADA AL COMEDOR Y...



FIG. 588.—ALTAR DE LA CAPILLA, DE LA CASA EN QUE HABITÓ, MÁS TARDE, DE LOS VELASCO. (Cf./ figs. 298 a 301. Colección Negativos, Museo Histórico Nacional.)

nacionales. Sobre todo Sir Thomas Hardy, el comandante del "Victory" en Trafalgar, enemigo de la independencia de América, llevó sus arrogancias a extremos inauditos, que hubieron de ser toleradas ante el temor de que las represalias británicas llegaran hasta el auxilio a los Borbones españoles en sus ya totalmente fallidos empeños por recuperar las colonias.

O'Higgins en
brazos de
Rodríguez Aldea

De los actores de la revolución, tal vez fué O'Higgins el que más dió de sí. Entre el diputado de 1812 y el director supremo de 1823 hay una distancia enorme. Mas un complejo sentimiento de confianza ciega en los hombres que lograban cautivarlo lo echó en brazos de Rodríguez Aldea. El nuevo ministro había servido altos cargos, hasta 1817, entre los realistas. Trabajando la amistad de O'Higgins desde Chacabuco, logró impresionar muy favorablemente a la hermana y a la madre del director supremo. Pero, una vez dueño de la confianza de éste, no tardaron en producirse choques por doquier. El primero entre los sonados surgió con Blanco Encalada, pues, en una quijotesca diatriba contra los egoísmos ambientes, alguien supuso encubierto un ataque al gobierno. Rodríguez Aldea presionó a O'Higgins para que lo procesara, pero Zenteno salió en defensa del marino. La opinión tomó partido sin ambages en contra de Rodríguez; a pesar de lo cual Zenteno fué enviado como gobernador a Valparaíso. Con la solución de la crisis quedó Rodríguez Aldea en el Ministerio de Guerra, y Echeverría, que servía el de Interior, a cargo también del de Marina.

Desde entonces, los ánimos se concitaron en contra del odiado ministro y mentor. Rodríguez Aldea, como Monteagudo en Lima, se convirtió en el blanco de todas las iras y se le achacaron todas las inmoralidades y desdichas.

La lucha contra
el Senado

Otra fuente de reiteradas amarguras para O'Higgins fué su no siempre sorda pelea con el Senado. Cuando más apremiaba el auxilio al ejército del sur, decía a San Martín: "No puede usted figurarse lo que me da que hacer nuestro Senado. Ellos me han quitado todos los medios de auxiliar ese ejército, cerrando las puertas a sinnúmero de arbitrios que les he presentado". El conflicto de los poderes tomó formas violentas con el viaje del señor Cienfuegos a Roma, ocasión que pretendió aprovechar O'Higgins para sugerir a los senadores que suspendieran las sesiones. La réplica fué del tenor siguiente: "El Senado no se considera facultado para suspender sus sesiones, y menos para dar al Director Supremo el lleno de autoridad cuando no lo exigen las circunstancias ocurrentes". *

El choque no tardó en tomar orientación política. Rodríguez Aldea creyó factible desprenderse de la tutela del Senado satisfaciendo, a la vez, los deseos de reforma política con la convocatoria de una convención. Auxiliado por Camilo Henríquez, no le fué difícil persuadir al director supremo de su ne-

* Acuerdo de 3 de febrero de 1822.

cesidad. El 7 de mayo de 1822 se dictaba un decreto que en su parte dispositiva ordenaba reunir "una convención preparatoria en orden a la creación de una corte de representantes". Cada Municipalidad debería designar un miembro a pluralidad de votos, y en los distritos que aun no tenían municipios, éste debía ser elegido entre los vecinos principales.

La convocatoria no podía hacerse sin la venia del Senado, y el decreto en cuestión prescindía por completo de él. El 29 de mayo se reunió la Cámara para preguntar respetuosamente al director supremo acerca de las proyecciones de la medida y, acto seguido y sin esperar respuesta, acordó la disolución, con la conciencia de haber cumplido con su deber. Durante tres años había demostrado una cordura, un tino y unas virtudes cívicas que no van a repetirse en el curso de la historia nacional hasta la época de Portales.

Las elecciones fueron dirigidas personalmente por O'Higgins. De Santiago partieron delegados con la misión de encauzarlas y el propio director escribió de su puño y letra a intendentes y gobernadores. No obstante, el único caso de coacción que registran los documentos es el perpetrado en Valdivia por Beauchef, que impuso al candidato del gobierno, Camilo Henríquez, contra el veredicto de la Municipalidad, que había elegido al cura don Isidro Pineda.

El Congreso tenía tanto de democrático como las anteriores asambleas. En cuanto a su composición, preludiaba los reunidos entre 1830 y 1891, pues estaban ausentes los fogosos, los opositores sistemáticos y los enemigos del ministerio. Era un conglomerado de hombres honestos, amorfos políticamente e incapacitados para servir de base a ningún gobierno estable.

El 23 de junio se reunía en la sala del Consulado el nuevo Congreso, constituido con los 22 diputados que a la sazón se encontraban en Santiago. Aclamado por el público que llenaba el patio y la plazuela, el director supremo hizo su solemne presentación y, luego de leer un conceptuoso mensaje, depositó en la asamblea el mando, pidiéndole que se designara de inmediato a su sucesor. Como era de esperar, su renuncia fué rechazada por aclamación. La



FIG. 589.—CORONEL JOSÉ A. BUSTAMANTE, VICEPRESIDENTE DEL CONGRESO, EN 1822, Y UNO DE LOS PRINCIPALES REDACTORES DE LA CONSTITUCIÓN DE 1822.

El nuevo Congreso

Historia tradicional ha censurado acremente esta comedia. Incluso se ha supuesto que ella precipitó la caída de O'Higgins. No es difícil colegir, sin embargo, que cualquiera que hubiese sido la composición de la Cámara, la renuncia habría sido igualmente rechazada.

El primer obstáculo surgió con el planteamiento de la legitimidad del nuevo Congreso como poder legislativo, que negaba el grupo de los ochocientos, representado por don Francisco de Paula Caldera. Sometido el problema a votación, fué acordado que efectivamente residía en él la facultad legislativa, con un solo voto en contra. Mayor revuelo provocó la elección de don Agustín Aldea por Los Angeles. Había sido oficial de las bandas de Benavides, autor de numerosos hechos de sangre y no contaba con otro factor favorable que su parentesco con el ministro Rodríguez Aldea. El paroxismo general llegó al colmo con el proyecto de ordenanza de aduanas, que afectaba directamente a los bolsillos de muchos comerciantes. Las concesiones y reformas al primitivo proyecto no lograron acallar las protestas.

La Constitución
de 1822

Después de pasar mucho tiempo en largas y bizantinas discusiones, se presentó al fin al Congreso un proyecto de Constitución que se basaba en la española de 1812. La nueva Carta chilena fué aprobada el 23 de octubre (fig. 589). Teóricamente, representaba un gran avance sobre el reglamento de 1818. Garantizaba la libertad individual y permitía el libre juego del poder ejecutivo. Establecía dos cámaras: la de diputados, a razón de uno por cada 15.000 habitantes o fracción que no bajase de 7.000, elegida por un sistema complicado, según el cual los Cabildos debían formar una lista de los individuos capacitados para sufragar, y entre éstos elegirse al azar una suerte de electores. El Senado se constituiría con altos funcionarios, por derecho propio, y sus restantes miembros serían designados por el director supremo y por el Senado. Ambas cámaras, que deberían funcionar solamente tres meses en el año, elegirían juntas al mandatario por un período de seis años, y sólo podría ser reelegido una sola vez y ésta por cuatro años.

El fondo teórico de la Constitución no despertó oposiciones violentas. Las primeras en manifestarse surgieron del artículo 84, que disponía "por primera elección, la que había hecho del actual Director la presente legislatura de 1822". O'Higgins era designado, de este modo, por seis años, que con los cuatro de la posible reelección y los casi seis ya cumplidos hacían un total de dieciséis. Demasiado para la aristocracia, para los doctrinarios, para los logreros y para todos los que aspiraban a adueñarse del poder.

Mayores fueron las protestas provocadas por la reforma administrativa del país. Pretendiendo cortar por su base las rivalidades provinciales, que cada vez tomaban más cuerpo en Concepción y en Coquimbo, O'Higgins suprimió las provincias y las reemplazó por departamentos y distritos; en cada uno de los

primeros mandaría un gobernador designado por el gobierno. La reforma era útil y previsor, pero absolutamente inoportuna. Con la convocatoria de una convención que situaba a Santiago en igualdad de condiciones que Linares o Los Angeles, O'Higgins había exacerbado la antipatía que le prodigaba desde antiguo la capital. Ahora, a este factor se unía el espíritu regional de Concepción y de Coquimbo, precipitando el clima de hostilidad que pronto acarrearía su caída.

La convención ponía término a sus funciones el 23 de octubre, dejando como lastre un ambiente de profundo desagrado colectivo: los liberales veían alejarse las reformas políticas; la aristocracia, sus esperanzas de deshacerse de Rodríguez Aldea y de recuperar el gobierno; Concepción y Coquimbo, en una peligrosa efervescencia, y el comercio acorde en su descontento con la nueva reforma de aduanas y las modificaciones del arancel.

Los seis años del mando de O'Higgins se habían caracterizado por la coexistencia del orden material con una indeterminable sensación de inestabilidad política. El fenómeno no surge del odio personal al dictador ni, menos aún, del incipiente deseo colectivo de organizar un gobierno democrático. La tónica de su interpretación la da una inquietud extraña, que comprende a patricios y plebeyos, a o'higginistas y carrerinos, a realistas y patriotas, a nacionales y extranjeros, y que no se concreta en forma definida, entrecruzada por una serie de factores complejos.

Inestabilidad
política

Los elementos del Estado en forma, como genialmente intuyó Bolívar, estaban en Chile más contorneados que en las restantes nuevas naciones americanas. Pero un obstáculo que O'Higgins no logró advertir obstruía el camino de la reconstrucción: el choque entre el desiderátum aristocrático de un gobierno de junta, suave, indulgente y honesto, y la necesidad de un poder activo, enérgico y exigente, que imponía la perentoria urgencia de crear la nueva estructura política del país. Durante sus seis años en el poder, O'Higgins no dispuso de otro punto de apoyo que un pasado muerto y sus dotes de caudillo, que eran modestísimas.

Contribuyeron, además del aislamiento político, otros factores a estimular la sensación de inestabilidad del gobierno de O'Higgins. El más notorio es el cansancio en el espíritu de lucha de un pueblo que ha sido excesivamente exigido. Un ansia de paz y descanso dominaba a todos, excepto, por supuesto, al director supremo. De inmediato se perfila la resistencia, de orden espiritual, que provocaba el altruista americanismo de O'Higgins, al solicitar del país sacrificios duros en beneficio de una causa común pero inaprehensible a la mayoría. Por aquel entonces irrumpía bruscamente un sentimiento colectivo irrefrenable: el amor a Chile se abrasaba en ansias prematuras de transfiguración en patriotismo, o sea, en el amor egoísta al propio país en desmedro

Fatiga colectiva



FIG. 590.—ÚLTIMOS MOMENTOS DE DON JOSÉ MIGUEL CARRERA. (Oleo, Museo Histórico Nacional.)

de los demás. El parto fué precipitado, además, por las trizaduras que provocara la fanfarrona arrogancia de los argentinos y las quisquillosidades del sentimiento nacional.

El alma bondadosa de O'Higgins, antes que echarse en brazos del patriotismo egoísta, que persigue la propia grandeza, se habría dejado hacer pedazos. Su sentimiento matriz era el agradecimiento a San Martín y a los argentinos por la feliz consecución de la libertad de su patria y la tarea, para pagar la deuda, de liberar, a su vez, con elementos chilenos, el Perú.

Mas, como todos los pueblos de la tierra, el chileno tenía mala memoria. El bien recibido se perdía en las brumas del tiempo, mientras los permanentes sacrificios herían sus entrañas en beneficio de una causa que juzgaba ajena.

La trama del
proceso

Sobre estos elementos de descomposición actuaban, atizando habilidosamente el fuego, los carrerinos. Con una inteligencia que raya en lo genial, socavaban de cada uno el punto más débil. Al aristócrata le subrayaban el odio



FIG. 591.—CONCEPCIÓN EN 1822. (Dibujo de Choris. Colección de L. C.)

que O'Higgins profesaba a su casta; al noble, el desaire inferido a su título; al mayorazgo, los peligros que corría su vínculo. Pero su principal campo de acción estaba situado entre el clero y los realistas. No pocos ilusos llegaron al convencimiento de que Carrera llevaría a cabo la reconquista de Chile para la corona de España. Lo que, en el fondo, frenaba los progresos carrerinos no era la fuerza política de O'Higgins, sino el terror al regreso del dos veces fracasado caudillo. Justo o injusto, lo que pesa en la Historia es el concepto que de un hombre o un suceso se forman sus contemporáneos y no la posteridad, con mayores o menores elementos de juicio. Adorado por sus partidarios, don José Miguel representaba para la aristocracia el atropello, la violencia y la ineptitud. La bala que derribó a Carrera en el patíbulo de Mendoza a las 12 del día 4 de septiembre de 1821 (fig. 590), arrastró con él al mejor puntal que sostenía el gobierno de O'Higgins.

Desde el comienzo de su gobierno, los rozamientos con el clero, sin ganar El impío contornos demasiado graves, se habían producido con cierta frecuencia. Hacia

1820 la convicción de que O'Higgins era impío estaba tan generalizada como sus ostensibles preferencias por "gringos" y argentinos. De todos los factores que precipitaron su caída, no obstante, el más difícil de aprehender es el determinado por el doctrinarismo político. En el fondo, más que el hermoso anhelo de realizar un gobierno democrático, anidado en unos pocos, era la máscara que ocultaba los agravios, el deseo de novedad, el cambio, aspiraciones varias que no ganaban forma concreta. Entre el reducido grupo de los que animaban el sentimiento doctrinario descuella don Juan Egaña, también de ideología difusa, pero que, no obstante, influyó hondamente en la aristocracia tradicionalista reviviendo, sin proponérselo, el espíritu de junta, y en Infante, ya por entonces fascinado por las concepciones políticas del boliviano Manuel Aniceto Padilla, que poco después se canalizarían en el fallido intento federalista.

Completan el panorama de descomposición el deseo de desquite de los agraviados y la carencia de atractivo personal de don Bernardo, emanada de su misma silueta moral, que, psicológicamente, concitó en su contra los ánimos de muchos hombres a los cuales había favorecido con generosidad sin límites.

Se cierra el
horizonte

Las trizaduras, cada vez más profundas, entre el director supremo y la aristocracia fueron frenadas en el segundo semestre de 1821 por el entusiasmo de la derrota del virrey y la entrada triunfal de San Martín en Lima. Los banquetes, saraos y diversiones populares reflejaban un sentimiento colectivo de gratitud al hombre que había estrujado a su propio pueblo para realizar la hazaña. Paralelas reacciones provocó a poco la noticia de la caída del Callao. La muerte de Carrera, que pasó inadvertida por el pueblo, indignó primero a la aristocracia, enemiga de los fusilamientos, mas en breve causó también una manifiesta sensación de alivio. Entre los partidarios del desgraciado caudillo levantó un sentimiento de dolor antes que de odio.

Sin embargo, estos sucesos apenas conjuraron por poco tiempo la tormenta. Rodríguez Aldea, que veía concretarse la efervescencia en el deseo de un cambio de gobierno, halló la fórmula paliativa en la convocatoria de una convención. El proyecto dió de inmediato un resultado contraproducente: exacerbó el espíritu regional de Concepción y Coquimbo, alarmó los intereses del comercio y estimuló los deseos de un cambio radical, no sólo en el gobierno, sino en los hombres.

Freire, caudillo
de la oposición

No obstante el descontento contra O'Higgins y el odio a Rodríguez Aldea, los más repudiaban la guerra civil. Temían que un mandatario antipático pero recto, honesto y sensato, fuera substituído por un militar que, con nuevos defectos, no reuniera, al menos, aquellas condiciones positivas.

Freire se había trasladado a Santiago en julio de 1821, con el propósito de juntar refuerzos para el ejército del sur. Pronto numerosos opositores se apresuraron a cultivarlo. A pesar de que Freire siempre fué muy reservado, puede

Señor don Ramón Freire,

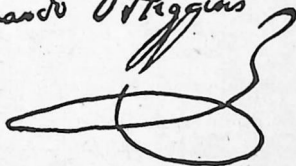
Compañía Mayo 30 de 1817.

Mi amado Am.^o Ha cubierto U. la Patroa de gloria dándose en ellas el primer lugar y oportuna mente ocupara el que le corresponde -

Puede quedarse en Arauco cienfuegos con 30 fieros
unos algunos Artilleros y las milicias - traigase U
cuanto haga a excepcion de lo que de oficio le pre-
venga -

Una fuerte abraza a cada uno de los bravos oficiales
se esta haciendo una tabla de los canónicos p.
saludar a la Patria y a esos bravos -

todo suyo
Bernardo O'Higgins



HERMANOS Y COMPATRIOTAS.

LLEGO ya el momento feliz de cimentar la Libertad por que tanto hemos padecido. La arbitrariedad del imbecil Directorio, ha descubierto ya de un modo indudable sus deseos de esclavizarnos. Sus iniquidades son ya insoportables à los verdaderos libres. Es preciso poner fin à ese yugo despotico que nos oprime y envilece. Dilatar la empresa seria un crimen de que nos acusaria con justicia, la posteridad. Despues de tantos sacrificios por cimentar nuestros derechos, no podemos ser insensibles al descaro con que se ha decretado su ruina. Ese Codicego ridiculo; esa Constitucion vergonzosa, parto solo de la cabala y de la fuerza, debe alarmarnos à la empresa. Ella no tiene otro objeto sino afianzar el solio que ha creido el tirano un patrimonio suyo: y nosotros no podemos asentir à tal depravacion sin avochoarnos de ser hombres.

No Compatriotas: No Pueblos generosos: vengad los ultràjes que se os hace. Recuperad vuestros derechos. Levantad el grito contra el tirano, y ayudad los esfuerzos de los verdaderos amantes de la Libertad. Nosotros hemos jurado la destruccion del despotismo; y el virtuoso Ejercito del Sud protege nuestros designios. Un General acostumbrado à vencer os promete su co-operacion activa, y sus esfuerzos recomendables. El triunfo es cierto. La razon y la justicia va à renacer en nuestro suelo; y con ellas nuestra duradera felicidad.

Perezca el tirano, y cesen las persecuciones injustas. Ciudadanos honrados, Militares virtuosos, Hombres todos que deseais la salvacion de la Patria, unios à nosotros y sereis siempre dignos del gran nombre que por vuestros esfuerzos habeis merecido entre las naciones mas cultas del globo. De lo contrario, nuestra libertad Tenece; y vuestros hijos maldeciràn los nombres de aquellos que formaron sus cadenas.

**LA CONCEPCION DE LOS LIBRES,
Año 12 de la Revolucion, y 1 de la Libertad.**

FIG. 593.—LA PROCLAMA DE FREIRE A SUS CONCIUDADANOS.

advertirse un cambio de opinion por sus choques con O'Higgins. Mas las contundentes victorias de Prieto alarmaron a los partidarios de Freire, que veían en el nuevo vencedor un apoyo formidable para O'Higgins. La reconciliación entre el director supremo y Freire se produjo, por tanto, forzada por las circunstancias, pero con todas las apariencias de una solidez que en el fondo no existía.

El primer desacuerdo surgió al elegirse convencional por Concepción. Por su parte, los opositores habían realizado un trabajo activísimo entre los jefes

del ejército del sur. Las discrepancias se canalizaron, de común acuerdo, contra Rodríguez Aldea. El 4 de septiembre, Freire recapituló sus cargos contra el ministro en una carta que, indudablemente, le fué sugerida por sus mentores. "Hace mucho tiempo —le dice— que las providencias del ministro Rodríguez me indican abrigar en su seno una mala disposición en contra mía...", y en el párrafo culminante remacha: "Permita usted que me queje del modo con que por el ministro de hacienda y de guerra se libran las órdenes para desairarme y desconceptuarme".

Cuando el conflicto había tomado forma, intervino Lord Cochrane, al que Freire había solicitado su participación en la revuelta. En vez de contestar al caudillo, Cochrane solicitó de O'Higgins licencia para abandonar el país, basando su resolución en el descontento general, "difundido entre todas las clases, por las medidas secretas y descubiertas del ministro Rodríguez, quien ha caído en el concepto público, ignorándolo V. E., mucho más allá de lo que cayó el mismo Monteagudo". Y, con gran clarividencia, puntualiza la comparación: "No importa que Rodríguez sea culpable o inocente. Si San Martín hubiese despedido a Monteagudo, tal vez sería todavía el Protector del Perú. De manera, pues, que a V. E. sólo le queda una alternativa, o mantenerse a todo trance o caer con aquel de cuyas faltas V. E. es tan inocente como del terremoto que acaba de asolar la tierra".

Interviene
Cochrane

Cuando la penetrante carta de Cochrane llegó a manos de O'Higgins, hacía una semana que había estallado la revuelta en Concepción (fig. 591). El 22 de noviembre Freire dirigió a los Cabildos de la provincia un manifiesto (fig. 593) que concluía ordenándoles la convocatoria del pueblo, sin distinción de clases sociales, para elegir representantes a una magna asamblea que debería celebrarse en Concepción el día 30. El golpe encontró fervorosa acogida en toda la provincia. Nadie se planteaba el problema del *modus operandi* para poner término a la angustiada miseria que los afligía. Era un sentimiento disforme, impulsado por la desesperación. Es notable señalar que la revuelta contó, especialmente, desde la partida con el concurso del clero y de los realistas dispersos del ejército de Benavides.

La revuelta

Después de varios aplazamientos, la asamblea celebró el día 9 de diciembre su primera reunión. En ella Freire depuso el mando recibido de una autoridad que, a su juicio, había dejado de ser legal. Al día siguiente, la asamblea lo repuso en nombre de la soberanía popular. El día 11 se envió un oficio al director supremo desconociendo su autoridad; mas, con tono mesurado, se dejaba abierta la puerta a la concordia. Por su parte, Freire lanzó una proclama furibunda (fig. 594): "Uniendo mis votos a los de los vecinos de esta generosa provincia, he jurado destronar ese gobierno que nos llena de ignominia y nos envilece con la opresión... Todos conocen hasta dónde llegan los abusos y la

Encargado del mando de la Provincia de Concepcion, y del Exto que la custodia, no he perdido un momento para perseguir los enemigos de su Libertad. Los esfuerzos de mis tropas han triunfado siempre de los peligros que las cercaban; pero sus triunfos jamas han podido ser completos por las maquinaciones, è intrigas del Gobierno de quien dependian. He clamado incesantemente por el remedio de varios abusos: he solicitado los recursos, de que carecia; mas al paso que se repelían mis clamores, se aumentaba la indiferencia estudivosa del tirano. Siendo su objeto dilatar la guerra, para permanecer mas tiempo en la usurpacion del mando, que exerce contra la voluntad de los Pueblos, no ha cuidado sino de aniquilar à estos habitantes, para que asi, ni aun con estos auxilios contase mi Ejercito. ! Miras hostiles y depravadas!! Vosotras sois la causa de la miserable situacion en que hoy se halla esta parte preciosa de Chile!!!

Sin embargo, la virtud de estos Gefes y Soldados y el empeño de los dignos Penquistos, ha hecho desaparecer la guerra à pesar de la viveza con que se ha procurado su duracion por los agentes del despotismo. Nos hallamos libres de enemigos; pero cargados de cadenas opresoras. Nuestros sacrificios solo han servido para proporcionar escandalosas satisfacciones al Directorio y sus Ministros que no contentos con las iniquidades pasadas fraguan nuevos medios de esclavisarnos para siempre. Los libres de Chile han penetrado estas maquinaciones y se han dispuesto ya a frustrar

tan viles designios. Yo no puedo ser insensible tanto à su situacion como à sus aspiraciones. Jure morir por ser libre, y debo cumplir con mi proposito. Mientras la Patria estuvo en peligro me desentendi de este deber sagrado, por no ver repetida la escena, que ocasionò la perdida de Chile. Mas ya (gracias al cielo) puedo atender à los deseos de los verdaderos amantes de la libertad. Ahora ya no hay un motivo poderoso, que me retraiga de esta obligacion santa. Los crímenes del tirano siguen en aumento. Sus miras despoticas han tocado ya los ultimos resortes. Es preciso pues poner el dique que deba contenerlas. Por lo tanto: uniendo mis votos à los de los vecinos de esta generosa Provincia he jurado destronar ese Gobierno ilegítimo, que nos llena de ignominia, y nos envilece con la opresion. Creo que no habra un solo hombre amante à su pais que no se conforme con este proposito. Todos penetran hasta donde llegan los abusos y la arbitrariedad de aquella administracion, el unico remedio es destruirla. Pueblos virtuosos favoreced una empresa que solo atiende à vuestra felicidad. Una reforma en que se nivelen los derechos de los ciudadanos por la ley, y no como hasta aqui por el capricho, es solo à lo que aspiramos. Cesen ya las persecuciones. La honradez sea la garantia inalterable de la seguridad de cada uno. Desaparezca ese furor inquisitorial, con que se persigue à los hombres de bien, por que detestan la tirania. Formemos unCodigo adecuado a nuestras costumbres y relaciones. Elijan los Pueblos el Gobierno que deba regirlos y fixense las bases à

FIG. 594.—EL MANIFIESTO DE FREIRE AL PAÍS.

arbitrariedad de aquella administracion: el único remedio es destruirla". Y a continuación realizaba un juramento del que habría de arrepentirse a poco: "Desde ahora protesto solemnemente ante los pueblos que jamás ocuparé la silla de la magistratura. Ni mis fuerzas son suficientes para una carga tan pesada, ni tampoco la apetezco. Si algún día admitiese el cargo supremo, decid que os he faltado a mi promesa y entonces tendréis motivos para dudar del fin santo que me anima".

O'Higgins, aunque habló de reprimir por la fuerza la revuelta, para lo cual creía contar con medios sobrados, siempre pensó en un arreglo, que no con-

que deba sujetarse. Si las quebrantare sepa que podran castigarlo los depositarios del Poder Soberano; y nunca haya entre nosotros un tirano. Estas son las intenciones que me animan y esto lo que pretenden estos Partidos reunidos del modo mas libre y magestuoso. Mi Exército está resuelto à sostener tan augusta institucion, y entre las aclamaciones mas lisongeras han jurado ò destruir el Despota que nos subyuga ò morir como dignos dependientes de Arauco. Yo os aseguro que nunca dexaré las armas hasta patentizar à todos los Chilenos que soy el mayor amante de su Libertad. Hacedme solamente la justicia de creer que no me mueve à este paso algun deseo inordenado ò la ambicion al mando. Desde ahora protesto solemnemente ante los Pueblos que jamas ocupare la silla de la Magistratura. Ni mis fuerzas son suficientes para una carga tan pesada; ni tampoco la apetezco. Esta declaracion que hago será el garante de mis intenciones. Si algun dia admitiese el cargo supremo, decid que os he faltado à mi promesa, y entonces tendreis motivos para dudar del fin santo que me anima. Solo aspiro à libertar à la Patria. Afianzados sus derechos, me vereis volver à descansar en mi pais: en donde me hallereis siempre dispuesto para perseguir los enemigos de nuestra Yndependencia y à manifestaros que vuestro mejor amigo y compatriota es

FREIRE.

LA CONCEPCION DE LOS LIBRES
DICIEMBRE 12 de 1822.

de O'Higgins y de no hacer fuego contra el pueblo. De esta suerte, se produjeron dos revoluciones paralelas que coincidían en exigir la dimisión de O'Higgins, pero discrepaban en las finalidades ulteriores: la de Concepción gravitaba en torno a un caudillo militar que cautelaba sus íntimos propósitos. La de Santiago unía a dos elementos heterogéneos: los opositores, carrerinos, movidos por el odio a O'Higgins, y la aristocracia tradicional, la fuerza más poderosa del país en esos momentos.

O'Higgins creyó conjurar el peligro ofreciendo, a modo de concesión a Freire, la renuncia de Rodríguez Aldea, formalizada el 7 de enero, y el proyecto de suspender la ordenanza de aduanas y su arancel.

ceptuaba difícil. El 22 de diciembre contestó la nota de Concepción, proponiendo el nombramiento de una diputación metropolitana y otra penquista que debían reunirse en Talca. Los del sur aceptaron la conferencia para el día 22 de enero en "la isla que forma el río Maule a inmediaciones del paso de Duao, que ya sirvió para el mismo objeto el año 1812".

Como era de temer, no tardó en prender el espíritu de rebeldía también en Coquimbo (fig. 595). A instancias de Freire, se nombró una comisión similar a la sureña. Al principio la revolución no encontró eco en los pueblos, mas el pronunciamiento del mayorazgo don José Miguel Irrázabal, gran señor feudal de la región, incorporó Illapel a los revolucionarios. El norte se subleva

Con todo, el mayor peligro estaba en la capital. El comité directivo de la aristocracia, encabezado por el propio intendente, don José María Guzmán, don Fernando Errázuriz y don José Miguel Infante, solidificó los contactos con los jefes militares sobre la base de respetar la persona



FIG. 595.—LA SERENA EN 1822. (Dibujo inédito de Dampier, Archivo Nacional.)

Con el ánimo de precipitar el desenlace, Freire dirigió una nueva carta, más violenta aún que las anteriores, a O'Higgins. Mas éste, que lo sabía inspirado por sus mentores, le contestó con un documento que ensalza su sentido de la dignidad y la ofensa moral que se le infería: "¿Ha creído usted acaso que las amenazas ni nada de lo creado puede asustarme? Pero usted y todos saben si sé arrostrar la muerte. Más me abate una ingratitud que un cañón abocado al pecho. En fin, ya yo todo lo he sufrido; y después de la satisfacción de haber hecho el bien, no me queda otra que ser injuriado por haberlo hecho". Y concluía insistiendo en las posibilidades de avenimiento.

Las conversaciones
de paz

En este clima se iniciaron las conversaciones de paz. Los delegados santiaguinos sólo pudieron llegar hasta Curicó. Talca se había sublevado y los revolucionarios dominaban incluso Quechereguas, donde se efectuaron las conferencias el día 29 de octubre. El desarrollo de los acontecimientos limitó las discusiones a la forma de la renuncia y al gobierno que debía reemplazar a O'Higgins. Los enviados de la capital propusieron que se efectuara por delegación en "una persona que tuviere la confianza general; y estimándose tal el mismo señor Freire". Los representantes de Concepción no se consideraban autorizados para ello y ofrecieron la consulta a su asamblea.

Mientras tanto, el aislamiento de O'Higgins en Santiago era completo. Las conspiraciones desembozadas habían ganado el ambiente. El 28 de enero, entre

las 10 y las 11 de la mañana, comenzaron a reunirse los vecinos en el Cabildo. Al saberse que las tropas confraternizaban con ellos, el número de asistentes fué creciendo a tal punto, que hubieron de trasladarse a la sala del Consulado, de más capacidad. La actitud enérgica de O'Higgins y el temor de revuelta armada disiparon los mejores entusiasmos. En tales circunstancias, el joven revolucionario don Juan Manuel Cobo se situó en la puerta de la sala, bastón en mano, para impedir la salida.

Sabedor O'Higgins de que los jefes militares se habían comprometido a respaldar la revuelta, se dirigió de paisano y sin armas a uno de los escuadrones, arrancó a su jefe las charreteras y lo echó a empujones del cuartel. La tropa prorrumpió en ¡vivas! al director. Acto seguido volvió a palacio. Se vistió su casaca de capitán general y las insignias de director supremo y, acompañado de algunos edecanes y oficiales, recorrió los cuarteles destituyendo a los oficiales comprometidos y entregando el mando a los sargentos. Eran poco más de las tres de la tarde.

Valentía sin límites

La situación había cambiado completamente. Los cabildantes, arredrados, iniciaron de nuevo la dispersión, pero los más audaces la impidieron. Fueron enviados sucesivos parlamentarios a O'Higgins. Agotados los recursos, se pensó en el acendrado cariño a su madre. Doña Isabel Riquelme contestó con firmeza: "Prefiero ver a mi hijo muerto que deshonorado". Por fin se logró que O'Higgins escuchara a don Luis de la Cruz, en quien tenía confianza. Parece que al informarse de la personalidad de los reunidos, exclamó: "Veo que allí se halla lo principal de la ciudad. No era esto lo que se me había informado". Dejó formadas sus fuerzas y, acompañado solamente por el general Cruz y el coronel Pereira, se dirigió al Consulado.

La primera actitud de la asamblea fué de alarma. Mas la presencia del director restableció la confianza. Con todo, el ambiente era tan denso, que muchos juzgaron aquéllos los últimos momentos de O'Higgins. El actor argentino Morante declamó: "¡No espero ver más en hombre!" El director supremo cruzó la sala con aire digno y sereno y se sentó en la testera, bajo el dosel de la presidencia. Saludó con cortesía y manifestó el error en que había estado acerca de la calidad de los reunidos. Acto seguido, poniéndose de pie, preguntó: "¿Cuál es el objeto de esta asamblea?" "El pueblo, señor —le contestó el asesor letrado de la intendencia de Santiago, don Mariano Egaña—, estima en todo su valor vuestros importantes servicios y mira en V. E. el padre de la patria; pero vista la penosa situación por que ella atraviesa y los peligros de la guerra civil y de la anarquía destructora que la amenazan, os pide respetuosamente que pongáis remedio a estos males dejando el alto cargo que habéis ejercido." A la réplica de que la asamblea no representaba el sentir de la nación, Infante insistió en que toda la república exigía el cambio de gobierno y la con-

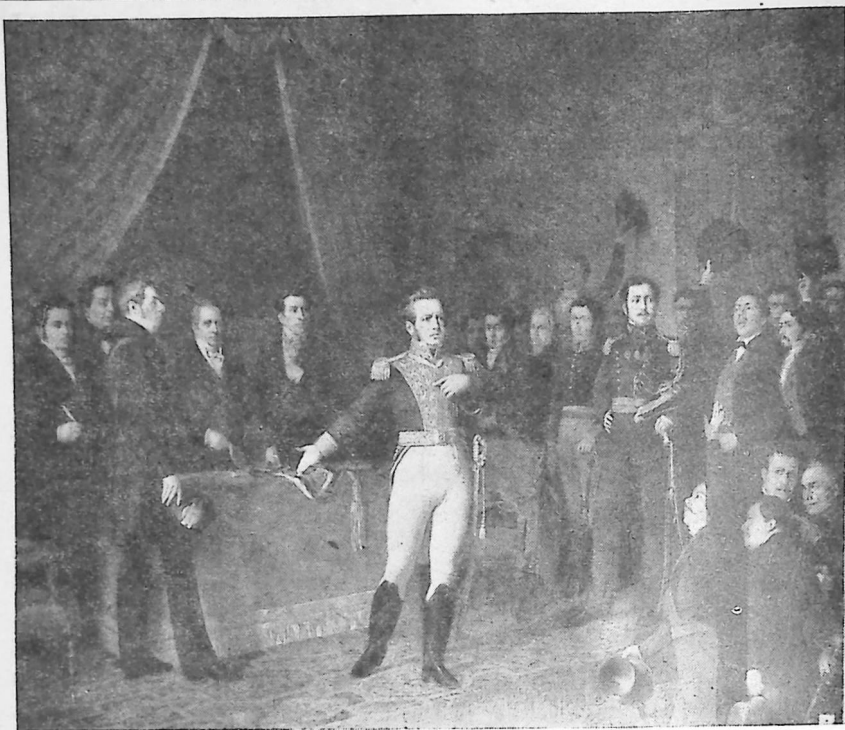


FIG. 596.—LA ABDICACIÓN DE O'HIGGINS. (Oleo de M. A. Caro.)

vocatoria de un congreso. “¿Qué derecho tiene el que habla —preguntó O'Higgins— para tomar la representación de los pueblos, que no le han confiado tal encargo? Ejerciendo yo la suprema autoridad de la República, sólo puedo delegarla ante representantes designados por ella. Lo que aquí se hiciese puede mañana rechazarlo la nación.”

Estas palabras produjeron una impresión enorme. A la insistencia de don Fernando Errázuriz siguió un vocerío ensordecedor. El doctor Vera y Pintado comenzó a recorrer la sala, susurrando: “¡La cesarina! ¡La cesarina!” O'Higgins recogió al vuelo la alusión al asesinato de César, e, imponiéndose a los tumultuosos, gritó: “No me atemorizan ni los gritos sediciosos ni las amenazas. Desprecio hoy la muerte como la he despreciado en los campos de batalla. No puedo ni debo seguir la discusión iniciada en la forma que ha tomado. Si queréis discutir seriamente la situación del país, buscad el remedio que conviene adoptar, designad algunos individuos respetables con quienes pueda seguir tratando tan graves asuntos”.

La asamblea aceptó el temperamento propuesto, y don Mariano Egaña sugirió los integrantes de la Junta, que fueron aclamados. * La concurrencia se retiró sin producirse nuevos tumultos. Se enredó de inmediato una discusión interminable. Al cabo de un buen rato, O'Higgins recibió una carta, que se ha supuesto redactada por Rodríguez Aldea. Se retiró a una pieza contigua para leerla, y, al regresar, ofreció la entrega del mando a la autoridad que designase el pueblo de Santiago y le diera garantías de mantener el orden. Don José María Guzmán comunicó la resolución al público, que la recibió con grandes muestras de alborozo. Consultó a la multitud si autorizaba a la comisión para designar el nuevo gobierno, y, al recibir una clamorosa respuesta afirmativa, preguntó de nuevo si debería ser personal o de Junta. Todos se pronunciaron por la última fórmula. Poco después se reanudó la sesión, que nombró una Junta compuesta por don Agustín Eyzaguirre, don José Miguel Infante y don Fernando Errázuriz.

Abiertas las puertas de la sala, la multitud la llenó de nuevo. Egaña leyó el acta: "Creyendo que en las circunstancias actuales puede contribuir a que la patria adquiera su tranquilidad el que yo deje el mando supremo del estado, y habiendo acordado sobre este punto lo conveniente con el pueblo de Santiago reunido (que era el único con quien podía hacerlo en la crisis presente), he venido en abdicar la dirección suprema de Chile y consignar su ejercicio provisorio en una junta gubernativa..."

Leída el acta, el director supremo tomó juramento a los tres miembros de la Junta e hizo entrega del mando con una arenga que selló con su patetismo el carácter dramático de la sesión: "Si no me ha sido dado dejar consolidadas las nuevas instituciones de la República, tengo al menos la satisfacción de dejarla libre e independiente, respetada en el exterior y cubierta de gloria por sus armas victoriosas. Doy gracias al cielo por los favores que ha dispensado a mi gobierno y le pido que proteja a los que hayan de sucederme". Se quitó la banda que le cruzaba el pecho y la depositó sobre la mesa. "Ahora soy un simple ciudadano. En el curso de mi gobierno, que he ejercido con una grande amplitud de autoridad, he podido cometer faltas, pero creedme que ellas habrán sido el resultado de las difíciles circunstancias en que me tocó gobernar y no del desahogo de las malas pasiones. Estoy dispuesto a contestar a todas las acusaciones que se me hagan; y si esas faltas han causado desgracias que no pueden purgarse más que con mi sangre, tomad de mí la venganza que queráis. Aquí está mi pecho." Y en un gesto dramático, rompiendo los botones de su casaca, lo ofreció desnudo a sus acusadores. O'Higgins era un gran orador. Su arenga ha-

* Fueron ellos don José María Guzmán, don Fernando Errázuriz, don Agustín Eyzaguirre, don Bernardo Vera, don Joaquín Campino, don José Miguel Infante,

don Juan Albano, don Nicolás de la Cerda, don Antonio Mendiburu y don Juan Agustín Alcalde. Egaña fué designado secretario.

bía herido las fibras sensibles de sus auditores. La multitud, conmovida, respondió: "Nada tenemos contra vos", y, enardecida, lanzó un estruendoso "¡Viva O'Higgins!" "Bien sabía —completó el ex mandatario— que con justicia no se me podía acusar de faltas intencionales cometidas en mi gobierno. No obstante, este testimonio me alivia del peso de las que hubiera cometido sin conocerlo." Y, asiendo su sombrero, terminó: "Mi presencia ha dejado de ser necesaria aquí" (fig. 596).

Casi todos los asambleístas lo acompañaron a palacio vitoreándolo estentóreamente. Con su actitud, varonil y digna, había recuperado el corazón de los santiaguinos. *

Sentido histórico
del gobierno de
O'Higgins

Si comparamos la administración de O'Higgins con las de la Patria Vieja y las que la siguieron entre 1823 y 1830, aparece como un verdadero milagro histórico, al que contribuyeron diversos factores ajenos a la personalidad del mandatario. En primer lugar, se destaca el hábito a la medida y a la eficiencia de las últimas décadas coloniales, que no supieron utilizar favorablemente Carrera ni sus rivales. De inmediato se perfila la contribución de los desaciertos de Marcó del Pont y los temores despertados por la segunda dictadura de Carrera. Por último, la victoria de Chacabuco engendró la fe en la independencia y tornó patriota a la gran masa neutra.

Pero su acción personal también contribuyó en gran manera a los brillantes resultados de su gobierno. Si no fué un gran estadista, en cambio había sido un gran animador. Cualesquiera sean los juicios acerca de los resultados, logró dar a Chile de sí más de lo humanamente posible y quemó su contenido en aras de la libertad de América. Su gobierno fué, en general, respetuoso de las libertades cívicas. El *tour de force* que impuso al país permitió dar a la administración eficacia, costear la escuadra, vencer a Osorio en Maipo y realizar la mitad de la jornada que libertó al Perú.

En cambio, enfocado desde el punto de vista sociológico, su gobierno fué excesivamente personal. En tal concepto, no creó siquiera un rudimento de forma política y estaba condenado a arrastrar con su caída la obra levantada. El ánimo progresista y su interés por cuanto significara un adelanto moral o material caracterizaron su obra creadora. Mas el espíritu de avanzada sólo gana importancia histórica cuando se traduce en concepciones concretas que respondan a la realidad social y orienten el desarrollo en el sentido marcado por ellas

* Las palabras que O'Higgins pronunció en la asamblea, así como los discursos de Egaña, Infante y Errázuriz sólo se conservaron en el recuerdo de los asistentes. No es de extrañar, por tanto, que cuando Gay, Santa María, Amunátegui, Vicuña Mackenna, Barros Arana, etc., recogieron,

más tarde, las versiones de los sobrevivientes, discrepan en la exactitud de las frases puestas en boca de tal o cual actor. Hemos procurado conformarnos con la versión de Barros Arana, por ser la más popularizada. (N. del A.)



FIG. 597.—CALLE DE SANTO DOMINGO (Santiago), HACIA 1822. (Dibujo de María Graham.)

y por las posibilidades de la concurrencia mundial. No nos legó el pasado, como supuso la teoría histórica romántica, rémoras legales que entrabaran la expansión económica de las ex colonias españolas. Por contraste, las mudanzas trascendentales en la vida comercial del país, provocadas por la independencia, hacían insoslayables grandes cambios en la producción y en el consumo. Estas transmutaciones económicas eran factibles. Podían ser dirigidos algunos ajustes, canalizando en determinado sentido las energías privadas. Mas se cometería una enorme injusticia enrostrando a O'Higgins esta incapacidad, que era común a la época y al ambiente. En el juicio valorativo de sus aciertos y de sus omisiones, la balanza se inclina por entero del lado de la rectitud, de la buena fe y del sacrificio permanente, sin desfallecimientos, por el hermoso y elevado ideal de la independencia americana.



FIG. 598.—DON BERNARDO O'HIGGINS. (Grabado de Fairland, Londres.)

XXI

Freire, director supremo interino.
Ostracismo de O'Higgins.
Gobierno pelucón-liberal.
Los Egaña.
Benavente.
El estanco del tabaco.

AL día siguiente de constituida, ya se habían pronunciado en contra de la Junta algunos carrerinos, los revoltosos profesionales y los exaltados. Desde sus primeros pasos, no obstante el juicio adverso de la historia tradicional, demostró el triunvirato un fino instinto político. Designó ministro de gobierno y marina a don Mariano Egaña, y de hacienda y guerra, a don Agustín Vial.

Como era de esperar, la solución no satisfizo a los conspiradores y, si bien se logró desarmar a las tropas de Coquimbo, la Junta se encontraba inerte ante las pretensiones de Concepción, apoyadas por Freire y su ejército. La asamblea del sur desconoció la autoridad de Santiago, y Freire, no bien hubo desembarcado en Valparaíso con sus fuerzas, luego de arrestar a O'Higgins, que se encontraba en el puerto, negó a la Junta de Santiago el carácter de gobierno nacional.

Mientras entre el general y la Junta se multiplicaban los rozamientos, un clima de tensión agresiva invadía el ambiente. Surgieron varios periódicos de batalla: "El Tizón Republicano", "El Clamor de la Patria", "El Imparcial", "El Corresponsal del Imparcial", "El Interrogante y Respondente" y numerosos folletos y hojas sueltas que, además de atacar o defender al gobierno caído y a la Junta, consagraban sus mejores disparos a injuriarse entre sí. En el sur la situación era más lastimosa aún. Pronto estallaron nuevos motines y guerrilleros y bandidos cayeron otra vez sobre las aldeas indefensas. En Tucapel, un destacamento de ochenta dragones se sublevó, y, luego de asesinar a su jefe, se unió a los Pincheira. Uno de éstos, Antonio, saqueó el 26 de abril el pueblo de Linares, degolló a los hombres que no lograron ocultarse y raptó a las mujeres. Tropas del gobierno batieron a los bandidos, quedando en el campo el propio Antonio Pincheira. Los soldados, después de la victoria, se sumaron a la banda de forajidos que acababan de derrotar. A la postre, el temor a la anarquía facilitó el acercamiento de las tres provincias y el triunfo de Freire.

Las elecciones para reunir la asamblea provincial de Santiago se iniciaron el 9 de marzo, pero sólo el 29 se realizaba su apertura solemne. Una junta de plenipotenciarios, constituida con don Juan Egaña, por Santiago; don Manuel Vásquez de Novoa, por Concepción, y don Manuel Antonio González, por Coquimbo, resolvía, "por unánime conformidad de votos y ciertos y seguros de la

Tensión agresiva

La asamblea de Santiago

voluntad de sus asambleas respectivas, nombrar por Director y Jefe Supremo provisorio del estado, encargado del poder ejecutivo, al señor mariscal de campo de los ejércitos de Chile don Ramón Freire y Serrano". En su aceptación del cargo, Freire confesaba, con sinceridad manifiesta, que accedía a desempeñar "una comisión que considero superior a mis cortas aptitudes".

Freire, político

Entre los simplistas bosquejos psicológicos de los gobernantes chilenos que nos legó la historiografía tradicional, tal vez sea el de Freire (fig. 599) el más acertado. Todos coinciden en que fué un mandatario recto, bueno, honrado, de muy cortos alcances, carente de preparación política y propenso a dejarse engañar. Sin embargo, los factores que hicieron a Freire desempeñar una función directriz en los acontecimientos transcurridos entre 1823 y 1830 han pasado inadvertidos.

El primero fué el hecho de que, en el fondo, encarnaba el ideal de gobierno de la aristocracia castellano-vasca. El segundo, la necesidad de apoyarse en un jefe militar aceptado por los pipiolo, pero sugestionable y fácil de manejar. El tercero, su cordura negativa, que lo impulsaba a no contrariar las corrientes de opinión, aunque discrepase fundamentalmente de ellas.

Egaña en primer plano

El dominio absoluto de la aristocracia sobre el nuevo mandatario tomó forma concreta con el primer ministerio. Logró de inmediato que Freire llamara al cargo de gobierno y relaciones a don Mariano Egaña; al de hacienda, a don Manuel Novoa, y al de guerra y marina, a don Manuel Antonio González. El reemplazo de los dos últimos por don Pedro Nolasco Mena y por el coronel don Juan de Dios Rivera colmó todas sus esperanzas. De hecho, Egaña iba a ser el gobernante.

Con la disolución de la asamblea de Santiago, se volvió en la práctica a un sistema de gobierno similar al de 1818: un director supremo y un Senado, compuesto ahora de 9 miembros, elegidos por las asambleas provinciales.

No obstante la interinidad de su cargo, Egaña intentó completar sus medidas administrativas. Espíritu activo, estimulado por una fe ciega en el poder de la legislación, delimitó los seis departamentos en que debía dividirse la República, creó un consejo de educación, reorganizó sobre nuevas bases el Instituto Nacional, regularizó la hacienda pública, etc. Sus enérgicas iniciativas, con todo, se estrellaron contra la falta de recursos y de tiempo y contra la oposición del Senado.

Ensañamiento contra O'Higgins

No tardaron los carrerinos en conjugar todas sus fuerzas para obtener del Senado el sometimiento de O'Higgins a juicio de residencia. El boliviano Manuel Aniceto Padilla, no contento con la acusación, se querelló por cuenta propia, lanzando contra el ex director los más procaces insultos. No faltó quien saliera en defensa del caído y el público se pronunció contra Padilla. De todos modos, el tono de la campaña consumió los tres primeros meses de mando de



D.^o Ramón Freire Oficial de la Legión de mérito. Coronel Jefe de los Ejérc. de la Patria de Estado de Chile: Coronel del Regimiento de Cazadores de la Escolta Directorial. Comandante en Jefe del Ejército del Sur y Gobernador Intendente de la Provincia de Concepción.

FIG. 599.—DON RAMÓN FREIRE. (Oleo de Gil de Castro, Museo Histórico Nacional.)

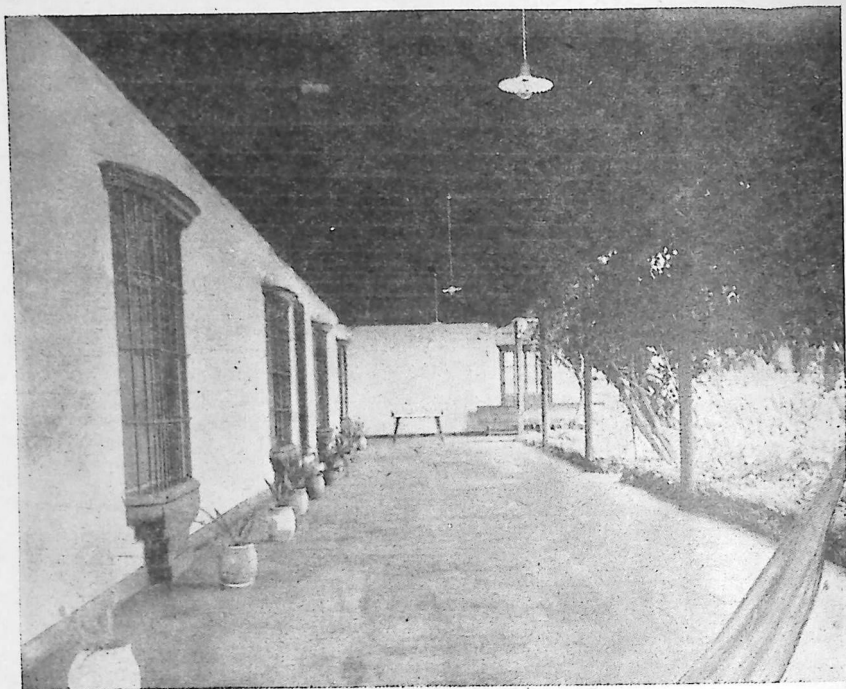


FIG. 600.—LA CASA DE O'HIGGINS EN LA HACIENDA DE MONTALBÁN (Perú). (Reproducción Archivo Zig-Zag.)

Freire entre injurias, intrigas del Senado y esfuerzos fallidos del gobierno por aplacar las pasiones.

Confiado en las protestas de lealtad de Freire, don Bernardo había permanecido en Valparaíso. Al cabo de cinco meses se expatriaba en la goleta británica "Fly", para no volver a pisar el suelo que tanto amara. Se había propuesto retirarse a la vida privada y consumir su ideal de ser un verdadero *farmer* irlandés, mas su pasión por la libertad americana lo hizo ponerse a las órdenes de Bolívar, que le ofreció mando en vísperas de Junín. Las fiebres sólo le permitieron reunirse con el Libertador doce días después de librada la memorable batalla. En 1825 se radicaba en la hacienda de Montalbán y Cuiba, que le obsequió el gobierno del Perú, totalmente desmantelada. Hubo de aceptar préstamos usurarios, mas en 1839 su propiedad era una de las mejor cultivadas del país (fig. 600).

El 21 de abril de ese año fallecía su madre, doña Isabel Riquelme. Intuyendo su próximo fin, don Bernardo quiso poner en orden sus asuntos y, muy

especialmente, ver a su patria por última vez. El gobierno chileno le restituyó el puesto de capitán general por ley de 7 de octubre de 1842, pero no pudo cumplir el hermoso deseo. El 8 de octubre dictaba testamento. Murió a las 12 de la noche del día 24, a los 64 años de edad.

La figura angular de O'Higgins ha sido desvirtuada por la historia tradicional, tanto por los panegíricos de Vicuña Mackenna y Barros Arana como por las detracciones de Amunátegui. Analizado a la serena luz que proyecta la distancia histórica, aparece el padre de la patria definido por dos rasgos de gran relieve que forman la verdadera urdimbre de su personalidad: el coraje moral y su admirable optimismo. Desviado del rumbo que le señalaban sus aptitudes por un capricho de las circunstancias, aceptó su destino con un valor sobrehumano. Nunca se arredró ante los obstáculos, por enormes que aparecieran. Fué un gran animador, un optimista dinámico, embalsamado en el ideal de la independencia de América, que hizo dar a Chile todo su contenido y desempeñar un papel muy superior a su potencialidad real. Fué, además, el único de los grandes próceres de 1810 que no se descorazonó con el espectáculo del desquiciamiento y del caudillismo, ni sintió vacilar su fe en el porvenir de los pueblos hispanoamericanos.

Proyección
histórica

A la luz de una actuación externa muy definida, se perfilan en Freire como características fundamentales la carencia de pensamiento político propio, una absoluta ineptitud administrativa y una docilidad total para dejarse dirigir. El buen entendimiento del período en que le cupo actuar en forma directriz aconseja el esbozo de la singular figura de don Mariano Egaña (fig. 601).

La personalidad
de don
Mariano Egaña

Hijo mayor de don Juan Egaña y de doña Victoria Fabres, nació en Santiago en 1793 y falleció en la misma ciudad el 24 de junio de 1846. Una precoz madurez ahogó su infancia de niño prodigio: en vez de jugar, leía, y, despreciando la compañía de sus colegas de edad y estudios, buscaba la de hombres sesudos. La constancia en los estudios y su poder de asimilación no eran menos asombrosos que su gravedad prematura. A los 18 años era abogado, y a los 20, secretario de la Junta de gobierno de 1813, tal vez el cargo más delicado en ese momento.

La Reconquista lo mantuvo en Juan Fernández. Chacabuco puso término al cautiverio y la Junta constituida después de la renuncia de O'Higgins lo nombró ministro de gobierno y marina. Al iniciar su ruidosa carrera política contaba, pues, apenas treinta años. Bajo, obeso, de cabeza y vientre muy abultados, cara redonda y facciones regordetas, la voz chillona, su físico tenía mucho de ridículo. Su característica fundamental era la ingenuidad, hermanada con un extraordinario talento. La experiencia de una vida azarosa como pocas no logró desarrollar en él la malicia. Pero el tímido cordero se trocaba en violento energúmeno cuando se ventilaban los destinos de la patria. Padecía de verdadero

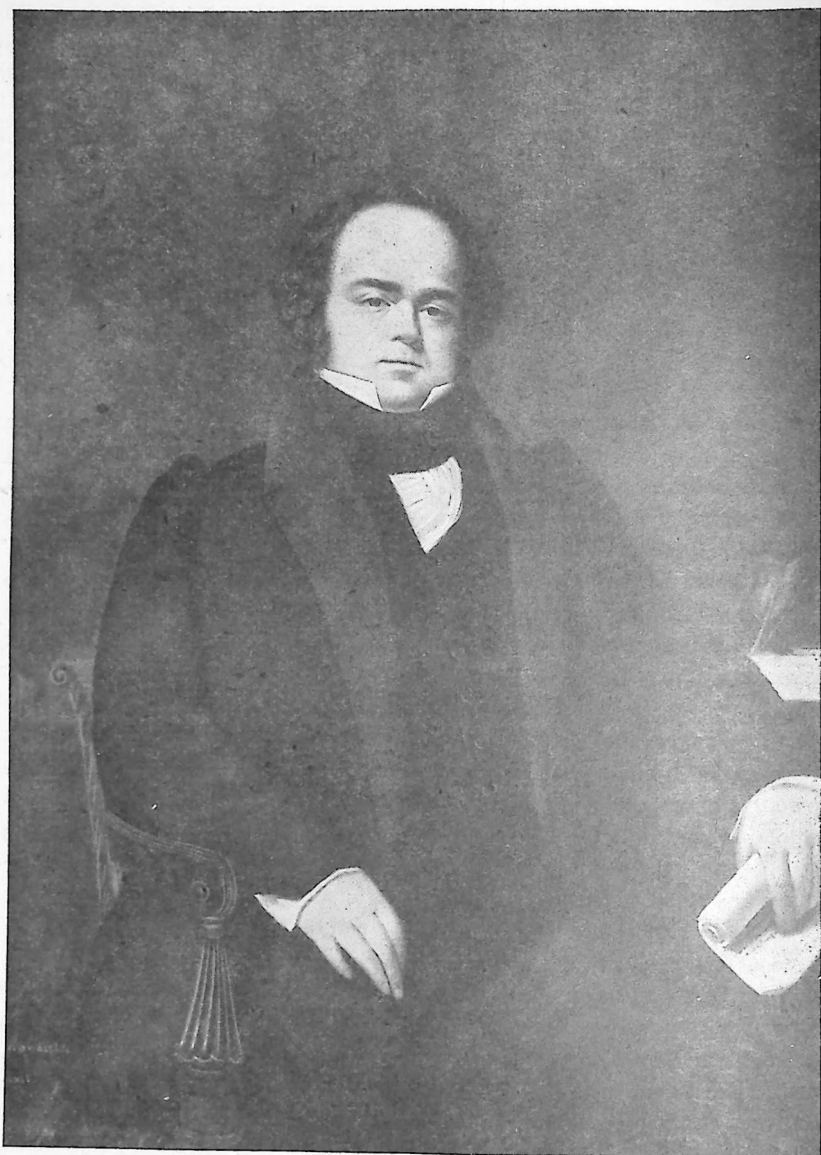


FIG. 601.—DON MARIANO EGAÑA. (Oleo de Mandiola, Museo Histórico Nacional.)

terror fisiológico por las travesías marítimas, lo que fué suficiente para que Portales, que de todo hacía mofa, le pidiera que se embarcase en la escuadra de Blanco Encalada (1836). Ante el asombro general, respondió sin titubeos: "Si la patria lo exige, me embarco". Y cumplió su cometido con entereza admirable.

Egaña fué, ante todo, un legislador, un jurisconsulto y un magistrado de saber prodigioso para su época, al tiempo que un apóstol del progreso y de la cultura, características que hicieron de él un precioso auxiliar de Portales y un pésimo mentor de Freire. Sus contemporáneos, aludiendo al contraste entre su figura y su anglomanía, lo apodaron "Lord Callampa"; pero respetaron su saber, su acrisolada honradez, su patriotismo y sus virtudes privadas. El carácter afable le granjeó la benevolencia general, salvo la del clero, con el que siempre anduvo a la greña, a causa de su exagerado regalismo.

Tanto las opuestas concepciones de Egaña y de Infante como la absorbente iniciativa del Senado provocaron innumerables conflictos. Con todo, el gobierno logró llevar a cabo algunas reformas pendientes, entre las que cabe destacar la nueva ley de imprenta, según la cual el denunciante estaba obligado a probar los cargos contra el funcionario inculcado y se declaraban delictuosas las ofensas y ultrajes contra particulares.

Reformas y
choques

Siguiendo una tradición que venía del concepto de gobierno de Felipe II, Egaña era, a la vez, profundamente religioso y exaltadamente regalista. Estaba firmemente resuelto a impedir los avances del clero sobre el poder civil y a tutelar la conducta de los prelados desde el gobierno. Esta actitud le iba a concitar la animosidad de las órdenes. En cambio, los esfuerzos por restablecer el espíritu religioso colonial le valieron el encono de los partidarios de la libertad de conciencia. El conflicto ganó forma con la polémica sostenida entre el doctor don Bernardo Vera y fray Tadeo Silva en torno a la consideración de los terremotos y cataclismos como castigos de las flaquezas humanas o como advertencia para la enmienda de los pecadores. Camilo Henríquez apeló a la autoridad de Voltaire, Rousseau y Montesquieu, en cuanto "apóstoles de la razón". Fray Tadeo replicó con su célebre opúsculo "Los apóstoles del diablo". Infante aprovechó el tumulto para lanzar sobre el gobierno un acuerdo del Senado que dejaba a merced del ejecutivo las designaciones de todos los eclesiásticos, desde el obispo hasta el párroco, pues se hacía condición *sine qua non* su patriotismo y fidelidad al gobierno.

No menos áspero fué el choque promovido con los tratamientos y distinciones honoríficas, que Padilla, Infante y sus partidarios juzgaban como un retroceso al boato colonial. Un decreto de 28 de julio de 1823 disponía que los miembros de la cámara de justicia usaran "la toga con goliilla y puños en la forma que la usaba la Audiencia antigua".

Pipiolos y
pelucones

Los conflictos recrudecieron con la proximidad de las elecciones para el Congreso Constituyente de 1823, que deberían verificarse el 7 de julio. El Congreso constaba de 53 diputados (uno por cada 15.000 almas y fracción que pasara de 9.000, y de otros tantos suplentes), elegidos por votación directa. Para ser elector se requería saber leer y escribir, un mínimo de 23 años de edad, una propiedad raíz, un giro industrial de \$ 3.000, un sueldo o renta de \$ 300 anuales o algún cargo público honorífico. También eran electores los oficiales del ejército y de milicias, los eclesiásticos seculares y los maestros mayores de oficios. La lucha electoral se limitó a Santiago. Los bandos estaban divididos en dos grandes grupos antagónicos. El más numeroso, que el simplismo generalizador ha dado en llamar "pelucón", estaba constituido por el grueso de la aristocracia castellano-vasca, la mayoría del clero y de los elementos modestos, sin diferenciarse conservadores, liberales, aristócratas ni estanqueros. El bando opuesto, que, por otra simplificación, se ha llamado "pipiolo", lo constituían algunos miembros de la aristocracia segregados por sus tendencias antirreligiosas, como Infante, y los carrerinos.

La primera lucha
electoral organizada

El carácter primitivo y confuso de las orientaciones políticas no restó violencia a la primera lucha electoral organizada en Chile. Los opositores, encabezados por Infante y dirigidos por Padilla, organizaron bandas de garroteros con el manifiesto propósito de aturdir a sus enemigos a palos. El intendente los desarmó y las elecciones se desarrollaron "tranquilamente". Como se había supuesto, el triunfo absoluto correspondió al bando aristócrata tradicionalista. La lista compuesta por don Manuel de Salas, don Alejo Eyzaguirre, don Juan Egaña, don Joaquín Gandarillas, don José Manuel Borgoño, don Agustín Vial Santelices y don Francisco Ramón Vicuña, obtuvo 7,550 sufragios. La lista de los carrerinos y pipiolos sólo reunió 1.661 votos.

En el resto del país las elecciones transcurrieron en un ambiente de calma, que no era, por cierto, producto de la educación cívica, sino de la indiferencia. El heterogéneo y abigarrado Congreso, fatalmente, tenía que oscilar entre las dos fuerzas que pretendían encuadrar la organización del país: don Juan Egaña y el binomio Padilla-Infante.

Con el propósito de llevar al gobierno a un hombre de la oposición que equilibrara la lucha, el 12 de julio, cinco días después de las elecciones, Freire nombraba ministro de hacienda a don Diego José Benavente (fig. 602). La designación era acertadísima. Benavente no tenía el prestigio ni la cultura de Egaña, pero era instruido, astuto, calculador y dueño de sí mismo. Con notable habilidad y tino, el nuevo ministro desarrolló al principio una política de cooperación leal; moderó las intemperancias de Egaña, aplacó a sus enemigos y procuró hacer frente, lo mejor que pudo, a la difícil situación financiera en que se encontraba el país.



FIG. 602.—DON DIEGO JOSÉ BENAVENTE. (Oleo de Monvoisin, Museo Histórico Nacional.)

El Congreso
Constituyente

Animado por un gran optimismo, el Congreso inauguró con toda solemnidad sus sesiones el 12 de agosto. Se eligió presidente a don Juan Egaña (pelucón doctrinario), y vicepresidente, a don José Gregorio Argomedo (o'higginista). Secretarios fueron designados Camilo Henríquez y don José Gabriel Ocampo, joven argentino que se había graduado de doctor en Chile. Las salvas de artillería y la iluminación extraordinaria de la ciudad duraron tres días. Al siguiente de la apertura, luego de prestar juramento, Freire renunció a su mando interino. Poco después era designado director supremo propietario "por unanimidad de votos".

En el espíritu del acta de unión de las provincias, de donde emanaba su origen, el objeto del Congreso era organizar políticamente el país y disolverse de inmediato. Pero, como en las anteriores asambleas, hervía en ésta el deseo de participar en el gobierno. Un verdadero alud de solicitudes se amontonó en la Cámara; mas la atención de su complicada urdimbre no fué óbice para que Egaña diera forma a su proyecto de Constitución, aprobado el 27 de diciembre de 1823.

La Constitución
de 1823.
Don Juan Egaña

Los fundamentos ideológicos de la Constitución de 1823 (fig. 603) se confunden con la mentalidad de su autor. Don Juan Egaña (fig. 424) (Lima, 31 de octubre de 1764—Santiago, 1836) había nacido con vocación de legislador. Su ideología política es, sin duda, la más compleja entre las de los padres de la patria. Revolucionario fervoroso en la teoría, apasionado lector de Rousseau y de la filosofía enciclopedista, valorizaba tanto la vida patriarcal y religiosa mantenida durante la primera mitad del siglo XVIII, que atravesó los grandes cambios ideológicos acaecidos en la segunda sin percatarse de ellos. En un *tour de force* singular, pretendía la conjugación del enciclopedismo francés con la teoría política de la seudo democracia griega y el postulado de que la religión católica es la base del orden social y político.

Egaña creía, como muchos de sus contemporáneos, que una Constitución podía modificar a fondo la entraña de toda una sociedad, su manera de ser. El artículo 250 decía: "En la legislación del estado se formará el código moral que detalla los deberes del ciudadano, en todas las épocas de su edad y en todos los estados de la vida social, formándole hábitos, ejercicios, deberes, instituciones públicas, ritualidades y placeres que transforman las leyes en costumbres y las costumbres en virtudes cívicas y morales".

Situado en el ejecutivo el predominio del poder, para no sustraerlo al control del legislativo sin caer en la dictadura, Egaña propuso otro organismo, la Cámara Nacional, "cuerpo que es el conciliador y el iris de paz".

Según el mecanismo de la Constitución, el régimen de gobierno era el unitario. La república sería gobernada por un director supremo por un período de cuatro años, reelegible una sola vez. Para desempeñar el cargo se debía ser

chileno o extranjero con doce años de residencia y haber sido antes declarado ciudadano benemérito en grado heroico. Las facultades normales en el poder ejecutivo estaban sofrenadas por la intervención del Consejo de Estado, el Senado, la Cámara Nacional y, especialmente, las Asambleas de Ciudadanos.

El Consejo de Estado se componía de nueve miembros designados por el director supremo entre altos magistrados y funcionarios. Intervenia en la preparación de los proyectos de ley y de los presupuestos de gastos, así como en el nombramiento de los tres ministros.

El poder legislativo estaba constituido por un Senado y una Cámara Nacional. El primero, que se renovaba cada seis años, constaba de nueve miembros elegidos por las asambleas electorales. Funcionaba permanentemente y tenía facultad para sancionar leyes, imponer contribuciones, aprobar tratados internacionales, declarar la guerra, aprobar el presupuesto de gastos públicos, empréstitos, etc. La Cámara estaba compuesta por los consultores, en número que oscilaba entre cincuenta y doscientos. Duraban ocho años en sus funciones, renovándose anualmente por octavas partes. Sólo se reunían para decidir sobre el veto del director supremo a las resoluciones del Senado, para calificar la declaración de guerra, las contribuciones o los empréstitos previamente aprobados por el Consejo de Estado.

Las Asambleas de Ciudadanos constituían el eje de todo el mecanismo institucional. Cada parroquia, distrito o cuartel municipal, con un minimum de 200 ciudadanos activos, formaba una asamblea electoral, a la que correspondía calificar y censurar a los altos empleados públicos, inclusive el director supremo. Dentro del espíritu de la Carta, su función más elevada era la de calificar el mérito de cada individuo y señalarle el rango que le correspondía, de acuerdo con sus virtudes, sus servicios y sus capacidades, en el registro cívico que mantenía el Senado. Para pretender mayor expedición en el sistema, se agrupó a los ciudadanos en una curiosa jerarquía. Cada diez casas formaban una comunidad vigilada por un inspector. Diez comunidades formaban una prefectura. Las provincias deberían ser visitadas con frecuencia por un senador, que llevaría sus informes a una comisión de tres senadores, encargada de mantener el "gran registro del mérito cívico". Otra singular novedad era la de los "conciliadores", ciudadanos que no podían afiliarse a ningún bando y que, en caso de motín, cuartelazo, guerra civil, etc., debían intervenir antes que las autoridades para procurar el avenimiento.

Dos de los títulos de la Constitución: el que organizó los tribunales de justicia y el que estableció las garantías individuales, debían sobrevivir a su fracaso. La promulgación y jura se llevó a cabo con gran aparato: fiestas populares y religiosas, teatro, iluminaciones, refrescos, arcos triunfales, etc. El director

PROYECTO DE CONSTITUCION**PRESENTADO**

El fracaso

AL SOBERANO CONGRESO CONSTITUYENTE**DE****CHILE****POR SU COMISION NOMBRADA A ESTE EFECTO****En el año de 1823.**

La derogación

IMPRENTA NACIONAL

FIG. 603.—FACSIMIL DEL PROYECTO CONSTITUCIONAL DE 1823. (Sala Chilena, B. N.)

que llamara al Ministerio de Gobierno, en reemplazo de Egaña, a don Francisco Antonio Pinto, doctrinario liberal anticlerical. No bien hubo firmado el nombramiento, Freire presentó la renuncia al Senado, que se negó de plano a aceptarla. Por último, una asonada popular, preparada por el propio gobierno, suspendió la vigencia de la Constitución de 1823 e investió a Freire de poderes absolutos, antes de que se cumpliera un año y medio de la abdicación de O'Higgins.

El golpe de Estado y los decretos que lo siguieron no podían conjurar la disolución de las fuerzas espirituales, y el desastre económico siguió su curso. A la vez se produjo un cambio de frente en la actitud de los elementos políticos. La aristocracia pelucona, desmoralizada y sin caudillos, retrocedió al claroscuro, mientras los pipiolo, la pandilla, los liberales populacheros y los turbulentos reflataron con una violencia increíble.

Al hacerse cargo del Ministerio de Hacienda, Benavente había propuesto

supremo, el obispo y los diputados juraron la Carta en la mañana del 29 de diciembre.

Pronto se hizo patente el fracaso de los esfuerzos realizados para implantar la Constitución. Don Mariano Egaña renunció al Ministerio de Gobierno para hacerse cargo de la Legación de Chile en Londres. Al embarcarse a Europa, ya se había generalizado el convencimiento de que la nueva Carta era inaplicable. Es más, aun antes de entrar en vigencia, comenzaron a cargarse en su cuenta las calamidades que afligían al país. Su desprestigio se acentuó rápidamente. Los funcionarios de provincias no sabían cómo aplicar sus disposiciones y los más pesimistas pronosticaban que el déficit fiscal se duplicaría con los sueldos de los nuevos empleados.

A poco, el consenso unánime llegó a la conclusión de que no había otra fórmula que derogar la Carta constitucional. Benavente obtuvo de Freire

una serie de medidas financieras de largo alcance que no llegaron a ser realidad. Los resultados del ejercicio financiero de 1823 fueron desastrosos. Los gastos, calculados en \$ 1.566.948, subieron a \$ 2.032.976, mientras las entradas se redujeron a \$ 1.545.178. El déficit, de más de \$ 400.000, no incluía el servicio de la deuda. Como consecuencia de la tramitación del empréstito suscrito en Londres por Irisarri, el gobierno chileno se había desprendido en favor del Perú, en cifras redondas, de \$ 1.500.000 de los \$ 5.000.000 nominales del contrato, mas responsabilizándose del servicio de intereses y amortización. Los \$ 3.500.000 restantes se redujeron a \$ 2.260.000 nominales, pues las mercaderías remitidas por el gestor dejaron una pérdida cuantiosa. El 26 de abril de



FIG. 604.—DON AGUSTÍN VIAL SANTELICES. (Dibujo de Desmadryl.)

1824, Irisarri aun tenía en su poder \$ 935.945, 6½ reales. Con parte de estos fondos pagaron él y Egaña los primeros dividendos y quedó un saldo en contra del que nunca se rindió cuenta. En síntesis, Chile adeudaba en Londres \$ 5.000.000, menos \$ 75.000 de las tres primeras amortizaciones, y había recibido poco más de \$ 1.300.000, suma que era forzoso castigar con las pérdidas en la realización de las mercaderías enviadas por Irisarri.

La situación no podía ser más aflictiva. El servicio de la deuda, además de ser cuestión de honor, entrañaba un gran alcance político para el reconocimiento de la independencia por el gobierno inglés. Era pueril incluir en el presupuesto los \$ 335.250 que significaba el servicio, pues apenas alcanzaba para los gastos internos impostergables. Las cajas fiscales estaban siempre exhaustas. Fué entonces cuando se pensó en buscar la fórmula salvadora en una mejor explotación del monopolio del estanco. El 22 de diciembre de 1823, el inspector fiscal, don Agustín Vial Santelices (fig. 604), presentó un proyecto al Congreso Constituyente que reorganizaba el estanco de varias especies. Eran éstas el tabaco extranjero, los naipes y los vinos y licores importados. El proyecto entregaba la administración a una empresa privada por el plazo de diez años. El fisco liberaba a los concesionarios de todos los derechos de aduana sobre las especies estancadas y les adelantaba sin intereses \$ 300.000 del saldo del empréstito inglés por los diez años de duración del contrato. En contrapar-

La gestión
financiera de
Benavente

El estanco del
tabaco

INSTITUTO

PARA

LA HERMANDAD DE CARIDAD

DE LOS SIERVOS

DE LA SANTISIMA VIRGEN

DE

DOLORES

DESTINADA

A SOCORRER Y SERVIR LOS ENFERMOS
DOMESTICOS, CONSOLAR A LOS AFLIGIDOS, Y A
PRACTICAR ALGUNOS EJERCICIOS DE MORAL
CRISTIANA.

*Bajo la direccion del Clero Secular
de*

SANTIAGO DE CHILE.

IMPRESA DE VALLES, Y VILUGRON

[1820]

FIG. 605.—UNO DE LOS PRIMEROS IMPRESOS CHILENOS SOBRE MORAL CRISTIANA.

don Diego Portales Palazuelos y don José Manuel Cea, que había girado con corto capital y escaso éxito en el comercio chileno-peruano. Para realizar el grueso negocio en que querían embarcarse habían asociado a algunos capitalistas chilenos.

Surgió un competidor, el coronel Pedro Urriola, mas, como éste no pudiera llenar el requisito de la firma de fiadores, el gobierno procedió a reducir a escritura la propuesta de Portales, Cea y Cía.

El contrato se firmó el 20 de agosto de 1824. *

* Según él se concedía por el plazo de diez años, a la firma contratante, "el privilegio exclusivo de vender tabacos de todas clases, en rama y en polvo, naipes, licores extranjeros y té". La caja de descuentos entregaba a los contratistas "tabacos buenos y de buena calidad, a mitad de precios de estanco" (o sea aproximadamente al de costo), por valor de

tida, los concesionarios debían comprometerse a entregar cada año en Londres, de su cuenta y riesgo, la suma de 355.250 pesos, para el servicio de la deuda externa. El fisco se desprendía de un ramo de entradas que sólo le producía \$ 233.000 brutos, pues los \$ 300.000 del préstamo se compensaban con el capital que era necesario mantener invertido en la compra de las especies estancadas, y, en compensación, se aseguraba el servicio de un empréstito que, en números redondos, excedía en más de cien mil pesos al producto bruto de la renta sacrificada. El Congreso, entusiasmado con el brillante aspecto externo del simplista proyecto, lo aprobó el mismo día 22, sin discutirlo apenas, y en enero de 1824 se promulgó como ley de la República.

El proyecto de Vial incluía una cláusula que lo hacía inoperante al declarar "libre el cultivo, venta y consumo de tabaco en rama del país". Sólo se presentó un proponente: la firma de Portales, Cea y Cía., formada por el joven comerciante don Diego Portales Palazuelos y don José Manuel Cea, que había girado con corto capital y escaso éxito en el comercio chileno-peruano. Para realizar el grueso negocio en que querían embarcarse habían asociado a algunos capitalistas chilenos. Surgió un competidor, el coronel Pedro Urriola, mas, como éste no pudiera llenar el requisito de la firma de fiadores, el gobierno procedió a reducir a escritura la propuesta de Portales, Cea y Cía. El contrato se firmó el 20 de agosto de 1824. * \$ 500.000.— Este capital no ganaría interés y sería devuelto al término del contrato. El fisco debía admitir, "en parte de pago, la cantidad de \$ 200.000.—, en especies estancadas, a la mitad del precio señalado para su venta en el estanco". Los artículos estancados que internacen al país los contratistas quedaban exentos de derechos de aduana, salvo los licores, que pa-

Portales entra en
escena

Era evidente que el estanco, tolerado gracias a la relajación y lenidad de las administraciones anteriores, transpuesto ahora a una compañía privada, necesariamente habría de producir, con la persecución de las plantaciones clandestinas y del contrabando, nuevas resistencias y odiosos conflictos, amén de tempestades de protestas que el gobierno era incapaz de sofrenar.

Por otra parte, dentro de la incipiente organización del país, la magnitud de la compañía iba a crear un Estado dentro del Estado. Casi en bancarrota, combatida por el pipiolismo y la pandilla, mirada de reojo por la aristocracia y malquista con los o'higinistas, fué, con todo, lo bastante poderosa para agrupar políticamente a hombres y bandos y, bajo la dirección de un estadista de insospechado talento, trastocar el curso del suceder histórico. El azar feliz quiso que el estanco fuera piedra angular en la estructura ética y política de Chile. Ateniéndose a la lógica humana, debió haber sido el más demoledor agente de disolución moral.

Al margen de los acontecimientos señalados, se había incubado un sentimiento colectivo de hostilidad contra el clero. Se exaltaban las bondades de la tolerancia religiosa, se hacía mofa de las supersticiones y se escarneaba la codicia de los párrocos. Invocando en su apoyo la expulsión de los jesuitas, se preconizaba la venta de los bienes de las órdenes religiosas como único medio de salvar las aflicciones pecuniarias del fisco. La lucha tomó forma concreta en

garían el cincuenta por ciento de los derechos establecidos en el arancel. Los concesionarios se substituían a la renta de tabacos en todas las facultades y privilegios que tenía este ramo. En consecuencia, podían perseguir el contrabando; y el gobierno se comprometía a poner a sus órdenes una guardia de seis soldados de tropa reglada para la custodia de las especies estancadas y de los caudales pertenecientes al giro. En cambio de estas concesiones, los contratistas debían entre-

SOBRE
LA TOLERANCIA
DE CULTOS
EN LOS NUEVOS ESTADOS
DE
AMERICA

—ooo—
1827.

Se hallará de venta en los puestos de papeles públicos de don José Dorado y don Camilo Liceras, y en la librería de don José Grande calle de Mercaderes. Su precio dos pesos.

FIG. 606.—PUBLICACIÓN CARACTERÍSTICA DEL PERÍODO.

La paradoja del estanco

La campaña anticlerical

gar, anualmente a Londres, de su cuenta y riesgo, la suma de \$ 355.250.—, para el servicio del empréstito de 1.000.000 de libras, contratado por Irisarri, y \$ 5.000.— a la caja de descuentos. El cumplimiento del contrato se garantizaba con una fianza directa por \$ 315.000.—, y con el traspaso al fisco, hasta cubrir el total de la deuda, de las fianzas que debían rendir los administradores del estanco en las provincias y distritos del país.

el Congreso Constituyente, culminando en la reclusión de los padres hospitalarios de San Juan de Dios, que, al parecer, mantenían el hospital de este nombre en un estado de miseria y abandono indescritibles (figs. 605 y 606).

Chiloé

El problema secular y crónico de la pacificación de Arauco suscitó medidas tan bien inspiradas como ineficaces. La llave estaba en Chiloé, donde Quintanilla había levantado un verdadero bastión gracias a un admirable espíritu organizador. No satisfecho con elevar la condición de los chilotos, ahora muy superior a la de sus hermanos continentales, había armado en corso algunos buques. El corsario "General Quintanilla", gobernado por el célebre piloto Mateo Rainieri, realizó hazañas increíbles. Al fin, el 1.º de marzo de 1824 zarpaba de Talcahuano una expedición reconquistadora al mando de Freire, en una escuadrilla formada con la fragata "Lautaro", las corbetas "Independencia" y "Chacabuco" y los transportes "Valparaíso", "Pacífico", "Ceres" y "Tucapel". Poco después se les unieron la corbeta "Voltaire" y el bergantín "Galvarino". El convoy conducía 2.149 hombres. Freire llevaba como jefe de estado mayor al general don Luis de la Cruz y el ejército organizado en tres pequeñas divisiones comandadas por los coroneles Pereira, Rondizzoni (fig. 635) y Beauchef.

Como era de esperar, Quintanilla estaba perfectamente prevenido. La expedición se resolvió en un completo fracaso, donde fué de admirar que se salvara el grueso del ejército patriota.

La guerra del sur

La guerra del sur había continuado en el mismo tono dramático que arrastraba desde hacía años. Sin embargo, algunas operaciones afortunadas parecían aclarar al horizonte. El cacique patriota Cayehuepán había derrotado a las montoneras realistas del cura Ferrebú en Tucapel el Viejo, en febrero de 1824, y pocos meses después el célebre cura era capturado y fusilado de inmediato. La zona costera al sur del Bío-Bío quedó para siempre libre de bandidos y en ella se desarrolló la población con rapidez. Con similar dramatismo fué acosado y muerto Pico. Mas gran parte de sus fuerzas, como las de Ferrebú, contribuyeron a fortalecer las de los Pincheira.

Auxilios al Perú

En el ya árido campo de las relaciones exteriores, señalaron características al primer gobierno de Freire los acontecimientos peruanos: las derrotas de Torata y Moquegua, la pérdida total del ejército libertador, la desastrosa expedición de Santa Cruz y el aniquilamiento del ejército peruano, la anarquía interior, las traiciones de Riva Agüero y Torre Tagle, la entrega del Callao a los realistas y la ocupación de Lima por Canterac.

Los repetidos desastres repercutían en Chile con las sucesivas solicitudes de auxilios en hombres y dinero. El almirante Blanco Encalada comandó el bloqueo del Callao durante el asedio a esta plaza. El consejo gubernativo de Lima selló con una declaración de calurosa gratitud el reconocimiento por los repetidos auxilios chilenos a la causa de la independencia peruana.

XXII

Gobierno liberal de Freire. Los bandos políticos entre 1823 y 1830. Las campañas de Chiloé. Blanco Encalada, presidente de la República.

LA simplificación histórica ha sintetizado en dos grandes entidades a los bandos políticos que actuaron entre 1823 y 1830: pipiolos y pelucones. Los primeros, según tales categorías, correspondieron a un imaginario antepasado del partido liberal, que realizó entre 1873 y 1891 la fase postrera del régimen portaliano. Los segundos, según la misma versión, fueron precedente del partido conservador, que surgió de la "cuestión del sacristán" en 1857.

Esta nomenclatura no tiene ninguna base en la realidad histórica. Entre 1823 y 1830 no hubo en Chile partidos políticos que coincidieran con los de la segunda mitad del siglo. A través de los documentos sólo se perciben bandos de psicología embrionaria, confusa y cambiante, de móviles y tendencias tan inaprehensibles, que casi se justifica la caprichosa simplificación señalada.

En la palestra política del período se perfilan, a partir de 1824, nueve grupos o bandos políticos distintos. Seis hunden sus raíces en el pasado: o'higgistas, carrerinos, pelucones, aristócratas, pelucones doctrinarios, liberales populares y liberales aristócratas, y tres surgen durante el período: la pandilla, los federalistas y los estanqueros o portalianos.

O'Higgins dispuso durante su gobierno de un grupo de hombres de talento y de carácter, muy adictos a su persona: Zenteno, Rodríguez Aldea, Zañartu, Prieto, Cruz, etc., que, organizados en partido político, pesaron bastante hasta 1830. Los carrerinos, encabezados por Benavente y Gandarillas, se disolvieron más adelante en las demás facciones. Los pelucones aristócratas, representados por don Agustín Eyzaguirre y don José Tomás Ovalle, eran una masa confusa que determinaba la mayoría. Su ideal es el gobierno conciliador y honrado por medio de juntas o de congresos dirigidos por ellos. Los conservadores doctrinarios no forman propiamente un partido. Sus grandes figuras, los dos Egaña, están separados de los conservadores por su mayor regalismo y, a la vez, más exaltado espíritu religioso.

Los liberales populacheros, admirablemente representados por don Carlos Rodríguez Ordoiza, profesaban una profunda antipatía, más por temperamento que por ideas, a la aristocracia castellano-vasca. Eran todos ellos honrados, pero por falta de aptitudes y de criterio acabaron con los últimos restos de moralidad y ética que aun sobrevivían en el naufragio de la severa administración colonial española. Al lado de los turbulentos había no pocos, como Vi-

cuña, señadores carentes del más mínimo sentido de la realidad. Los liberales aristócratas estaban simbolizados por las figuras de don Francisco Antonio Pinto y don Joaquín Campino. Sólo los distanciaba de los pelucones doctrinarios la cuestión religiosa. Su importancia no pesaba por la fuerza del partido, sino por la calidad de sus hombres. Coincidían con la pandilla y los liberales populacheros en el anticlericalismo, mas su honradez y su cordura los hacían gratos a los pelucones.

Los federalistas

El federalismo nació de la influencia manifiesta del boliviano Manuel Aniceto Padilla, un aventurero de vida novelesca, sobre don José Miguel Infante, espoleada con antiguas rivalidades regionales. No menos azarosa había sido la vida del principal motor de la pandilla, don José María Novoa, oriundo de Concepción, coronel en el Ecuador, ministro de Riva Agüero, al que instigara hacia la traición a Bolívar en connivencia con los realistas. La pandilla no reflejaba una aspiración política; fué un producto del momento histórico convulsionado. La distancia con los demás bandos no era originada por discrepancias ideológicas, sino morales.

Los estancieros

El grupo de los estancieros tomó cuerpo hacia 1827, en torno a la figura de Portales, sobre la base de la mayor parte de los carrerinos, algunos liberales, uno que otro pelucón y numerosas personalidades hasta entonces apolíticas. Emergió como una reacción contra el caos provocado por la caída de O'Higgins. Su norte era el gobierno honrado, severo y eficaz, fuerte dentro del respeto a la dirección civil del Estado.

Los pipiolas

Nada tan difícil como determinar, en este panorama abigarrado, las características del elemento que los contemporáneos llamaban "pipiolo". Incluso en la época el concepto carecía de contornos. El estigma se aplicaba a figuras sin representación ni prestigio que se dedicaban a la política y llevaban implícita la falta de criterio y de ética. Nadie calificaba de pipiolas a Freire, Infante o Blanco Encalada. No formaban un grupo, sino que se agregaban alternativamente a los demás, en especial a la pandilla, a los liberales populacheros y a los federalistas. Los rivales aplicaban el apodo, en sentido peyorativo, al bando que los aceptaba, sin confundir en él a sus hombres respetables. De aquí la mezcla que los historiadores del siglo pasado establecieron entre los liberales y los pipiolas.

El federalismo trastocó el juego político, actuando como criba individual en los grupos y dividiéndolos, sin tener en cuenta la antigua tienda. Los más ilusos se entusiasmaron con las utopías de Infante. Los más cuerdos fueron arrollados por el alud.

Completa el panorama una masa amorfa mayoritaria, sin credo ideológico definido, que generalmente apoyaba a los gobiernos cuando éstos contaban con la fuerza militar, con bruscos cambios de postura. Benavente y Gandarillas

fueron carrerinos, estanqueros y liberales, y don Francisco Ruiz Tagle actuó como o'higginista, liberal y pelucón.

Las elecciones al Congreso convocado por Freire para el 26 de agosto de 1824 se desarrollaron en medio del caos con que tan heterogéneos bandos caracterizaron al período. Casi todos los pelucones se mantuvieron al margen de la lucha. Los liberales populacheros y los pipiolos hicieron sufragar varias veces a sus adeptos. El primer objetivo del nuevo Congreso se logró el 29 de diciembre de 1824, al declararse, por 23 votos contra 14, "insubsistente en todas sus partes la Constitución dictada por el Congreso Constituyente de 1823".

No le iba a ser muy difícil a Freire desembarazarse del nuevo Congreso. Encerraba en su seno sobrados elementos

para producir su propia descomposición. Sus características reiteradas fueron la insensatez y la puerilidad. Discusiones bizantinas y proyectos intrascendentes, como el que eximía de la asistencia al coro a los canónigos que fueran diputados, imposibilitaban el acuerdo en los verdaderamente útiles. Las energías de los congresales se diluían en las acusaciones de tiranía al gobierno, la obstrucción deliberada a todo lo que éste proponía y los recíprocos insultos entre sí y a los ministros.

Como un triste reflejo de tal estado de cosas, no tardaron en producirse nuevos pronunciamientos en el ejército. Para frenar los tumultos callejeros, el gobierno urdió la singular solución de provocar él mismo en secreto nuevas pobladas. Los o'higginistas, accidentalmente reforzados por los turbulentos, replicaron con más escándalos, y la seguridad de que se trataba de una farsa urdida por el ejecutivo creó al ministerio una atmósfera insoportable. Pinto, abandonado de todos, renunció a su cartera el 22 de febrero de 1825. Benavente lo había hecho pocos días antes. Don Francisco Ramón Vicuña, de psicología más cercana a las tendencias pipiolas de Pinto, reemplazó a éste en el Ministerio del Interior, y don José Ignacio Eyzaguirre substituyó a Benavente en el de Hacienda. El nuevo gobierno de inmediato se avino con los o'higginistas e inició los primeros pasos para disolver el Congreso, a la sazón ya idea obsesiva de Freire.



FIG. 607.—DON JUAN FRANCISCO LARRAÍN Y ROJAS, DIPUTADO AL CONGRESO DE 1824. (Reproducción Archivo Zig-Zag.)

El Congreso de
1824

Nuevos
pronunciamientos



FIG. 608.—DON MANUEL JOSÉ GANDARILLAS. (Dibujo de Desmadryl.)

El desquiciamiento espiritual cubría en esos días a todo el país. La bancarrota financiera, la indigencia colectiva, las conspiraciones, los reiterados cuartelazos, las depredaciones de los Pincheira, las rivalidades lugareñas, hundían, en el fondo, sus raíces en un ambiente de disolución cada vez más pavoroso.

El mismo favor que iba ganando el federalismo cuadraba a los propósitos del gobierno de disolver el Congreso. Mediante una maniobra política, Freire consumaba su liquidación el 17 de abril. Hubo manifiestos, bando del gobierno convocando una "legislatura central" y réplica de la minoría, redactada por Infante y Rodríguez, que titulaban su pieza "A los Estratócratas", es decir, a los partidarios de los gobiernos militares.

La Junta asesora

La disolución del Congreso, lejos de afirmar la estabilidad del gobierno, estimuló la audacia de los bandos que se disputaban el poder. Una reunión de vecinos, iniciada en el Cabildo y continuada en el Consulado, designó una Junta asesora del director supremo que debía llevar a la práctica las reformas propuestas en los Congresos fenecidos. Por vez primera Freire dió ciertas muestras de energía. Contestó a los reunidos que el gobierno no reconocía en el acto de su constitución "más que un movimiento tumultuario y de una fracción del pueblo de Santiago". Pero, intimidado por la actitud de sus opositores, aceptó la constitución de otra Junta que debía gobernar en la provincia de Santiago y avenirse con las asambleas de Concepción y Coquimbo. La Junta quedó constituida por don José Miguel Infante, don Carlos Rodríguez y don José Antonio Ovalle, exactamente los mismos miembros elegidos por la reunión subversiva.

Eyzaguirre y Vicuña renunciaron. Freire designó en su reemplazo a don Juan de Dios Vial del Río y a don Rafael Correa del Saa, y el 12 de julio dirigió al país un manifiesto convocando a nuevas elecciones.

Oposición en provincias

Las asambleas de Concepción y de Coquimbo opusieron acorde resistencia a la reunión de un nuevo Congreso general. Efectuados los comicios sólo en Santiago, éstos dieron un aplastante triunfo a los o'higinistas, que definió la agrupación partidaria en dos bandos perfectamente diferenciados: o'higinistas

y antio'higginistas. Los primeros contaban con la adhesión pasiva de parte de la aristocracia pelucona, horrorizada con el desgobierno y el caos. Los rivales se agrupaban en la alianza transitoria de los dos conglomerados liberales, la pandilla, los federalistas y los pipiolos, encabezados por los carrerinos.

El choque entre el nuevo ministro Correa del Saa y Zenteno, a la sazón gobernador de Valparaíso, brindó a los o'higginistas una ocasión preciosa para deponer a Freire. Una asamblea improvisada en el puerto adoptó una actitud a todas luces subversiva: no aceptaba órdenes ni decretos del ministro de hacienda, que lesionaban sus intereses. La "sala de representantes" legalmente elegida en Santiago se opuso en forma abierta a las medidas proyectadas por Freire, que había amenazado someter a Valparaíso por la fuerza y, luego de un acre cambio de notas, declaró por unanimidad de votos suspenso en sus funciones al director supremo. De inmediato tomó el acuerdo siguiente: "La representación nacional resuelve se nombre un poder ejecutivo momentáneo y por el término de un mes restringible o prorrogable para que subrogue al director supremo". La sala no se atrevió a llamar de inmediato a O'Higgins. Optó por el coronel don José Santiago Sánchez, militar opaco, de figura desairada, incapaz de desempeñar tan difícil cometido.

No bien se hubieron recobrado los cabecillas antio'higginistas del desconcierto, comprendieron el error cometido al abandonar a sus adversarios sin lucha la guarnición de Santiago. Arrastrados por pipiolos, pandillistas y carrerinos, Rondizzoni, Beauchef y De Vic Tupper se pronunciaron por Freire. Sánchez se negó a hacer fuego. La revolución estaba perdida y Freire recobró el mando, a la vez que los diputados se disolvían por propia iniciativa.

Para contrarrestar la hostilidad del ambiente, Freire se convenció de que le era imprescindible el apoyo de los federalistas. El precio de su concurso era el ensayo de su quimera política. Se necesitaba contar, en primer término, con hombres más decididos y violentos en el poder, para destruir la fuerza acumulada por los o'higginistas, y llamó al Ministerio del Interior a don Joaquín Campino, que iba a dar tono, con su carácter impetuoso y agresivo, al nuevo gobierno, restituyendo la Cartera de Hacienda a Benavente. Como éste no aceptara, llamó a don Manuel José Gandarillas (fig. 608), que odiaba a O'Higgins con furia morbosa. Pero los vencedores cifraban todas sus esperanzas en el jefe de la pandilla, don José María Novoa, designado ministro de la guerra.

La medida inicial del nuevo gobierno fué confinar primero y deportar después a los principales políticos del bando o'higginista. *

* Un decreto del día 8 de octubre ordenaba la prisión para su ulterior traslado a la frontera de don Miguel Zañartu, don Gaspar Marín, don Joaquín Echeverría, don José Antonio Rodríguez Aldea, don

Francisco de Borja Fontecilla, don José Gregorio Argomedo, fray Justo María de Oro, además de otros civiles, y los coroneles don José Santiago Sánchez y don Benjamín Viel.

Revolución
en regla

El ensayo federal

Con el objeto de paliar, al menos en su forma externa, la autoridad dictatorial emanada del pronunciamiento, Freire designó un consejo consultivo inoperante. Estaba resuelto a realizar la expedición a Chiloé. El 13 de noviembre delegó el mando en un consejo directorial con los tres ministros, presidido por Infante (fig. 609).

Al fin se presentaba la ansiada oportunidad de ensayar el sistema federal. Campino, en aquel entonces admirador de Infante y del nuevo sistema, pergeñó un "proyecto de reglamento provisorio para la administración de las provincias" de cincuenta artículos, que sometió al criterio del consejo directorial el 30 de noviembre de 1825. La parte dispositiva básica dividía al país en ocho provincias, otras tantas fracciones sin vitalidad económica propia, condenadas a su extinción en un federalismo avanzado. El intento federalista estaba fracasado de antemano, por obra de sus propios apóstoles. Gandarillas y Novoa se opusieron tenazmente a las elecciones populares de gobernadores. El empate debía resolverlo el consejo consultivo, que votó en contra por cuatro negativas contra tres afirmativas.

Un decreto de 31 de enero de 1826 sancionó la división territorial de la República en ocho fracciones: Coquimbo, Aconcagua, Santiago, Colchagua, Maule, Concepción, Valdivia y Chiloé. La organización administrativa de las nuevas provincias tenía carácter provisional "hasta la reunión de la primera legislatura nacional", acuerdo que aplazó por algunos meses la quimera federalista. La elección de cabildantes debía celebrarse el 1.º de abril. Mas Freire, después de su regreso victorioso de Chiloé, la suspendió el 20 de marzo.

La expedición
a Chiloé

Con el anterior fracaso de Freire en Chiloé, Quintanilla había restaurado el régimen patriarcal en la isla, sostenido por las esperanzas, en aquel momento positivas, de los anunciados socorros de España, la conjetura de que el caos y la miseria llegarían a producir en Chile una reacción realista y las consecuencias de las traiciones que habían entregado Lima y Callao a Canterac. El jefe realista había recibido una atenta nota de don Francisco Antonio Pinto, en la que el jefe patriota le proponía la rendición del archipiélago en "sincera y cordial unión", ofreciéndole respetar los grados a sus oficiales y el cargo de gobernador para él. Pudo más en Quintanilla el horror al caos político del momento que las generosas proposiciones de Pinto. Acordada con sus oficiales la resistencia, se preparó con tal actividad para la defensa, que en poco tiempo instruyó a 2.300 hombres, enorme esfuerzo si se tienen en cuenta la escasa población de la provincia (42.000 almas) y el hecho de que había nutrido durante más de diez años la mayor parte de los soldados que formaron los ejércitos realistas.

La expedición de Freire urgía, para anticiparse a los manifestados propósitos de Bolívar de realizar la conquista de Chiloé por cuenta del Perú. Los



FIG. 609.—DON JOSÉ MIGUEL INFANTE. (Oleo de Monvoisin, Museo Histórico Nacional.)



FIG. 610.—HOMBRE Y MUJER DE CHILOÉ. ("Viajes de Bougainville". 2.^a edición. Col. L. C.)

preparativos ganaron velocidad con el dinamismo de Novoa. El día 23 de diciembre embarcaba en 13 buques el ejército expedicionario, que completaba 2.475 plazas. En hábil maniobra de desembarco, el ejército patriota logró situarse a tres leguas de San Carlos, acampando en Lechagua. Allí se cercioró Borgoño, incorporado como jefe de estado mayor, de que Quintanilla había dispuesto con tal maestría sus fuerzas, que el ataque frontal era imposible. Muy superior en número y en calidad, el ejército patriota logró dominar el ala derecha realista y situarse en sus espaldas, lo que produjo la desmoralización y consiguiente retirada de los chilotes a Castro. La suerte de Chiloé estaba decidida. Las tropas retiradas con Quintanilla al sur pronto se desbandaron. El 18 de enero se convino en San Carlos la capitulación. La provincia de Chiloé se incorporaba definitivamente a la República. Su conquista espiritual fué vertiginosa, en razón de la hábil política de benevolencia llevada a la práctica por Freire. Fué nombrado gobernador don José Santiago de Aldunate (figs. 610 a 612 y 616).

Quintanilla, por su parte, había sabido ganarse la voluntad de los chilotes por su rectitud y la estimación de su adversarios por su conducta ecuánime y generosa. Freire y Borgoño lo invitaron a quedarse en Chile. Aunque amaba profundamente al país, prefirió regresar a España con su familia.

La noticia de la victoria de Chiloé produjo un entusiasmo indescriptible en

Sigue la guerra
a muerte. Los
Pincheira



FIG. 612.—EL GENERAL BORGÑO. (Dibu-
jo de Desmadryl.)

jóvenes de toda clase. La secuela de los asaltos era siempre el arrasamiento de campos y aldeas y la consumación de increíbles actos de crueldad. En no pocas ocasiones se les vió descuartizar a niños de pecho, arrancados del regazo de sus madres, sólo para probar el temple de sus sables. En 1824 una partida que había asaltado la aldea de Niquén, luego de raptar a las mujeres jóvenes, encerró en la capilla a catorce ancianas y le prendió fuego.

Los dramáticos castigos impuestos en forma esporádica, respondidos con nuevas depredaciones, mantuvieron el terror en la zona comprendida entre el Bío-Bío y el Cachapoal. Para colmo de males, el gobierno de Santiago confió el mando de un nuevo cantón, destinado a hacer efectivas las represalias, al coronel don José María Benavente, hombre tan arrojado como pundonoroso, mas, precisamente y en razón de su bonhomía, incapaz de dar forma a una guerra de despiadadas traiciones. No sólo los Pincheira mantuvieron la iniciativa, sino que cometían sus atrocidades en las mismas barbas del coronel.

En aquella época, ya el rey y la religión eran símbolos perdidos que encubrían sus instintos de bandoleros, estimulados por las circunstancias y convertidos en hábito por la impunidad.

Apenas regresó Freire de su victoriosa campaña en Chiloé, el ministro Campino, que había disputado sin cesar con sus colegas, presentó la renuncia.

Santiago. Al fin acababa el calvario de la lucha por la independencia, e iba a ser posible licenciar el ejército y reducir los gastos. Pero quedaba todavía el espectro de los Pincheira. Luego de la muerte de Antonio, el organizador, sus hermanos y sobrinos, Santos, Pablo y José Antonio, consiguieron reorganizar la montonera, que había perdido definitivamente su carácter de semiguerrillas realistas para adquirir el de un verdadero ejército de bandoleros. Su base de operaciones era la cordillera de los Andes y sus valles, en la latitud de Chillán. Las correrías llegaban, por el lado argentino, hasta San Luis, y en Chile se extendían desde la isla del Laja hasta las proximidades de San Fernando. Su botín más preciado eran las mujeres (figs. 613 a 615). En el campamento de Palanquén llegaron a reunir más de mil



FIG. 613.—EL RAPTO DE TRINIDAD SALCEDO. (Croquis de Rugendas. Propiedad de la familia Icaza-Hederra, Talca.)

El director supremo lo reemplazó interinamente por don Ventura Blanco Encalada, hermano mayor del almirante. Los reiterados fracasos de los tres Congresos ensayados parecían estimular su procreación. El 15 de marzo Freire convocaba a nuevas elecciones. Los cuatro últimos meses de su gobierno se caracterizaron por las medidas encaminadas a reducir los gastos, la más importante de las cuales fué la resolución de vender a las Provincias Unidas del Río de la Plata los buques de guerra que aun estaban en condiciones de navegar. La escuadra chilena quedó reducida al bergantín "Aguiles".

Un escándalo puesto en descubierto por la probidad de algunos funcionarios causó la destitución ignominiosa del ministro de guerra, don José María Novoa. A pesar de sus esfuerzos, no logró reivindicarse. El pueblo lo llamó en adelante "Don Negocio". Mas supo mantener su influencia política gracias a un prodigioso talento y a una audacia sin paralelo.

Escándalos y
revueltas

En los mismos momentos en que la atención de Santiago se hallaba tensa con el escándalo, llegaron noticias de una sublevación militar en Chiloé, que había depuesto al gobernador y proclamado director supremo de la República a O'Higgins. El movimiento, que aceptó don Bernardo de muy mala gana y convencido de que tenía carácter nacional, se redujo a la provincia sureña.

Mientras el coronel Aldunate se dirigía a Chiloé para sofocar la revuelta,



FIG. 614.—UN MALÓN, ALUSIVO AL RAPTO DE TRINIDAD SALCEDO. (Litografía basada en Rugendas, del Atlas de Gay.)

Freire aprovechaba la efímera aureola de su triunfo para dimitir ante el nuevo Congreso. El 4 de julio se reunieron los diputados. El director supremo leyó un largo mensaje que terminaba con la renuncia, mes y medio antes de cumplir su mandato. El Congreso no quería pronunciarse. Tomó varios acuerdos atingentes a la primera magistratura, que culminaron en la nueva denominación del jefe del Estado como presidente de la república y su designación con carácter provisional, decidida en recuerdo de los golpes de Estado de Freire. En adelante, en caso de disolverse en forma violenta el Congreso, caducaba ipso facto la autoridad del presidente interino.

El primer
presidente de la
república

El 8 de julio eran elegidos don Manuel Blanco Encalada como presidente, por 22 votos contra 15 de Infante, y don Agustín Eyzaguirre como vicepresidente, por 20 votos contra 15 en favor del general Pinto.

Don Manuel Blanco Encalada (fig. 617) (Buenos Aires, 21 de abril de 1790—Santiago, 5 de septiembre de 1876) había realizado una brillante carrera política y militar que conocemos a través de sus actuaciones. Alto y delgado hasta la ancianidad, su figura portaba una esbeltez airosa, realzada por facciones finas, naturalidad y reserva en sus modales, que transparentaban su vieja hidalguía española. Su ética quijotesca en numerosas ocasiones patentizó los



FIG. 615.—OTRA VERSIÓN DEL RAPTO DE TRINIDAD SALCEDO POR LOS PINCHEIRA. (Oleo basado en el croquis de la fig. 613.)

designios de resucitar el pretérito mundo de la caballería andante, actitud que iba a culminar en 1865 al proponer al jefe de la escuadra española un desafío a la antigua con igual número de naves y de hombres que dirimiera la guerra entre Chile y España. Honrado, recto, animado por un hermoso espíritu público, era una de las más relevantes, singulares y nobles figuras de su generación. Ocioso parece añadir que su puesto no estaba en la política.

El nuevo presidente confirmó de inmediato en sus cargos al ministro del interior, su hermano don Ventura, y al de hacienda, don Manuel José Gandarillas. Fué este último uno de los valores incorporados por Portales a su órbita de acción. Niño rebelde a la disciplina escolar, con una acentuada personalidad, no siguió estudios regulares. Su principal manía consistía en desmontar y componer relojes. Muy inteligente, favorecido por grandes dotes naturales de escritor y dotado de una cultura adquirida en el conocimiento directo de los hombres y de las cosas, llegó a ser un distinguido jurisconsulto y una de las figuras más representativas del período 1823-1830.

No fué, por cierto, muy difícil al coronel Aldunate reducir la guarnición Paz de Chiloé de Chiloé. El epílogo de la tentativa o'higginista dió al suceso proyecciones

políticas insospechadas, surgidas de los esfuerzos para que el Congreso aplicara las sanciones más duras posibles contra O'Higgins y sus cómplices. El rechazo del acercamiento buscado por éste lanzó de nuevo a sus partidarios a la lucha revolucionaria hasta el punto de convertirlos en un núcleo permanente de resistencia que, poco a poco, aglutinó a los descontentos del régimen y que, dirigido por Rodríguez Aldea y Portales, iba a realizar la revolución de 1829.

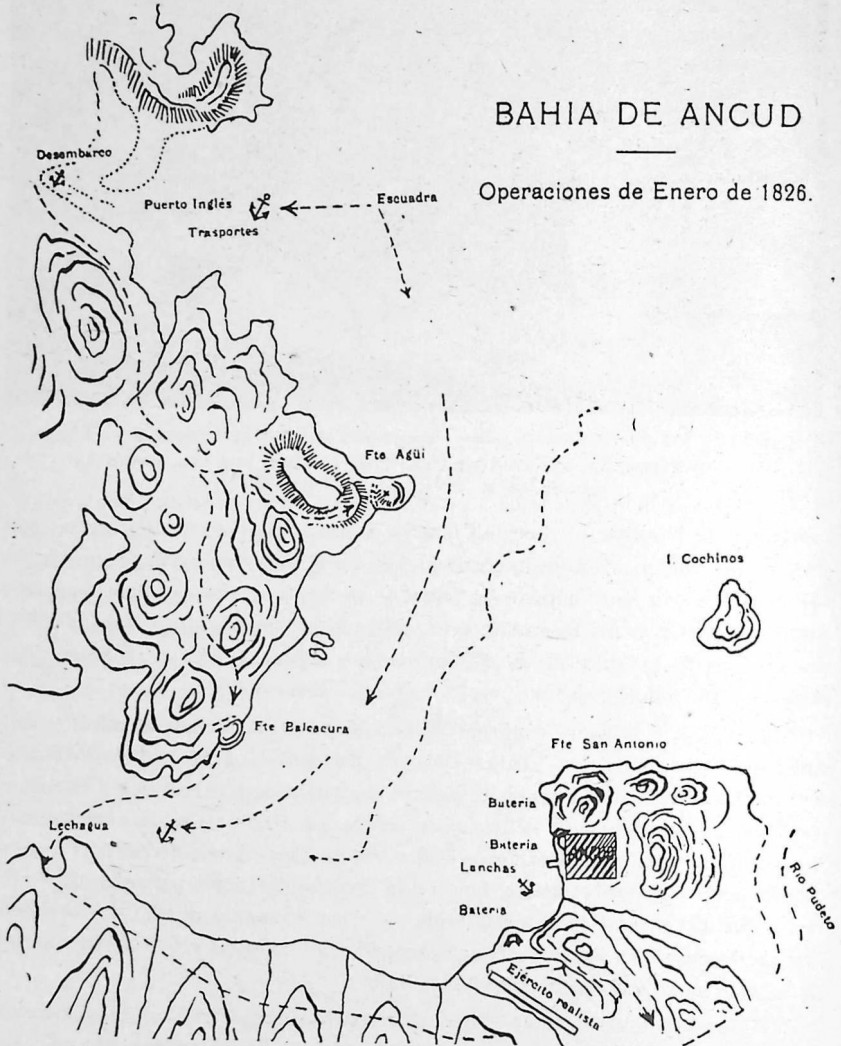


FIG. 616.—CROQUIS DE LAS OPERACIONES NAVALES EN LA CAMPAÑA FINAL DE CHILOÉ.

XXIII

El ensayo federal.
Fracaso del estanco.
Presidencia interina de Eyzaguirre.
El motín de Campino.
El general Pinto.

EN los capítulos dedicados al estudio de la formación del pueblo chileno durante la Colonia pudimos advertir el conjunto de factores que determinaron en Chile una unidad étnica y social contrastada con la heterogeneidad del resto de la América española. Mas el desarrollo histórico ulterior diferenció psicológicamente los núcleos sociales de Santiago y Concepción. Con la independencia, el despertar económico de Coquimbo marcó un rumbo opuesto por completo al penquista. Mientras en el sur la guerra civil había reducido a escombros la riqueza de la zona, en el norte la minería del cobre costeaba la administración y aun dejaba un sobrante que podía aplicarse en beneficio local.

Con todo, es probable que el ambiguo espíritu federalista no hubiera ganado forma sin la llegada a Santiago de Manuel Aniceto Padilla y su inmediato ascendiente sobre Infante.

La figura de este aventurero boliviano enmarca un carácter novelesco de primera magnitud. Entre los actores del período 1823-30 es el que mejor simboliza su fisonomía moral y política. Sin hacer ostentación de altos puestos, llevando una vida opaca y hasta pobre, ejerció más influencia que Egaña, Freire, Novoa, Gandarillas y Pinto, hasta que el último lo expulsó del país en 1828. En Charcas había estado a punto de ser ahorcado como ladrón vulgar. Falsificando una orden de Linniers y auxiliado por el doctor don Saturnino Sáenz Peña, puso en libertad al general Beresford. En Río sirvió a la princesa Carlota Joaquina. Luego de actuar en la Junta de Buenos Aires, llegó a Chile, donde logró deslumbrar a don Francisco Antonio Pinto, que lo recomendó con entusiasmo a Carrera. No tardó en traicionar a éste, que lo confinó a Aconcagua en 1813. Prisionero de la justicia en Chile hacia 1818, dedicó sus ocios a falsificar documentos, que era su fuerte. Entre las más sensacionales truhanerías figura la supuesta carta de San Martín al ministro de la guerra de Buenos Aires, reproducida el 27 de mayo de 1823 en "El Tizón Republicano".

Se encontraba en Cuyo al producirse la renuncia de O'Higgins. De inmediato vino a Santiago, dando la nota alta en las injurias y calumnias contra el caído y contra San Martín. Los juicios que los gobernantes nos han dejado sobre Padilla son muy duros, tanto en Chile como en Bolivia y Perú. Fué el arquetipo del intrigante, del profesional de la injuria.

La sugestión de Padilla sobre Infante constituye uno de los más pasmosos

ejemplos de ascendiente político que trastrueca en violencia la mentalidad del influido. Los rasgos esenciales del carácter de Infante desde los ya lejanos días de la Patria Vieja fueron una voluntad fuerte, avasalladora, contrastada con una falta absoluta de sentido de la realidad política y espoleada por un raro coraje moral. Desde sus primeras actuaciones había adoptado una actitud de valle de lágrimas de los problemas insolubles. Sentía una atracción especial para enfrentar los asuntos ingratos o peligrosos, y el consenso público sabía que los de esta clase eran siempre del resorte de Infante.

Las concomitancias entre Infante y Padilla se remontan a 1815. Sin duda, el aventurero explotó la sana candidez de aquél. Zapiola nos ha dejado una pintoresca descripción de las sugerencias del boliviano. "Padilla —dice— se alababa del predominio que ejercía sobre Infante; y era la verdad, hasta el extremo de que, cuando el señor Infante hablaba en la cámara, Padilla desde la barra gesticulaba y accionaba, llegando el caso, que presenciamos, de que, cuando don José Miguel no encontraba en sus discursos la palabra precisa, Padilla la decía en voz baja, haciendo reír a los que estaban cerca." *

Por lo demás, Infante siempre actuaba en representación de pequeñas asambleas. Jamás respetó las decisiones de la mayoría. Sus ideas políticas oscilaban entre sus lecturas de la historia de Grecia y Roma y una entidad abstracta, fuente de toda sabiduría, que denominaba "los pueblos". Cuando lo excitaba un sentimiento fuerte, intentaba imponerlo sin réplicas ni discusiones, en nombre de la voluntad de "los pueblos".

Discípulo y maestro afirmaban su ideología en tres postulados básicos: la creencia en la panacea del federalismo, la necesidad morbosa de anular el poder ejecutivo y la defensa contra las tiranías mediante la independencia de las provincias y el gobierno directo del pueblo. Infante estaba convencido de que bastaba implantar el federalismo para que Chile ganara de súbito madurez institucional y eficiencia económica, como el país más avanzado del mundo. Su acrisolada honradez y su prestigio le permitieron respaldar el ensayo en varias figuras prominentes: el señor Cienfuegos, don Joaquín Campino, don Francisco Ramón Vicuña, etc.

Padilla había comenzado su labor espoleando las rivalidades latentes entre La Serena y Concepción con Santiago. La jornada no habría sido, sin embargo, tan corta y tan fácil sin otro concurso, hasta ahora inadvertido: la ausencia de pensamiento político concreto en los hombres que sucedieron a Egaña en el gobierno y el vacío que se produjo en el ambiente después del fracaso de la Constitución de 1823.

El federalismo no arraigó en el Congreso, sino que luchó y se impuso en las elecciones, en razón del destierro de los o'higginistas, la apatía de los pe-

* Zapiola: "Recuerdos de Treinta Años".



FIG. 617.—DON MANUEL BLANCO ENCALADA. (Dibujo de Desmadryl.)

lucones y el apoyo gubernamental a los liberales populacheros y a los pipiols. Más de la mitad de los 56 diputados eran federalistas exaltados y casi todos los restantes habían recibido un mandato imperativo.

**Discrepancias
paradojas** Ante el asombro general, los representantes de Concepción, célula primaria del federalismo chileno, manifestaron su disconformidad con el sistema federal, tal como se pretendía implantar. El 11 de julio se votó en el Congreso la proposición del diputado Fernández, que, en definitiva, fué redactada así: "La República de Chile constitúyese por el sistema federal, cuya constitución se presentará a los pueblos para su aceptación". *

35 diputados votaron por la afirmativa y sólo dos en contra, pues no asistieron más que 37 a la sesión. El 14 del mismo mes de julio el ejecutivo promulgó el acuerdo como ley de la República.

**Fracaso del
estanco.** A las sombras que se cernían sobre el ambiente político se añadió un nuevo tropiezo de índole financiera. En sesión secreta del 24 de julio, el ministro de hacienda comunicaba al Congreso que la firma Portales, Cea y Cía., contratista del estanco del tabaco, no había podido cumplir el compromiso de satisfacer el pago del semestre a Inglaterra, con lo que se suspendía el servicio de la deuda externa. La imposibilidad de fiscalizar las plantaciones de tabaco y el contrabando habían provocado el fracaso absoluto de la firma. Se buscó una transacción, en virtud de la cual el fisco explotaría directamente el monopolio, e Infante propuso que la propia firma Portales, Cea y Cía. fuera su administrador. El público estaba convencido de que el estanco había sido un gran peculado, y sobre los contratistas se descargaron los odios inherentes al castigo del contrabando y de las plantaciones clandestinas. No pocos pipiolos deseaban explotar el escándalo con fines electorales. El Congreso, luego de numerosas vacilaciones, tomó el 6 de septiembre una resolución definitiva: "Declarado por la sala —dice el acta— bastantemente discutido el asunto sobre el estanco, se fijó la siguiente proposición: ¿Continúa el estanco en la casa de Portales o no?" La sala se pronunció unánimemente por la negativa, así como por el mantenimiento del estanco fiscal.

**Renuncia de
Blanco** Los choques entre el ejecutivo y el Congreso culminaron al recrudecer los problemas económicos. Todas las iniciativas del gobierno para obtener recursos habían fracasado. Blanco estaba convencido de que la Cámara obstruía deliberadamente todos sus propósitos, y los diputados consideraban, a su vez, que el presidente exageraba las dificultades con el objeto de solicitar poderes más amplios. La tensión no podía prolongarse más. El presidente, amparándose en un acuerdo del Congreso que le facultaba para emitir un nuevo empréstito, levantó el 9 de agosto uno forzoso de \$ 300.000, que debían distribuir los Cabildos situados al norte del Maule. La medida provocó una pugna violenta, que culminó con su suspensión por el Congreso, reiterando el acuerdo de cobrar las deudas a la compañía del estanco, lo que entrañaba una verdadera burla, pues se sabía positivamente que la firma no tenía fondos y estaba ya

acordado de hecho liquidar el contrato. Violentado en su conciencia y en sus sentimientos, Blanco increpó al Congreso su actitud, y los diputados le replicaron representándole "el sentimiento y el desagrado del Congreso, al observar su conducta". Ante tal panorama, el presidente se veía forzado por la disyuntiva de disolver el Congreso o renunciar. Optó por lo último. En su comunicación enviada el 7 de septiembre, se despedía con una frase amarga y sincera: "Otro más feliz o que posea la ciencia y el poder de hacer algo de la nada podrá suceder a quien sólo ha tenido la fatal suerte de tropezar con insuperables inconvenientes, ora luchando contra peligrosas innovaciones, ora contra ideas las más inexplicables y peregrinas y ora, también, contra las artes de la intriga y el fervor de pasiones nada elevadas y generosas".

En la sesión del 9 de septiembre, el Congreso aceptó la renuncia y acordó llamar al ejercicio del mando al vicepresidente, don Agustín Eyzaguirre.

Don Agustín Eyzaguirre y Arechavala (fig. 618) (Santiago, 3 de mayo de 1776—19 de julio de 1837), por sus cualidades personales, es una de las más nobles figuras de la revolución de la Independencia. Se sumaban en él todas las virtudes de la aristocracia castellano-vasca, sin sus defectos. Había abrazado la causa de la libertad, sin gestos ni histrionismos, mas también sin desfallecimientos ni claudicaciones. En otras circunstancias, Eyzaguirre habría sido un espléndido lazo de unión entre pelucones liberales y o'higginistas. Los pipiolos, populacheros y pandillistas lo habrían combatido sin ensañamiento personal. El mismo supo decir: "Entré al mando perdida la ilusión, relajada la disciplina del ejército, sin erario, crédito, ni aun ministros".

Nombró ministro de hacienda, al hacerse cargo del poder, casi a la fuerza, a don Agustín Vial Santelices, y de guerra, al general don Luis de la Cruz, y, poco después, llamó al Ministerio del Interior a Gandarillas. La situación financiera era más que desesperada. Se carecía de entradas de cualquier naturaleza y no era posible pagar al ejército ni a los empleados civiles más indispensables. El desbarajuste administrativo impedía cobrar las contribuciones. El panorama económico era no menos deprimente. No sólo no se había repuesto el país de la sangría provocada por la expedición libertadora, sino que la economía organizada en las postrimerías de la Colonia se había trocado en un manifiesto campo de explotación del mercader extranjero. Todo lo que Chile producía, salvo lo indispensable para alimentarse, perdíase en la adquisición de bagatelas y artículos suntuarios. Las energías nacionales se habían desviado del trabajo fecundo para encauzarse en la politiquería, sin deberes, sanciones ni inquietudes por el día de mañana.

Entre numerosas y cada vez mayores dificultades, las más apremiantes eran el sostenimiento de la administración, el pago del ejército y la lucha contra los Pincheira. El Congreso había intentado resolver el expediente por medio

Don Agustín
Eyzaguirre

Dificultades
insalvables

de la venta de los bienes de regulares, abandonados e improductivos. Mas el agricultor no manifestaba ningún interés en adquirir tierras, en momentos en que la desconfianza general le impedía obtener provecho de ellas.

Por una ironía cruel, la presidencia del más bondadoso y pacífico gobernante del período 1823-1830 se había inaugurado de manera sangrienta. Una conjuración en Chiloé, que tenía como objetivo final restaurar el dominio realista, fué ahogada en sangre por Aldunate. Las dificultades para el pago de los sueldos provocaron, al mismo tiempo, diversos motines en el ejército. Y mientras el gobierno desaparecía, los batallones impagos se sublevaban, los Pincheira arrasaban impunemente el centro y el sur y el país se hundía en la miseria, el Congreso estaba preocupado de problemas como la abolición de los mayorazgos.

Para colmo de males, afloraron a la vez con caracteres graves las primeras consecuencias del ensayo federalista. La ciudad de Chillán exigió que se le diera rango de capital de la provincia de Concepción. Talca solicitó su categoría como provincia independiente, predicamento en que también estaba Valparaíso. La provincia de Concepción, cuna del federalismo, se negaba a implantarlo.

Los Pincheira
de nuevo

A poco de asumir Eyzaguirre la presidencia, aumentaron las demandas de socorro en los pueblos del Cachapoal al Bío-Bío contra las bandas de los Pincheira, que amenazaban con una nueva invasión. Beauchef logró rescatar a unos tres mil niños, mujeres y campesinos, luego de perseguir a los bandidos y ofrecerles un avenimiento. Retrata a maravilla la mentalidad de los bandoleros la respuesta del entonces jefe de la partida, José Antonio Pincheira: "Febrero 10 de 1827. Señor coronel Beauchef: De lo que los previene del indulto, no podemos porque no somos solos que peliamos, pues ustedes saben que el portugués aliado * se halla peliando en Buenos Aires; y así, si usted gusta invernar, invernen, que no les hace ningún perjuicio. Bien vedo yo del que no tengo fuerzas para contrarrestar con ustedes y así si usted me busca si me está a cuenta atacaré, y de no, me andaré por los campos. José Antonio Pincheira".

El motín de
Campino

El panorama político se tornaba más y más confuso. Las múltiples protestas eran interpretadas por los más como una reacción autoritaria de estanques y pelucones. La conciencia de la debilidad del gobierno indujo a Novoa a realizar, mediante un golpe militar, el cambio de carteras que había intentado, sin éxito, por un acuerdo del Congreso. No le fué difícil entenderse con el coronel Enrique Campino, militar profesional de asonadas y motines, sobre la base de reemplazar a Eyzaguirre por el general Pinto, quedando el propio Campino de vicepresidente.

El golpe se llevó a efecto en la noche del 24 al 25 de enero de 1827.

* Pincheira se intitulaba aliado de Don Pedro en sus luchas imperialistas.

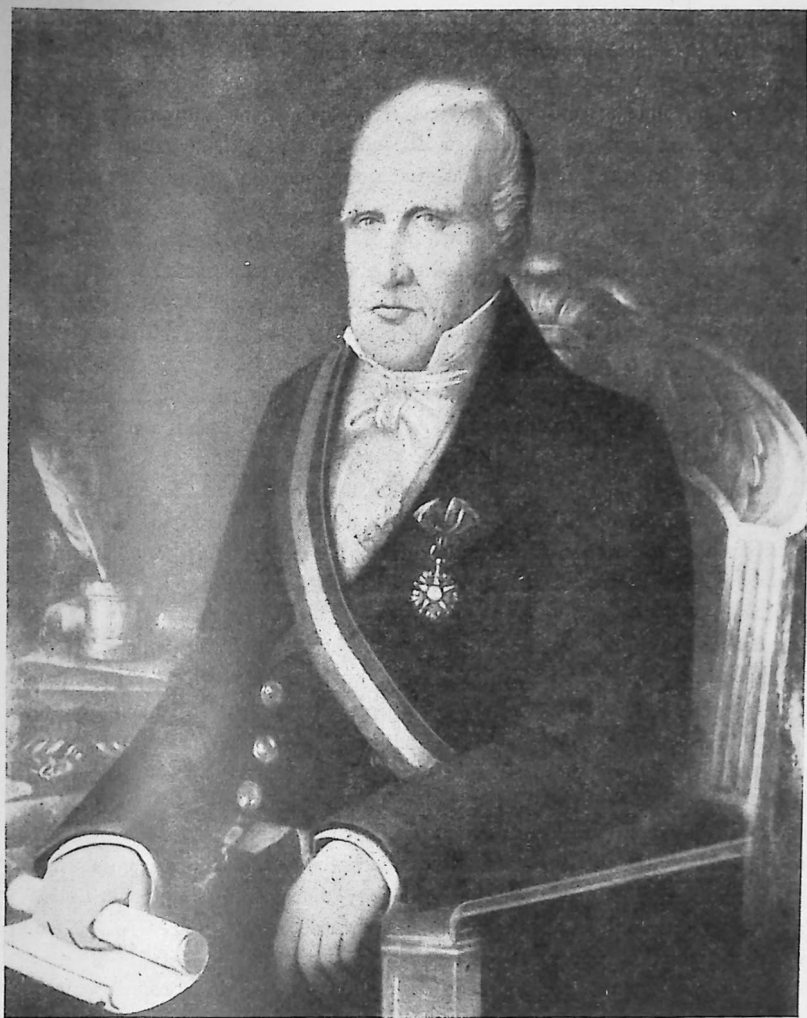


FIG. 618.—DON AGUSTÍN EYZAGUIRRE. (Museo Histórico Nacional.)

Campino depuso al presidente, se instaló en el palacio de gobierno y lanzó un manifiesto que pretendía justificar su actitud. El movimiento se dirigía en forma directa contra los estanqueros, de suerte que su primera medida fué encarcelar al ministro del interior, don Manuel José Gandarillas; al interino de guerra, don Tomás Ovejero; a don Diego Portales, etc. En la misma mañana se reunieron 27 diputados en torno al presidente depuesto y se llamó al coman-

dante del regimiento N.º 7, mayor Maruri, para que restableciera al poder derrotado. Este jefe, ensoberbecido con el éxito del motín, los trató despectivamente.

El desarrollo del conflicto ganó caracteres de sainete. Campino, a caballo, desde la puerta de la sala, ordenó a Elizondo, que presidía la sesión, disolver el Congreso. Este, por temor o por estar comprometido, se deshizo en genuflexiones y, con voz meliflua, invitó a Campino a sentarse en la presidencia. Se produjo la natural rechifla contra ambos, y, en seguida, una compañía de granaderos desfiló por la sala. Como nadie se moviera, su jefe, Latapiat, dió la orden de "¡Apunten!" Los diputados abandonaron atropelladamente la sala, excepto don Diego José Benavente, que permaneció imperturbable en su sitio. Los curiosos de las galerías que no huyeron despavoridos se tiraron debajo de los asientos, pero uno de ellos, el joven don Clemente Díaz, arrebató la espada a un coronel y se lanzó contra la tropa. Animados con el ejemplo, algunos congresales volvieron a la sala y dominaron la situación.

Reunidos de nuevo todos los diputados, tomaron un acuerdo que pretendía el avenimiento con Freire como fórmula transitoria. Campino devolvió la comunicación sin abrirla. Freire quiso hablarle, pero el engréido caudillo le respondió "que tenía una culebrina pronta para descargarla sobre S. E. si se acercaba".

El conflicto sólo podía dirimirse por las armas. Freire se retiró con algunas fuerzas a Aconcagua para organizar la resistencia, y Novoa, comprendiendo que el motín sería sofocado a corto plazo, provocó un acuerdo con el Congreso, que también resistió Campino. Como último recurso se formó un consejo de guerra que proclamó presidente de la república a don Francisco Antonio Pinto. Poco después lograba Portales, desde la prisión, atraerse al mayor Maruri, que se comprometió a encabezar la contrarrevolución, estimulado con \$ 3.700 que Portales hizo extraer de la caja (ahora fiscal) del estanco, bajo su responsabilidad. * Maruri apresó a Campino y demás militares pronunciados y puso en libertad a los presos políticos. En la tarde del 30, Freire se hacía cargo del mando.

Eyzaguirre daba por terminado su interinato, el 1.º de febrero, en un manifiesto que terminaba diciendo: "...sólo os ofrezco y recibo el placer de no haber hecho verter lágrimas a ningún chileno".

Borrado el recuerdo del golpe militar con una componenda que lo dejó impune, Infante recuperó la influencia en el Congreso al aprobarse un proyecto de limitación de facultades del ejecutivo que lo erigía, según feliz expresión contemporánea, "en mayordomo de la soberanía del Congreso". El 13 de febrero 37 diputados votaron por la reelección de Freire, como presidente, y 27 por la

* Carta de Portales a Garfias, de 30 de mayo de 1831.



FIG. 619.—DON FRANCISCO ANTONIO PINTO. (Dibujo de Desmadryl.)

de Pinto, como vicepresidente. Sus mandatos deberían durar hasta el primero de julio de 1829, fecha en que serían proclamados los nuevos gobernantes.

La elección de Freire y Pinto fué un duro golpe para el federalismo. Los estanqueros se adueñaban del gobierno, con Gandarillas en el Ministerio del Interior. Infante intentó forzar las medidas destinadas a establecer definitivamente el sistema federal, pero chocó con la resistencia de las mismas provincias, la falta total de recursos y la actitud de Gandarillas. Arremetió con furia contra éste, y el ministro envió acto seguido al Congreso un memorial, escrito con tanto calor, talento y objetividad, que la asamblea se consideró liquidada. La requisitoria, pieza excelente para interpretar el desarrollo político del período, concluía con una frase lapidaria: "El gobierno ha respetado invariablemente la senda que le demarcó el congreso; ha cruzado sus brazos delante de la autoridad de éste; y si alguna imputación se le hace es la deferencia a esa corporación, contra la cual se ha alzado el grito en el público por sus desaciertos. Tanto ha querido trabársele el poder de hacer el bien, que sólo se le ha dejado la facultad de aburrirse". *

El conflicto entre Gandarillas y parte del Congreso decidió la renuncia de Freire, que la asamblea aceptaba el 5 de mayo, llamando de inmediato a Pinto, recién llegado de Coquimbo, donde desempeñaba la Intendencia desde 1825.

Don Francisco
Antonio Pinto

Con toda honradez, Pinto, analizando el estado de cosas, dijo: "Confieso ingenuamente que me ha espantado; y midiendo la escala de las dificultades que circundan al gobierno con la expresión de mis fuerzas, me he convencido de que no soy el hombre llamado por las circunstancias para presidir la República". Se apeló de nuevo a Freire, mas, ante la nueva negativa de éste, Pinto hubo de jurar el cargo el 8 de mayo.

En esa época, el nuevo presidente (figs. 619 y 625) contaba 42 años de edad. Era hombre de inteligencia opaca y sensata, de extrema pobreza de imaginación, carácter prudente y conciliador, de gran rectitud moral, sin voluntad activa ni ascendiente sobre los hombres ni los pueblos, pero no exento de cierta entereza negativa. Estas cualidades lo hacían simpático a la aristocracia castellano-vasca, pero su anticlericalismo creaba entre él y su casta un abismo insalvable. Viró violentamente en juventud de un misticismo exaltado a un enciclopedismo no menos militante. Los factores que más contribuyeron a su rápida carrera fueron una ilustración poco común y un exterior pacato y circunspecto. Lector impenitente, poseía una cultura que asombró a sus contemporáneos. Sin carecer de carácter, su ideario político lo constituían la persuasión y la tolerancia. Antes de transar con los beatos o los autoritarios, pre-

* "Sesiones de los Cuerpos Legislativos", T. XIV, p. 350.

fería el suicidio. Mas su criterio realista dirigió su mandato hacia el doble objetivo de eliminar al Congreso y liquidar el ensayo federalista. Sobre estas bases, el segundo problema arduo era la recuperación administrativa consecuente a cinco años de acefalía gubernamental.

Pinto constituyó su ministerio con el joven de 22 años don Melchor José Ramos en Interior, sustituido poco después por don Carlos Rodríguez; con don Ventura Blanco Encalada en Hacienda y con el general Borgoño en Guerra. El gobierno de Pinto sólo se apoyaba, por tanto, en su prestigio, en la benevolencia de los estanqueros y pelucones y en la tolerancia de la pandilla y los pipiolo, satisfechos con la preterición de Gandarillas.

La política seguida por Pinto para eliminar el Congreso demostró astucia y habilidad. Los diputados estaban impagos en sus dietas. Había en arcas fiscales unos \$ 3.000, "que se habían reservado para las viudas y mujeres que gozan asignaciones y que, por lo calamitoso del tiempo, no han ocurrido por ellos. La representación nacional —terminaba— puede disponer de ellos". Los congresales se precipitaron sobre estos fondos, y aunque al darse cuenta del traspie los dedicaron en gran parte a gastos de secretaría, la prensa de gobierno escarneció con ensañamiento su conducta. Ante los ataques de los estanqueros al régimen federal y la hostilidad de la opinión pública, el Congreso acordó, al fin, disolverse, nombrando una comisión de ocho individuos que lo reemplazaría hasta el próximo constituyente, convocado para el 12 de febrero de 1828. Los ocho miembros eran unitarios o federalistas renegados.

Se disuelve el Congreso. Muerte del federalismo

Fracasada la consulta a las provincias acerca del sistema federal, trámite de fórmula para dar visos democráticos a una resolución tomada de antemano, fueron suspendidas con general beneplácito las leyes que lo habían establecido. Como era de temer, pronto se manifestaron las primeras actividades subversivas de los federalistas, que ganaron caracteres alarmantes en Aconcagua. Infante, enemigo encarnizado de las revoluciones y motines militares, se relegó al segundo plano con el propósito de intentar en un futuro próximo nuevos ensayos. Para mantener su ideología en la opinión fundó "El Valdiviano Federal", periódico que sostuvo hasta su muerte, en 1844.

El golpe de Campino había sido el preludio de una serie de pronunciamientos militares de entraña política. El gobierno de Pinto determinó una pausa de más de un año en lo que ya era una enfermedad americana, tristemente paralela en España. Pero la disciplina no se había restablecido. Un motín sangriento en Talca demostró que el peligro estaba latente.

Desembarazado del Congreso y abolido el ensayo federal, Pinto intentó paliar el desbarajuste administrativo con varias medidas que estaban condenadas de antemano al fracaso.

Al rescindir el contrato del estanco, en septiembre de 1826, el fisco se

El conflicto del
estanco

había hecho cargo del monopolio e incautado de las existencias en mercadería y en caja de los contratistas. Desde el punto de vista de los intereses fiscales era desfavorable la medida acordada de someter a arbitraje la liquidación. Los contratistas presentaron sus libros, según ellos perfectamente documentados, que el fisco no aceptó, trabándose una disputa que parecía calculada para no llegar nunca a una sentencia. Al fin el juicio, encargado a un fiscal ad hoc de la Suprema Corte de Justicia, entró en vías de sentencia. El 9 de noviembre de 1827, los cuatro jueces del tribunal pronunciaron un fallo que demuestra un profundo estudio del caso. *

Según el texto del contrato, el fisco debía recibir \$ 500.000 por devolución del capital prestado y \$ 720.000 a título de arriendo del monopolio durante los dos años que estuvo entregado a los contratistas. En vez de estas sumas, recibió los \$ 500.000 correspondientes al capital prestado y sólo \$ 233.831 a título de renta líquida. Es decir, el estanco produjo \$ 486.669 menos del cálculo que había servido de base al arriendo.

Inundaciones

Como si la secular lucha contra los elementos hubiera querido ensañarse en la situación caótica que el país atravesaba, en 1827 se repitieron las terribles inundaciones, ya casi olvidadas desde la etapa colonial. En los primeros días de junio los temporales que se venían produciendo desde todo el mes de mayo arreciaron. El Mapocho barrió los cuatro molinos de piedra y numerosos ranchos que se habían construido en su lecho durante los años secos. El torrente se precipitó por la Cañadilla, arrasando enormes extensiones. Numerosos jinetes hicieron alarde de valor y destreza para salvar a los pobladores, utilizando el lazo con habilidad prodigiosa. Se sangró el río, inundando a propósito los campos aledaños a la Alameda, con el vano intento de salvar el barrio poniente y paliar los estragos en el norte. Pero las aguas subían con ritmo pavoroso, arrasando materialmente los barrios del Carrascal, Guangualí y Petorca.

Al descender, por fin, aparecían montículos de escombros, hacinamientos de maderas, ventanas, muebles de las casas destruidas. Una abigarrada multitud se disputaba los despojos, algunos para recuperar parte de lo perdido, otros para, literalmente, "pescar a río revuelto". A medida que se removían los

* Luego de aceptar el hecho de que el fisco no había cumplido con las obligaciones de amparar el monopolio y fundándose en numerosas razones legales y de equidad, la sentencia declaró que "la negociación del estanco de tabacos, naipes, licores extranjeros y té, que contrató la casa Portales, Cea y Cía. con el gobierno, era y debía entenderse de cuenta del fisco desde su establecimiento (Art. 1.º); que los empresarios serían considerados como

agentes del gobierno, encargado de plantearlo (Art. 2.º); que todas las transacciones, compras, ventas y demás actos celebrados en este negocio por los empresarios, durante el tiempo de su administración, eran de cuenta del mismo fisco (Art. 5.º), y que a éste corresponderían las utilidades o pérdidas que hasta la rescisión del contrato hubiese habido en el giro del negocio (Art. 6.º)".

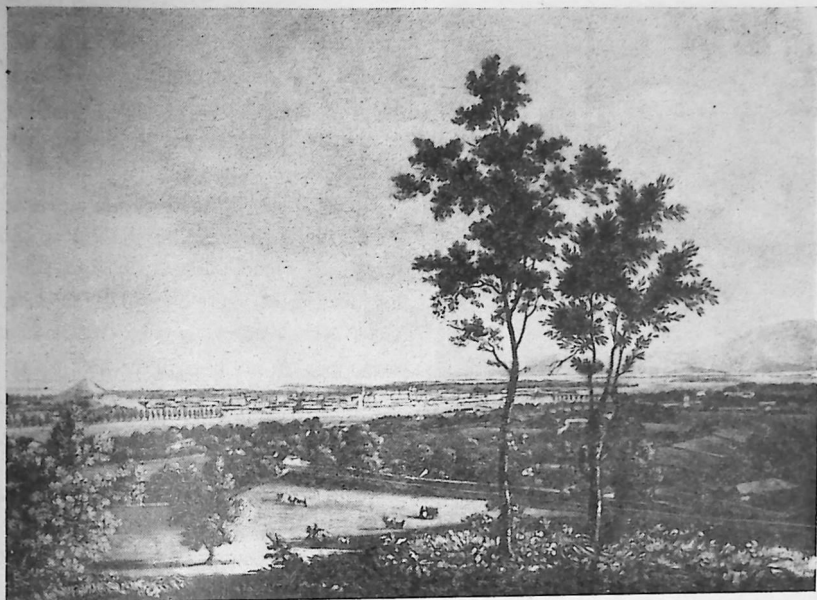


FIG. 620.—SANTIAGO EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX. (Dibujo de Bence, Col. de L. C.; nótese el fantástico lago al fondo del paisaje.)

restos, aparecían los cadáveres de los infelices que no habían logrado salvar los lazos de los huasos.

El desastre ganó los mismos terribles caracteres, guardadas las proporciones, desde La Serena hasta Concepción. Los ríos arrasaron las casas ribereñas y anegaron los bajos. Numerosas viñas, huertos e instalaciones quedaron total o parcialmente destruídos, los caminos intransitables y los modestos puentes de la época desaparecidos. El valor material de los destrozos se calculó entre tres y cuatro millones de pesos.

La iniciativa privada suplió la ineptitud del gobierno, que ya entonces era patológica. Se albergó en cuarteles, claustros y otros edificios a las numerosas familias que habían quedado sin techo, y generosas subscripciones llevadas a cabo por filántropos espontáneos reunieron fondos para procurarles alimentos. Los problemas que creaba la rehabilitación de su vida normal se resolvieron solos.

A fines de 1827, Pinto contaba ya con el apoyo decidido de los estancieros, inhabilitados, no obstante, para asumir las responsabilidades del gobierno por el ambiente creado en su contra con el fracaso del estanco. La aristocracia, por su parte, disimulaba su horror al ateísmo del presidente, por-

Los pipiolo y la pandilla



FIG. 621.—DON JOSÉ JOAQUÍN DE MORA.
(Museo Histórico Nacional.)

que encarnaba su ideal de gobierno cuerdo, honrado y respetuoso de la legalidad. Sus únicos enemigos declarados eran los federalistas, que veían en él a un verdugo de su panacea y de la felicidad de Chile.

No obstante, Pinto se había echado en brazos de la pandilla y de los pipiolo. El nombramiento de don Carlos Rodríguez, hermano del célebre guerrillero, hombre de pintorescos arranques, al margen de los cuales se comportaba como un magistrado correcto, inofensivo y falto de tino, hizo posible una alianza, hasta entonces inverosímil, entre o'higgistas, estanqueros, federalistas y pelucones, que iba a producir la revolución de 1829, con el consiguiente remate de la pandilla, los federalistas, los pipiolo y los bandos liberales, y, como inmediata con-

secuencia, el establecimiento del régimen portaliano.

Fraudes electorales

Las elecciones de 1828 llevaron los fraudes electorales a extremos pintorescos. Hasta entonces habían sido obra aislada de tal o cual bando y ninguno podía enrostrarlos al rival, porque en cierto modo se compensaban unos con otros. Ahora los gobiernistas, dirigidos en este terreno por el talento incomparable de Novoa y amparados desde el poder por el ministro Rodríguez, los organizaron en forma minuciosa de un extremo a otro del país.

Las trampas se iniciaron con las inscripciones. Según demuestran los documentos, se hallaron en poder de un individuo 200 calificaciones falsificadas, que equivalían a otros tantos votos. En Santiago, donde el número total de ciudadanos con derecho a sufragio era aproximadamente de 3.000, no votaron la mitad y se contaron más de 5.600 sufragios. En la mesa de Rancagua, ante la imposibilidad de esquivar la vigilancia opositora, se añadió un voluminoso paquete de votos gobiernistas después de concluido el acto electoral. No menos ingeniosas fueron las adulteraciones en provincias.

Los bandos del gobierno celebraron con entusiasmo su triunfo. En el nuevo Congreso apenas había siete diputados, incluidos los tres estanqueros, que no fueran liberales, federalistas, pandillistas o pipiolo fervorosos. Mientras

tanto, el prestigio del presidente se desplomaba, recrudesciendo por doquier el espectro de las turbulencias y motines que venía arrastrándose desde hacía tantos años.

Como en los Congresos anteriores, la misión específica del constituyente, cual era la de redactar el proyecto de código constitucional, fué preterida por los asuntos en que tenían intereses personales los nuevos diputados. Al fin, el 28 de febrero se nombró una comisión encargada de darle forma, que asesoraba el escritor español José Joaquín de Mora (figs. 621 y 622) (Cádiz, 10 de enero de 1783—Madrid, 3 de octubre de 1864), hombre de pasmosa agilidad intelectual, que escribía con igual soltura sobre "historia, geografía, literatura, filosofía, política, ciencias o pedagogía". En el fondo, Mora fué el abogado de las tendencias liberales y unitarias de

Pinto. Poseía, además, ideas claras y definidas sobre lo que debería ser una Constitución, los rodajes administrativos, el gobierno, la libertad y la democracia. La Carta de 1828 demuestra que entre Mora y sus colegas de labores había una enorme distancia.

La tiranía absolutista lo desterró voluntariamente de España. En Londres trabajó con gran productividad para la editorial Ackermann. En América entera gozaba de un prestigio extraordinario; no sólo como escritor, sino como adalid de la libertad y de la democracia.

La cadena de turbulencias civiles y pronunciamientos militares culminaba en el mes de junio con la revolución federalista o'higginista de Urriola.

Dos profesionales del pronunciamiento, José Antonio Vidaurre, que ya se había dado a conocer en los días que siguieron a la caída de O'Higgins, y el famoso boliviano Padilla, inspirador de la mayor parte de las revueltas señaladas, concertaron el levantamiento del batallón de línea que ocupaba San Fernando. El objetivo del cuartelazo era el reemplazo de Pinto por Infante. La ejecución del plan se confió a otro experto en golpes militares, el coronel Pedro Urriola, agitador y montonero en los días de la Reconquista, oficial de los Húsares de la Muerte (fig. 623).



José Joaquín de Mora

FIG. 622.—DON JOSÉ JOAQUÍN DE MORA. (Colección Retratos, Sala Medina, Biblioteca Nacional.)

El pronunciamiento de Urriola



FIG. 623.—CORONEL PEDRO URRIOLA. (Dibujo de Desmadryl.)

Sublevado al frente de sus fuerzas, apresó a los funcionarios y oficiales desafectos y se hizo proclamar intendente de Colchagua. Con los nuevos destacamentos que se incorporaron a los subversivos, Urriola estaba en condiciones de batir a las tropas gobiernistas de Borgoño o avanzar a marchas forzadas sobre la desgarnecida capital. Optó por lo último, y el 18 acampaba a la vista de Santiago. La débil resistencia que organizara el gobierno fué completamente derrotada en Ochagavía. El presidente, seguido de dos o tres oficiales, se dirigió a la Plaza de Armas. Una pequeña poblada, reunida ante el palacio de gobierno, abrió paso al mandatario. El famoso "Loco Pardo" le dijo: "Príncipe mío, ¿quién os ha arrebatado la corona?" Urriola se instaló en el cuartel de la Maestranza y, en graciosísimo símbolo de los motines militares de la época, aquella misma noche los oficiales vencedores y vencidos cenaron juntos en el café de "La Nación". *

Los sublevados llamaron a Infante para que se hiciera cargo del mando supremo. Mas don José Miguel, simpatizando con el movimiento, declaró que era necesario conciliar la opinión con la fuerza por el camino legal. Se realizó en la noche del 19 una conferencia de notables. Los pelucones y los estanqueros se retiraron de ella dispuestos a apoyar a un gobierno orientado por sus rivales. Pinto salió sigilosamente con el propósito de unirse a Borgoño y organizar en provincias la resistencia. Pero se extravió en la oscuridad y hubo de regresar a las 7 de la mañana a palacio. Este percance decidió la suerte de la revuelta. Los estanqueros, con audacia y ánimo decidido, movieron durante la misma noche del 20 a la opinión. Mientras las tropas de Urriola avanzaban desde la Maestranza, las campanas de la Catedral congregaban a una multitud de vecinos pacíficos, desarmados, ante los cuales el presidente declaró que sólo dejaría el mando obligado por la fuerza material de las bayonetas, actitud que provocó el entusiasmo de las muchedumbres, que gritaban exaltadas: ¡"Viva la ley! ¡Viva el gobierno legal!" Parte de los militares sublevados, "conociendo la enorme falta que han cometido —decía el mensaje dirigido al presidente—, se arrepierten sinceramente de ella, y, penetrados del dolor, ocurren a la paternal

* Zapiola: "Recuerdos de Treinta Años".



MERCURIO DE VALPARAISO.

PERIODICO MERCANTIL POLITICO, Y LITERARIO.
 NUM. 1. SETIEMBRE 12 DE 1827. TOMO 1.

IMPRENTA DE WELLS Y SILVA.

Se saldrá á luz, por ahora, solo dos veces cada semana, los dias miércoles y sábados, ó sus inmediatos, cuando en los designados retajes se festividad.—Los SS. que gusten suscribirse lo podrán hacer en esta imprenta, en la oficina de don José María Alamos, y en el almazara de los SS. Altop, Wetmore y Cróder, y en Santiago en el del señor don Ignacio Virsós: el precio de la suscripcion es 12 reales por 13 pliegos.—Recíbense los ejemplares en sus casas, los que fueren ociosos de esta ciudad, ó por la estafeta, libres de porte y con la mayor puntualidad, los de fuera.

SE INSERTARAN todos los avisos que se nos dirijen con tal fin, aun que sean en cualquier idioma extranjero.

EL MERCURIO.

Fue o no, ultrajante al honor y dignidad nacional, la escandalosa y horrible escena que presenciámos la noche del 9 del corriente?

Es la importante cuestion, que, en nuestro concepto, va á quedar definitivamente resuelta, con solo la sencilla é imparcial relacion de los hechos que presentamos a la consideracion de nuestros compatriotas.

HECHOS.

1.º El Comandante de la guardia del teatro es asesinado, en su mismo puesto, por un oficial de la marina británica.

2.º Una partida de tropa inglesa desembarca y principia á avanzar sobre la poblacion.

3.º Segundo desembarco de la misma, en aptitud mas hostil.

Si los hechos precedentes son incuestionables, por que no fueron presenciados por la mitad de Valparaiso; su parmenor no hará mas que reagravar la criminalidad de ellos, por el modo, lugar y circunstancias en que se efectuaron.

Antes de principiar este prolijo detalle, permitásenos protestar, que no somos impelidos á escribir por el innoble deseo de promover, fustijar odios y excitar á una venganza, que habria sido muy facil conseguir en el acto mismo de la ofensa, y que contribuímos á evitar. No se crea (ar poco que pretendemos disculparnos) que con aquellos á quienes pueda desagradar el contenido de este artículo nuestro unico objeto es el de obtener una justa reparacion de los ultrajes inferidos a la nacion; y no cejaremos de clamar por esto, mientras no tenemos la satisfaccion de conseguirlo.

DETALLE DE LOS HECHOS.

Iva á principiarse el cuarto acto de la sublime tragedia, cuya bien desempeñada representacion habia fijado la atencion de todos los espectadores que se disponian á complacecer la injusta muerte del virtuoso Juan de Calaz, y la desgraciada situacion de su infeliz familia; cuando inopinadamente es substituida aquella tierna y triste escena, por la escandalosa y horrible que tuvimos el pesar de presenciar.

Mr. Fallaron oficial de la marina de S. M. B., con un tono insolente y amenazador, manda á un ciudadano que se levante del asiento que ocupaba para colocarse él este contesta negándose á obedecerle, como era natural, pero en sus esprolesiones no se separó de la moderacion y deseucia debida al lugar: Fallaron le replica á puñadas, sacando y preparando al mismo tiempo una pistola con la cual lo habria asesinado, si felizmente no se hubieran interpuesto al acto de dispararla, el comandante de serenos, y el capitán de artilleria don Pedro Gazitua.

El desorden, entretanto, se propagaba con la mayor rapidéz era ya indispensable ocurrir á medidas vigorosas para tratar de sofocarlo. Entonces el mayor de plaza ordena la prision del delincuente, y dos soldados destinados al efecto, son obligados á retirarse arrojados por los repetidos gritos de—fuera tropa, fuera tropa. Se encarga de nuevo la ejecucion de la orden al comandante de la guardia, sargento de artilleria José Maria Muñoz, quien apenas se aproxima al criminal para intimársela, cuando este lo asesina de un pistoletazo. El asesinato aumenta mas y mas el desorden: á su favor logra escaparse el asesino, y como nadie lo conocia, ni menos lo habian visto fugar, se creyó que fuese uno de los cuatro ó seis compañeros suyos que aun permanecian allí despues del hecho; se prende por consiguiente, á estos, cuyo acto restableció una parte del orden.

En este estado se hallaban las cosas cuando llegó el Sr. Gobernador militar, y en seguida los SS. Consul ingles, y comandante de la fragata Doris, con el objeto de informarse bien de todo lo acaecido; y sabida por el ultimo la prision de algunos de sus oficiales, reclamó la libertad de ellos al primero, quien espidió

FIG. 624.—EL PRIMER NÚMERO DE "EL MERCURIO", DECANO DE LA PRENSA HISPANO-AMERICANA, FUNDADO EN LA ÉPOCA EN QUE SE NARRAN ESTOS CAPÍTULOS.

piedad de S. E., implorando perdón". Como de costumbre, el golpe quedó impune. La única medida práctica fué la expulsión del país de Aniceto Padilla.

Aprovechando la tardía reacción de Pinto, un grupo de pelucones llevó a don Francisco Ruiz Tagle al Ministerio de Hacienda, vacante por renuncia de don Ventura Blanco.

La Constitución
de 1828

En este ambiente de incertidumbre y golpes militares, la redacción del proyecto constitucional llegaba a su término. Mora había realizado su trabajo con una rapidez pasmosa. El 20 de mayo la comisión presentaba un proyecto en 128 artículos. El Congreso, en dos meses de discusiones, sólo modificó algunos detalles, y el 6 de agosto firmaban la nueva Constitución 42 de los 50 diputados en ejercicio.

La Constitución de 1828 fué, en sus disposiciones esenciales, la base fundamental de la de 1833, sin el espíritu autoritario y centralizador de la última. La República sería gobernada por un presidente, designado en votación indirecta de electores, a razón de tres por cada miembro de los cuerpos legislativos. El presidente y sus ministros eran acusables durante el período de su mandato. El poder legislativo constaba de dos Cámaras: el Senado se constituía con dos representantes de cada provincia, elegidos por la respectiva asamblea provincial, y se renovaba cada cuatro años. La Cámara de Diputados se componía de representantes elegidos por dos años en votación popular directa, a razón de uno por cada quince mil habitantes. Las facultades legislativas de ambas Cámaras no tenían otra traba que la opinión pública. El ejecutivo sólo podía oponer veto suspensivo a sus resoluciones y pedir que se reconsideraran. Les correspondía el nombramiento de los ministros de la Suprema Corte de Justicia, dictar el presupuesto de gastos públicos, suprimir o crear empleos y aprobar los ascensos de los jefes superiores del ejército y de los ministros acreditados en el extranjero.

En la práctica, la Constitución de 1828 era inaplicable. Pero desde el punto de vista del progreso del derecho constitucional fué cátedra tan eficaz, que sin ella difícilmente la de 1833 habría fraguado en forma positiva. El régimen portaliano sólo fué una adaptación de la Carta de 1828 a la realidad social chilena. En este sentido, el aporte jurídico de Mora a la creación del régimen político de 1830-1891 supera al de Egaña y Gandarillas y es sólo comparable al de Bello.

XXIV

Las elecciones parlamentarias de 1829. La guerra civil de 1829-1830.

LA interpretación de la confusa etapa transitoria del régimen pipiolo al portaliano exige el análisis de la psicología política de los tres grupos y sus afines estructurados a principios de 1829: los constitucionalistas, los opositores y los pelucones y neutros.

Los primeros agrupaban a los bandos de gobierno: pelucones de Ruiz Tagle, liberales aristócratas, liberales populacheros, la pandilla y los pipiolos. La oposición unía circunstancialmente a o'higinistas, a la sazón tan incrementados que solos formaban el bando político más poderoso del momento; los estancieros, que reunían a los hombres de más valer real de la época: Gandarillas, Benavente, Portales, los Errázuriz y Rengifo, y los federalistas. El acuerdo entre los opositores era aun más difícil que entre los constitucionalistas. Por último, los pelucones y los neutros formaban en potencia una masa tan voluminosa, que bastaba movilizarlos para que aplastaran a gobiernistas y opositores juntos. Pero en 1829 seguían sin caudillo, sin programa y sin organización electoral.

Bajo la máscara de un avance democrático, la Constitución de 1828 había introducido una reforma en el sistema de elecciones que iba a pesar durante sesenta y dos años en la vida política del pueblo chileno. Hasta entonces, el poder electoral era disfrutado por un número de individuos con cierta independencia de los partidos. En su gran mayoría eran ajenos a la lucha política. mas, en vez de seguir al gobierno, entidad abstracta y lejana para ellos, votaban por el personaje de sus simpatías o influencias, el cura párroco, el gobernador local, etc., sin parar mientes en su ideología. Para afianzarse en el mando, los grupos que detentaban el poder urdieron un sistema tan sencillo como eficaz para controlar las elecciones desde el gobierno. "Son ciudadanos activos —decía el artículo 7.º de la Constitución— los chilenos naturales que habiendo cumplido veintiún años, o antes si fuesen casados, o sirviesen en la milicia, profesen alguna ciencia, arte o industria, o ejerzan algún empleo, o posean un capital en giro o propiedad raíz en qué vivir." A pesar de que la redacción de Mora no quedó perfectamente clara, prevaleció el espíritu sobre la letra y se interpretó en el sentido de que todo individuo inscrito en las milicias era ciudadano. Como estas inscripciones las hacían las autoridades dependientes del ejecutivo, este poder quedó ungido en supremo elector. Para aplastar al contrario opositor bastaba inscribir en los registros de la guardia cívica

Control electoral

un número de individuos superior al de las demás categorías de electores, para lo cual se hacía que todas las calificaciones o boletas de los cívicos quedaran en manos del jefe de cuerpo o de un oficial de confianza. Este sistema sirvió de base electoral al régimen portaliano, especialmente en su fase liberal.

El finísimo Zapiola nos ha dejado también una soberbia descripción de los preparativos para las elecciones de 1829. "Se nombraron —dice—, entre otras, tres comisiones que debían funcionar incesantemente alrededor de las mesas receptoras; estas comisiones tenían los títulos siguientes: Comisión negociadora, Comisión apretadora y Comisión arrebatadora. Pocas palabras explicarán el respectivo objeto de estas comisiones. La negociadora se empleaba en la compra de calificaciones y del voto, si se podía, de los que se dirigían a votar; la apretadora, muy numerosa, en impedir acercarse a la mesa a los enemigos. Cuando estos medios eran insuficientes, la arrebatadora ponía en ejercicio su título en el momento en que el votante sacaba su calificación. El que arrebataba una calificación debía, para evitar reclamos y alboroto, abandonar inmediatamente la mesa en que lo había hecho, y dirigirse a otra de la parroquia más inmediata, de donde venía al momento su reemplazante..." *

Las elecciones de
electores

De nuevo los fraudes compitieron en ingenio y habilidad. En Melipilla el gobernador hizo practicar las elecciones de Cabildo y asamblea entre gallos y medianoche, tres días antes del fijado por la ley. En muchos lugares, brutales atropellos *manu militari* costaron no pocas vidas. En Los Andes hubo ocho muertos. La gracia y la picardía desviaron la indignación pública en Santiago. En la mesa de la Catedral se hizo votar primero a todos los gobiernistas sin exigirles poder. Una vez agotados los boletos propios, se exigió el poder, quedando casi toda la oposición sin votar. No obstante, era tan crecido el número de contrarios, que aunque sólo sufragaban los que traían calificación legítima, ganaban en la mesa por más de cien votos. Pronto se discurrió el remedio. Las cajas con los votos se depositaban en piezas especiales bien alumbradas y vigiladas durante la noche siguiente al acto. "La de la parroquia de la Catedral —dice Zapiola— se depositó esta vez, como siempre, en una pieza del poniente del pórtico de la cárcel, sobre una mesa separada de la calle por el grueso de la muralla, con la ventana abierta y las luces consabidas. Recién colocada allí la caja, don Cayetano O'Ryan, entusiasta pipiolo, se introdujo en ese cuarto sin ser visto por los cuidadores, por una puerta lateral que se abrió para él solo; en seguida, y gateando para no ser visto de aquéllos, se colocó tras de la mesa, cubierta en gran parte por la caja. Permaneció allí más de una hora sentado o de rodillas alternativamente. En ese tiempo se ocupó en introducir por una rendija casual o a propósito, valiéndose de un cuchillo, trescientos vo-

* "Recuerdos de Treinta Años".

tos pipiolos.” * Y los opositores, que creían triunfar por doscientos votos, resultaron derrotados por cien.

Las elecciones de electores se llevaron a cabo en toda la República los días 15 y 16 de mayo, en el mayor desconcierto de los partidos de gobierno, vencedores en las de los días 3 y 4. Su resultado fué el siguiente:

Provincias	Electores	Pinto	Ruiz Tagle	Prieto	Vicuña	Argomedo	Rivera	Infante	Solar	Benavente	Dispersos
Coquimbo	23	17	3	—	22	—	—	—	—	4	—
Aconcagua	27	13	19	1	21	—	—	—	—	—	—
Santiago	41	29	7	2	5	4	11	—	6	3	15
Colchagua	31	31	—	1	—	29	—	—	—	—	1
Maule	27	3	24	27	—	—	—	—	—	—	—
Concepción . . .	31	5	27	30	—	—	—	—	—	—	—
Valdivia	11	10	4	—	—	—	—	—	—	—	—
Chiloé	14	10	14	—	—	—	—	8	—	—	—
TOTALES	205	118	98	61	48	33	11	8	6	7	16

Un nuevo motín encabezado por Urriola, triste epílogo de las elecciones, que fué vengado con el fusilamiento de un sargento y tres soldados, mientras los cabecillas quedaban impunes, contribuyó a afirmar en la conciencia pública el concepto que el gobierno tenía de su propia debilidad.

En las subsecuentes elecciones de diputados y senadores el gobierno obtuvo, por procedimientos similares a los empleados en la anterior, los dos tercios de los diputados. Elecciones parlamentarias

No obstante las reyertas e insultos que encabezaban “El Hambriento” y “El Canalla”, los estanqueros se habían mantenido fieles a Pinto. Los abusos electorales los decidieron a apoyar a Ruiz Tagle. Y los colocó a la cabeza de los bandos opositores un nuevo periódico, “El Sufragante”, dirigido con habilidad por Gandarillas. Baste señalar, como reflejo de su éxito de público, que llegó a tirar 1.500 ejemplares, cifra fantástica para la época. Desde esa etapa, los estanqueros capitanearon el movimiento de opinión que iba a conducir a la guerra civil de 1829, aunque el acuerdo entre Rodríguez Aldea y Portales sólo se produjo en septiembre de ese año.

La reelección de Pinto, a pesar de las sanciones que entrañaba, hacía incompatible su vuelta con la dignidad del cargo y con su conciencia cívica. Vióse obligado, por tanto, a solicitar un permiso, reemplazándolo don Francisco Ra-

* “Recuerdos de Treinta Años”.



FIG. 625.—DON FRANCISCO A. PINTO.
(Grabado de Smith, 1858.)

món Vicuña. De acuerdo con la votación, el Congreso proclamaba sin observaciones presidente a don Francisco A. Pinto, que había obtenido mayoría absoluta. Forzando la interpretación de la ley, don José María Novoa obligó al Congreso a elegir vicepresidente a don Joaquín Vicuña, que figuraba en cuarto lugar en la votación. Al día siguiente de la proclamación se producía el acuerdo revolucionario entre estanqueros y o'higinistas. "El Sufragante" proclamó sin eufemismos la revolución y las provincias de Concepción y Maule, así como el ejército del sur, desconocieron la legalidad de las proclamaciones de presidente y vicepresidente realizadas por el Congreso.

Ante tal estado de cosas, Pinto reiteró su renuncia de la alta investidura.

El Congreso se negó rotundamente a aceptarla, y envió reiteradas comunicaciones conminándolo a hacerse cargo de la presidencia, la última de las cuales insistía en que se "dijese al general don Francisco Antonio Pinto que no ha lugar a su solicitud del 28 de septiembre último y que se apersona al Congreso mañana domingo, 18 del corriente, a las 12 del día, a recibirse del cargo de presidente de la República". El senador por Chiloé pidió que constara en el acta "que su voto era porque se declarara traidor a la patria al presidente electo si se resistía por tercera vez a recibirse del mando".

Pinto entrega
el poder a Vicuña

Animado por un sano espíritu público, más que por las coacciones de que era objeto, al fin Pinto resolvió asumir el mando para patrocinar un acuerdo entre los estanqueros y los liberales moderados que evitara la revolución. Mas sus propósitos fueron inútiles: la pandilla, los pipiols y los exaltados lo frustraron y el presidente abandonó definitivamente el poder.

Don Francisco Ramón Vicuña (fig. 626), anciano bondadoso, lleno de virtudes domésticas, iba a pasar por el mando del país como una figura decorativa, gobernada por Novoa, Ramos y Muñoz Bezanilla a su albedrío. El nuevo gobierno exteriorizó pronto una agresividad propia de los tres bandos que lo apoyaban, inconcebible bajo la presidencia personal de Pinto.

Decidido el planteamiento de las fuerzas que se iban a debatir fatalmente

en la guerra civil, Prieto comisionó al coronel Manuel Bulnes para que subleva las provincias del sur hasta Colchagua y recogiese las armas y recursos que en ellas hubiera. El 9 de noviembre de 1829 Bulnes entraba en Rancagua. Todo el territorio del Bío-Bío al Maule quedaba en poder de Prieto sin disparar un tiro. Al reunirse ambos jefes en dicha ciudad, sus fuerzas, con todo, no pasaban de 1.000 hombres mal armados, desnudos, impagos, casi sin municiones, que se agrupaban con el pomposo nombre de "Ejército Libertador".

Mientras tanto, la absoluta pasividad del ejército gobiernista movió a Novoa y demás mentores de Vicuña a solicitar el concurso de Freire, a la sazón muy distanciado de ellos. Pero su esposa, la bella y enérgica doña Manuela Caldera, era de un pipiolismo exaltado, legendario por largos años en las tradiciones de la sociedad santiaguina. Su influencia, no obstante, estaba neutralizada, precisamente, por el arma favorita de los pipiolo: la injuria y el escándalo, de que había sido blanco predilecto el propio Freire. Rodríguez Aldea, Gandarillas y Portales esgrimieron con fortuna los anteriores agravios. El primero de éstos nos ha dejado un relato sabroso de la polémica: "Freire no admitió la nueva oferta ni los otros quisieron ceder; continuó, pues, el movimiento con más fuerza, porque ya Freire se manifestó claramente en contra de Vicuña. Peleó en su casa, hubo vasos y botellas quebradas en la mesa en ese día, la mujer quedó llorando y maldiciendo en contra de Benavente y de Gandarillas y de mí". *

La situación comprometida de Prieto y la apatía de los pelucones movieron a Portales a preparar un levantamiento en Santiago, con el ímpetu y la audacia contagiosa que ponía en todos sus actos. Vicuña había creído encontrar una solución al problema llamando a nuevas elecciones de presidente y vicepresidente. Suponiendo que el gobierno provisional las presidiría, el pueblo se dió cita en el Consulado el día que se fijó el decreto de convocatoria. La asamblea tenía un carácter muy similar a la que depuso a O'Higgins. Todos estaban de acuerdo en la necesidad de cambiar el gobierno. El acta, luego de



FIG. 626.—DON FRANCISCO RAMÓN VICUÑA. (Dibujo de Desmadryl.)

Prieto y Bulnes
dueños del sur

Las fuerzas
gobiernistas

Portales,
revolucionario.
Acefalia en el
Gobierno

* Informe a O'Higgins, de principios de 1831.



FIG. 627.—DON FRANCISCO FORMAS PATIÑO, Y FIG. 628.—CORONEL CARLOS FORMAS URÍZAR, CONGRESALES EN 1829.

varios acuerdos violentos, negaba “la autoridad al que actualmente tiene el mando de la República y a las cámaras que se han puesto en receso”.

La llegada del presidente Vicuña, ornado con la banda presidencial, mitigó por pocos momentos la granizada de mutuos insultos. El conflicto se tornaba cada vez más grave. Vicuña regó autoridad a la asamblea y se retiró. Los reunidos se dirigieron al palacio de gobierno y desarmaron a la guardia. El presidente, anciano tímido e inerme, imposibilitado de huir, protestaba en todos los tonos que no había dado orden a la guardia de disparar contra el pueblo. Los corifeos del mandatario huyeron. Sólo su hijo, don Pedro Félix Vicuña, permaneció a su lado y, antes de que le arrancaran la banda presidencial, se la quitó, con intención de esconderla en un sombrero.

El afligido presidente tuvo, al fin, una idea salvadora. Cuando pudo hacerse oír, solicitó la presencia de Freire, y la multitud, suponiendo que iba a deponer en él su mando, lo trajo en medio de vivas delirantes, lo obligó a sentarse en el sillón presidencial y le terciaron la banda hallada en el sombrero en que la ocultara don Pedro Félix Vicuña. Momentos antes, el presidente Vicuña había huído. Días después delegaría el mando en el intendente de Santiago, para refugiarse en Valparaíso.

La lucha armada

A los cuatro días de la revuelta había en Santiago dos poderes. De un



FIG. 629.—DON BENJAMÍN VIEL.
(Dibujo de Desmadryl.)



FIG. 630.—DE VIC TUPPER. (Oleo de
Monvoisin, Museo de Bellas Artes.)

lado una Junta formada por Freire, Alcalde y Ruiz Tagle, y de otro, el presidente Vicuña, sus tres ministros y las antiguas autoridades. El enigma de las fuerzas acantonadas en Tango pronto se resolvió con el pronunciamiento de su jefe, Benjamín Viel (fig. 629), por el gobierno, negando obediencia a la Junta, mientras la vanguardia del ejército revolucionario, mandada por el coronel Bulnes, llegaba a 35 Km. al sur poniente de Santiago, donde se le unieron Rodríguez Aldea, Portales y Rengifo, portadores de dinero para pagar a la tropa y hacer frente a los gastos de la campaña. Casi al mismo tiempo fueron coronadas por el éxito varias iniciativas que acorralaron al ejército gobiernista en Santiago. La prolongación de la lucha iba a ser consecuencia de la actitud de llegar hasta el final, tomada por el coronel Tupper (fig. 630), don José M. Novoa, el joven liberal don Melchor J. Ramos y el francés Pedro Chapuis. Todas las tentativas de arreglo fueron inútiles, aunque hubiera acuerdo entre los dos ejércitos, producido en varias ocasiones. Mediante un golpe de mano sangriento, los revolucionarios se apoderaron de Valparaíso y el presidente Vicuña se vió obligado a huir a Coquimbo.

Los dos ejércitos rivales: el constitucionalista, al mando de Lastra, y el "Libertador" o del sur, al de Prieto, se encontraban frente a frente en Ochagavía, dispuestos a dirimir por las armas el conflicto político. El segundo superaba en la caballería al primero, mas era incapaz de batirse con él en campo

El acuerdo de
Ochagavía

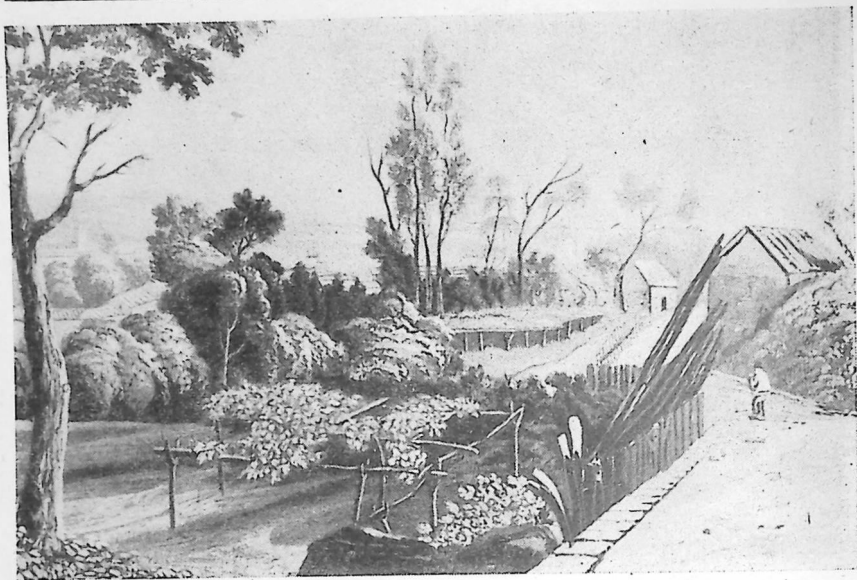


FIG. 631.—LAS SALINAS. ALREDEDORES DE VALPARAÍSO. (Dibujo de María Graham.)

abierto por su absoluta inferioridad numérica. Ante el ataque de los gobiernistas dirigido por Viel en persona, Prieto vióse forzado a replegarse. Pero a la altura de San Bernardo hizo cara a sus perseguidores, derrotándolos. Cuando ambos cuadros se reorganizaban, una bandera de tregua interrumpió el combate. Las pérdidas, en ese momento, del ejército constitucionalista eran menores que las del adversario; pero tanto Lastra como Viel estaban convencidos, si no de su próxima derrota, al menos de la imposibilidad de batir a Prieto.

Lastra y Prieto convinieron en Ochagavía un acuerdo que no conocemos sino a través de versiones posteriores, adulteradas por el encono partidario. Luego de largos y azarosos altercados, de que fueron principales protagonistas Tupper, Viel y Godoy, a las 6.30 del 16 de diciembre, los dos jefes firmaban un tratado de diez artículos, según el cual ambos ejércitos se ponían a las órdenes de Freire, que recibía facultades omnímodas (Arts. 1, 2 y 3); ningún jefe ni oficial podía ser reconvenido por sus opiniones políticas anteriores (Arts. 4 y 5); el general Freire se hacía cargo también del poder político, procediéndose a la elección de una Junta provisional (Arts. 6 y 7), Junta que convocaría a un congreso de plenipotenciarios, al que se daban también instrucciones (Arts. 8 y 9). Desde antes de firmarse el pacto, los bandos se orientaron en el sentido de proseguir la guerra civil a todo trance.



FIG. 632.—EL VALLE DEL MAIPO, EN LAS INMEDIACIONES DE SANTIAGO. (Dibujo de Murray, 1823, Col. L. C.)

A la vez que en Ochagavía tenían lugar las negociaciones señaladas, la provincia de Coquimbo caía en poder de los revolucionarios, que capturaron al presidente Vicuña, y Concepción era dominada por el coronel Cruz, restableciéndose el régimen pipiolo sin otro contraste que la muerte del factor Baso de impresión.

Al finalizar la primera etapa de la guerra civil de 1829-30 estalló de inmediato la segunda, encauzada en la lucha entre los estanqueros y o'higgistas y los liberales moderados. El precio del pacto de Ochagavía había sido la eliminación del grupo pipiolo, que, por lo demás, no tenía fuerza desposeído del gobierno y del ejército. En cambio, los estanqueros, rehabilitados ya en la tornadiza opinión de la época, representaban un poder efectivo y contaban con las mejores cabezas políticas del momento. Estanqueros y liberales unidos podían formar un partido más poderoso que el antiguo liberal aristócrata, que gobernó desde 1824 hasta 1828. La tercera fuerza la constituían los o'higgistas, con Rodríguez Aldea al frente.

En observancia de la parte electoral del compromiso, se eligió una Junta La Junta compuesta por don José Tomás Ovalle, don Isidoro Errázuriz y don Pedro Trujillo, que reflejaban a la mayoría de la capital, mayoría que no poseía voluntad activa y que, además, estaba cohibida por dos ejércitos enemigos, ninguno de los cuales le era adicto. Diversos factores, muchos de ellos inaprehen-



FIG. 633.—DON FRANCISCO RUIZ TAGLE.
(Colección Retratos, Sala Medina, Biblioteca Nacional.)

sibles, la echaron en brazos de Portales, sin condiciones, sin preguntarle siquiera a dónde la llevaba. De esta suerte, el execrado contratista del estanco, que tres años antes era el objeto de todos los ataques, se erigió en caudillo de una poderosa fuerza política que, dirigida por él, era capaz de aplastar a todas las demás reunidas.

Dos acontecimientos señalaron el rumbo al nuevo gobierno: el mando civil, que ganó una extraña eficacia, una clarividencia realista hasta entonces desconocida en Chile, y la dispersión del ejército de Lastra, mientras el de Prieto seguía intacto acantonado en Ochagavía.

Pronto se produjo la ruptura entre Freire y los revolucionarios. El general se dirigió al norte al frente de tres batallones pipiolos, mientras la Junta aprovechaba en Santiago todos los recursos que era imaginable suponer, organizándolos con una eficacia asombrosa.

Ruiz Tagle,
presidente interino

A principios de febrero estaban reunidos en Santiago los plenipotenciarios de seis provincias. Las sesiones preparatorias del congreso se inauguraron el día 9, bajo la presidencia de don Isidoro Errázuriz, y el 17 se nombraba presidente y vicepresidente interinos a don Francisco Ruiz Tagle (fig. 633) y a don José Tomás Ovalle (fig. 634), representantes de dos variantes muy acusadas de la aristocracia santiaguina. Portales calificaba a Ruiz Tagle, su primo hermano, de "espléndido pavo real". Honrado y respetuoso, encarnaba la variante fastuosa y decorativa del "hombre equilibrado", que la aristocracia chilena persiguió con admirable constancia. Ovalle, que iba a llevar la parte más ardua de la revuelta, era doctor en cánones y leyes, sencillo y bondadoso, sin deseos de figuración; es decir, la variante opuesta.

Los cuarenta y dos días del gobierno de Ruiz Tagle transcurrieron en una lucha sorda contra los mismos hombres y bandos que lo eligieron. No halló tropiezos en la preparación de la campaña contra Freire, porque Prieto procedía sin tomarlo en cuenta, secundado apenas por el ministro del interior, presbítero Meneses (fig. 658), que desempeñó también el Ministerio de la



FIG. 634.—DON JOSÉ TOMÁS OVALLE. (Dibujo de Desmadryl.)

Guerra hasta que el general Benavente se hizo cargo de él. Varios militares destacados, entre otros los generales Lastra, Borgoño y Las Heras, se negaron a reconocer autoridad al congreso de plenipotenciarios. Ruiz Tagle dió curso a un decreto que separaba del ejército a los recalcitrantes, mientras hacía nuevos esfuerzos por llegar a un entendimiento con Freire.

El efímero prestigio alcanzado por la Junta se había desvanecido con las nuevas maquinaciones políticas. Se pidió a Ruiz Tagle que renunciara en forma decorosa. El presidente interino se resistió cuanto pudo, hasta que Portales logró conveñerlo y delegó el mando en Ovalle.

Se le creaba al nuevo mandatario un problema gravísimo, pues nadie quería asumir las responsabilidades ministeriales y Portales prefería mantenerse al margen como orientador.

Portales, ministro
universal

Egaña y Benavente se habían excusado, cuando Portales, a punto de partir a Copiapó para asuntos personales, hubo de aceptar, luego de haber exclamado en un arranque súbito: "Si nadie quiere ser ministro, yo estoy dispuesto a aceptar hasta el nombramiento de ministro salteador". La decisión causó asombro, pues se le había rogado sin éxito que aceptara la vicepresidencia provisional en lugar de Ovalle. El 6 de abril de 1830, el presidente firmaba un decreto que iba a decidir la suerte de Chile. *

El primer efecto de la presencia de Portales en el gobierno fué el súbito cambio del temor y la incertidumbre colectivos por el renacimiento de la confianza. Prieto se decidió, por fin, a seguir al pie de la letra sus sugerencias políticas, actitud que iba a tener extraordinarias repercusiones históricas.

Los ejércitos
rivales

Mientras Viel se apoderaba de Concepción y ponía sitio a Chillán, luego de juntar más de mil hombres y abundantes pertrechos, la expedición de Freire al norte se resolvía en un estrepitoso fracaso, al intentar reunirse con las fuerzas de Viel por mar. Por fin lograron unir sus fuerzas Viel, Rondizzoni (fig. 638), Tupper y Freire, que completaron unos 1.750 soldados y 4 cañones.

El intacto ejército de Prieto contaba, por su parte, con 2.200 hombres y 12 cañones, además de la presencia en sus filas del general Cruz, que, desde su jefatura en el Estado Mayor, logró en 15 días organizar las tropas. La superior calidad de la infantería de Freire equilibraba las fuerzas. La dirección táctica y estratégica tenía, por tanto, la última palabra.

En la noche del 14 al 15 de abril, el ejército revolucionario pasó el Maule

* El texto completo del decreto es el siguiente: "Santiago, abril de 1830, N.º 750. No sufriendo ya demora la actual crisis del Estado y hallándose retardado el despacho del gobierno por falta de los ministros nombrados, que han hecho presente no hallarse todavía en estado de encargarse de los respectivos ministerios,

nombre ministro de Estado, en los departamentos de Relaciones Exteriores, del Interior y de Guerra y Marina, a don Diego Portales, de cuya aptitud me hallo plenamente satisfecho, esperando de su amor patrio este nuevo e importante servicio a la causa pública. Tómese razón y comuníquese. Ovalle.—Meneses".



FIG. 635.—ALREDEDORES DE TALCA. (Dibujo inédito de Rugendas. Colección de la familia Icaza-Hederra, Talca.)

y ocupó Talca antes del mediodía. El día 16, Prieto y Bulnes se situaron a una legua al nororiente del pueblo. En la noche urdieron un simulacro de amago a la plaza y se trasladaron con sigilo a Lircay en previsión de una sorpresa. Advertida la maniobra por Freire y Rondizzoni, tomaron posiciones a su vez a casi medio kilómetro del río, ajustando la línea de batalla a las sinuosidades del terreno. Prieto inició un movimiento envolvente, para tomar al enemigo por su flanco. Dejó la caballería y algunos cañones en las anteriores posiciones, para impedir a Freire el repliegue hacia Talca, y, aparentando proteger su retirada al sur, flanqueó con el resto de sus tropas las posiciones de Freire por el llano que se extiende entre el extremo norte de Cancha Rayada y el cerro de Baeza. Tanto Freire como sus oficiales juzgaron el movimiento como una retirada. *

Al percatarse de que Prieto seguía avanzando hacia el sur, Freire ordenó a Viel que situara su caballería en la llanura contigua a sus posiciones, para observar al enemigo. En seguida, temiendo que se tratara de una estratagema, ordenó a Rondizzoni que se uniera a Viel. De este modo, el ejército revolucionario quedó interpuesto entre el de Prieto y el Lircay, si volvía al norte, y en situación de replegarse a Cancha Rayada si el enemigo respondía a la provocación que determinaba este corto avance.

Juzgaban ya esquivada la batalla cuando llamó a Freire y a sus oficiales la atención el hecho de que los artilleros enemigos enganchaban sus piezas y a la máxima velocidad posible se dirigían al surponiente. Todos creyeron que

* Cf./ fig. 515-A, p. 656, Tomo II.



FIG. 636.—ALREDEDORES DE TALCA. (Dibujo inédito de Rugendas. Colección de la familia Icaza-Hederra, Talca.)

Prieto se encaminaba a Concepción, pero, antes de veinte minutos, observaron con sorpresa que sus hombres ocupaban al trote los extramuros al norte de Talca y que el jefe gobiernista tendía su línea de batalla, amparado en escasos accidentes y en algunos edificios de pobre consistencia.

Freire aceptó el combate en condiciones, al parecer, ventajosas para él. Pronto pudo darse cuenta, sin embargo, de la superioridad del comando táctico de Prieto. Batida de frente por la artillería y envueltos ambos flancos por la infantería, la línea de Freire empezó a vacilar. Ante la imposibilidad de restablecerla, dió orden de replegarse al Lircay, exactamente a las mismas posiciones que Prieto había abandonado en la mañana. Allí comprobó Rondizzoni que eran mucho peores que las anteriores, a lo que le afirmó Freire: "Pues, coronel, aquí debemos echar el resto". Como último recurso, Rondizzoni cargó con toda la caballería sobre la infantería de Prieto, antes de que pudiera protegerla la artillería. Bulnes simuló la retirada hasta arrastrarlo lejos de la infantería y, volviendo cara súbitamente y reforzado por un escuadrón de refresco, la destrozó en menos de diez minutos. Viel huyó al norte. Rondizzoni se retiró del campo de batalla herido, azar feliz que le valió salvar la vida. Freire, abrumado por el descalabro, siguió las huellas de Viel, con Novoa y otros civiles. Pero Bulnes, con rapidez asombrosa, cortó la línea de retirada de la infantería enemiga, mientras Cruz y Prieto la cercaban por el frente y los flancos. Se pe-



Lircay Nov. 1836

FIG. 637.—LIRCAY. (Dibujo inédito de Rugendas. Colección de la familia Icaza-Hederra, Talca.)

leaba con furor demoníaco. Los soldados de ambos ejércitos se odiaban más que los realistas y patriotas. En el ejército gobiernista surgió la consigna de “no dejar gringo vivo”, vindicta popular que hoy nos aparece repugnante, pero que en aquellas circunstancias era la consecuencia inevitable de la intromisión de Viel, Tupper y Rondizzoni al encabezar dos guerras civiles. Elizalde, jefe sustituto de Freire, murió atravesado por una bala. El número de cadáveres y de heridos era enorme. Sólo unos doscientos hombres lograron huir, pero fueron capturados antes de la noche. El coronel Tupper había peleado a pie, y al buscar su caballo para retirarse, no lo halló. Fué materialmente despedazado a sablazos, lo mismo que el oficial de marina Roberto Bell.

Prieto se había propuesto concluir con la guerra civil por medio del aniquilamiento del ejército de Freire. Logró su objetivo, más que por la superioridad numérica, por la consecución de un comando táctico impecable, que no tiene precedente ni émulo posterior en la historia militar de Chile. Por orden de Portales, se hizo el silencio en torno a esta batalla fratricida, para que el régimen de 1830 surgiera “de la libre voluntad de los pueblos”.

La pacificación de las provincias de Coquimbo, Concepción y Chiloé era ineludible. Fué más difícil la primera, por la unión del revolucionario Uriarte y Viel, que con sus 600 hombres no pudieron oponer resistencia, sin embargo, al general gobiernista José Santiago Aldunate.

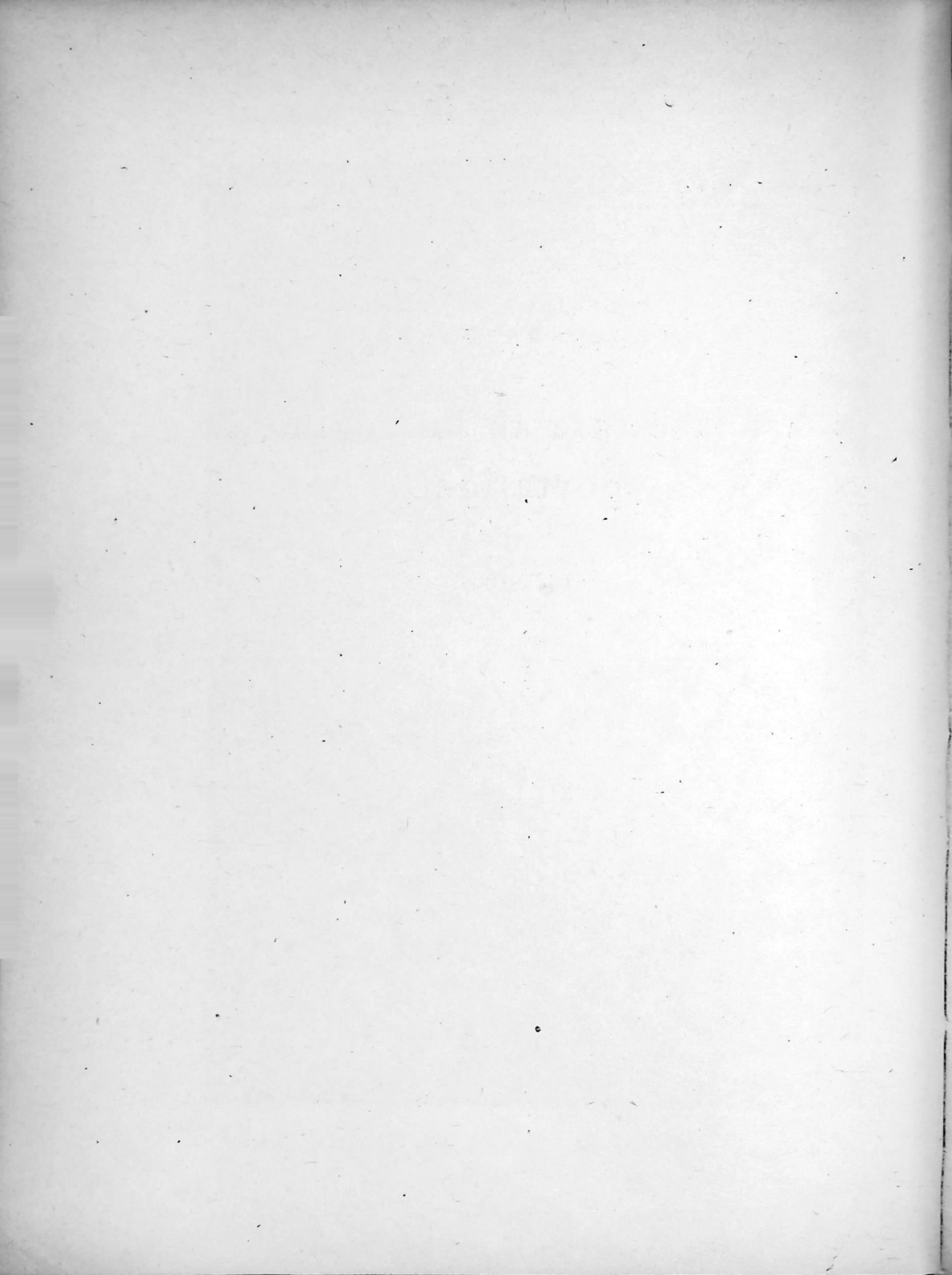


FIG. 638.—RONDIZZONI. (Oleo de Gil de Castro, Museo Histórico Nacional.)

TERCERA PARTE

La fase inicial del régimen
portaliano

(1831-1861)



I

Portales y su creación política. El legado colonial y el momento histórico. Genio y figura de Diego Portales. Esbozo de un programa.

E

ES difícil concebir, y más aún representar, la extraordinaria mudanza experimentada por el pueblo chileno en 1830. Alberto Edwards simboliza el fenómeno: "La transformación operada en Chile fué tan radical y profunda, que uno llega a imaginarse, cuando estudia los sucesos e ideas de este tiempo, que después de 1830 está leyendo la historia de otro país completamente distinto del anterior, no sólo en la forma material de las instituciones y de los acontecimientos, sino en el alma misma de la sociedad". *

La enorme influencia de la transmutación psico-sociológica es tan poderosa que obliga a alterar, en aras de su mejor entendimiento, el sistema seguido en la ilación histórica anterior. Forzoso es apuntar los rasgos esenciales del ideario portaliano, no para encuadrar en ellos a *fortiori* lo que después viene, sino para evitar sus continuas alusiones, con el consiguiente menoscabo de la finalidad perseguida en este resumen. Cambio de sistema

El fenómeno está presente en todos los sucesos y en todas las manifestaciones de la actividad social. Moldeó con fuerza increíble la estructura política y la vida pública y privada de todos y cada uno de los ciudadanos. Hizo posible el milagro de la madurez prematura, impulsó a Arturo Prat al salto hacia la muerte como estandarte, galvanizó los pies del soldado chileno en los arenales desérticos y en las sierras fragorosas del Perú. Ordenó al campesino empuñar el arado y a los nietos de los encomenderos afirmar las conquistas de la civilización europea, en vez de saquear pueblos y degollar a sus hermanos, como desgraciadamente aconteció en tantas otras partes de América. Levantó como ideario la austeridad, y, en su holocausto, los mandatarios que dejaban el poder viéronse constreñidos, en la digna pobreza, a traducir folletines para subsistir y arrendar algunos aposentos de su casa para educar a los hijos. Nueva ética

Los funcionarios se erigieron en agentes activos de una suerte de voluntad impersonal, que sustituyó a la abulia de ayer. Meses antes del inaudito cambio realizado por Diego Portales, casi todos los políticos aplaudían los peculados más escandalosos. Los prevaricadores se hacían elegir diputados y, de inmediato, el Congreso declaraba que sus miembros no podían ser demandados por deudas. ** Ahora el funcionario y el político no sólo necesitaban ser co-

* "La Fronda Aristocrática".

** Sesiones de los Cuerpos Legislativos. Tomo X, página 73.

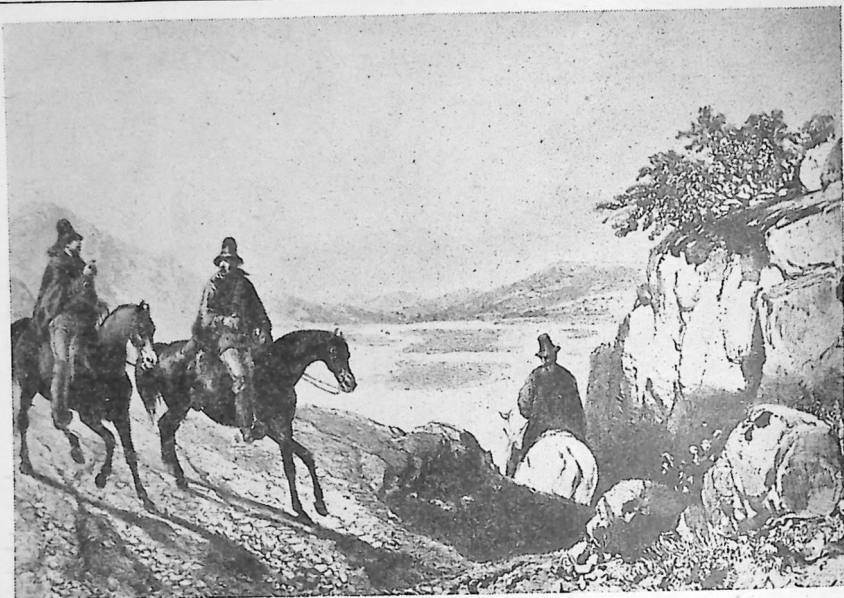


FIG. 639.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA: EN VIAJE. (Dibujo de Touanne, para el álbum de "La Bonite".)

rectos, sino también parecerlo. Los acusados por la prensa debían, a su vez, demandar al atacante y obligarle a probar su aserto.

El civilismo
como ideario

La desorientación en el análisis de la gran mudanza del pueblo chileno en 1830 aumenta al advertir que la actitud colectiva, en apariencia pasajera, ligada a la persona de Portales, se consolidó en verdadero ideario político, casi con absoluta independencia del acerado carácter de su gestor.

Un alma nacional emerge de súbito. Nuevos sentimientos animan a los ciudadanos. Y del antiguo y caótico maremágnum se levanta un concepto presidiendo el conjunto, que se eleva como majestuosa entidad abstracta: la legalidad del gobierno civil. Durante los sesenta años que duró la tradición portaliana se mantuvieron con rara porfía los basamentos de un ideario, verdadera fe laica, expresado en el patriotismo, la abnegación cívica, la honradez, la justicia, el respeto inflexible a las leyes y la seriedad y la decencia en todos los actos públicos y privados.

Se sucedieron con rapidez profundas reformas constitucionales y legales. Al observarlas pudiera suponerse una trascendental evolución del régimen que en 1891 hubiera barrido con la creación portaliana en cuerpo y en espíritu. Sin embargo, la heterogénea serie de mandatarios que desfilaron por el poder,



FIG. 640.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA: LOS SERENOS. (Dibujo de Touanne, para el álbum de "La Bonite".)

no obstante sus modulaciones de forma, mantuvieron el estandarte con una asombrosa continuidad en el rumbo.

El rasgo predominante del período histórico que encierran las fechas definidoras de 1830 y 1891 lo constituye la exaltación del impulso creador. Hay en el ambiente un sano optimismo, una tranquila confianza en los destinos nacionales, que ningún peligro ni contratiempo inoportuno puede quebrantar.

No importan los sacrificios ni arredran las dificultades. El egoísmo conservador, que apetece gozar de los bienes del presente, es aplastado por una nueva fuerza que, partiendo del fondo vital de la raza, impulsa en todos sentidos la energía creadora. Los gobiernos construyen caminos, ferrocarriles y escuelas, traen técnicos y sabios extranjeros para que estudien los elementos físicos que el esfuerzo colectivo ha de domeñar, o para que beneficien a la nación con las enseñanzas de la secular cultura europea. Los particulares cavan canales, explotan los bosques, navegan el Pacífico y recorren el desierto escrutando sus entrañas. Almeyda, Moreno, Ossa, Cousiño, Urmeneta, son sólo cumbres de un impulso común.

La alternación de los gobiernos produce una casi ley invariable. A los que espolearon en exceso la energía creadora, como el de Montt, suceden otros

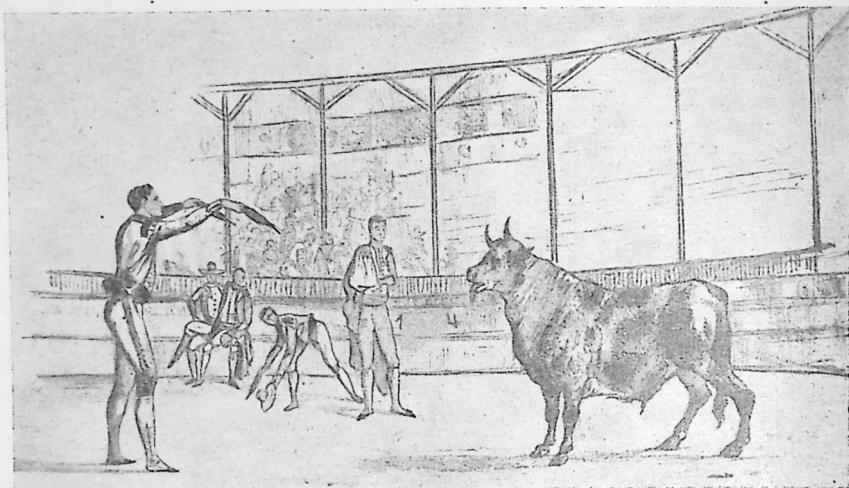


FIG. 641.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA: BANDERILLERO EN LA PLAZA DE LIMA. (Litografía sobre dibujo de Ignacio Merino. Colección Barros Arana, E. Nacional.)

tímoratos y conservadores, como el de Pérez. Pero es sólo un alto en el camino, una reacción al excesivo esfuerzo. El impulso creador renace vigoroso, para languidecer sólo con el agotamiento del empuje castellano-vasco y la gran crisis moral simultánea a los acontecimientos de 1891.

Aparentemente, el fenómeno surge como corolario de la irradiación magnética engendrada por la personalidad de Portales. Este espejismo ha deslumbrado a sólidos pensadores. Walker Martínez, Vicuña Mackenna, no han regateado sus ditirambos. Isidoro Errázuriz sintetiza el concepto general: "El espíritu que se encarnó en este hombre poderoso logró infiltrarse profundamente en el estado y en la sociedad, en las instituciones y en los caracteres. Lo que él condenó y persiguió no volvió a levantar cabeza. Lo que él fundó pudo desafiar impasible la fuerza de los sucesos y la fuerza del tiempo". * Pero esta visión penetrante sólo enfoca uno de los aspectos del milagro.

El nuevo régimen

Los ensayos fallidos, el caos resultante de las sucesivas formas probadas, llevaron a todos el desaliento. La monarquía y la dictadura caudillista les repugnaban de idéntica manera. Tampoco era ya posible retornar al pasado colonial. El momento era, por tanto, favorable para que prendiera, en donde los factores sociológicos lo hicieran posible, el régimen político que superara la desproporción entre la forma republicana de gobierno y la ineptitud nacida de la inexperiencia de los pueblos hispanoamericanos para practicarla.

* "Historia de la Administración Errázuriz".



FIG. 642.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA: "VISITA EN MAL TIEMPO". (Dibujo inédito de Rugendas. Colección de la familia Icaza-Hederra.)

El duro realismo de la aristocracia castellano-vasca intuyó admirablemente la clave. El espectáculo de la vecindad y el terror a los extravíos internos la tornaron más tratable, menos feudal, y suavizaron su antipatía por el gobierno fuerte, activo y eficaz. El miedo la empujó hacia Portales, que por temperamento y por idiosincrasia estaba mucho más cerca de la capa meridional venida a menos.

Los contornos exteriores de la obra portaliana se destacan con mucho relieve. Aplastó con igual energía los deseos de retorno al pasado, surgidos del terror al caos, y los esfuerzos prematuros hacia un avance demasiado violento para el grado de madurez política contemporánea. Concentró sus asombrosas energías en la tarea de engendrar las fuerzas que iban a ser el cimiento moral de su creación política. El medio se modificó con el cambio de hombres y de orientaciones. Al desplazar el poder de un individuo determinado, O'Higgins o Freire, a la entidad abstracta del presidente de la república, creó el concepto del gobierno impersonal y desligó la vida política del país de la acción directa de sus mandatarios.

El análisis de los elementos que dieron forma racional al ideario portaliano es, hasta aquí, de simplísimas interpretaciones. No lo es tanto el de su afianzamiento. Se inició allanado por un conjunto increíble de factores favorables y de circunstancias propicias y mantuvo durante sesenta años una tradición política alimentada, primero, por el grupo castellano-vasco, y, después, por la mayoría de mentalidad meridional, sugestionada colectivamente. El fenómeno supera cualquier estudio sujeto a la lógica. Pertenece al género de co-

Impersonalidad del gobierno

Lo inexplicable



FIG. 643.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA: ESCRIBIENTE Y VENEDOR DE VELAS.
(Reproducido por Feliú y Picón en "Imágenes de Chile".)

sas que, según la feliz expresión de Saint-Beuve, la historia no debe explicar.

La obra portaliana fué una pseudo-morfis sociológica, es decir, una falsa cristalización del contenido político del pueblo chileno. Desde sus comienzos, el régimen encontró un poderoso enemigo en lo que pudiéramos llamar la ideología política criolla. En contraste con ésta, descansaba sobre el postulado de que los regímenes de gobierno deben subordinarse al estado social imperante y a las características nacionales. Sociológicamente, salvó el recorrido en la evolución política del pueblo chileno, que pudo esquivar la incongruencia entre la forma republicana y sus aptitudes presentes.

Los elementos de
arrastre

La historia de la Colonia sedimentó con sobrados argumentos los factores sociológicos que dieron a Chile una conformación sui generis en América: la



FIG. 644.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA: HUASO. (Dibujo de Sluyter en "Reise / naar de / oost-en Westkust van Zuid-Amerika / ..." J. Boelen. Amsterdam, 1835.)

interdependencia de las zonas del territorio con vida propia, la energía engendradora por la guerra de Arauco, la unidad racial, las virtudes cívicas de la capa castellano-vasca, la eficiencia y la alta moralidad del régimen colonial español durante la segunda mitad del siglo XVIII, etc. Con tanto relieve se había singularizado Chile en las postrimerías de la Colonia y albores de la Independencia, que Bolívar, sin conocerlo, auguró la diferenciación positiva del último recodo americano. "Si alguna (república) permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra, Chile puede ser libre". * Sin tan conspicuos elementos de arrastre, nada habría podido hacer el genio moldeador de Portales.

El juicio profético
de Bolívar

* Carta de un americano meridional a un caballero de ésta, fechada en Kingston, Jamaica, el 6 de septiembre de 1815.



FIG. 645.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA: CAMPESINA CHILENA. (Dibujo de Sluyter en "Reise / naar de / oost-en Westkust van Zuid-Amerika / ..." J. Boelen. Amsterdam, 1835.)

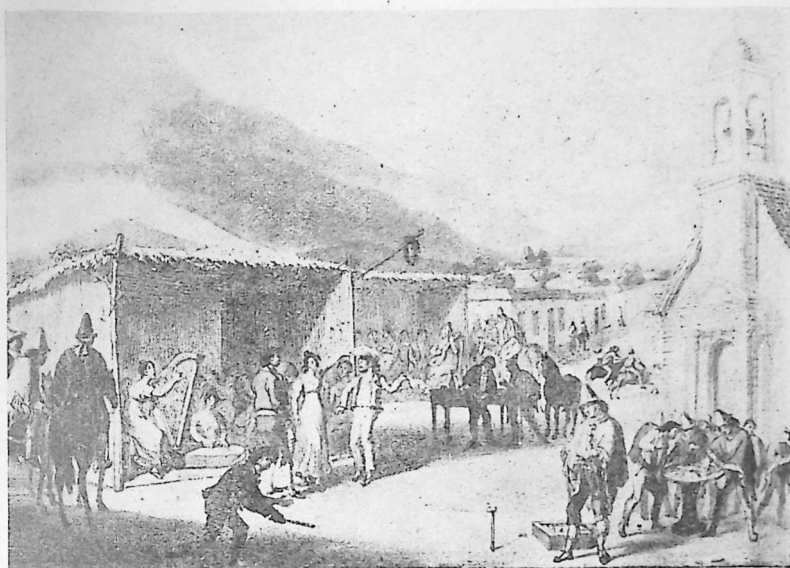


FIG. 646.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA: ESCENA EN UNA FERIA. (Dibujo de Schmidtmeier.)

Los hechos señalados no nos llevan todavía al agotamiento de las fuentes interpretativas. No bastaba para conjugar el milagro de la creación portaliana la base de austeridad y eficiencia que legó la Colonia. El momento histórico también pesó de manera decisiva. Las más altas figuras de la revolución de la independencia, a los diez años de nacidos los nuevos Estados, coincidían en una crisis depresiva que les dictó frases tremendas. San Martín, en carta escrita a O'Higgins, cuando ya lo dominaban sus sentimientos monárquicos, le espetó esta frase: "Libertad. ¡Maldita una y mil veces la Libertad!" *

Diego Portales nació en Santiago el 15 de junio de 1793 **, como Carrera, en el seno de la alta aristocracia criolla. Su padre, agobiado por la responsabilidad de mantener y educar a veintitrés hijos!, lo destinó a la carrera eclesiástica, con el ulterior fin de que disfrutara la capellanía de la

* Carta de 1.º de mayo de 1832.

** En el libro de bautizos de la parroquia de Santa Ana figura la siguiente fé: "En la ciudad de Santiago de Chile, a 16 días del mes de junio de 1793 años. En esta iglesia Parroq' de mi S.º Sta. Ana, baptisé y puse óleo y crisma a Diego, Josef, Pedro, Víctor, de un día de nacido. Hijo legítimo de don Josef San-

tiago Portales y Larraín Meneses Andía e Yrarrázaval, Ministro Contador de ejército y Real hacienda, con función de coomsaº. de Guerra por su Mag. y de doña María Fáne de Palazuelos, Acevedo y Borja. Fueron padrinos el doctor don Martín de Ortúzar, Abogado de esta Real Audiencia y doña Ana Josefa Torres de Palazuelos. De que doy fe.— Dr. Fracº. Roza".



FIG. 647.—CONSTANZA DE NORDENFLYCHT. (Miniatura, Museo Histórico.)



FIG. 648.—DIEGO PORTALES. (Dibujo de Desmadryl.)

Casa de Moneda. Estudió humanidades en el aula de mayores del latinista Luján, donde demostró aptitudes y predilección por la lengua latina, que habían de durar lo que su azarosa existencia. Al inaugurarse el Instituto en 1813 cursó en él derecho natural y de gentes, estudios que completó después con los del romano. Aprendió simultáneamente docimasia con el químico Brochero, y, en 1817, le fué otorgado el título de ensayador de la Casa de Moneda. La personalidad del estudiante se erigió en leyenda, no sólo por sus celebérrimas travesuras, sino también por su viveza intelectual.

La tragedia
afectiva

Su juventud transcurrió en el ambiente caldeado de la Revolución. Pero las pasiones colectivas resbalaban en él, dominado por una que acaparaba todos sus sentimientos: el amor de su prima, doña Josefa Portales y Larraín, con la que casó el 15 de agosto de 1819. Dos años después sobrevino la gran crisis en la vida de Portales, que debía decidir su destino. En junio de 1821 moría su esposa. El único hijo la había precedido en el sepulcro. La pérdida de la mujer que amó con la pasión de un místico y el ardor de su temperamento sensual lo sacudió hasta el fondo de sus entrañas. Ante el cadáver de la mujer que había simbolizado para él la gracia y la belleza física y ética, se impuso el mantenimiento del celibato. Pero había en él un exceso de energía, una necesidad biológica de acción, que el misticismo pasivo o la vida de los negocios no podía consumir.

En efecto, por un curioso paralogismo de autoanálisis, Portales se juzgó siempre buen comerciante, a pesar de sus ruidosos y repetidos fracasos. El dinero como fin y como vehículo de poder no le interesaba. Dictador omnipotente, en más de una ocasión le faltó el dinero para comprar cigarrillos.

Su vida afectiva murió con la esposa. La mujer sólo fué para él una exigencia de su temperamento sensual. Constanza de Nordenflycht (fig. 647) * se enamoró apasionadamente de Portales, y sólo en 1832, estando ella al borde de la muerte, pidió él a Garfias que se casara en representación suya, *in artículo mortis*, para legitimar a los hijos. No determina ello ausencia de afecto. Es una aversión supina al matrimonio. En una oportunidad escribió: "El santo estado del matrimonio es el santo estado de los tontos", y en 1835 decía a Garfias: "Mucho me alegro de todos los matrimonios que usted me ha comunicado, porque necesitamos población. Que siga la veta, con tal que usted se mantenga cuerdo y no se pegue a la liga". Estas notas describen con gracia el tono picaresco y zumbón de sus escritos, que traslucía aún con más fuerza en el trato personal. La remolienda **, en la forma criolla, se convirtió en un menester de su naturaleza.

Mientras era ministro único de Ovalle, en 1830, dedicaba no pocas noches a su diversión favorita. Se reunía con amigos íntimos y mujeres alegres en una casa de la calle de las Ramadas, que, por ironía y befa del lugar donde se congregaba la alta sociedad de Santiago, se llamaba "la Filarmónica". La cuchipanda nunca degeneraba en orgía. Portales jamás bebió. Le gustaba especialmente animar la fiesta tamborileando en el arpa. El mismo era, al parecer, buen guitarrista.

Disimulada en una complexión fina, casi frágil, hervía en Portales una vitalidad exuberante. De niño, se hicieron célebres sus travesuras, no pocas veces crueles hasta llegar al sadismo. En cierta ocasión calentó el sombrero de lata que usaba el calesero de su padre, el infortunado negro "Come Sapos", y se lo colocó arteramente en la cabeza, chamuscándole los cabellos. Las lamentaciones de sus víctimas propiciatorias le producían especial deleite. El carácter irascible, que apunta desde la infancia, ganó violencia con la madurez. "Los actos de intemperancia —decía— que se me hayan notado nunca han nacido de otra causa que de la irritabilidad de mi temperamento."

La extremada vivacidad de su carácter y su invencible repugnancia por lo convencional, por lo gregario, y por la hipocresía le impidieron embutirse la librea del hombre grave, circunspecto y ponderado, que constituía el ideal de la aristocracia. Sólo el terror al caos echó a ésta en sus brazos, tolerándole

* Era hija legítima del sabio prusiano y consejero del rey de Polonia, barón Timoteo de Nordenflycht, y de doña Josefa Cortés Azúa. Un rescripto de 31 de agosto de 1837 legitimó a los tres hijos de don Diego Portales y doña Constanza.

** Chilenismo excelente, por juerga.

a regañadientes las genialidades del "hombre raro". Era corriente la expresión: "cosas de Portales".

Ironía cruel

Después de su desmesurado ardor cívico, de que haremos caudal al tratar de actuación política, el rasgo que más impresionó a sus contemporáneos es el ya señalado de la causticidad de su ingenio burlesco, de sus chanzas y bufonadas. La correspondencia de Portales está salpicada de groserías, que la gracia y la ironía, en parte, redimen ante nuestros ojos, pero que estaban muy de acuerdo con la época. Para el chileno del siglo XIX, a fuer de español, ser hombre es ser valiente, generoso, mujeriego, algo tunante, procaz en los denuestos y buen bebedor. Refiriéndose a un recomendado, dice a Garfias: "Sepa usted que el portugués es muy respetable, porque en una sola mujer ha tenido treinta y dos hijos, a pesar de estar viejo; cuide usted de no quedarse solo con él; yo al menos, le tendría miedo". Durante una representación teatral se hallaba con su amigo y compañero de remoliendas, don Manuel Lira, en las bambalinas. No bien hubo caído el telón se arrodilló el incauto a besar los pies de una actriz a la que galanteaba. Portales, advirtiéndole que daba la espalda al público, lo alzó cautelosamente, provocando la inmediata carcajada general y rechifla, que el ofendido no le perdonó ni aun después de Barón.

Superada la crisis mística, Portales cayó en una suerte de volterianismo irónico. Se burlaba de la religión, sin odiarla ni menos combatirla. A don Mariano Egaña, que, no obstante su violenta ortodoxia, se quejaba de su escaso ascendiente en el clero, Portales le contestó: "Es que usted, don Mariano, cree en Dios, y yo creo en los curas".

Sus costumbres

Su género de vida era sencillo. Vestía con pulcritud, pero sin lujo. Usaba generalmente frac en la ciudad y chaqueta de paño, faja de seda y pantalón de brin en el campo. Comía poco y no bebía. Pero nunca prescindió del cigarro y del mate. Siempre mantuvo, tanto en la vida privada como en la pública, el más absoluto desprecio por el qué dirán. El retrato que de él se conserva es obra del pintor italiano Camilo Dominiconi, que reconstruyó su fisonomía con los restos del cadáver despedazado. Aunque lo conociera en vida, no logró desde luego reflejar la fisonomía profundamente espiritual que enmarcaba la expresión imperativa de que nos hablan los contemporáneos (fig. 649).

La efigie

Era Portales de estatura corriente, rostro fino, de tez pálida, frente levantada, que aumentaba la calvicie prematura; nariz alta y recta, de ventanas entreabiertas; labios finos y movibles, casi siempre plegados en una sonrisa que iba de la benevolencia a la ironía; barba redonda, firme y descarnada. Los ojos, de un azul intenso, algo hundidos, de mirar dulce en los momentos de calma, reflejaban, con frecuencia las tempestades interiores. "Tenía en todo su ser una singular movilidad, marchaba siempre de prisa, hablaba con vehemencia." Había aprendido a dominarse; pero cuando su cólera o su indig-



FIG. 649.—PORTALES. (Oleo de Dominiconi, Ministerio del Interior, Santiago de Chile.)



FIG. 650.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA: CARRERA A LA CHILENA EN VALPARAÍSO. (Dibujo de Bréton, litografiado por Bayot para los "Viajes de Dumont d'Urville", 1833.)

nación rompía los diques de la voluntad, estallaba con un ímpetu rayano en el frenesí: "Su presencia causaba terror". Pasaba de la cólera a la alegría súbitamente y sabía acomodar el gesto a los más diversos estados ficticios de ánimo o de sentimientos con la habilidad de un verdadero histrión.

La extraña falta
de ambición

La anomalía que más ha desconcertado a biógrafos e historiadores en la compleja personalidad de Portales es, sin duda, la carencia de todos los móviles que empujan normalmente hacia la actividad política. La falta de ambición fué el motor que impulsó su concepto impersonal del gobierno. También reviste forma impersonal en él su vivo sentimiento de la nacionalidad. Menos lo mueve la aspiración a la gratitud colectiva y a la popularidad, que repelía. El poder lo dejó siempre frío. Sus cartas, en las que se desnudaba moralmente sin ninguna reserva, transparentan, desde los más diversos estados de ánimo, su antipatía por el ejercicio del gobierno con franqueza y constancia asombrosas.

Una mutación
psicológica
sui géneris

La explicación de su entrega literal y apasionada a la política constituye un fenómeno psicológico de enorme interés. La superabundancia de energía vital, después del feroz choque constituido por la pérdida de la mujer amada, intentó canalizarse, como válvula de escape, en el comercio y en el libertinaje.



FIG. 651.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA: UNA CARRERA EN LAS LOMAS DE SANTIAGO. (Litografía de Lehnert, según dibujo de Rugendas, para el "Atlas" de Gay.)

Pero las ansias de afecto idealizado permanecieron intactas bajo la capa de lodo con que las recubrió el sensualismo. Buscó, también, en la amistad refugio a su congoja. De aquí su ascendiente sobre los políticos que lo rodeaban. Pero tampoco en ella sació su sed desmedida. Los fracasos económicos disiparon los espejismos de las enormes empresas comerciales acometidas. En esta disposición psíquico-afectiva, a los treinta y seis años hizo crisis ante los peligros que afligían a su patria y que ya se habían convertido en trágica realidad en las vecinas. El símbolo del gran afecto irremediabilmente perdido renació transfigurado en la imagen viva de su patria, que para él encarnaba la gracia femenina, las exquisiteces y la belleza moral que habían exaltado su pasión. Y a ella se entregó con todo el ardor de su alma desmedida. Su proceder cívico está amasado con arrebatos de abnegación, con ternuras delicadas y también con celos egoístas. Tomó cuerpo en él un verdadero furor de bien público. Lo sacrificó todo, vida, tiempo y fortuna, y, como era de rigor, exigió de los demás idéntico esfuerzo. Creó un código nuevo en las relaciones del ciudadano con el Estado.

En alas de su poderosa inteligencia, prescindió por completo de teorías Arquetipo de y vaguedades de segunda mano para forjar la realidad directamente. Es en este la acción



FIG. 652.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA: UNA CHINGANA. (Litografía de Lehnert, según dibujo de Gay.)

sentido un verdadero creador, en la amplia y hermosa acepción del término. Su desprecio por el pedante, ahito de conocimientos indigeridos, y por el intelectual que se empecina en cercar de fórmulas muertas la realidad viva, es el mismo de todos los arquetipos de la acción. A la vez, nadie como él, en su época, se dió cuenta con igual claridad de la distancia que mediaba entre Bello y el resto de los intelectuales hispanoamericanos.

El intuitivo Sin embargo, no es la inteligencia el motor de sus actos. Portales fué, fundamentalmente, un intuitivo. El fenómeno ha desconcertado también a sus biógrafos. Sólo los talentos sagaces de Vicuña Mackenna y de Alberto Edwards advirtieron, confesando el escalofrío, el contraste entre el hombre pasional que habla, escribe y gesticula hasta llegar al ridículo, y el intuitivo frío, que en el terreno político camina como sonámbulo, confiado sólo al instinto que menosprecia el razonamiento.

El realista La característica fundamental del genio político de Portales es el realismo. Se aparta con desprecio de toda incitación teórica, de cualquier idea preformada sobre el sistema de gobierno, para encarar sólo la realidad. Su clarividencia en materia económica hizo de él la exclusiva cabeza chilena de la



FIG. 653.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA: JUEGO DE BOLA. (Litografía de Lehnert, según dibujo de Gay.)

época, capaz de rectificar la decantada idea del poderío agrícola del territorio y la necesidad de corregir su falta de recursos haciendo al país comerciante y mariner.

El mismo sentido de la realidad moldea su sentimiento nacional. Se sabe ciudadano de un pueblo pequeño y joven, todavía lejos de la madurez de las grandes naciones europeas. Mas, en vez de desdeñarlas, cree que Chile debe asimilar el ejemplo del respeto a las leyes, las aptitudes, la laboriosidad; sin extranjerizarse por ello, sin abdicar de las virtudes características nacionales.

No sólo encara el porvenir inmediato. Desde 1822 le preocupa el desmesurado crecimiento de los Estados Unidos “¡Cuidado con salir de una dominación para caer en otra! —dice en carta de aquel año a don José Manuel Cea—. Hay que desconfiar de estos señores que muy bien aprueban la obra de nuestros campeones de liberación, sin habernos ayudado en nada; he aquí la causa de mi temor.” Y, en cuanto al plan de Monroe, añade: “¡Vaya un sistema curioso, mi amigo! Yo creo que todo esto obedece a un plan combinado de antemano; y esto sería: hacer la conquista de América, no por las armas, sino por la influencia en toda esfera... Esto sucederá, tal vez, hoy no, pero mañana sí”...

La visión del porvenir

Vicuña Mackenna genialmente intuyó la actitud de Portales frente al

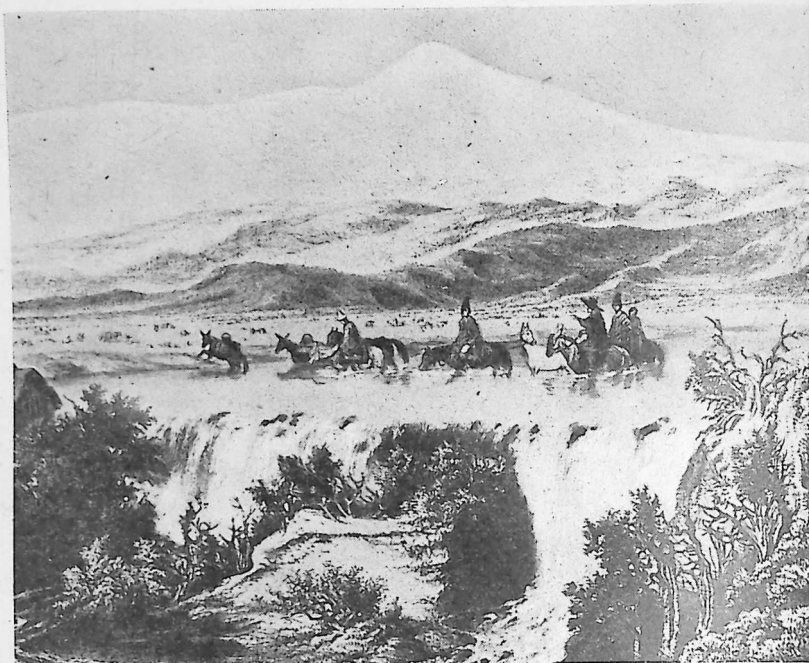


FIG. 654.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA: VIAJEROS CERCA DEL SALTO DE LA LAJA.
(Litografía de Lehnert, según dibujo de Gay.)

pasado, que difiere tanto de la del conservador como de la del romántico. Como a todos los creadores, le importa un ardite la demolición del pretérito. Lo esencial es la creación. Las energías desperdiciadas en abominar del ancestro son fuerzas sustraídas a la creación del futuro.

Al margen de los
grupos

A fuer de personal, Portales no tenía afinidad alguna con los partidos y las ideas de su tiempo. “No pertenecía —dice Vicuña Mackenna— a ninguno de los matices de la reacción. Ni al partido colonial, porque su familia y él mismo habían sido ardientes patriotas... Ni al bando de la dictadura derribada en 1823 (o'higginista)... Ni al círculo doctrinario que encabezaban los Egaña... Ni a la fracción aristocrática (pelucones). Ni era tampoco federalista... No era, por último, campeón del militarismo reformado en 1828.” Tampoco era carrerino, liberal, ni menos pipiolo.

Incluso en el círculo de sus íntimos se sentía aislado. Eran exclusivamente suyos los conceptos del Estado como entidad abstracta, independiente de los caudillos, y la consideración de los hombres que gobiernan como servidores accidentales de una entidad impersonal.

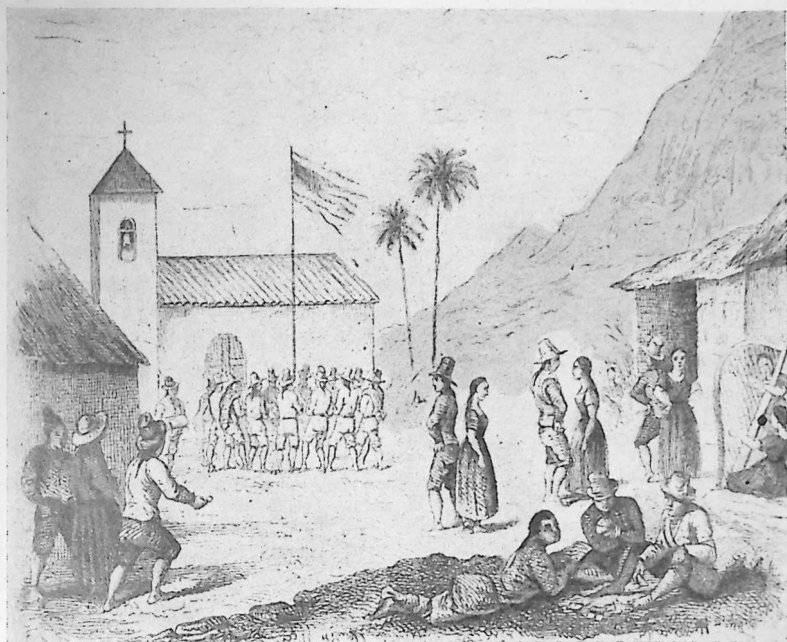


FIG. 655.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA: FIESTAS POPULARES DEL CORPUS. (Dibujo de Sainson, en "Viaje pintoresco a las dos Américas", 1842.)

Algunos contemporáneos señalaron la fuerza de la irradiación magnética que emanaba de su persona. Zapiola, de joven, solía observar la tertulia que se formaba en torno del ministro en el clásico banco de piedra de la Alameda, a la altura del actual palacio de gobierno. En la ancianidad refería que la sugestión del auditorio era tan intensa, que, sin darse cuenta, los contertulios imitaban sus gestos y sus movimientos.

La concepción política que Portales impuso a Chile surgió del espectáculo del caos posrevolucionario y de las tentativas de San Martín y otros próceres de resolver el problema con el establecimiento de la monarquía. En marzo de 1822 escribía: "La democracia que tanto pregonan los ilusos es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera república. La monarquía no es tampoco el ideal americano: salimos de una terrible para volver a otra, y ¿qué ganamos? La república es el sistema que hay que adoptar; pero, ¿sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un go-

El poder de sugestión

Esbozo de un programa



El sistema

FIG. 656.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA. (Dibujo inédito de Rugendas, Colección de Aurelio Fernández, Talca.)

administrativas para halagar a los partidarios cesa. El prestigio reside en el cargo, en la entidad abstracta que sirve de máscara al mando efectivo, encarnado en el presidente o en alguno de sus ministros. Al terminar su mandato el presidente en ejercicio, lo reemplaza la persona que él indique, dentro de normas éticas y constitucionales muy severas. El elegido inicia su período sin compromisos partidistas, libre para cumplir las estrechas exigencias morales en que, como veremos más adelante, se afirma el prestigio del régimen portaliano. Así creó Portales una tradición que eliminó el azar.

bierno fuerte, centralizado, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso, y todo hombre de mediano criterio pensará igual". *

Jamás volvió a hablar ni a escribir sobre formas de gobierno, mas este ideario fué llevado a la práctica con exactitud matemática.

De acuerdo con el criterio portaliano, nunca se debe ir contra la opinión consciente. Antes que doblegarla, hay que hacer lo posible por orientarla. El poder ejecutivo, según tal concepto, representa a la masa inoperante. Su fuerza electoral, por tanto, es incontrarrestable.

Con estas premisas, la incertidumbre del gobierno impersonal desaparece. La necesidad de sacrificar la honradez y la corrección

* Carta a José Manuel Cea, fechada en Lima el 10 de febrero de 1822, cuando era un simple comerciante.

la nueva fuerza

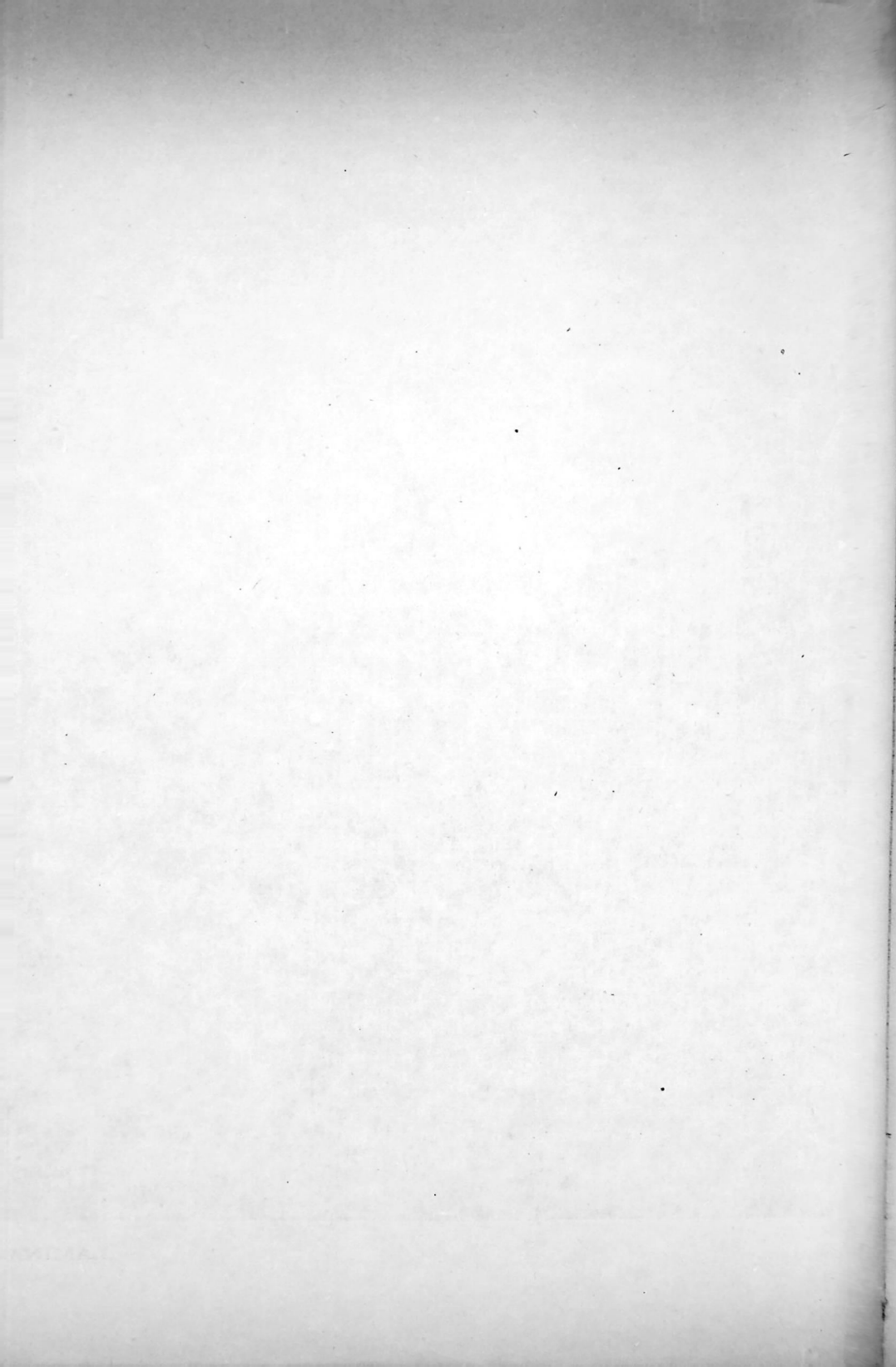
la sanción
lítica



LAMINA V.—LA PLAZA DE ARMAS EN 1835. DERECHA: PORTAL DE SIERRABELLA; AL FONDO: CASERÍO; IZQUIERDA: PALA...



PORTAL DE SIERRABELLA; AL FONDO: CASERÍO; IZQUIERDA: PALACIO DE LAS CAJAS Y CÁRCEL. (Anón. Museo Histórico.)



II

Portales, ministro.
Presidencias interinas de Ovalle
y Errázuriz.
La extirpación del pronunciamiento
como sistema.
El Congreso de 1831.

MAS allá de los móviles aparentes, es decir, las protestas contra los fraudes electorales y las infracciones de la Constitución, así como los deseos de "combatir el desgobierno y de alejar del poder a hombres que en mucha parte eran indignos o incapaces de ejercerlo", los vencedores abrigaban propósitos políticos opuestos. La estructura misma del nuevo gobierno parecía ideada para producir el rompimiento de los bandos coaligados. El presidente de la república, Ovalle, era pelucón conciliador; Portales constituía aún la incógnita, y Meneses (fig. 658) era un reaccionario sin afinidad con los estanqueros y escasas vinculaciones en la aristocracia pelucona. El ejército de Prieto no se definía marcadamente o'higginista y, por lo tanto, cuadraba con el pensamiento de Rodríguez Aldea.

Desde que Portales se hizo cargo del Ministerio, el 6 de abril, no obstante, el gobierno demostró una energía hasta entonces desconocida. Su voluntad arrolladora se impuso de inmediato a Rodríguez Aldea, a los pelucones y a los mismos estanqueros. Hasta Ochagavía, Portales fué el escarnecido contratista del estanco. Desde el día siguiente de Lircay, la voluntad nacional se le ofrecía sumisa para seguirlo a donde quisiera llevarla. Una nueva fuerza

El establecimiento de las nuevas premisas que sustentaban el ideal portaliano se produjo de manera inmediata y fatal. El primer cambio fué el del nuevo concepto de la sanción política. Apenas circuló por Santiago la primera noticia de la victoria de Lircay, la desbordante alegría popular improvisó bandas de músicos y festejos por doquier para celebrarla. Los sentimientos hostiles exigían del gobierno dureza en los escarmientos desde todos los sectores, pero siguiendo las normas establecidas de buscar alguna cabeza de turco que salvara del castigo a los verdaderos culpables. Es fácil colegir el estupor con que fueron recibidas las normas de Portales en las sanciones. Por primera vez se aplicaban a todos por igual y de preferencia a las cabezas. Iban a ser irrevocables y extrañas por completo a las venganzas y a las rivalidades personales. Un acuerdo del Congreso de Plenipotenciarios del 15 de abril dió de baja a La sanción política



Destierro de
Freire

FIG. 657.—PORTALES. (Oleo basado en el retrato de Dominiconi. Museo Histórico Nacional.)

Aconcagua con el propósito inicial de reunir algunos soldados y ulterior de ganarse a la guarnición de Santiago. El día 26 el general era apresado en las afueras de esta ciudad, y poco después, desterrado a Lima. Freire abandonaba el país en medio de la indiferencia ambiente.

Renacen las
conspiraciones

Como era de suponer, los agitadores y militares dados de baja no se dieron cuenta del profundo cambio del régimen ni tomaron en serio las amenazas del nuevo ministro hacia los reincidentes. Aprovecharon la negativa de Portales a modificar la ley de imprenta, para fundar "El Defensor de los Militares", periódico destinado a combatir al gobierno, y reiniciaron las conspiraciones. El apresamiento de unos y la confinación de otros pusieron término, de momento, a las actividades subversivas. Pero "El Defensor de los Militares", lejos de intimidarse, aumentó la virulencia de sus ataques. En vísperas del aniversario patrio decía: "¿Quién presidirá las fiestas patrias hoy día? Un asno (Ovalle) deslumbrado con su propia albarda".

"El Trompeta"

El 11 de diciembre apareció "El Trompeta", dirigido por Mora, más agresivo aún que su predecesor. Negó la legitimidad del nuevo gobierno, preconizando la revolución. "Sobre el estanco —decía el 5 de febrero de 1831— acabaremos con las revoluciones, con los aspirantes, con los monopolistas y con

Freire y a los jefes, oficiales y tropas que se hallaban en armas bajo su mando. Veinticinco oficiales quedaron confinados en San Fernando. El coronel Pedro Barnechea, de carácter resuelto y aventurero, y, por tanto, temible, fué traído a Santiago. Un decreto de 24 de mayo desaprobó el pacto de Cuz-Cuz. Varios profesionales de las turbulencias fueron encarcelados.

En cuanto a los civiles, Portales inició una política conciliatoria que lo enemistó con los exaltados; pero obligó a algunos de los más peligrosos a fijar su residencia bajo la vigilancia de la policía.

El gobierno no quería adoptar una posición desdorosa para Freire, respetando su pasado, y le ofreció una salida digna al extranjero. En vez de utilizarla, Freire se dirigió secretamente a

toda esa gaviilla de ladrones que infestan la república." Y, después de recordar la legislación de Solón, añadía: "En caso que una administración se elevara sobre las ruinas del gobierno popular, no descubro otro medio para restablecer el sistema legal que obligar a los magistrados a dimitir sus empleos, decretando que será permitido a cada ciudadano quitar la vida no solamente a un tirano y a sus cómplices, sino también al magistrado que continúa en sus funciones después de la destrucción de la democracia".

Portales dejó que los periódicos de guerrilla respondieran a las injurias enemigas y fundó, de inmediato, "El Araucano", que iba a servir de arquetipo ideal en su concepto de la función pública de la prensa. El 17 de septiembre

de 1830 apareció el primer número con carácter de periódico no oficial, con un formato y un material de lectura desconocidos hasta entonces en Chile. Más insólita aún fué su declaración de principios: no admitía publicaciones personales ni respuestas a las que insertaban los demás periódicos. Se proponía dilucidar los asuntos de alto interés público: la organización política, las instituciones administrativas, el desarrollo industrial, el fomento de la ilustración y de la cultura. Desde la partida, Gandarillas lo orientó con firmeza hacia el planteamiento del programa de gobierno, concretado en el cumplimiento inflexible de las leyes y la campaña de moralización administrativa.

El acontecimiento político, sin embargo, que afianzó el nuevo régimen fué la disolución de la pandilla y el desbande de pipiols y liberales. Los dos primeros grupos sucumbieron con su único sostén, los batallones de Tupper, Rondizzoni y Castillo derrotados en Lircay. Los liberales, que tampoco tenían hondas raíces en la opinión, sustentados casi exclusivamente por el valer de sus hombres, habían sido divididos por las disidencias de los estanqueros, y Lircay, por último, los había dispersado en todas direcciones.

Disolución de la pandilla

La amenaza del militarismo no estaba, con todo, extinguida. El coronel Pedro Barnechea y el célebre capitán Uriarte, profesional de los cuartelazos, pretendieron organizar otro con el auxilio de los araucanos. No fué difícil para



"El Araucano"

FIG. 658.—EL PRESBITERO MENESES.
(Col. fotografías Museo Hist. Nacional)

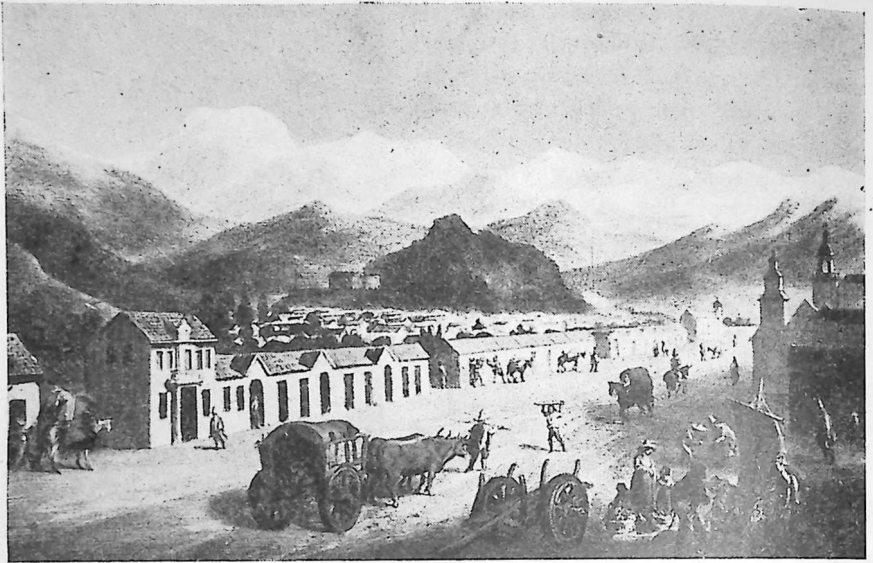


FIG. 659.—LA CAÑADA EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX. (Dibujo de P. Schmidtmeier.)

el gobierno desbaratar los planes de ambos militares. Barnechea, que siempre se había portado con hombría, huyó abandonando a los suyos. Lejos de encontrar refugio en la opinión, la tentativa fué vejada con el ridículo y el escarnio.

Rengifo en
Hacienda

El 15 de julio de 1830, Portales sustituyó al presbítero Meneses en el Ministerio de Hacienda por el joven comerciante don Manuel Rengifo. En el panorama político, esta medida significó la liquidación del bando colonial, breve cuota pelucona que aun suspiraba por el pasado. No menos sintomático fué, en este orden, la total dispersión de los federalistas, ya prácticamente reducidos a la singular figura de Infante.

La inquebrantable
personalidad de
Infante

Ni el fracaso de su quimera ni el alejamiento de la política habían quebrantado la fe en el adalid del régimen federal. Su espartano y consecuente retraimiento tenía por escenario una habitación inmensa, de doce varas de largo, que le servía a la vez de dormitorio, comedor y bufete. En un extremo, un tosco estante rebosaba en libros. En el otro, un catre ordinario de madera y una sencilla mesa de comedor, siempre cubierta de fruta, dulces y manjares que comía a cualquier hora. En el centro, una mesa, pletórica de papeles, libros y expedientes, que apenas dejaban hueco a los bustos de Voltaire y de Rousseau. Un sillón de vaqueta forrado en cuero le servía de asiento. El mismo

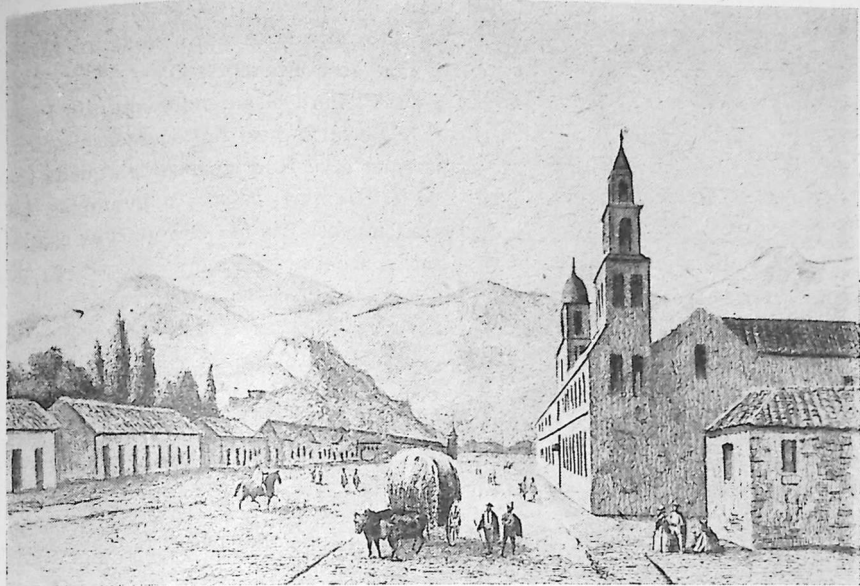


FIG. 660.—LA CAÑADA EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX, SEGÚN FAMIN.

componía “El Valdiviano Federal”, eco anacrónico de una ilusión fallida, que nadie leía. Querido y respetado por sus conocimientos y su consecuencia, le fueron ofrecidas varias misiones jurídicas que altivamente rechazó. Célibe hasta los 65 años, a esta edad casó con doña Rosa Munita, sin por ello alterar sus normas de solterón impenitente. Un año después, el 9 de abril, expiró. “¡Dejadme!, no es tiempo ahora de discutir”, dijo al sacerdote que pretendía confesarlo. El último número de “El Valdiviano Federal” quedó a medio componer...

Con la liquidación de los partidos a que nos hemos referido, los vencedores se agruparon en dos bandos: el formado por los antiguos estanqueros, la mayor parte de los pelucones, los liberales pasados y la masa gobiernista, capitaneado por Portales, y otro, mucho menos numeroso, con los antiguos partidarios de O'Higgins. Estos, a su vez, estaban fraccionados en tres grupos. El primero esgrimía como bandera el retorno sin tardanza de O'Higgins; el segundo, que encabezaba Rodríguez Aldea, pretendía preparar su reposición mediante una serie de complejas combinaciones; el tercero lo mandaba el general Prieto, dueño del ejército. Don José María Novoa y don José Joaquín de Mora, secundados por algunos cabecillas pipiolos, se dieron a la tarea de preparar un golpe militar que debía dirigir Prieto, con el concurso de Bulnes y de

Los vencedores se agrupan en dos bandos.

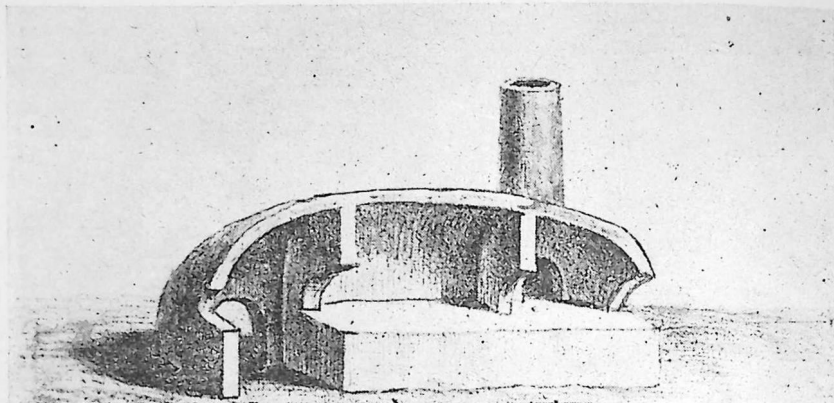


FIG. 663.—PROCEDIMIENTOS METALÚRGICOS EMPLEADOS EN CHILE: HORNO DE FUNDICIÓN DE COBRE, SEGÚN MIERS (1826).

ha sido el financista chileno que sopesara de manera más directa la realidad, libre de los prejuicios y de las teorías económicas, sin ignorarlas.

La gestión
financiera

Comenzó soslayando los enojosos asuntos del secuestro de los bienes de las congregaciones religiosas y del restablecimiento de los mayorazgos, problemas ambos que carecían, en aquella fecha, de trascendencia sociológica y económica. Defraudando las esperanzas de arbitristas e ilusos que esperaban milagros del nuevo ministro, inició su hábil gestión financiera con pies de plomo. Estudió con paciencia admirable las modalidades del momento económico, corrigiendo de inmediato lo que era susceptible de arreglo con medidas administrativas. Redujo el ejército, suprimió los empleos no imprescindibles, sometió las oficinas a un régimen común, ordenó que todo decreto de pago fuera refrendado por el ministro de hacienda, hizo publicar balances casi semanales sobre el movimiento de tesorería y logró disminuir considerablemente el contrabando. Los resultados positivos fueron inmediatos.

Con todo, la dedicación de Rengifo se había concentrado en la tarea de reajustar la economía chilena a las nuevas condiciones creadas como consecuencia de la emancipación. Sus ideas directrices se canalizaron en el fomento del comercio entre los países americanos y la resurrección de la agricultura y de la minería (figs. 662 a 666).

El bandolerismo

Mientras Rengifo normalizaba la gestión financiera, descarriada desde 1810, Portales continuaba forjando el esqueleto de su concepción política. El bandolerismo seguía campeando a sus anchas. A fuer de hombre ejecutivo, pronto comprendió que su represión no era un problema legal. En consecuencia, dispuso con energía tres arbitrios: establecimiento de las policías, las batidas



FIG. 664.—CANCHA DE BENEFICIAR ORO Y PLATA, SEGÚN MIERS.

a los salteadores y la directa vigilancia de los jueces encargados de castigar los crímenes. Uno a uno fueron cayendo los capitanes de las bandas que otrora aterrizaran a las provincias. Durante muchos años perduró el recuerdo de la captura de "el Ralo", el más sanguinario entre los bandidos que asolaban la rica zona comprendida entre el Maule y el Bío-Bío. Este desalmado debía cuentas por ochenta y siete asesinatos, de los que se jactaba públicamente. El epílogo de su carrera criminal es de novela. Horrorizado ante el degüello de una familia entera, su padre lo reprendió. El bandido lo arrastró hasta un espino añoso y retorcido que había en el patio de la casa y le ordenó enderezarlo. Como el progenitor le respondiera que ello era imposible, le añadió: "¿Cómo quiere entonces, padre, enderezarme hoy, si no lo hizo cuando yo era niño?", y, para evitar nuevas reconvenciones, lo degolló al pie del árbol. Alcanzado al fin por la justicia, su dramática y alevosa muerte, con la de otros bandoleros, sirvió para que los salteos, los asesinatos y los robos, sin desaparecer por completo, volvieran a las proporciones que tenían antes de 1823.

El "Ralo"

La última orientación cardinal en la política que dejara esbozada Portales atañe al desarrollo de la civilización europea mediante estímulos y sugerencias aplicados al alma criolla. Como Salas y Egaña, sostenía que la instrucción debía completarse con el cultivo del hábito del trabajo, el desarrollo de las aptitudes económicas y de las virtudes ciudadanas. Infundió nueva vida al Instituto Nacional, e, intuyendo la solidez y el talento del joven científico francés Claudio Gay, firmó con él un contrato * que, después de doce años

Estímulo a la cultura

* 14 de septiembre de 1831.

de arduo trabajo, fructificó en la obra más sólida entre las realizadas en el país para el estudio de su naturaleza. *

La nueva ley
de elecciones

En el ambiente de las nuevas creaciones políticas y de todo orden se desarrolló el proceso electoral que debía restablecer la normalidad. El 1.º de septiembre se aprobó la primera parte de la nueva ley de elecciones y el 20 de noviembre las reformas de la segunda. Las elecciones de asambleas, cabildos y diputados eran directas; las del presidente de la república, senadores, intendentes y jueces de letras, indirectas. El acto electoral se desarrolló con la misma corrección que las calificaciones. Los liberales y los pipiolos sólo lucharon en los departamentos en que tenían alguna opción. De 94 asientos, sólo lograron siete diputados propietarios y suplentes, todos en la provincia de Coquimbo.

El Congreso de
Plenipotenciarios

No bien se hubo constituido, el nuevo Congreso proclamó a Prieto y a Portales presidente y vicepresidente de la república. El último presentó su renuncia dos veces, y otras tantas la rechazó el Congreso, de suerte que sólo cesó en sus obligaciones de vicepresidente con la promulgación de la carta de 1833, que suprimió el cargo. Por su cordura y por su capacidad ejecutiva, el Congreso de Plenipotenciarios contrasta con las asambleas y juntas anteriores. Barros Arana dijo de él: "En los quince meses que duró en sus funciones, se hizo reconocer en todas partes, pidió un sometimiento expreso a todas las autoridades que encontró constituidas, removiendo las que no quisieron reconocerlo, y desplegó una actividad asombrosa. Obrando cuerdamente, resolvió no innovar en cuanto al gobierno, dados los pocos meses que restaban para las elecciones del ejecutivo".

Reformas
legislativas

La vehemencia de Portales por innovar en la legislación civil, criminal y procesal creció con la influencia de Egaña y de Bello. En el último descubrió al hombre que necesitaba para la realización de su propósito. La obra debía ser encomendada a un solo jurisconsulto para uniformar la tarea, mas no logró el acuerdo de la Cámara. Las reformas se limitaron a suprimir la embriaguez como eximente de la responsabilidad criminal y a declarar que la transacción entre las partes no tiene fuerza respecto de las penas del delito.

Renace el
militarismo

A pesar de su carácter impetuoso, Portales gustaba de las oposiciones bien inspiradas y constructivas. Mas entre los liberales exaltados que habían resultado electos pronto se incubó el espíritu de obstrucción violenta. Don Carlos Rodríguez presentó una moción para reincorporar a los militares dados de baja y amnistiar a los desterrados políticos. Fué rechazada por la Cámara con sólo cinco votos a favor; pero, a partir de aquel momento, los militares dados de baja, que aun dudaban de embarcarse en nuevas conspiraciones, se

* Cf./ las numerosas ilustraciones del Atlas de Gay, que enriquecen esta iconografía. (Nota de L. C.)

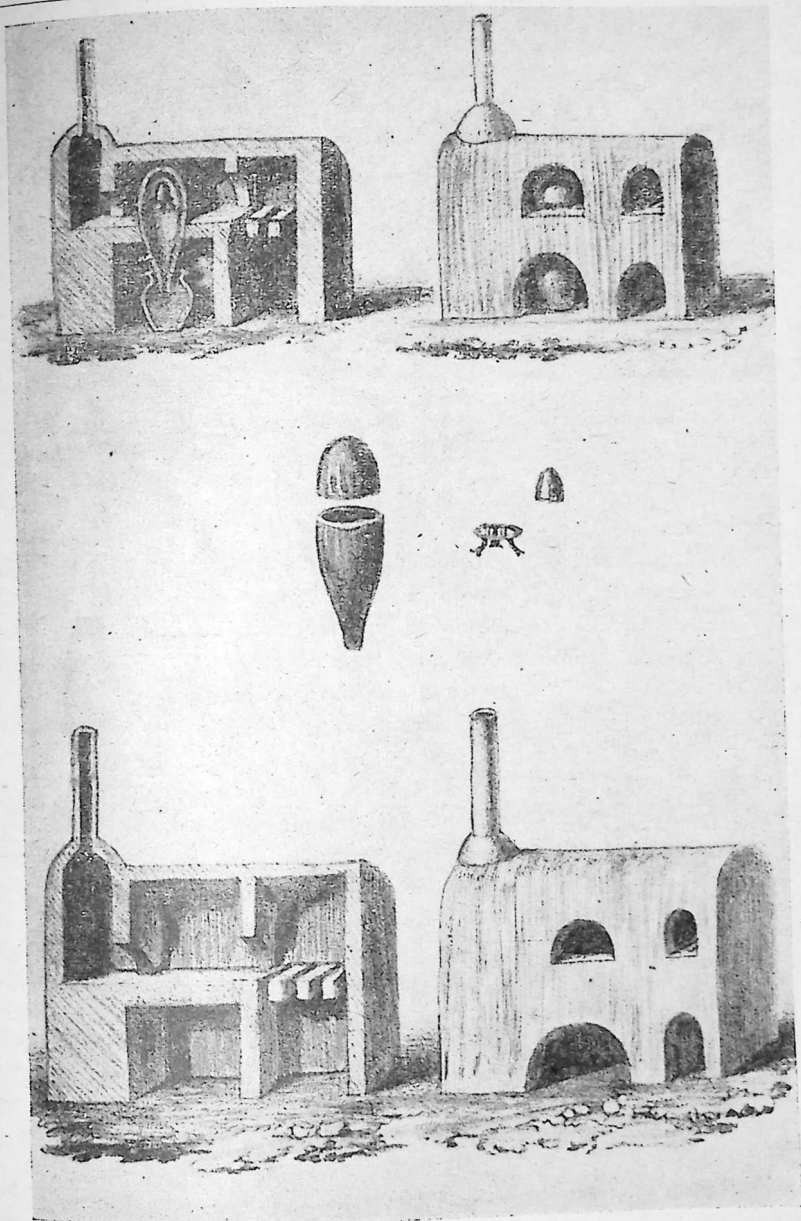


FIG. 665.—HORNOS DE REDUCCIÓN DE ORO Y PLATA USADOS EN CHILE (1826).
(Litografía de Baynes, según croquis de John Miers.)

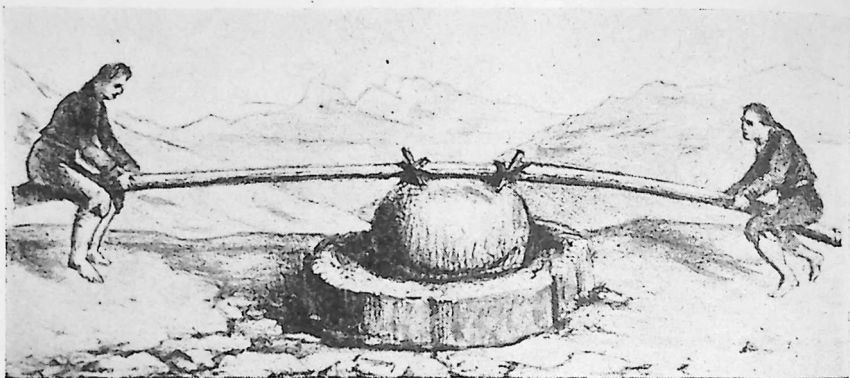


FIG. 666.—SINGULAR TRAPICHE O MOLINO EMPLEADO EN LOS LAVADEROS DE ORO, SEGÚN MIERS.

unieron a ellas, como caudillos, comparsas o simples encubridores, según el carácter de cada uno.

Portales abandona
el gobierno

Portales había afirmado taxativamente que abandonaría el poder en cuanto se hubiera afirmado el nuevo estado de cosas. A mediados de julio de 1830 había presentado la renuncia, que Ovalle y Prieto evitaron. Cumplido el plazo de un año a que se comprometiera por la presión general, el 21 de agosto de 1831 la reiteró ante el vicepresidente, don Fernando Errázuriz, que hubo de aceptarla. El 31 del mismo mes lo reemplazó en los Ministerios del Interior y de Relaciones don Ramón Errázuriz.

Al abandonar Portales el gobierno, el nuevo régimen estaba consolidado. Su severo mando no había producido un fusilamiento. La vigilancia había evitado la enfermedad crónica de las conspiraciones y de los golpes militares. Además, predicando con el ejemplo, llegaba el primero y retirábase el último de la oficina, dormía cinco horas y trabajaba las restantes, aparecía de improviso en los lugares que deseaba inspeccionar; pagaba puntualmente a los empleados sus modestos sueldos, mientras él renunciaba al suyo. Así pudo crear una nueva moral cívica, capaz de poner orden y hacer eficaces los servicios hasta aquel entonces desquiciados.

III

Presidencia de Prieto.
Don Ramón Errázuriz.
Exterminio de los Pincheira.
El gran terremoto de 1835.

EL 18 de septiembre de 1831, el general Prieto recibió la investidura de presidente de la república. Era la primera vez que coincidía esta solemnidad con el aniversario patrio. Tal circunstancia y las esperanzas colectivas en el nuevo gobierno dieron especial valor a las fiestas, que se prolongaron durante varios días.

Don Joaquín Prieto (fig. 667), * como casi todos los próceres y caudillos de la revolución, descendía de los castellanos y vascos llegados a Chile en la segunda mitad del siglo XVIII. Con Luis Carrera, bella promesa tronchada en germen, era el único chileno que había revelado condiciones para el mando estratégico y táctico en la larga y accidentada lucha por la emancipación. Sin embargo, cualesquiera que hubiesen sido las oportunidades en el curso de ella, Prieto jamás habría sido su caudillo, primero, porque no tenía la voluntad de serlo, y, segundo, porque carecía de las dotes que moldean al conductor de pueblos en momentos de grandes trastornos y cambios políticos.

Inteligente, sensato, sagaz, dotado de una fina penetración psicológica, cauto y dueño de un vivo sentido de la realidad, poseía, además, espíritu cívico y coraje moral. Carecía, a su vez, de ambición, ímpetu y concepciones políticas propias; pero sabía llevar a la práctica las ideas afines planteadas por una inteligencia superior. Incapaz de abrigar odios ni afectos hondos, los hombres con los cuales actuó fueron movidos fríamente. Tuvo en vida pocos partidarios entusiastas, hasta el punto de que ha sido necesario el transcurso de un siglo para que la Historia le reconozca el alto pedestal que le corresponde en la honrosa serie de los presidentes de Chile.

Psicología

Al hacerse cargo del mando, Prieto contaba apenas 45 años. Alto, esbelto, de rostro blanco y ojos azules, sus facciones suaves y sus modales afectuosos producían una impresión indulgente, antes que de autoridad.

Estampa

El 19 de septiembre, Prieto confirmó en sus cargos de ministro del interior y relaciones exteriores a don Ramón Errázuriz, y de hacienda a don Manuel Rengifo. El presidente obtuvo de Portales que aceptara los Ministerios de Guerra y Marina sin abandonar su residencia en Valparaíso, donde lo obligaban a permanecer sus maltrechos negocios.

* Concepción, 20 de agosto de 1786. - Santiago, 22 de noviembre de 1854.



FIG. 667.—DON JOSÉ JOAQUÍN PRIETO. (Museo Histórico Nacional.)

La tutela de
Portales

Don Ramón Errázuriz, hermano de don Fernando, contaba a la sazón 50 años. Había aceptado casi a la fuerza el ministerio. Ni su edad ni su carácter permitían suponer que las nuevas responsabilidades desarrollaran aptitudes de que carecía. Su orgullo quisquilloso lo impulsaba a rechazar toda suge-

rencia. Pero sus arrestos no iban a encontrar eco en la opinión, que lo juzgaba, lo mismo que a Prieto y a Rengifo, marioneta movida por la voluntad superior de Portales. Sin proponérselo, éste iba a ejercer una verdadera tutela sobre el gobierno, incluso después de abandonar los cargos de vicepresidente y de ministro de guerra y marina.

Las aptitudes de Errázuriz cuadraban mejor con las tareas administrativas que con las políticas, y a aquéllas dedicó su atención: el mejoramiento del Instituto Nacional, la beneficencia y la salubridad. Dictó un reglamento que perfeccionó el régimen interno del Instituto, bajo la tuición de una junta compuesta por don Juan de Dios Vial, don Andrés Bello y don Diego José Benavente. Creó en Santiago una Junta Central de Beneficencia, presidida por don Manuel Blanco Encalada, a la que correspondía la vigilancia de todos los establecimientos, casas de educación, cárceles, etc., en lo relativo al régimen higiénico; observar el movimiento de la población y subsanar sus deficiencias; promover el desarrollo de las industrias más convenientes para la actividad de las clases desvalidas, y observar la naturaleza de las enfermedades reinantes y los resultados prácticos de los diversos métodos curativos. Su vicepresidente, don Diego Antonio Barros, hombre culto y sensato, reunía condiciones sobradas para llevar a cabo el ambicioso plan trazado.

A fines de 1831 hizo su aparición en Valparaíso la escarlatina, que pronto adquirió la forma anginosa, produciendo numerosas víctimas. Poco después se propagó a Santiago. A la sazón sólo había nueve médicos titulados en Santiago, * cuatro en Valparaíso y alguno que otro en provincias, como don Jorge Edwards, en La Serena, que sólo ejercía la profesión por móviles humanitarios. Un decreto de 28 de noviembre de 1831 reforzaba el de 2 de septiembre de 1823 con el reglamento de sus deberes y honorarios. Por las visitas ordinarias, dentro de la ciudad, debían percibir cuatro reales, y un peso por las

Los médicos



La obra
administrativa
de Ramón
Errázuriz

FIG. 668.—DON DIEGO ANTONIO BARROS.
(Dibujo de Desmadryl)

* Eran ellos don Nataniel Miers Cox (figura 670), don Guillermo Blest, don Juan Blest, don Tomás Armstrong, don Blas Saldaes, don Pedro Morán (figura 669), don Juan Miguel y don José Mariano Polar.

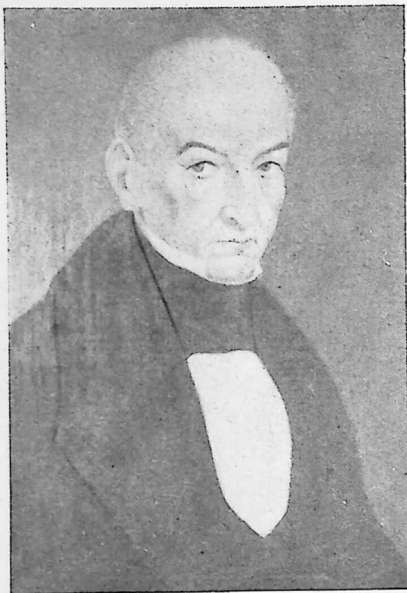


FIG. 669.—DON PEDRO MORÁN. (Museo Histórico Nacional.)



FIG. 670.—DR. NATANIEL MIERS COX. (Museo Histórico Nacional.)

nocturnas. Los médicos se obligaban, al recibir el título, a curar “sin el menor interés a todos los indigentes”.

Exterminio de los
Pincheira

Cupo al presidente Prieto anudar desde el mando supremo los hilos que venía tejiendo desde la intendencia de Concepción para exterminar a las bandas de los Pincheira. Don Manuel Bulnes, su sobrino, partió el 10 de enero de 1832 desde Chillán con cerca de 1.000 soldados, y logró sorprender a los bandidos en las lagunas de Palanquén. Más que combate, el encuentro degeneró en verdadera carnicería. El gobierno estimó liquidada la nefasta partida con los doscientos muertos del valle de Palanquén e indultó al caudillo y a todos los prisioneros.

Conflicto entre el
vicario apostólico
y el cabildo
eclesiástico

Los rasgos del carácter de Errázuriz, a que nos hemos referido antes, no tardaron en provocar un amplio movimiento de opinión en su contra. El pronunciamiento en masa del partido vencedor, que Portales esperaba para derribar al ministro sin producir un choque con Prieto, no tardó en producirse, con motivo del conflicto suscitado entre el vicario apostólico, don Manuel Vicuña (fig. 672), y el cabildo eclesiástico. El señor Vicuña nombró provisor y vicario general sin el consentimiento del cabildo, y éste protestó de extralimitación a las facultades concedidas por el decreto pontificio que lo nombrara



FIG. 671.—DON JOAQUÍN TOCORNAL. (Dibujo de Desmadryl.)



FIG. 672.—DON MANUEL VICUÑA. (Dibujo de Desmadryl.)

vicario. El obispo impuso a los miembros del cabildo el precepto de obediencia, y éstos entablaron recurso de fuerza ante la Corte Suprema de Justicia, mientras el vicario pedía ayuda al gobierno. El tribunal dejó dormir el recurso, con la esperanza de que el conflicto se resolviera solo. Pero pronto hizo carne en las pasiones políticas. Los pelucones, profundamente clericales, se pusieron de parte del obispo; el presidente no se definió, los pipiolsos se encogieron de hombros, y los estanqueros, ya resueltos a arrojar a Errázuriz por la borda, recrudecieron en su campaña hostil y desembozada.

El ministro, exasperado, perdió el control hasta negar la legalidad del exequátur que instituía vicario al señor Vicuña. En marzo de 1832 apareció en Santiago "El Hurón", inspirado por casi todos los heterogéneos elementos que integraban el partido gobiernista. Fustigó la incapacidad del ministro, si bien con cierta mesura y respeto. El 11 de abril, Errázuriz presentó su renuncia. El presidente, que deseaba esquivar la enemistad de una familia todopoderosa y yehemente, la rechazó. Mas, al reiterarla, se le hizo ineludible la aceptación. A pesar de las muestras de aprecio de Prieto, Errázuriz y su familia se alejaron por completo del gobierno para formar una fracción política independiente, que Tocornal apodó "Los Litres", aludiendo a la nociva sombra de estos árboles. Se había producido la primera ruptura en el poderoso partido de gobierno.

"El Hurón" y
"Los Litres"



FIG. 673.—EFECTOS DEL TERREMOTO DE 1835 EN MÁS A TIERRA, DE JUAN FERNÁNDEZ.
(Litografía de Fairland, en la op. cit. de Sutcliffe.)

Hacía mucho tiempo que Portales pensaba en Tocornal para la sucesión de Errázuriz. El 17 de mayo de 1832 se extendió el decreto de nombramiento, y poco después su mentor le dirigía la famosa carta, verdadero programa político que Tocornal y Prieto siguieron al pie de la letra, culminante en la frase: "El orden social se mantiene en Chile por el peso de la noche, y porque no tenemos hombres sutiles, hábiles y quisquillosos: la tendencia general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad pública".

Don Joaquín
Tocornal

Don Joaquín Tocornal (fig. 671), estelar figura política en la primera mitad del siglo XIX, pertenecía a una familia realista de la aristocracia colonial. Ardiente patriota desde los albores de la Independencia, en la Patria Nueva había brillado como parlamentario. Prudente, sensato, honrado y conciliador, espejo de todas las virtudes cívicas y privadas, era otro arquetipo del ideal castellano-vasco. A estos merecimientos unía un raro instinto político, más valioso aún por su exotismo en una generación que carecía de él en grado heroico, y un carácter sereno, dueño de sí mismo, a la vez tenaz y flexible.

En lógica contrapartida, carecía de las dotes que hacen al caudillo. Tocornal parecía escogido por el sino histórico para encarnar el aspecto impersonal de la creación portaliana.

Sus primeros pasos entrañaron un inmediato éxito público. El conflicto eclesiástico, que había derribado a su antecesor, fué resuelto con inteligencia y firmeza. En Tocornal convivían, sin eliminarse, una profunda religiosidad y

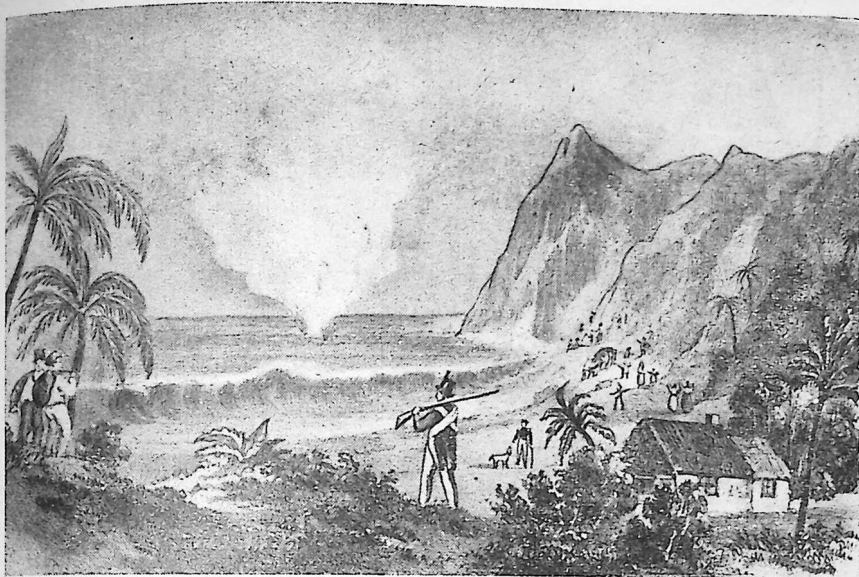


FIG. 674.—ERUPCIÓN SUBMARINA EN JUAN FERNÁNDEZ (20 de febrero de 1835). (Litografía de Fairland, en la op. cit. de Sutcliffe.)

un claro instinto político. Los canónigos renunciaron a los recursos que el gobierno les había salvaguardado en sus derechos y el señor Vicuña quedó reconocido y acatado como vicario apostólico en sede vacante. Pero, en el fondo, no obstante haberlo sorteado Tocornal con gran destreza, el conflicto seguía latente. El postulado de la independencia absoluta de la Iglesia cayó en terreno abonado y no tardaría en pesar de manera extraordinaria en la evolución política del pueblo chileno. Las restantes e inmediatas actividades de Tocornal se encauzaron en el sensato camino de apaciguar las pasiones, en especial dentro del bando vencedor.

Desde que expirara la licencia de cuatro meses concedida por el presidente, Portales había insistido en su renuncia de los Ministerios de Guerra y Marina. El gobierno la aceptó, al fin, el 17 de agosto, nombrándolo de inmediato gobernador de Valparaíso. Cavareda, que desempeñaba la gobernación militar del puerto, fué designado ministro de la guerra.

Renuncia de
Portales

Los decisivos acontecimientos políticos señalados habían borrado el recuerdo colectivo de las abismales amenazas de una naturaleza hostil. A las 11 y media de la mañana del 20 de febrero de 1835, un espantoso terremoto arrasó la misma atribulada zona que un siglo después se vería de nuevo en ruinas. El intendente interino de Concepción informaba al gobierno el mismo

Terremoto de
1835

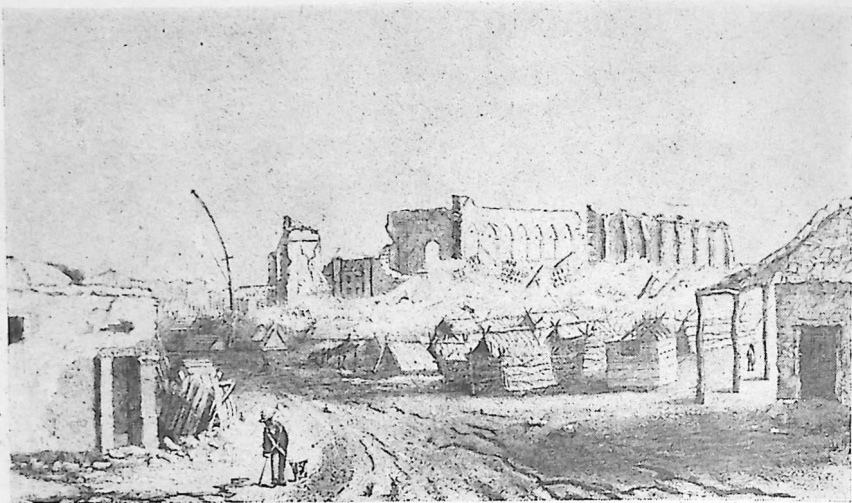


FIG. 675.—RUINAS DE LA CATEDRAL DE CONCEPCIÓN, DESTRUÍDA POR EL TERREMOTO DE 1835. (Dibujo de J. C. Wickham para la "Relación del Viaje de Fitz-Roy".)

día de la catástrofe: "Un terremoto tremendo ha concluído con esta población. No hay un templo, una casa pública, una particular, un solo cuarto; todo ha concluído: la ruina es completa. El horror ha sido espantoso. No hay esperanzas de Concepción. Las familias andan errantes y fugitivas; no hay albergue seguro que las esconda; todo, todo ha concluído; nuestro siglo no ha visto una ruina tan excesiva y tan completa" (figs. 675 y 676).

El terremoto arruinó una ancha faja de 300 leguas comprendidas entre los ríos Cachapoal y Valdivia. Concepción y Chillán quedaron en el suelo. Primero se oyó un estrépito formidable, seguido de sucesivas sacudidas de sur a norte, en forma de olas marinas, que impedían a los aterrados pobladores mantenerse en pie. Al ruido ensordecedor del terremoto se sumó el del derumbe de los edificios, desencajados desde los cimientos. Una nube de polvo, que tornaba casi imposible la respiración, envolvió los montones de escombros a que se habían reducido las ciudades. Cada nueva sacudida era acompañada de estampidos. Concepción, Chillán, Yumbel, Rere, Los Angeles, La Florida, Coelemu, Talcahuano, Penco, Tomé, Arauco y Colcura eran hacinaamientos de ruinas. En los puertos, las marejadas barrieron con los restos de edificaciones. Darwin, que llegó a Talcahuano trece días después del sismo, refiere que en este puerto las olas del mar lanzaron un cañón de cuatro toneladas cinco metros fuera de las fortificaciones. En Juan Fernández se observó con terror la aparición de una columna de humo que surgía del mar (figs. 673 y 674).



FIG. 677.—VISITA AL VOLCÁN ANTUCO, AL PRODUCIRSE UNA ERUPCIÓN DE GAS. (Litografía de Lehnert, según Gay.)

El origen volcánico del fenómeno dió lugar a la creencia popular, que perduró más de medio siglo, de que algunos indios expulsados de Talcahuano, en venganza, habían tapado el cráter del volcán Antuco (fig. 677), con el perverso objeto de que reventara por aquel puerto. En las tradiciones del siglo XIX la catástrofe figura con el nombre de "la ruina" en Concepción y Chillán y del "temblor grande" en el resto de la zona afectada.

Si bien es muy difícil determinar el número de víctimas, él fué, desde luego, bajo, por la escasa densidad de la población y por la hora en que se produjo.

IV

La Constitución de 1833. Disposiciones fundamentales. Proyección histórica.

LA convención encargada de la reforma constitucional a la Carta de 1828 quedó constituida, * el 20 de octubre de 1831, ante el presidente de la república, que, en una breve alocución, reflejó el espíritu del régimen portaliano y señaló la meta ideal perseguida: "Concentrad todo vuestro amor patrio, fijaos en el estado y necesidades del precioso suelo que os vió nacer; recordad a cada momento que sois legisladores y que el fin de las leyes es la ventura de los hombres y de los pueblos, y no la ostentación de los principios".

En su forma primitiva, la nueva Constitución constaba de ciento sesenta y ocho artículos, agrupados en doce capítulos. Comienza delimitando el territorio de la república, encerrándolo entre el desierto de Atacama y el cabo de Hornos, los Andes y el océano Pacífico. Declara en seguida que el gobierno de Chile es popular representativo; la soberanía reside en la nación y su ejercicio corresponde a las autoridades establecidas por la Carta.

La religión de la república es la católica, apostólica, romana, con exclusión del ejercicio público de cualquier otra. Sólo tienen derecho a sufragar los chilenos mayores de 25 años, si son solteros, y de 21, si son casados, que sepan leer y escribir, posean una propiedad raíz o un capital en giro cuyo monto determinará la ley. La nacionalización está condicionada por: la posesión de

Esquema de la
Constitución del
33. Límites

Religión y derechos
ciudadanos

* Según la ley de 1.º de octubre de 1831, la convención debía formarse con 16 diputados en ejercicio y 20 ciudadanos "de conocida probidad e ilustración". La lista se formó en el ministerio, de esta manera:

DIPUTADOS:

Joaquín Tocornal.
Manuel C. Vial.
Ramón Rengifo.
Miguel Fierro.
J. Manuel Astorga.
J. Vicente Bustillos.
Estanislao Arce.
J. Antonio Rosales.
Enrique Campino.
J. Manuel Carrasco.
J. de Dios Vial del Río.
Juan F. Larrain.

Santiago Echevers.
Clemente Pérez.
José Puga.
Estanislao Portales.

CIUDADANOS:

José Gaspar Marín.
Mariano Egaña.
Agustín Vial.
Fernando A. Elizalde.
Manuel J. Gandarillas.
Diego Arriarán.
Juan F. Meneses.

Manuel Vicuña (Obispo de Cerán).
José María Rozas.
Vicente Izquierdo.
Juan A. Alcalde.
José M. Irarrázaval.
Francisco J. Errázuriz.
J. Raimundo del Río.
Diego A. Barros.
J. de Dios Correa.
Angel Argüelles.
Ambrosio Aldunate.
José Antonio Huici.
Gabriel Tocornal.



FIG. 678.—DEL ATLAS DE GAY: PASEO DE LA CAÑADA. (Litografía de Lehnert, de un dibujo de Vander Burch.)

un capital o industria, diez años de residencia para los solteros, seis para los casados con familia en Chile y tres para los casados con chilena.

Todos los habitantes de la república son iguales ante la ley; la repartición de las cargas públicas es proporcional; tienen absoluta libertad de movimiento dentro del territorio y para salir de él; la propiedad es inviolable, salvo las expropiaciones por causa de utilidad pública, calificadas por ley e indemnizadas. También es libre el derecho de petición, la libertad de publicar las opiniones por medio de la imprenta, sin censura previa.

Sistema bicameral

El Congreso consta de dos cámaras, la de diputados y la de senadores. Sus miembros son inviolables. Se elegirá un diputado por cada 20.000 almas en votación directa. La Cámara de Diputados se renueva cada tres años. No pueden ser diputados los eclesiásticos regulares, los seculares con cura de alma, los jueces letrados de primera instancia, los intendentes y gobernadores por las provincias o departamentos de su mando, ni los nacionalizados cuya carta de ciudadanía datare de menos de seis años. El Senado consta de veinte miembros, elegidos en votación indirecta por electores, que deben reunir las calidades necesarias para ser diputados. Los senadores duran nueve años en sus funciones y se renuevan por terceras partes cada tres años.

Corresponde al Congreso aprobar o reprobado la cuenta de inversión de

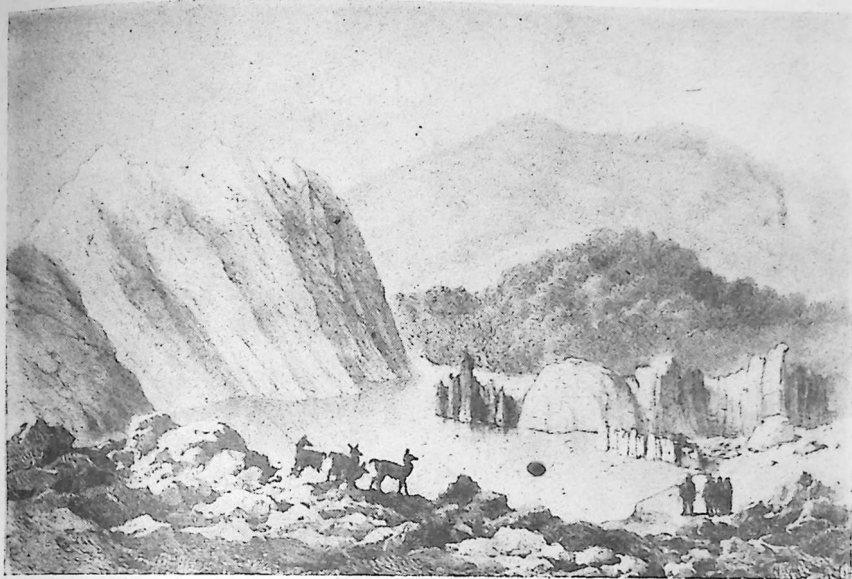


FIG. 679.—VISTA DE LA LAGUNA DE LA LAJA EN EL NACIMIENTO DEL RÍO. (Litografía de H. Vander Burch, según Gay.)

los fondos públicos; la declaración de guerra; practicar el escrutinio de la elección de presidente de la república, elegir entre los que tuvieren más sufragios, o cuando no resultare mayoría absoluta, concederle facultades extraordinarias por tiempo limitado y conocer de su renuncia del cargo.

Atribuciones
del Congreso

Sólo por medio de una ley se pueden imponer y suprimir contribuciones, fijarse las fuerza de mar y tierra, autorizar su permanencia dentro de un radio de diez leguas del lugar en que sesiona el Congreso, autorizar su salida del territorio o la entrada en él de tropas extranjeras; aprobar el presupuesto de los gastos públicos, la contratación de empréstitos y reconocer las deudas del Estado, la creación de provincias y departamentos, la habilitación de puertos mayores y el establecimiento de aduanas, los cambios en el sistema monetario y en el de pesos y medidas; crear, dotar o suprimir empleos; dar pensiones, decretar honores públicos, conceder amnistías y designar la capital de la república y el lugar de sesiones del Congreso.

Son atribuciones privativas de la Cámara de Diputados: calificar la elección de sus miembros y conocer de su renuncia; acusar ante el Senado a los ministros del despacho, los consejeros de Estado, los generales que hubieran comprometido gravemente la seguridad o el honor nacional, los miembros de



FIG. 680.—DEL ATLAS DE GAY: VISTA DEL VOLCÁN DE SAN FERNANDO. LEÓN CAZANDO GUANACOS. (Litografía de Lehnert, según Gay.)

la Comisión Conservadora, los intendentes de provincias y los magistrados superiores de justicia.

Son atribuciones privativas del Senado; la calificación de sus miembros y conocer de las renunciaciones que hagan de sus cargos; juzgar a los funcionarios que acuse la Cámara de Diputados; aprobar las personas que presente el presidente de la república para los obispados y arzobispados y para los cargos y misiones que taxativamente se enumeran.

Procedimiento

Las leyes se inician por medio de un proyecto del presidente de la república o de alguno de los miembros de las cámaras. Las leyes necesitan la aprobación de ambas cámaras, de acuerdo con las disposiciones sobre insistencia, en caso de desacuerdo, y ser promulgadas por el presidente de la república, que tiene derecho de veto.

La Comisión Conservadora

El período de sesiones ordinarias del Congreso se abre el 1.º de junio y se cierra el 1.º de septiembre. Al terminar las sesiones ordinarias, el Senado debe elegir una Comisión Conservadora, compuesta de siete senadores, encargada de velar por la observancia de la Constitución y de las leyes y prestar su consentimiento para los actos del gobierno enumerados por la Constitución.

El presidente de la república necesita haber nacido en el territorio de



FIG. 681.—DEL ATLAS DE GAY: TERNERO ATACADO POR CÓNDORES, CERCA DEL VOLCÁN SAN JOSÉ. (Litografía de Lehnert, según Gay.)

le república, tener a lo menos 30 años de edad y reunir las condiciones exigidas para ser diputado. Dura cinco años, y puede ser reelegido por una vez. Después de la segunda presidencia, sólo puede ocupar nuevamente el cargo cuando haya transcurrido un período de cinco años. Se elige por electores designados por los departamentos en votación directa. Si ninguno de los candidatos obtiene mayoría absoluta, el Congreso elige por votación secreta entre las dos personas que hayan obtenido mayor número de sufragios. En caso de impedimento temporal, lo subroga el ministro del interior; en caso de muerte, renuncia o impedimento que no pueda cesar antes del término del período, se procede a nueva elección.

Del presidente de
la república

El presidente nombra y remueve a voluntad los ministros del despacho, los consejeros de Estado, los agentes diplomáticos, los cónsules, los intendentes y gobernadores, y, a propuesta del Consejo de Estado, los magistrados superiores de justicia y los jueces de primera instancia. El presidente está, también, facultado para nombrar los funcionarios y empleados y separarlos de sus cargos, con acuerdo del Senado en ciertos casos y del Consejo de Estado en otros, y para ejercer el gobierno y supervigilar la administración, salvo en los actos y medidas que requieran una ley. En caso de ataque exterior o de conmoción in-



FIG. 682.—DEL ATLAS DE GAY: CAZA DE GUANACOS CERCA DEL VOLCÁN ANTUCO. (Litografía de Lehnert, según Gay.)

terna, puede declarar en estado de sitio uno o varios puntos de la república, con acuerdo del Consejo de Estado. Es responsable "por todos aquellos actos de su administración en que haya comprometido gravemente el honor o la seguridad del Estado o infringido abiertamente la Constitución". Pero sólo se le puede acusar dentro del año inmediato al término de su período.

Las medidas del presidente exigen para su validez la firma del ministro respectivo, que es personalmente responsable de los actos que autorice. Para ser ministro es necesario haber nacido en el país y reunir las calidades imprescindibles para ser diputado. Pueden ser miembros del Congreso. Si no lo son, pueden concurrir a las sesiones y tienen voz, pero no voto. Son acusables aún durante el ejercicio del cargo.

El Consejo de
Estado

El Consejo de Estado lo forman los ministros del despacho, dos miembros de las cortes de justicia, un eclesiástico constituido en dignidad, un general de ejército, un jefe de oficina de hacienda, dos personas que hayan sido ministros de estado o ministros diplomáticos y dos individuos que hayan sido intendentes, gobernadores o municipales. El Consejo de Estado evacua los dictámenes que solicite el presidente de la república; forma las ternas para proveer los cargos de jueces letrados y ministros de los tribunales de justicia, los obispados y arzobispados, dignidades y prebendas de las iglesias catedrales;



FIG. 683.—DEL ATLAS DE GAY: CAZA DE CÓNDORES. (Litografía de Lehnert, según Gay.)

falla los asuntos contenciosos sobre patronatos y protección; dirige las competencias entre las autoridades administrativas y entre éstas y las autoridades judiciales; resuelve los litigios en que es parte el fisco; examina los proyectos que el ejecutivo envía al Congreso y los que éste remite al ejecutivo para su promulgación, etc.

Ningún magistrado judicial puede ser separado de su cargo sino por causa legal sentenciada. Una magistratura superior debe ejercer la superintendencia correccional y económica del ramo.

El territorio de la república se divide en provincias, departamentos, subdelegaciones y distritos, a cargo de intendentes, gobernadores, subdelegados e inspectores, respectivamente. División territorial

En cada departamento hay una municipalidad, y en casos justificados, el presidente puede crearlas en ciudades que no sean cabeceras de departamento, oyendo al Consejo de Estado. La municipalidad se compone de alcaldes y regidores en el número que señale la ley. Los regidores son elegidos en votación directa. El gobernador es jefe de las municipalidades del departamento y preside la de la capital. Incumbe a las municipalidades: la policía de salubridad, comodidad y ornato; el fomento de la educación; la construcción y conservación de los caminos y puentes, y de las obras públicas que se costean con sus fondos.

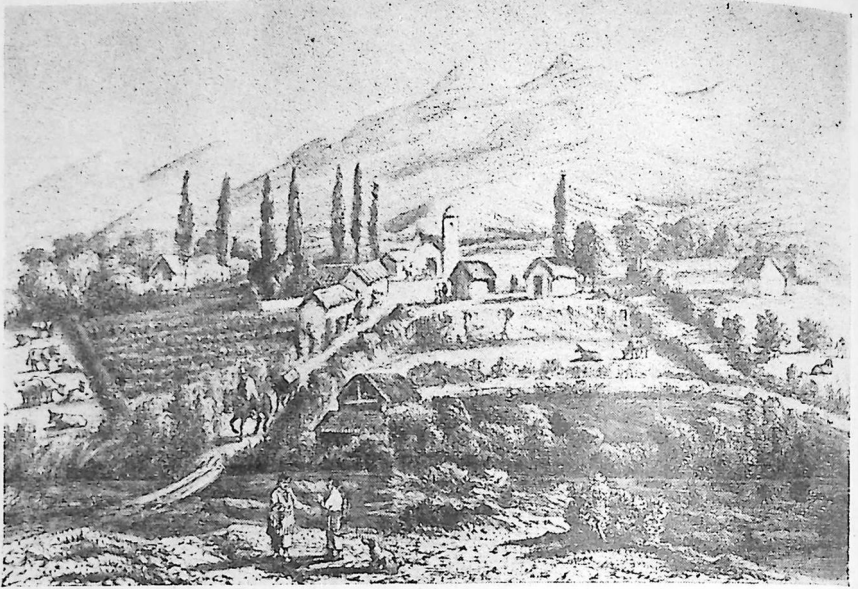


FIG. 684.—DEL ATLAS DE GAY: COGOTÍ (1837). (Litografía de Lehnert, según Gay.)

La libertad
individual

En Chile no hay esclavos; el que pisa su territorio, por este solo hecho, queda libre. Nadie puede ser condenado sino en virtud de un juicio, y el procedimiento y la pena deben ajustarse a las leyes anteriores al hecho que motiva el juicio. Toda orden de arresto debe emanar de autoridad competente. Todo individuo ilegalmente arrestado puede recurrir al tribunal competente. Se prohíbe el tormento como medio de esclarecimiento y la confiscación de bienes como pena.

El hogar, la correspondencia epistolar, los papeles, los efectos de toda persona son inviolables, salvo en los casos que contempla la ley.

La industria es libre y ningún trabajo puede ser prohibido, a menos que una ley lo declare contrario a las buenas costumbres, a la salubridad pública o al interés nacional. Todo autor o inventor tendrá la propiedad exclusiva de su descubrimiento o invención.

Educación

Es atención preferente del gobierno la educación pública. Una superintendencia dirigirá e inspeccionará la enseñanza nacional bajo la autoridad del gobierno.

Milicia

Todos los chilenos en estado de cargar armas deben estar inscritos en los registros de la guardia nacional. La fuerza pública es esencialmente obediente y no le es lícito deliberar.



FIG. 685.—DEL ATLAS DE GAY: GUANTA, VALLE DE COQUIMBO. (Litografía de Vander Burch, según croquis de Gay.)

El estado de sitio suspende la vigencia de la Constitución. Pero aunque se declare el estado de sitio o se den al presidente facultades extraordinarias, "no podrá la autoridad pública condenar por sí, ni aplicar penas. Las medidas que tomare en estos casos contra las personas no pueden exceder de un arresto o traslación a cualquier punto de la República".

Facultades
extraordinarias

La iniciativa de reforma de la Constitución, para ser admitida a examen, necesita reunir la firma de la cuarta parte de los miembros presentes de la cámara de origen. Si las cámaras aceptan la proposición por los dos tercios de sus votos, el proyecto pasa al presidente de la república, para los efectos de su promulgación. Con este trámite queda declarada la necesidad de la reforma, la cual debe aguardar la próxima renovación de la Cámara de Diputados. La discusión se iniciará en el Senado.

No obstante las facultades que la Constitución de 1833 otorgaba al ejecutivo, de aplicarse literalmente su mecanismo, el poder quedaba radicado de hecho en el Congreso, con la censura a los ministros y el veto al cobro de las contribuciones. Los gobiernos portalianos del período 1830-91 lo acapararon en el ejecutivo, en parte por el prestigio, la sagacidad y el tacto de los manda-

Teoría y realidad



FIG. 686.—DEL ATLAS DE GAY: PUERTO DEL HUASCO. (Litografía de Lehnert, según Gay.)

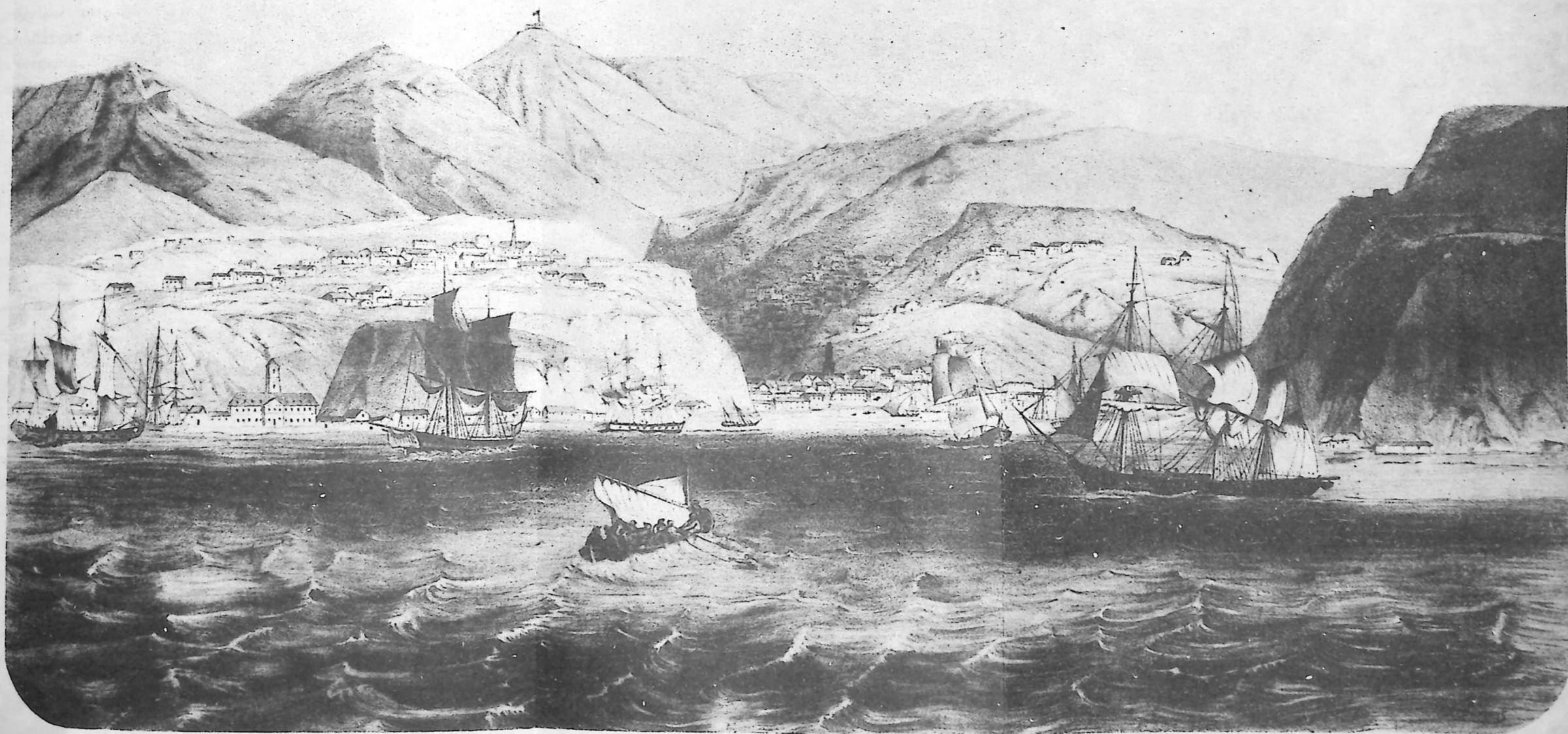
tarios, y, en la práctica, porque fué el elector de los congresales, seleccionándolos con tino según sus aptitudes, su honradez y, especialmente, su docilidad.

La nueva Constitución fué promulgada el 25 de mayo de 1833. El presidente Prieto justificó en una proclama, con intuición transparente, su significado: "La reforma no es más que el modo de poner fin a las revoluciones y disturbios a que daba origen el desarrollo del sistema político en que nos colocó el triunfo de la independencia".

Proyección
histórica

El convencimiento de que las Constituciones por sí mismas de nada valen sin las fuerzas espirituales que empujan a la honradez, la cordura, la laboriosidad, la fe en el progreso; la justicia inmaculada y la sanción inexorable, se reflejó en una singular falta de entusiasmo colectivo ante su promulgación.

La historia tradicional ha atribuido exagerada importancia a la Constitución de 1833. Con el criterio histórico de nuestros días, gana la calidad de un código sensato y de un esfuerzo logrado en la práctica, mas no en el orden espiritual, por concordar el régimen republicano democrático con la realidad social chilena del momento.



LAMINA VI.—BAHÍA DE VALPARAÍSO. VISTA TOMADA EN 1830. (Copia de una litografía de Tirpenne, por E. Dumont, Museo Histórico.)

V

La gestión económica y
financiera de Rengifo.
El Congreso de 1834.
Labor administrativa de Tocornal.
Nuevas conspiraciones.
Los "philopolitas".
Portales vuelve al Gobierno.

LUEGO de tres años de estudios y ensayos prácticos, Rengifo presentó al Congreso su célebre memoria de 4 de octubre de 1834, documento en el que no se sabe qué admirar más, si el realismo, la fuerza convincente y el poder sintético, o la elegante nitidez de la forma. Para interpretar la fisonomía económica y financiera de los primeros veinte años de vida independiente es necesario prescindir por completo de todo lo que se ha escrito después.

Comienza la memoria afirmando como imperativo el soslayar los sentimientos para mirar a la realidad cara a cara. Después de esbozar en cuatro fases la endeblez económica de Chile, resume con idéntica franqueza las cinco causas del desastre. La memoria de 1834.

Fué la primera la decadencia de la renta pública. Al promover... "la salida de los enemigos de la República para afianzar el orden interior, perdimos... la industria de muchos hombres laboriosos..." La segunda causa fué "la insubsistencia del orden interior, turbado durante veinte años por frecuentes sacudimientos..." "La falta regular y estable de procedimientos en el departamento de hacienda debe designarse como la tercera causa del atraso de este ramo... La cuarta causa de la desorganización de nuestro sistema de rentas fué la pérdida del crédito que acompañó a esta serie no interrumpida de desgracias... La quinta y última causa que influyó en el desgüeño de nuestra hacienda fué el espíritu de innovación propagado como un contagio entre todas las clases de la sociedad..."

La ardua y extensa labor de Rengifo, a partir de las objetivas afirmaciones de su informe, discurrió por tres cauces: el reajuste de la economía nacional a las nuevas condiciones creadas por la independencia; la reforma del complicado y vetusto sistema tributario, y la reorganización de los servicios en el ramo de hacienda. El remedio

Una de las primeras consecuencias de su inteligente política fué, con el establecimiento de los almacenes de depósito en Valparaíso, la transformación del puerto chileno en el emporio comercial del Pacífico. En 1832 entraron en Valparaíso 275 buques, y en 1834 subieron a 394 (figs. 687 y 688).

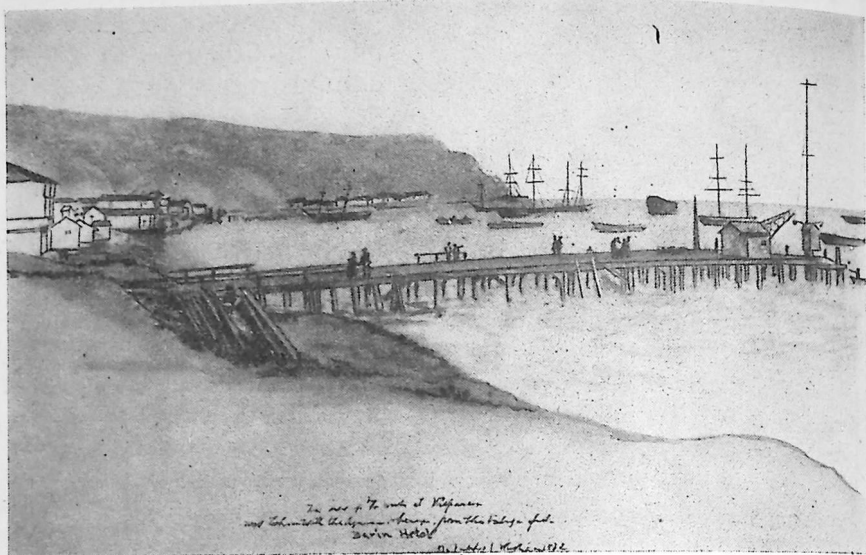


FIG. 687.—VALPARAÍSO DESDE EL "HOTEL MARÍN". (Dibujo de Wood, 1832.)

Equilibrio
presupuestario

La política financiera se orientó hacia el equilibrio de las entradas y los gastos, así como la amortización de las deudas arrastradas, mediante la economía y el orden en todos los servicios públicos. Durante el ejercicio financiero del quinquenio 1831-35, sin contraerse nuevos compromisos, se pagaron la totalidad de los gastos, se amortizó la deuda flotante en \$ 1.100.000, y el 31 de diciembre de 1835 había en tesorería una existencia de \$ 212.926. Chile iba a asombrarse y a asombrar a sus vecinos afrontando una guerra en 1837-39 con los recursos ordinarios del Estado.

Chañarcillo

Esta sabia y providencial política se vió favorecida y reforzada con una feliz aportación del azar: el descubrimiento del mineral de plata de Chañarcillo. Su fabulosa riqueza y las repercusiones que esta montaña de plata provocaron en la economía nacional dieron lugar, a su vez, a innumerables leyendas acerca de su descubrimiento. Según la más generalizada, Flora Normilla, india oriunda de Copiapó, hospedaba en su posada, en las faldas del cerro de Chañarcillo, a don Miguel Gallo, esforzado industrial que poseía un ingenio en las inmediaciones. Como éste le hubiera dado abundantes muestras de generosidad, quiso la india premiarlo confiándole el derrotero de un inmenso depósito de plata. Ya en el terreno de lo histórico, Juan Godoy, su hermano José Godoy, ambos hijos de la Normilla, asociados con don Miguel Gallo, solicitaron en el juzgado de Copiapó, el 19 de mayo de 1832, la concesión de

merced de una mina de plata que habían descubierto en Chañarcillo. El acontecimiento tuvo una trascendencia que sus autores no habían imaginado. "Todo el cerro —dice Sayago— parecía un promontorio de metal; mientras más se le recorría, mientras más se rebuscaban sus matorrales, mientras más se trepaban sus riscos y se subía y se bajaba por sus inflexiones, más plata aparecía" (figs. 689 a 692).

La conjunción de tan felices coincidencias, sobre todo con el mejoramiento de los servicios públicos y la restauración del hábito de trabajo, aumentaron en gran escala la producción minera. Hacia la fecha que nos ocupa, el valor de los metales exportados y de los adquiridos por la Casa de Moneda ascendió a \$ 3.158.149, distribuidos en: cobre, \$ 1.148.501; plata, \$ 1.484.416; y oro, \$ 525.231.

La reforma monetaria de 1834 uniformó la moneda nacional, que hasta entonces presentaba la más abigarrada mescolanza. Las acuñaciones de oro fueron de cuatro tipos: el doblón, el medio doblón, el cuarto de doblón y el escudo, con valor de 16, 8, 4 y 2 pesos. Del marco de oro de 21 quilates debían sacarse ocho doblones y medio. Las monedas de oro presentaban en el anverso el escudo de armas de la república con la inscripción "República de Chile". Para tal efecto, la ley de 26 de junio de 1834 dispuso: "El escudo de armas de la República de Chile presentará en campo cortado de azul y de gules una estrella de plata; tendrá por timbre un plumaje tricolor, de azul, blanco y encarnado, y por soportes un huemul a la derecha y un cóndor a la izquierda, coronado cada uno de estos animales con una corona naval de oro". En el reverso, las monedas debían llevar el libro de la Constitución, con el lema: "Igualdad ante la ley".

Las monedas de plata, que portaban en el anverso el escudo y en el re-

REGLAMENTO DE ADUANAS

PARA
LOS ALMACENES DE DEPOSITO

Y
COMERCIO MARITIMO
DE TRANSITO.



IMPRESO DE ORDEN DEL SUPREMO GOBIERNO

EN SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA DE LA OPINION

AÑO DE 1833.

FIG. 688.—PRIMERA EDICIÓN DE LOS REGLAMENTOS DE RENGIÑO SOBRE ALMACENES DE DEPÓSITO Y TRÁNSITO.

Monedas



El Congreso de
1834

FIG. 689.—MONUMENTO A JUAN GODOY
EN COPIAPÓ.

verso un cóndor despedazando cabezas, con el lema: "Por la razón o la fuerza", se agruparon en seis clases: pesos o reales de a ocho, reales de a cuatro y reales de a dos, reales, medios reales y cuartillos. Las de cobre eran de uno y medio centavos. Mostraban en el anverso la estrella del escudo y en el reverso un laurel con la expresión del valor de la moneda y el lema: "Economía es riqueza".

La nueva ley de elecciones, derivada de la Carta Constitucional, fué promulgada el 2 de diciembre de 1833. El último domingo de marzo siguiente se verificaron las de diputados y electores de senadores, en un clima de absoluta tranquilidad. Los liberales, pipiolo, pandillistas, o'higinistas y demás bandos opositores, desorganizados y reñidos entre sí, no concurrieron a las urnas. El Congreso de 1834 completó la obra iniciada por el de 1831. Tanto uno como

- otro prestaron inteligente acogida a las reformas progresistas que concordaban con la realidad social. Si bien los azarosos momentos en que actuaron no les permitieron implantarlas todas, legaron, al menos, a sus sucesores el terreno preparado.

Progresos en la
educación

En cuanto a la marcha del ejecutivo, los esfuerzos de Tocornal se canalizaron en el desarrollo y perfeccionamiento de la enseñanza. Se crearon en el Instituto las cátedras de anatomía, orientadas por el doctor Lorenzo Sazie (fig. 694), uno de los jóvenes facultativos franceses más distinguidos de la época; la de medicina, a cargo del doctor irlandés Guillermo C. Blest (fig. 693); la de ciencias naturales, encomendada al Dr. Vicente Bustillos, y la de farmacia. Sazie daba, además, una clase de obstetricia en la casa de expósitos. Se organizó el liceo de Coquimbo, se fundó el de Talca y se mejoró notablemente el de Concepción. Ponía una nota pintoresca y simpática la asistencia del presidente a los exámenes de los colegios públicos y privados, símbolo encantador del carácter patriarcal de la vida en la época y de la sencillez de la gestión administrativa.

Beneficencia

También se regularizaron los servicios de beneficencia, desquiciados hasta

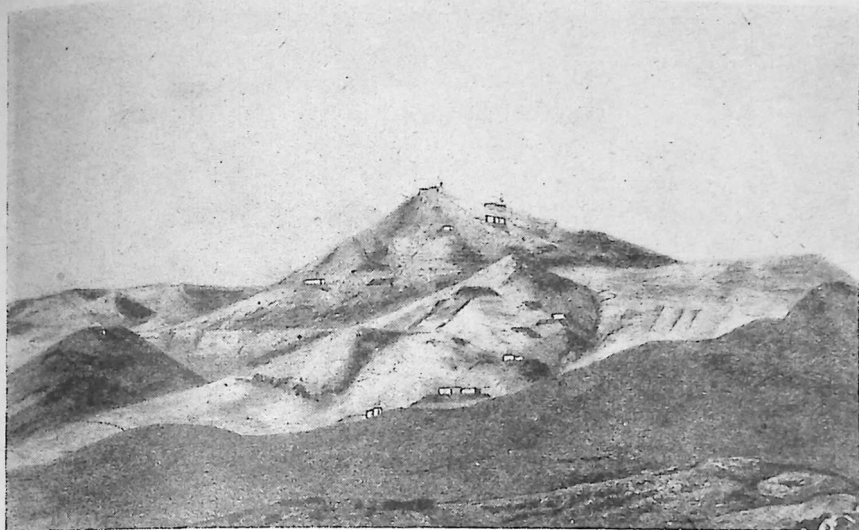


FIG. 690.—MINAS DE CHAÑARCILLO. (Litografía de Ciceri, según croquis de Pissis.)

el momento, y la Biblioteca Nacional, confiada a don Francisco García Huidobro (fig. 695), contaba ya con 12.000 volúmenes. Desde aquel período, ha prestado al público sus preciosos servicios sin interrupción.

El terremoto de febrero de 1835 había destruido una extensa y rica zona que en la primavera del mismo año se reconstruía con gran ardor. Chillán fué reedificado en su actual emplazamiento, a corta distancia del antiguo, que todavía se conoce con el nombre de Chillán Viejo. También se mudó el asiento de la villa de La Florida, en el departamento de Puchacay. Las demás ciudades y villas se reedificaron sobre sus propias ruinas.

Al margen de la iniciativa oficial se habían venido gestionando oportunos pasos de acercamiento entre España y sus antiguas colonias americanas. Por desgracia, la obstinación de Fernando VII había ahogado en germen las negociaciones oficiales. La guerra civil que siguió a su muerte aplazó el acuerdo para mejores días. Relaciones exteriores

En cambio, las relaciones con los demás países habían mejorado paulatinamente, sobre todo las estimuladas por don Andrés Bello con Estados Unidos, que culminaban con el tratado de amistad, comercio y navegación, firmado el 16 de mayo de 1832. Hacia el período que nos ocupa, estaban representados en Chile los gobiernos de Francia, Inglaterra, Bélgica, Bremen, la ciudad libre de Francfort, además de Estados Unidos.

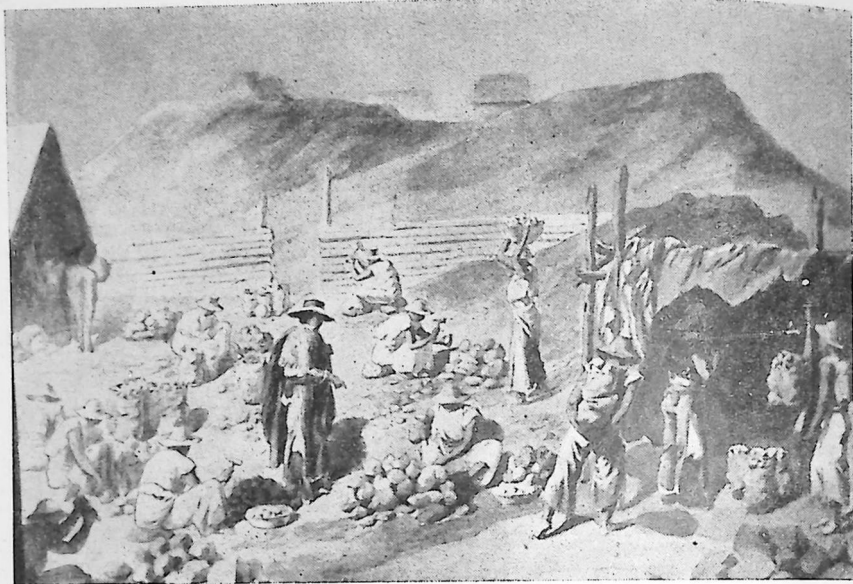


FIG. 691.—CHAÑARCILLO. (Oleo de Charton. Museo de Bellas Artes.)

Nuevas
conspiraciones

La tenaz labor organizadora que hemos descrito en los capítulos precedentes se realizó bajo la amenaza de una continuada serie de conspiraciones y golpes frustrados que la pasión política del siglo pasado atribuyó a la dureza del régimen portaliano. Se incurre en evidente error al finalizar bruscamente el período de anarquía con el triunfo de la revolución de 1829. Sólo treinta años más tarde, los repetidos fracasos de los golpes militares y de las conspiraciones para concitar la fuerza de las armas contra el gobierno civil, por una parte, y el crecimiento de los intereses materiales y el hábito de la buena administración, por otra, ahogaron en 1859 su postrer estertor.

El capitán Labé

La primera conspiración que dió lugar a proceso fué la del capitán José María Labé, uno de los vencidos de Lircay, que decidió emplear los pocos caudales que le quedaban de su consorte en derribar a Prieto para sustituirlo por Freire. Uno de los conjurados, oficial de húsares, a quien se le había ofrecido el ascenso en tres grados, o diez mil pesos, a elegir, lo delató. Como consecuencia del golpe fallido, el gobierno desterró, además de Labé, al impenitente si bien probo ministro de la Corte Suprema, don Carlos Rodríguez, hermano del legendario guerrillero.

Otros dos oficiales, Pedro José Reyes y Eusebio Ruiz, desechados por

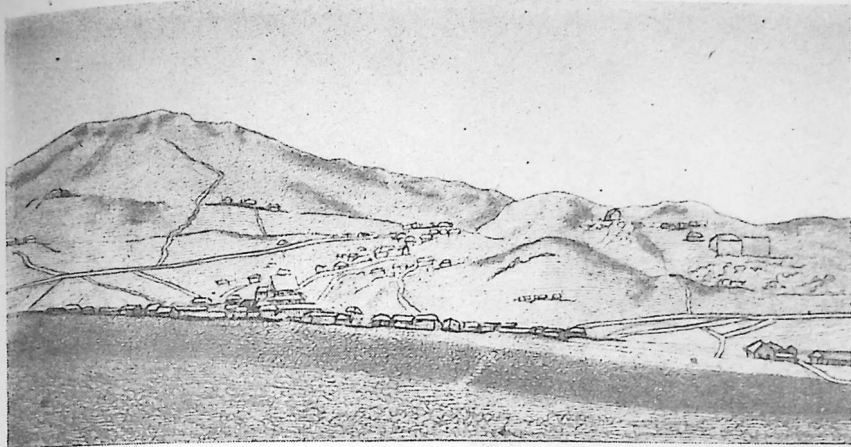


FIG. 692.—CHAÑARCILLO. VISTA GENERAL. (Según Tornero.)

la negativa de su reincorporación, urdieron con el cura párroco de Talca un disparatado cuartelazo que, como el anterior, acabó con la delación. Condenados a muerte los cabecillas, la corte marcial limitó la pena a dos años de destierro. Mayor transcendencia tuvo la revuelta de Tenorio. Este capitán, desde Juan Fernández, donde se encontraba cumpliendo condena, urdió con los conspiradores de Lima la captura de la guarnición de la isla. El 20 de diciembre de 1831 lograba el éxito en sus primeros planes. Los rebeldes, incrementados en unos cien hombres con los propios soldados y con los presidiarios de delitos comunes, se apoderaron de Coquimbo sin resistencia. Asesinaron a cuanto varón toparon, violaron a todas las mujeres que pudieron y destruyeron con tenaz empeño todo lo que era susceptible de ser destruído. Ahogada en sangre la sublevación, Prieto, por instancias de Portales, ordenó fusilar a Tenorio y a varios soldados y se sorteó a dos entre los presidiarios de Juan Fernández (fig. 696).

El capitán Tenorio

A poco de una intranscendente revuelta local de Petorca, otra conspiración, más peligrosa aún que las anteriores, tomó cuerpo con el acuerdo de varios grupos que encabezaron el ex coronel Ramón Picarte, profesional de los golpes armados; el teniente coronel Joaquín Arteaga, joven militar de carácter petulante, al que Prieto había confiado un batallón de guardias cívicas; el coronel de caballería Ambrosio Acosta, agregado a la plaza, y cuatro oficiales más dados de baja.

Profesionales del cuartelazo

En la noche del 6 de enero, confirmando la denuncia del sargento mayor de artillería Marcos Maturana, fueron apresados todos los cabecillas, y al día



FIG. 693.—DOCTOR GUILLERMO BLEST.
(Col. Fotografías Museo Histórico.)



FIG. 694.—DOCTOR LORENZO SAZIE.
(Dibujo de Rojas.)

siguiente se separaba de su cargo al comandante general de armas, general José Ignacio Zenteno, que, añorando los días de O'Higgins y San Martín, no tenía la menor simpatía por el régimen portaliano y sus hombres. Las penas de la corte marcial fueron muy leves para los responsables, y, deseando cohonestar el fallo, se ensañó con los que carecían de protección. El Gobierno consideró escandaloso tal proceder y encargó al fiscal don Mariano Egaña que acusara a los vocales de la corte marcial. Pero la Corte Suprema los absolvió.

La conspiración
"de los puñales"

El sistema ya inveterado de las delaciones permitió descubrir el complot que ha pasado a la historia en la penumbra y con el dramático título de la conspiración "de los puñales", por haberse encontrado en el cuarto donde se reunían los conspiradores, entre otras armas no menos definitivas, 34 enormes instrumentos cortantes. La tentativa de Puga y el hallazgo de la logia revolucionaria esclarecieron en parte el misterio abracadabrante de la anterior.

La logia
revolucionaria

El 29 de agosto del mismo año de gracia de 1833, el ex coronel Salvador Puga era apresado cuando penetraba en el cuartel de húsares con el poco tranquilizador propósito de sublevar el cuerpo. El jefe ostensible del nuevo cuartelazo era don Rafael Bilbao, pues se sabía que había suministrado los recursos y especificado las instrucciones; pero obraba en connivencia con don José María Novoa y otras personas de rango. En efecto, se había constituido una logia revolucionaria que completaba, con los citados, don Francisco de Borja Fonte-

cilla, establecía contactos con los militares dados de baja después de Lircay y proporcionaba los agentes necesarios para los enlaces y la preparación de los pronunciamientos.

Como en ocasiones anteriores, tampoco se procedió ahora contra las altas personalidades. Las penas de la corte marcial fueron, de nuevo, benévolas, pero el fiscal Gandarillas sugirió un sistema, que el gobierno se apresuró a poner en práctica con disimulo y cautela: "Aconsejo a V. S. una providencia extraordinaria, cual es separar del país por algún tiempo a los principales perturbadores".

En razón, sin duda, de la heterogeneidad del grupo, en el partido de gobierno habían aumentado las disidencias, hasta quedar dividido en dos bandos. Uno lo encabezaba

Tocornal, que disponía de las cámaras y de todos los pelucones, salvo los reducidos grupos de los Errázuriz y de Ruiz Tagle. El otro lo constituían un pequeño conglomerado de estadistas y de intelectuales, sin base todavía en la opinión, dirigido por Gandarillas, Benavente y Rengifo, que con el tiempo daría forma al partido liberal moderno. Los últimos fundaron un periódico, "El Philopolita", el 3 de agosto de 1835, que iba a dar nombre al grupo.

Portales, tanto por alejarse del Gobierno y acostumbrarlo a caminar solo, como por razones de economía, se había radicado, a fines de 1834, en la quinta de la Placilla. Los philopolitas interpretaron su retiro como un distanciamiento de fondo entre Portales y Prieto y encauzaron sus esfuerzos a hacerlo definitivo, para disputar libremente al bando de Tocornal el apoyo del presidente y el arrastre de los electores.

El partido conservador, agrupado en torno de Tocornal, no tardó en embestir contra los philopolitas. El 31 de agosto de 1835 apareció "El Farol", que, con su tono sarcástico e incisivo, dió a la lucha carácter destemplado y violento, ya centrada en el problema de la reincorporación al ejército de los militares dados de baja después de Lircay, que los philopolitas esgrimían como bandera



FIG. 695.—DON FRANCISCO GARCÍA HUIDOBRO. (Biblioteca Nacional.)

División del partido de gobierno

Los "philopolitas"



FIG. 696.—EL PUERTO DEL INGLÉS, EN JUAN FERNÁNDEZ. (Dibujo de María Graham.)

de combate. Tocornal logró detener el proyecto en la Cámara, con lo que la suerte de sus contendores quedó sellada.

Portales vuelve al
Gobierno

Pero las nuevas rivalidades habían asustado a Prieto y, al fracasar los empeños para un avenimiento entre Tocornal y Rengifo, que habían llevado el encono de la lucha hasta la renuncia simultánea a principios de 1834, decidió, como último recurso, llamar a Portales. La primera reacción del ex ministro fué de excusa. En el fondo, nunca había pensado alejarse para siempre del Gobierno. Deseaba probar nuevos valores en la responsabilidad del mando, pero estaba listo para acudir en caso de peligro. Al llegar a su despacho a las 11 de la mañana del día 21 de septiembre de 1835, el ministro Rengifo quedó estupefacto con el decreto listo en su escritorio: "Hallándose vacante el empleo de ministro de Estado en los departamentos de guerra y marina, por dimisión del ciudadano que lo servía, vengo en nombrar, para su desempeño, al teniente coronel de ejército don Diego Portales".

Prieto desplegó grandes esfuerzos por conservar a Rengifo, sin lograr su propósito. Tocornal se hizo cargo de la Cartera de Hacienda y, con el objeto de que pudiera dedicar todo su tiempo a las nuevas funciones, Portales, que



FIG. 697.—MISIÓN DE DAGHLLIPULLI, PROVINCIA DE VALDIVIA. (Litografía de Lehnert, según Gay.)

tenía una capacidad de trabajo asombrosa, el 9 de noviembre se hizo cargo de los Ministerios de Interior y de Relaciones, conservando los de Guerra y Marina.

Al regresar Portales al Gobierno encontró estancados los proyectos de reforma a la legislación. Un decreto del 1.º de febrero de 1837 creaba el Ministerio "del Culto e Instrucción Pública", modificaba la planta de empleados y distribuía racionalmente las materias que eran de la incumbencia de cada uno de los cuatro ministerios en que quedaron repartidos el gobierno y la administración. También puso en vigencia la parte redactada por Egaña de la "ley de administración de justicia y organización de tribunales".

Fiebre reformista

Durante su segundo ministerio, Portales se preocupó del estado de la Iglesia, completamente desquiciada. En 1836 gestionó el establecimiento de dos nuevos obispados, uno en Coquimbo y otro en La Serena, y envió las preces del caso para elevar a arzobispado la silla episcopal de Santiago. Al mismo tiempo, estimulaba a los funcionarios de provincias y espoleaba la conciencia de los grandes terratenientes que le eran adictos, planteándoles la necesidad de levantar gradualmente el nivel moral del pueblo y mejorar sus condiciones de



FIG. 698.—EL OBISPO BALMACEDA Y RUIZ DE OVALLE. (Dibujo de Desmadryl.)

vida, desiderátum que forma uno de los principales mandamientos del decálogo portaliano (figs. 697 y 698).

La fiebre creadora del ministro universal abarcó el mejoramiento de la enseñanza primaria y de otras ramas administrativas, y se canalizó especialmente en el fomento de la marina mercante y en la creación de una nueva escuadra. La formada por O'Higgins y Zenteno, a costa de tantos y tan hermosos sacrificios, estaba reducida al bergantín "Aguiles", buque nuevo de construcción francesa, dotado de 20 cañones largos, que había pertenecido a la armada española, y la goleta "Colo Colo". Portales solicitó y obtuvo del Congreso venia para aumentar las fuerzas navales a dos fragatas, dos corbetas, un bergantín y una goleta.

Hacia 1835, la gestión financiera, después de las grandes reformas realizadas por Rengifo, precisaba de una etapa de estabilización para reajustar el nuevo sistema tributario y para concordar el actual orden de cosas con la realidad. Tocornal desempeñó esta patriótica y ardua labor con un tino, una sagacidad y una prudencia que han permanecido obscurecidos por su relevante dinamismo político ulterior.

Reelección de
Prieto

La vuelta de Portales al Gobierno hizo inútil la lucha contra la reelección de Prieto. Tanto gobiernistas como opositores se abstuvieron en gran número. El escrutino practicado el 30 de agosto de 1836 dió 143 votos por don Joaquín Prieto, 11 por don José Miguel Infante, 2 por don José Manuel Borgoño y 1 por don Diego Portales.

VI

Génesis de la guerra contra
la Confederación Perú-boliviana.
La fascinante personalidad de Santa Cruz.
Antagonismo ideológico.
La lucha económica.
El golpe sobre la escuadra peruana.
La declaración de la guerra.

EL buen entendimiento de los múltiples y complejos factores que desencadenaron la guerra entre Chile y la Confederación Perú-boliviana exige el análisis, no por somero y esquemático menos imprescindible, de los estados de excitación colectiva que engendraron la antipatía mutua.

La hegemonía que el virreinato del Perú ejerciera en el Nuevo Mundo, en razón de la superior cultura de la corte virreinal y de las riquezas acumuladas durante la Colonia, había engendrado en los peruanos un sentimiento despectivo hacia las demás repúblicas desgajadas de España. Una frase célebre simboliza el concepto: "Cuando en Lima los mulatos usaban medias de seda, en Chile los caballeros calzaban ojotas y en Argentina andaban a pata". La distancia habíase multiplicado en alas de otro factor sociológico incontrovertible. Mientras en Chile la sensatez anteponía la ética y la austeridad, de cepa típicamente castellana, a los devaneos extemporáneos, al resto de la otrora América española el caudillismo militarista la había sumido en caótica situación, tan profunda y lamentable, que algunas de las nuevas repúblicas todavía no se reponen del flagelo. Hegemonía colonial peruana

Las hostilidades económicas fueron abiertas con un decreto peruano de 19 de junio de 1832, por el cual se disponía que los trigos desembarcados en el Callao debían ser medidos y despachados inmediatamente, lo que era a todas luces imposible. Zañartu, enviado especial del Gobierno chileno, representó la impracticabilidad del decreto y aconsejó las represalias subiendo los derechos que gravaban el azúcar peruana y buscando un acuerdo con el Brasil para intercambiar sus productos tropicales con los trigos chilenos. Trabas al trigo chileno

Tal como lo había previsto Portales, el Perú, lejos de retroceder, respondió a la represalia chilena con nuevas hostilidades. Bajo la presión del presidente Pando, la Cámara aprobó un acuerdo que decía: "Pasados cuarenta días de la publicación de esta ley, se cobrará seis pesos a la fanega de trigo o de harina de Chile". Hasta ese momento el arancel gravaba en \$ 3 (600 de hoy) La guerra económica

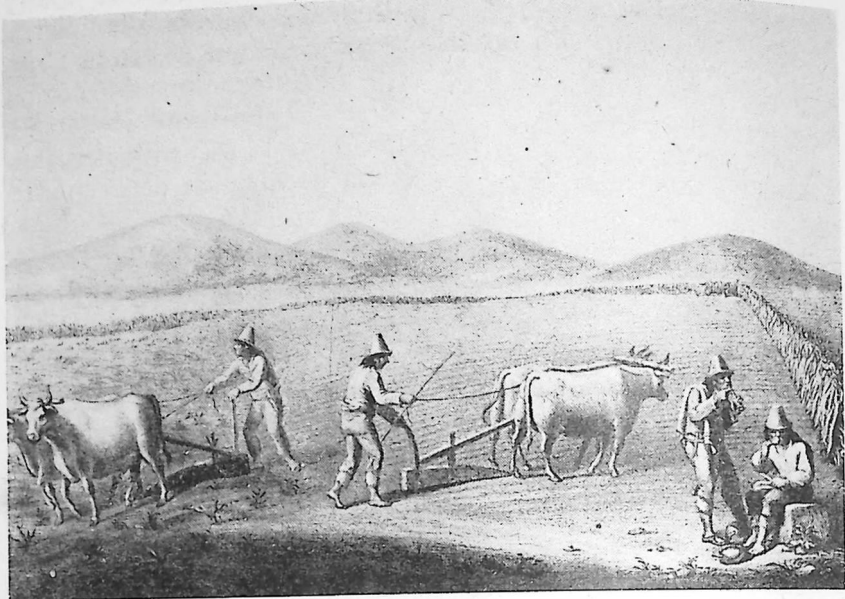


FIG. 699.—MÉTODOS AGRÍCOLAS DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX: ARANDO. (Dibujo de P. Schmidtmeier.)

la fanega que en Valparaíso oscilaba entre \$ 1.50 y \$ 2. La situación de los azucareros se tornó cada vez más difícil, pues en aquel entonces este producto no tenía otro mercado que el chileno. En Chile el azúcar alcanzó precios exorbitantes, mientras el trigo seguía expendiéndose a precios irrisorios. La presión de aquéllos logró estimular las gestiones de avenimiento, que culminaron en el tratado de amistad, comercio y navegación, firmado entre representantes muy liberales.

Santa Cruz . Otro factor imponderable, de mucha mayor trascendencia, complicaba el panorama: las aspiraciones a la reconstrucción del virreinato del Perú, encarnadas en la fascinante y compleja personalidad de Santa Cruz. Había heredado el novelesco caudillo boliviano el genio político inca, ya incongruente, al menos en sus modalidades, con los sentimientos, las creencias, la moral y las aspiraciones de nuestra civilización. Recogió del ancestro su sentido del orden, su genio creador y su espíritu expansivo y, como evidente corolario, la necesidad de subyugar a los pueblos limítrofes, los métodos en el manejo de los hombres y de los pueblos y la moral política. Su astucia en este orden y su destreza en la intriga no han sido superados hasta hoy en la América española. La directiva de su genial desiderátum persigue la desintegración política



FIG. 700.—SISTEMA DE ARADO EN CHILOÉ. (Dibujo de P. P. King, 1838.)

de los pueblos vecinos como una fórmula que haga posible su ingreso en un conjunto superior, en un poderoso imperio austral, rebosante de inimaginables recursos y de destinos grandiosos.

Domeyko, que lo conoció en 1844, lo retrata diciendo: "...tenía el aire de un simple indio de las cordilleras bolivianas, de las tribus que hablan el quichua y el aimará. De una talla tan pequeña como Thiers, flaco, seco, de un color cobrizo, frente estrecha y cabellos negros gruesos. Sus ojos eran negros de ébano, brillantes, pero con una expresión de desconfianza; sus mejillas anchas y salientes, sus labios espesos, la cara parecía siempre afeitada" (figs. 701 y 702).

Frío, enérgico, sagaz y perseverante, impenetrable para el blanco en su fondo psicológico, profundo conocedor de hombres, sin entusiasmo ni grandes dotes militares, reemplazaba una batalla cada vez que podía y no abordaba jamás de frente las dificultades que podían rodearse. Siempre estaba dispuesto a suscribir los compromisos que exigieran las circunstancias, con la reserva indudable de quebrantarlos o burlarlos cuando le conviniera. Generosamente favorecido por la naturaleza en las cualidades que hacen al organizador de pueblos, Santa Cruz reunía las condiciones necesarias para hacer realidad el grandioso plan que lo obsesionaba.

No fué difícil para el caudillo boliviano derrotar a sus contendores en



FIG. 701.—DON ANDRÉS DE SANTA CRUZ, GRAN MARISCAL DE ZEPITA.
(Oleo de Francis Martin Drexel, Lima, 1827. Propiedad del Ing. D.
Andrés de Santa Cruz, La Paz. Gentileza del Sr. Joaquín Ugarte y
Ugarte, Lima.)

Perú, Gamarra y Salaverry, y declarar, de inmediato, establecida la Gran Confederación Perú-boliviana, por un decreto fechado en Lima el 28 de octubre de 1836. Bolivia y el Perú, dividido éste en dos Estados que permanecían bajo el protectorado de Santa Cruz, y unidos en forma federal como primera etapa hacia la unidad completa, reconstruyeron el antiguo virreinato.

Los acontecimientos señalados perfilaban, cada vez con mayor relieve, el choque fatal entre las concepciones políticas de Santa Cruz y de Portales. La del primero era esencialmente expansiva. Aspiraba a desbordarse sobre el Ecuador y el norte argentino y someter a Chile. Su proyecto era incompatible con un vecino poderoso en el extremo sur de América. Portales aspiraba, a su vez, a constituir un Estado orgánico, económicamente fuerte, asentado en el predominio comercial sobre el Pacífico. Tan antagónicas actitudes se eliminaban por principio. El desenlace sólo podía ser la guerra.

Los rozamientos entre el Gobierno chileno y Orbegoso, adalid de Santa Cruz en Arequipa, condujeron de inmediato a la ruptura del tratado de amistad, comercio y navegación de 1835. Mientras tanto, el caudillo boliviano cultivaba el descontento de los emigrados chilenos que las borrascas políticas habían arrojado a las playas peruanas. En aras de una reacción típicamente altruísta, exponente de su no escarmentada buena fe, O'Higgins se situó con Santa Cruz frente a Prieto y Portales. Freire, radicado en Lima, se había erigido en jefe nominal de los desterrados por el gobierno de Prieto. Sus gestiones ante Orbegoso y Salaverry concordaban con los propósitos de los desterrados peruanos y chilenos por enconar la animosidad entre los gobiernos de Chile y el Perú, y culminaron, al parecer, con la solicitud por este caudillo de los recursos necesarios para derribar el Gobierno de Santiago, con la con-



FIG. 702.—DON ANDRÉS DE SANTA CRUZ.
(Col. Fotografías Museo Histórico Nacional, Santiago.)

Choque de
estadistas

Se rompe el
tratado

O'Higgins y
Freire en el Perú

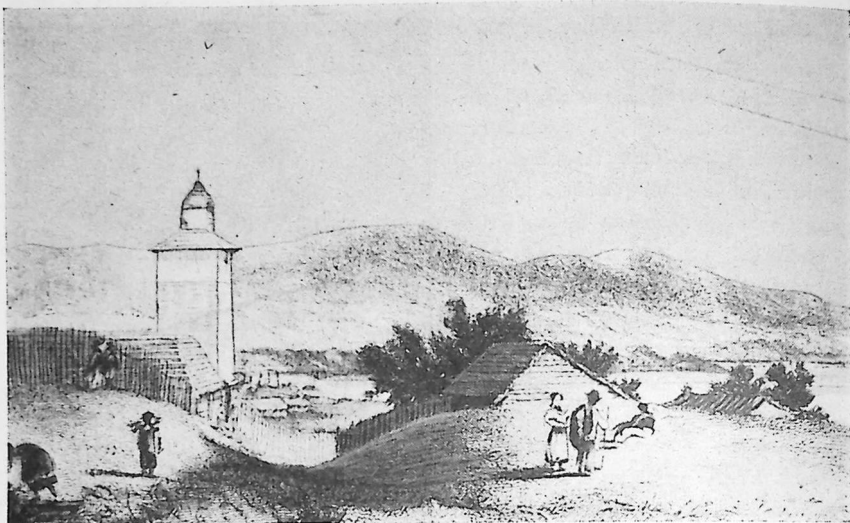


FIG. 703.—SAN CARLOS DE CHILOÉ, ANCUD. (Dibujo de Martens, oficial de la "Beagle" en la expedición de Darwin.)

nivencia y ulterior apoyo de don Andrés de Santa Cruz, una vez asumido el mando.

Don Manuel de
la Cruz

La red de intrigas y deslealtades ganó caracteres novelescos con la gestión en Chile de don Manuel de la Cruz Méndez, representante del caudillo boliviano en Santiago desde principios de 1835. El audaz objeto de su misión era el envío de pertrechos de guerra a Orbegoso y al propio Santa Cruz, ponerse en contacto con los descontentos y reavivar las cenizas de la anarquía. El aspecto más tenebroso del asunto gira en torno al asesinato de Portales. Cualquiera que sea la responsabilidad de De la Cruz Méndez, está documentalmente comprobado que la idea se había generalizado, con el natural disimulo entre los conspiradores dentro de Chile y sin embozo alguno en Lima, incluso entre los invitados a la mesa de Santa Cruz, desde que entró en la capital peruana, luego de su proclamación como jefe del Estado norperuano (agosto de 1836).

ntativa de Freire

No corresponde, en un resumen de esta índole, detallar los contactos entre los disidentes chilenos y los amanuenses de Santa Cruz. Cabe, sí, señalar los esfuerzos fallidos de O'Higgins por evitar la guerra y la intentona descabellada de Freire, que, luego de apoderarse de San Carlos de Ancud (figs. 703 y 704), fué apresado por sorpresa y condenado a muerte. La corte marcial revocó la sentencia, conmutándola por la de diez años de destierro en Sydney.

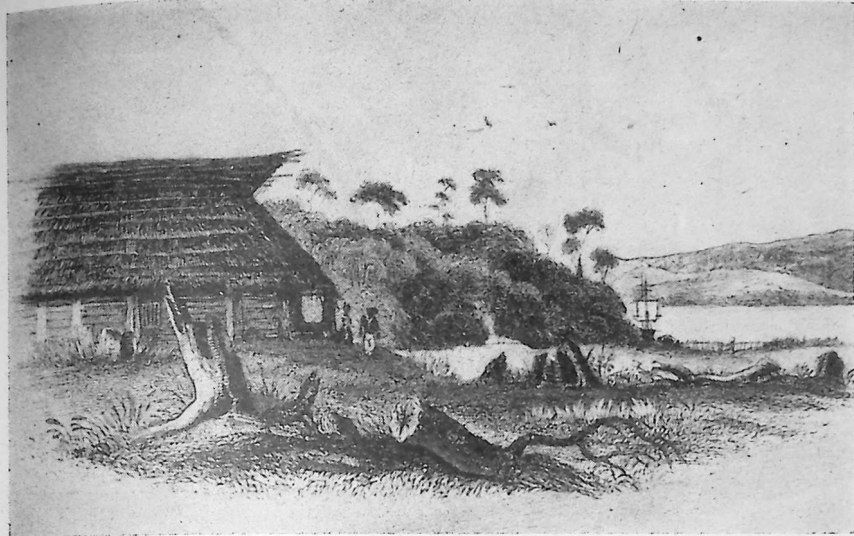


FIG. 704.— SAN CARLOS DE CHILOÉ, ANCUD. (Dibujo de Martens, oficial de la "Beagle" en la expedición de Darwin.)

La temeridad de Portales frente al poder de Santa Cruz semejó a los contemporáneos rayana en locura. El desequilibrio aparente era enorme. Bolivia y Perú juntos contaban con una población de más de cuatro millones; sus rentas ascendían a \$ 7.100.000 y estaban manejadas por un hombre tan económico como hábil administrador. El ejército de línea pasaba de 11.000 plazas y podía duplicarse fácilmente. La marina de guerra contaba con ocho unidades.

Desequilibrio de
fuerzas

Chile apenas llegaba en 1836 a un millón cien mil habitantes civilizados. Sus rentas alcanzaron ese año a \$ 2.400.000. El ejército de línea contaba 3.000 plazas, que podían aumentarse a 25.000 con la guardia nacional, si los recursos y el tiempo permitían equiparla e instruirla. La escuadra estaba reducida al bergantín "Aguiles" y a la goleta "Colo Colo", de escaso poder, y ambas naves bastante deterioradas. Además, Chile no quería la guerra. Para compensar tales desventajas, sólo poseía la energía, una vez despierta y estimulada, la fuerza de la organización interna que Portales había dado al país y la audacia y fertilidad de recursos de su propio genio.

Portales sabía que la escuadra peruana había sido licenciada y concibió el proyecto de apoderarse de ella, aprovechando la desembozada intervención de Santa Cruz en la expedición de Freire. El 13 de agosto el "Aguiles" y la "Colo Colo" largaban velas hacia el norte al mando de don Victorino Garrido

Captura de la
escuadra peruana

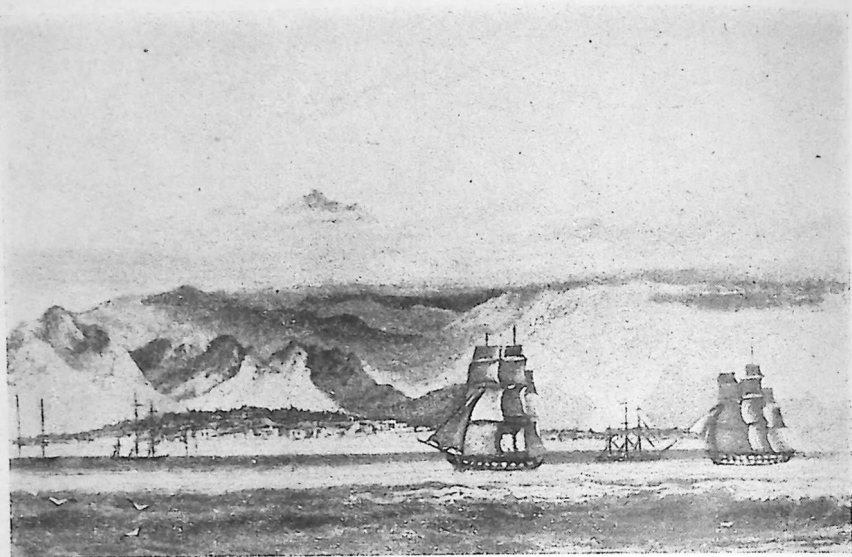


FIG. 705.—VISTA DE LIMA DESDE EL MAR, CERCA DEL CALLAO. (Dibujo de Murray para la op. cit. de Caldcleugh, 1825.)

y el 21 llegaban al Callao (figs. 705 y 706). Se encontraban en la bahía tres de los seis buques de que constaba la escuadra peruana, pues la "Monteagudo" y el "Orbegoso" habían sido entregados a Freire y el bergantín "Congreso" estaba inutilizado. Mediante un audaz golpe de mano, Garrido se apoderó durante la noche del bergantín "Arequipeño", con seis cañones de a 12; de la barca "Santa Cruz", con dos de a 9, y de la goleta "Peruviana", con un cañón de a 12 giratorio.

Santa Cruz, alarmado ante la audacia y la resolución del ya enemigo, aceptó todas las condiciones propuestas por Garrido en el pacto que se firmó el 28. Las partes se comprometían a no hostilizar las naves, las personas ni los bienes de la otra y a no incrementar sus fuerzas navales en un plazo de cuatro meses. Si Freire y sus cómplices regresaban al Perú, se les juzgaría como rebeldes y serían internados a más de cincuenta leguas del litoral. Garrido se comprometió a alejarse de la costa peruana, llevándose en rehenes las tres naves apresadas. Los gobiernos se entenderían después directamente.

La misión de
Egaña

Portales no disimuló su desagrado ante las medidas de Garrido. Su propósito era arrebatar a Santa Cruz el dominio del mar y provocar, con ello, la declaración de guerra. La hábil maniobra de Santa Cruz lo obligaba a tomar la iniciativa en el trascendental paso. Las cámaras, reunidas por Prieto para votar la declaración de guerra, autorizaron al presidente y Gobierno para en-

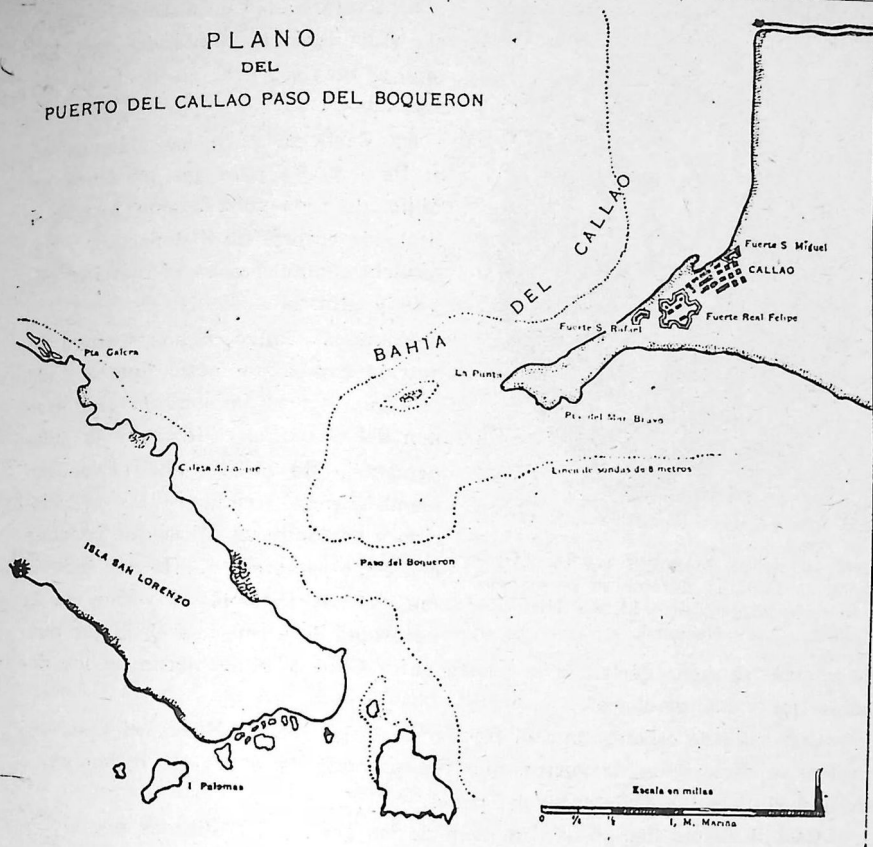


FIG. 706.—EL PASO DEL BOQUERÓN Y EL CALLAO. (En García Castelblanco: "Estudio crítico de las operaciones navales", 1927.)

viar a Lima, como plenipotenciario, a don Mariano Egaña, con instrucciones de exigir a Santa Cruz:

- 1.º Una satisfacción honrosa por la violencia cometida en la persona del encargado de negocios don Ventura Lavalle.
- 2.º La independencia de Bolivia y del Ecuador, que Chile mira como absolutamente necesaria para la seguridad de los demás estados sudamericanos.
- 3.º El reconocimiento de la suma de dinero que el Perú debe a Chile, tanto en razón del empréstito y de los auxilios en la guerra de la independencia como de la indemnización a que Chile tiene derecho por los daños que ha causado al país la expedición de Freire.
- 4.º Limitación de las fuerzas navales del Perú.



FIG. 707.—DON MARIANO EGAÑA. (Grabado en Londres, durante su permanencia como diplomático. Museo Histórico Nacional.)

5.º Reciprocidad en cuanto a comercio y navegación, colocando cada Estado al otro sobre el pie de la nación más favorecida.

6.º Exención para los chilenos en el Perú, como para los peruanos en Chile, de toda contribución forzosa a título de empréstito o donación, y del servicio compulsivo en el ejército, milicia y armada”.

Frente al Callao, Egaña sostuvo un nutrido cambio de notas, que a nada conducían, pues la *conditio sine qua non* del Gobierno chileno era la independencia de Bolivia. El 11 de noviembre puso término a las negociaciones enviando un oficio que concluía con estas palabras: “...lo que todavía me es más sensible es verme en la necesidad de anunciar a U. S. que pue-

de mirarse ya como declarada la guerra entre Chile y el Gobierno de los Estados Nor y Sur peruanos”.

Se declara el estado de guerra

Como era de esperar, ante el fracaso de la gestión de Egaña, el Congreso ratificó la declaración de guerra, que fué promulgada el 28 de diciembre, e invistió al ejecutivo de la suma del poder.

Casi al mismo tiempo, y al margen de las gestiones realizadas por el Gobierno chileno en Buenos Aires, las intrigas de Santa Cruz en la Argentina movieron también a este país en contra de la Gran Confederación. El 9 de mayo de 1837, Rosas declaraba la guerra al Gobierno protectoral, de suerte que Chile y Argentina fueron a la guerra contra el mismo enemigo, pero separadamente.

VII

Las conspiraciones.
Vidaurre, el traidor.
El motín de Quillota.
Asesinato de Portales.
La simbolización histórica.

COMO era de temer, la declaración de guerra determinó un inmediato y agudo recrudecimiento de las conspiraciones. El estruendoso fracaso de la expedición de Freire concentró todas las actividades subversivas, como hemos visto, en el encargado de negocios de Bolivia, don Manuel de la Cruz Méndez, que, gracias a la inmunidad diplomática, podía actuar sin disimulos en la propia capital. *

La labor de zapa realizada en el batallón Maipo cristalizó en la llamada conspiración de los cadetes, reprimida por el propio Portales en persona. Las infidencias y los papeles comprometedores descubiertos acusaban ostensiblemente a De la Cruz Méndez. El 7 de noviembre se le enviaron sus pasaportes con 24 horas de plazo para salir de Santiago. No tardó en seguir el nocivo ejemplo un capitán en retiro, Eugenio Hidalgo, asociado ahora con el consuetudinario sedicioso don Francisco de Borja Fontecilla. Ante los manifiestos esfuerzos de Santa Cruz por derribar el Gobierno chileno, Portales hizo patente su sombrío propósito de replicar con mano de hierro. La frase "si mi padre conspirara, a mi padre fusilaría" sintetiza y ahorra toda aclaración. Sin embargo, asombra la pequeña cuantía de los fusilamientos. Tal vez se debió a la crudeza misma del texto de la famosa ley de 2 de febrero de 1837, conocida con el apodo de "ley de los consejos de guerra permanentes", que consultaba procedimientos expeditos para la traición, tumulto, motín, conspiración, infidencia e inteligencia verbal o escrita con el enemigo.

La conspiración de los cadetes

La "ley de los consejos de guerra permanentes"

La ley había sido impulsada por la "conspiración del sur". El 11 de enero un capitán denunció al comandante general de la Alta Frontera, coronel Francisco Bulnes, un vasto movimiento subversivo que venía preparándose desde hacía tiempo.

La "conspiración del sur"

El complot se caracterizó por los numerosos accidentes del proceso revolucionario, las continuas vacilaciones y aplazamientos, consecuencia de la complejidad de los móviles que impulsaban a los actores y de las dificultades de

* En la ancianidad, De la Cruz Méndez blasonaba sin ambages de su participación en los golpes militares, y añadía con cínico humorismo: "Portales tuvo razón para echarme de su país".



FIG. 708.—VISTA DEL CAMINO DE SANTIAGO AL SUR. (Dibujo inédito de Dampier, Archivo Nacional.)

mantener contacto con los agentes de Santa Cruz. El proceso sólo se falló en 1838. Los principales cabecillas fueron condenados a diez años de destierro y los demás comprometidos a penas menores. Muchos fueron puestos en libertad y poco después se mitigaron los castigos impuestos a aquéllos.

La ley de los consejos de guerra se inauguró trágicamente en Curicó. La impunidad, mantenida hasta entonces como inveterada costumbre, estimuló a un grupo de pipiolo de Colchagua para hacer una pequeña revolución por su cuenta. Descubierto el complot, don Faustino Valenzuela, tímido caballero metido a conspirador por solidaridad familiar, confesó el delito bajo promesa de indulto. Basado en ella, el consejo de guerra condenó al propio Valenzuela, a don Manuel Barros y a don Manuel José de la Arriagada a la pena de muerte. La sentencia no era apelable ni admitía revisión. * Sin embargo, Irisarri, intendente de la provincia, que había sido amenazado de asesinato por los conspiradores, comprometido con Valenzuela, solicitó de Portales el indulto de este reo. El ministro puso de su puño y letra una rotunda negativa. El fusilamiento se verificó en la plaza mayor de Curicó el 7 de abril, ante la silenciosa amargura general del vecindario.

En el mismo mes se había acantonado en Quillota (figs. 709 a 711) el

* Artículo 4.º.



FIG. 709.—QUILLOTA. (Grabado de Murray, Londres, 1825. Col. L. C.)

Maipú, con su dotación elevada a 1.500 plazas, al mando del coronel José Antonio Vidaurre, recientemente ascendido al alto puesto de jefe de estado mayor del ejército expedicionario. Portales había creído ver en él brillantes cualidades, no sólo técnicas, sino morales, y le profesó una amistad que nada ni nadie podía enturbiar. El fino conocedor de hombres, que se entregaba ciego a su penetración psicológica, esta vez se iba a equivocar. Vidaurre era un monumento de deslealtad. El favor de Portales, por otra parte, lo erigió en blanco de todas las pullas y murmuraciones de sus comprovincianos freiristas. Los agentes de Santa Cruz se dieron pronto cuenta de su esquividad ladina y lo juzgaron como la persona indicada para acaudillar el motín que derribase a Portales. Entró en contacto con los conspiradores, manteniendo la forma externa de su amistad con el ministro, y, con la cautela propia del traidor, desvió los enlaces en la persona de su hermano Agustín, comandante del resguardo de la aduana de Valparaíso.

Luego de numerosos cubileteos se decidió dar el golpe sobre Valparaíso, apoderarse de la escuadra, ya fuerte de cinco naves, y, en el caso de que el ejército del sur, contra el que era inútil la lucha, no se uniese al movimiento, huir al Perú. El temor de que los preparativos hubieran llegado a oídos del ministro sumió a Vidaurre en un estado de tensión histérica. El horizonte se le cerraba por todos lados. Si el golpe fracasaba, como temía, iría al patíbulo, y si no lo intentaba, tarde o temprano el férreo brazo de Portales caería sobre él.

Vidaurre, el
traidor

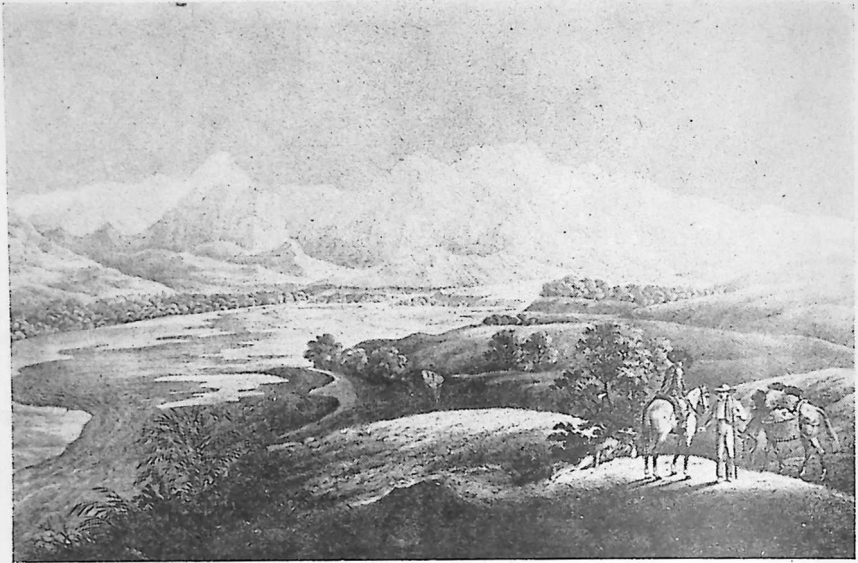


FIG. 710.—PAISAJE DE CONCÓN Y CAMPIÑA DE QUILLOTA. (Litografía de I. A. Sedemayr, 1834, según dibujo de Pöppig, 1827.)

Portales se dirige
a Quillota

Fracasadas todas las combinaciones con visos de éxito, se optó por tender a Portales una celada. El día 27 de mayo el ministro escribía a su colega Tocornal: "Me llaman de Quillota".

Quince años antes, Portales había escrito: "Nunca dudo de mis amigos, como que estoy seguro no me traicionarán". En aras de este noble sentimiento, y desoyendo las incontables denuncias que llegaban a sus manos, decidió acudir a la cita y cerciorarse personalmente de la actitud de Vidaurre. Fueron inútiles los empeños por disuadirlo. A las 7 de la noche del 2 de junio descendía el ministro de su birlocho frente a la casa del gobernador del departamento, don José Agustín Morán. De inmediato se presentaron a saludarlo el coronel Vidaurre, el teniente coronel Manuel García y un vecino notable. Si hemos de creer al comandante Necochea (fig. 712), que acompañaba al ministro, Vidaurre se mostró retraído y turbado, trasluciendo a las claras su incontrolable nerviosismo.

El plan de los
conjurados

Pronto se retiró el coronel. Acababa de llegar su hermano Agustín de Valparaíso. Hubo reunión de jefes y oficiales y se discutió largamente hasta hallar una fórmula que satisfizo a Vidaurre. Los oficiales apresarian al ministro motu proprio y presionarían públicamente a su jefe para que se viera obligado a aceptar el hecho consumado.



FIG. 711.—PASO DEL RÍO ACONCAGUA, CERCA DE QUILLOTA. (Según Famin.)

Amaneció el día 3 de junio sereno y limpio. No obstante la estación, hacia Parodia trágica el mediodía la temperatura se tornó casi tibia. Se había dispuesto una revista general para la tarde. Estaba formado en la plaza el primer batallón, cuando el ministro se dirigió al cuartel del segundo batallón, situado en la misma plaza, con su comitiva. Vidaurre se encontraba en el cuartel repartiendo las últimas instrucciones para el golpe alevoso. Apenas tuvo noticia de la llegada del ministro, salió al frente de sus fuerzas y desfiló ante los visitantes. “El ministro —dice Necochea— pasó entonces a la cabeza del primer batallón y siguió recorriendo todas las compañías, sin hacer ninguna observación, hasta que, llegado a la de granaderos del segundo, le dijo a Arrisaga: “Capitán, tiene usted una hermosa compañía”, y él le contestó: “Esta compañía está a la disposición del señor ministro”, a lo cual le dió las gracias, y continuó hasta llegar al costado izquierdo del batallón, donde hicimos alto.”

“Vidaurre, que no había acompañado al ministro en el acto de la revista, mandó entonces que el regimiento desfilase por el flanco derecho...” El regimiento comenzó una maniobra circular en torno de la plaza, hasta que las compañías 3.^a y 4.^a y cazadores del segundo batallón encerraron en un cuadro a Portales y su comitiva, que estaban en el ángulo sudoeste de la plaza, apuntando sobre el grupo sus armas. El capitán Narciso Carvallo se adelantó, y encarándose a Portales “con gran arrogancia”, le dijo: “Dése usted preso, señor



La burla se completa

FIG. 712.—DON EUGENIO NECOCHEA. (Col. Fotografías Museo Histórico.)

ministro, pues así conviene a los intereses de la república”, y dirigiéndose a la tropa, añadió: “Muchachos, seamos generosos, retiren armas”. En esos momentos llegó a la carrera el oficial que acababa de poner a disposición de Portales su compañía de granaderos. Por un instante renacieron las esperanzas. Mas, al acercarse al ministro, le colocó las dos pistolas en el pecho, sumándose a la felonía de sus compañeros.

Vidaurre, sin moverse del centro de la plaza, preguntó en voz alta: “¿Qué tumulto es éste?” E informado, de acuerdo con el plan, de su causa, el malvado respondió: “Señores, estoy con ustedes. ¡Viva la república! ¡No más tiranos!” El Maipú formó de nuevo en la plaza, ensoberbecidos sus hombres con atronadores gritos alusivos. Cuando Portales y Necochea quedaron solos

en el calabozo, el primero dijo: “¡Desgraciado país! Hoy se ha perdido cuanto se ha trabajado por su mejoramiento”. Sus primeras palabras antepusieron la zozobra por el destino de su patria, antes que el de su propia persona, prácticamente ya a las puertas de la muerte. Desde el primer momento adoptó una postura tranquila y de serena dignidad. A la hora de la comida, el capitán Narciso Carvallo se acercó. Portales lo invitó a la mesa, pero éste se excusó.

La justificación

En la mañana del día 4 firmaron los conjurados un acta en la que, luego de aceptar los agravios a Chile inferidos por el Perú, señalaban la necesidad de “procurar primeramente vindicarlos por los medios incruentos de transacción y de paz, a que parece dispuesto sinceramente el mandatario del Perú”... y decidían “... suspender por ahora la campaña al Perú, a que se nos quería conducir como instrumentos ciegos de la voluntad de un hombre, que no ha consultado otros intereses que los que halagan sus fines particulares y su ambición sin límites...” *

* Cf./ el texto completo del acta en F. A. Encina: “Portales”, T. II, p. 103. (Nota de L. C.)

El pronunciamiento del Maipú, además de una traición, había sido una descabellada aventura sin ninguna posibilidad de éxito. Bulnes y Prieto podían reunir contra él más de seis mil hombres y movilizar de inmediato la repulsa colectiva. Vidaurre, sin fe en sí mismo y, lo que es más grave, sin ideología definida, veía con aterrador pesimismo el panorama. Su única esperanza era el levantamiento, por contagio, de todo el país.

El primer objetivo de los sublevados era Valparaíso. Creían contar con la participación del Valdivia y rendir la plaza con facilidad. Se encontraba a la sazón en el puerto el almirante Blanco Encalada, que en la madrugada del día 4 concertó la defensa con el gobernador militar don Ramón de la Cavareda (fig. 713). El Valdivia no sólo permaneció fiel, sino que reaccionó con hombría.

La noticia del motín llegó a Santiago en la misma mañana del día 4. El Gobierno convocó a los cuerpos cívicos y despachó algunos escuadrones en auxilio de Valparaíso.

Pocos momentos antes, vejado por el sargento que lo conducía, Portales fué subido a su birlocho, encadenado con grillos. El Maipú había roto la marcha hacia Valparaíso al mando del comandante Toledo. Vidaurre se quedó en Quillota hasta las 4 de la tarde. Recogió los pocos caudales públicos que quedaban en el pueblo, pues la caja del regimiento, fuerte de unos diez mil pesos, se la habían repartido el comandante Toledo y los capitanes del cuerpo. La noticia de que el movimiento no era ni mucho menos nacional movió a desertión a los cazadores, al mando del capitán peruano Vergara, que en Casablanca se puso a las órdenes del Gobierno.

El horizonte se cerraba cada vez más. Como último recurso, se discurrió presionar a Portales para que escribiera a Blanco y a Cavareda ordenándoles rendir la plaza. Conocemos los detalles de esta nueva infamia por el posterior relato de varios testigos. Vidaurre hizo avanzar el birlocho hasta el lugar donde estaban reunidos los oficiales. Se adelantó hasta el carruaje y le ofreció el brazo al ministro para que descendiera. Portales venía en un estado de gran



FIG. 713.—DON RAMÓN DE LA CAVAREDA.
(Museo Histórico.)

Los amotinados
resuelven operar
contra Valparaíso

Comienza el
martirio de
Portales

Señores Administradores de Miguel Blanco Encalada y Godoy
de Valparaiso de Memoria Cavareda -

En Santiago 10^a de Mayo de 1837.

Señores y amigos apasionados

La parte del ejército levantado en Quilota se ha pronunciado unánimemente contra el presente estado de cosas, y ha levantado una acta firmada por todos los jefes y oficiales protestando solemnemente contra la desobediencia de la empresa, y comprometiéndose a obrar en favor de la Constitución y contra las facultades extraordinarias. No es que V. U. no tiene fuerza con que resistir a lo que le ataca, y si ha de vencer el mal sin remedio mejor será y le ofendiera aconsejar evitar la efusión de sangre. Pueden V. U. y aun deben entrar en una capitulación honorosa y que sobre todo sea favorable al país una larga y devastadora guerra prolongaría los males hasta la infinito, sin que por eso pudiera asegurarse el éxito. Un año de guerra ocasionaría 20 años de desolación y una transacción pueden evitarse desgracias y conservar el país que debe ser nuestro patrimonio para una acción de guerra debe por otro parte causar grandes estragos en el ejército que tan pronto V. U. se defiende debe tener asegurado. - todos que en este momento están ya manifestaciones en las provincias para donde han enviado agentes. El conductor de esta comunicación es el capitán Pizarro, encargo a V. U. muy encarecidamente le den el mayor trato y le devuelvan, al devolva con la contestación.

Desearé a V. U. especialmente sus copias, no haya guerra intestina, capitular acordando ventajas para la patria a lo que esta vez es nuestra suerte.

Señor de V. U. unido afecto como y H.

D. Portales

Fig. 714.—Facsimil de la carta de Portales a Blanco y Cavareda.

postración física. A la angustia nerviosa se había añadido la falta de alimentos, que no se le habían suministrado desde hacía 24 horas. El tranquilo abandono contrastaba con su carácter habitual. El cabecilla le informó que el movimiento era general y que, si bien tenía fuerzas sobradas para tomar Valparaíso, deseaba evitar el derramamiento de sangre pidiéndole que escribiera a las autoridades de la plaza ordenándoles rendirse.

El ministro se negó a hacerlo. Varios oficiales se precipitaron sobre él y le exigieron que escribiera la carta en el acto. "Si no la escribe —profirió el capitán Florín—, se le darán cuatro tiros. Tiempo que debíamos haberlo fusilado." "En nada estimo mi vida —le replicó Portales—. Sólo he anhelado el bien del país. He sacrificado mi fortuna y mi reposo en aras de la nación. Como hombre, he podido equivocarme; pero nunca he hecho nada que pueda perjudicarlo o degradarme." Portales comprendió que lo iban a fusilar y escribió, bajo la amenaza de las pistolas, una carta a Blanco y a Cavareda (fig. 714), pidiéndoles la capitulación, hecha la salvedad de que "me han asegurado todos que este movimiento tiene ramificaciones en las provincias, para donde han mandado agentes... No haya guerra intestina. Capitúlese, sacando ventajas para la patria, a la que está unida nuestra suerte".

La natural negativa de Blanco alzó ante los ojos de Vidaurre, con caracteres ya fatales, la sombra del patíbulo. Al friso de la medianoche del día 5 llegó a Viña del Mar. Convidó a los oficiales a una comida para leerles la carta de Blanco. En medio de la mofa general, el documento pasó de mano en mano con gran algazara. Todos estaban bebidos. En la regada orgía quedó decidida la suerte de Portales. Con el fracaso de la maniobra de la entrega de Valparaíso, su vida cesó de ser un arma útil para los revoltosos. Ante los ojos entelados de Vidaurre, la seguridad de su cabeza exigía la desaparición del ministro. Consumado el crimen como un acto espontáneo e incontrolable de los oficiales, las probabilidades de escapar al castigo se centuplicaban. Excepto Portales, nadie en Chile se atrevería a fusilar a un coronel.

El modus operandi se reducía a cambiar la guardia. Al finalizar la tristemente célebre cena de Viña, relevó al capitán Díaz por el capitán Santiago Florín, el mismo que ya lo había amenazado de muerte, "cuyo carácter sanguinario —según el propio Vidaurre— era demasiado conocido".

El Maipú se dirigió a las posiciones de Barón poco después de la una de la madrugada del 6 de junio. Entre las dos y las dos y media se sintió el tiroteo de las vanguardias. Necochea dijo a Portales: "Se defienden en Valparaíso". El ministro no le contestó. En esos momentos se acercó un oficial a Florín, habló con él en secreto y regresó, en seguida, al campo de batalla. Acto seguido, Florín llamó a un pelotón de ocho hombres, detuvo el birlocho y ordenó al postillón desenganchar los caballos. Necochea dijo a Portales: "Señor don

Florín, el asesino

La carta de Portales

La cena de Viña

El sadismo del capitán Florín

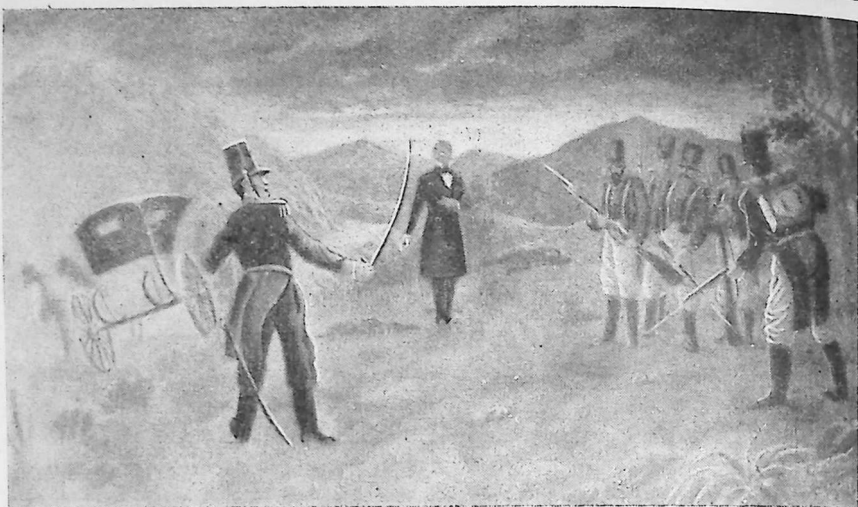


FIG. 715.—EL FUSILAMIENTO DE PORTALES. (Oleo de Dominiconi. Museo de Bellas Artes, Santiago.)

Diego, nos fusilan...”, y añade en su relato: “...entonces me tomó la mano sin decir palabra, nos la apretamos fuertemente y uno y otro nos recogimos para prepararnos a morir”. La angustia de los infortunados se prolongó todavía. Florín envió al sargento Andrés Espinosa a preguntarle a Vidaurre “si aquél era el lugar en donde le había dicho, o si se había pasado del límite que ya Vidaurre sabía”; “el confesante fué” y, al no encontrar al coronel, “se volvió sin hablar con él”. *

Ante el fracaso de la consulta, Florín ordenó enganchar los caballos. “No sin sorpresa —continúa Necochea— notamos algún tiempo después que la tropa se retiraba y ponía otra vez los caballos al birlocho para continuar la marcha. Y habíamos andado dos o tres cuadras, cuando dije al ministro: “¿Quiere usted que fumemos, tal vez, el último cigarro?” Diciéndome que sí, saqué fuego y nos pusimos a fumar; mas con una voz de trueno gritó Florín detrás del birlocho: “Voy a hacer que acaben de pitar estos caballeros”. Y creyendo que era llegado el momento, di con el codo al ministro y uno y otro tiramos los cigarros.”

Al sentir una nueva descarga, más fuerte que las anteriores, Florín ordenó hacer alto y envió de nuevo al sargento Espinosa con instrucciones de “esperar

* Carta de Necochea a Cavareda y confesiones de Florín y del sargento Andrés Espinosa. (Proceso contra José Antonio Vidaurre y proceso del sargento Andrés Espinosa.)

allí hasta recibir orden del coronel". Mientras se desarrollaban tales idas y venidas, conferencias y cubileteos, Portales y Necochea permanecían en el birlocho arrebuados en sus capas. Apenas había partido Espinosa, llegó un extraño que no ha podido ser identificado y habló secretamente con Florín. Este se dirigió al carruaje y gritó: "Baje el ministro". Portales intentó incorporarse, mas como se lo impidieran los grillos, replicó con serenidad: "Vengan dos hombres a bajarme"... , "los cuales —añade Necochea— acudieron inmediatamente y trataron de ayudarlo con mucha consideración, porque viendo uno de ellos que al bajar se le caía la capa de los hombros, le dijo al otro: "La capa". Y Florín exclamó: "¿Para qué quiere capa?", y sin ella lo llevaron como a cuatro varas de la rueda derecha del birlocho. En seguida vino un soldado diciéndome de parte del ministro que le mandase el pañuelo que estaba en la esquina del birlocho, de donde lo tomé y lo entregué al soldado. Luego gritó nuevamente Florín: "Salga Cavada". Este al verse en tierra huyó hacia el mar; Florín ordenó dispararle, y Cavada rodó con el corazón atravesado por una bala. Acto continuo se volvió hacia los soldados y ordenó hacer fuego sobre Portales, gritando: "Tírenle seis". Los soldados vacilaron y tuvo que repetir la orden por dos veces más. Reinaba un silencio sepulcral. Al fin se acercó uno de los soldados y, afirmando el fusil en la mejilla izquierda del ministro, disparó. Portales, sin proferir palabra, hizo un movimiento instintivo para apartar el fusil o cogerlo, y el balazo le llevó el dedo anular de la mano izquierda, junto con la parte inferior de la mandíbula. La pólvora quemó la cara y la mano del ministro. El segundo balazo penetró "por la parte posterior del tronco, dentro del hueso escapular derecho, y fué a salir por la parte interna de la articulación derecha del mismo lado, dos pulgadas debajo de la clavícula, despedazando la parte posterior del pulmón derecho y rompiendo tres costillas". Es imposible establecer si este segundo balazo lo recibió en el momento que caía o durante los botes que el cuerpo dió en el suelo. Florín, al observar los saltos agónicos, lo acometió con su espada, al mismo tiempo que ordenaba a sus soldados rematarlo a bayonetazos. La macabra escena no es para descrita. El cuerpo continuaba dando espectrales saltos y exhalando quejidos al hundirse en él la espada y las bayonetas. Un soldado que estaba junto al birlocho gritó: "Regístrerlo, a ver si tiene reliquias". * De treinta y cinco bayonetazos, uno tocó el corazón, y la vida se escapó, al fin, del cuerpo despedazado. Eran las tres y media de la madrugada.

Con una sangre fría que no deja duda acerca de sus facultades mentales, Florín, después de masacrar a Portales, se dirigió al birlocho y dijo a Necochea: "Coronel, yo me he visto en la necesidad de fusilar al ministro; pues,

* Es superstición popular la creencia en la necesidad de quitar las reliquias al moribundo para que la agonía termine.

El crimen

Una fiera humana

Combate del Barón

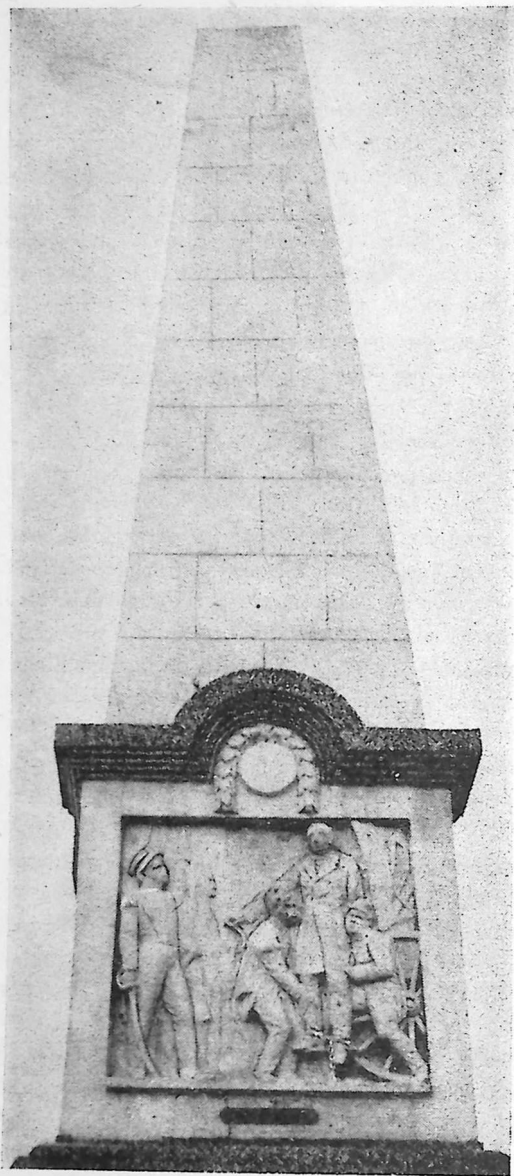


FIG. 716.—MODESTÍSIMO OBELISCO LEVANTADO EN MEMORIA DE PORTALES CERCA DEL LUGAR DEL CRIMEN. (Foto de L. C.)

como usted sabe, en las milicias el soldado obedece al cabo, el cabo al sargento, el sargento al oficial y el oficial a su jefe..." *

El desenlace del combate del Barón no podía ser otro que el temido por Vidaurre. A las dos de la madrugada del día (6), la avanzada rebelde chocó con la gobiernista y retrocedió derrotada. Como los atacantes no tenían municiones para sostener un largo tiroteo, a la voz de "¡Adelante!" las columnas se lanzaron a la quebrada que los separaba de la línea de Blanco, con el ánimo de arrollarla a la bayoneta. Mientras las descargas de los cívicos de Valparaíso raleaban las columnas de frente, los cañones de los buques enfilaban de flanco. Antes de producirse el choque, los reclutas del Maipú retrocedieron, envolviendo a las líneas que los seguían. Sobrevino la confusión y la batalla se tornó en una simple cacería. Al advertir los primeros sín-

* El apasionamiento y, sobre todo, la carencia de una técnica historiográfica, tergiversaron de tal modo en la historia tradicional los detalles del asesinato de Portales, que su aclaración exigiría varios capítulos. Cf. "PORTALES", T. II, especialmente Cap. XII.



FIG. 717.—VALPARAÍSO. (Dibujo inédito de Dampier, Archivo Nacional.)

tomas de derrota, Vidaurre huyó del campo de batalla, sin esperar el desenlace del combate, y se internó, acompañado de Florín y otros secuaces, en la quebrada de Viña del Mar.

Ya en pleno día, las fuerzas seguidoras encontraron el cadáver despedazado y desnudo de Portales. Zapiola ha recogido, con su admirable estilo descriptivo, la emoción producida en Santiago al confirmarse los trágicos rumores. El alma nacional vaciló por un momento. Sobrecogida, sintió abrirse el abismo bajo sus pies. Mas, pasado el estupor, la reacción se canalizó en un empuje viril, que es el más alto título de orgullo cívico del ya formado pueblo chileno. El crimen hirió las fibras más hondas del alma española, que siempre ha visto en la traición la más repugnante de las bajezas humanas. La imagen de Portales, con grillos en los pies, conducido al martirio por un ebrio, a través de cerros y lomas desoladas, durante una noche lóbrega, y asesinado alevosamente, al fin, por orden del amigo más favorecido, impresionó de manera profunda la imaginación nacional.

La reacción
nacional

El crimen, contra lo que esperaba Vidaurre, repercutió dolorosamente en el ejército del sur y el sentimiento espontáneo del pueblo dió a los funerales

Los funerales



FIG. 718.—VISTA DE "LA LAGUNA", CERCA DE VALPARAÍSO. (Dibujo inédito de Dampier, Archivo Nacional.)

solemnidad grandiosa. El Gobierno ordenó el traslado del cadáver a Santiago. El cortejo partió de Valparaíso el 5 de julio en medio de un verdadero diluvio. En la capital, desfiló por el centro de la Cañada, escoltado por un enorme gentío. Delante iba enlutado el birlocho que condujo a Portales de Quillota a Valparaíso. Lo seguía la urna colocada en un alto carro y, colgando de sus pies, los grillos que Vidaurre hizo remachar a su víctima. En la Catedral, el presbítero don Rafael Valentín Valdivieso (fig. 719), más tarde arzobispo de Santiago, pronunció una bellísima oración fúnebre, de gran significado histórico. El colofón es todo un símbolo: "Según su máxima favorita, para mantener la libertad de los pueblos y la independencia del gobierno, debía hacerse entender al soldado que su oficio es pelear contra los enemigos de la nación y no discutir con espada desnuda las cuestiones políticas".

En Valparaíso

El pueblo de Valparaíso, que había conocido mejor el temperamento de Portales, lo amaba por su espíritu igualitario. En la misma medida en que la imaginación añadía nuevos episodios a las vejaciones perpetradas, el furor popular iba creciendo. Vidaurre, en cambio, nunca había sido simpático, en razón de su carácter tortuoso, falso y desleal. Sus propios cómplices, aterrorizados con el desenlace del motín y ansiosos de escapar a las sanciones, se revolviéron contra él o lo abandonaron cobardemente y no fué difícil capturar a

los asesinos. A la llegada de Florín, una enorme multitud se apelotonó en las calles que debía recorrer. Caballero en un asno, afrontó cínicamente el furor colectivo e incluso devolvió con algunas muecas los insultos que sobre él llovían. Extraordinarios esfuerzos costó a las autoridades impedir que lo despedazaran, vindicta que hubiera malogrado la confesión del crimen. El proceso se tramitó en este ambiente. La sentencia estaba pronunciada antes de iniciarse. En la mañana del 3 de julio el consejo de guerra condenó a muerte a José Antonio Vidaurre, José Antonio Toledo, Narciso y Raimundo Carvallo, Daniel Forelius, Carlos Ulloa, Luis Ponce Florín, cuatro capitanes, dos ayudantes y cinco subtenientes. La sentencia dispuso que se colocara en la plaza de Quillota la cabeza



La sentencia

FIG. 719.—DON RAFAEL VALENTÍN VALDIVIESO. (Dibujo de Desmadryl.)

de Vidaurre, clavada en una pica, y la de Florín, en el camino público, frente al lugar donde fué capturado, y su brazo derecho en el mismo sitio donde asesinó al ministro. La sentencia no tenía consulta ni apelación.

Casi todos los reos afrontaron el patíbulo sin resistencia, rodeados por una muchedumbre hostil que, no obstante, como ya había ocurrido en el fusilamiento de San Bruno, respetó con un silencio sobrecogido sus últimos momentos.

El epílogo del episodio tiene la fuerza de una tragedia romántica. La cabeza de Vidaurre, expuesta en una pica durante varios días en Quillota, cayó en una noche de tempestad y fué comida por los perros. Poco después, el coronel Ramón Boza, su cómplice en el comando del Valdivia e instrumento de los agentes de Santa Cruz, se enterraba en vida en una celda del convento de la Recolectión Franciscana, portando una calavera que colocó al pie del crucifijo. Era el cráneo de Vidaurre, mudo y sobrecogedor testigo de sus arrepentimientos.

Epílogo de tragedia

El asesinato de Portales tuvo una significación espiritual que lo aparta de la larga serie de crímenes políticos perpetrados en América. Florín fué el brazo armado de dos grandes fuerzas, desencadenadas como corolario inmediato de la Independencia, que Portales domeñó: el militarismo y la rebeldía

Proyección del símbolo de Portales

al respeto de las instituciones y de las leyes. Con el correr del tiempo, ambos debían romper tan preciosa conquista. Pero se engañaron los contemporáneos al creer que la ruptura iba a producirse inmediatamente después del asesinato del Barón. La sombra de Portales continuó su obra merced a una de las sugerencias más profundas que registra la historia en el terreno político. Apenas el estadista de carne y hueso desaparecía, cuando aun no se inhumaban sus restos, empezó su transfiguración en símbolo de la unidad del alma nacional y de una nueva conciencia cívica.

El remanente
histórico

Portales se cernió sobre las lógicas antipatías y distanciamientos de su época. Las denominaciones de godos y patriotas en el sentido de 1810-1830 carecían ya para él de significado. La calidad de pelucón, liberal, conservador, etc., le dejaba completamente frío. Nunca vió en el ciudadano pencón de valer real un inferior al santiaguino. Su espíritu era aristocrático sólo en cuanto a la capacidad, el valer moral y las virtudes cívicas. También estaba por encima de las antipatías latentes entre castellano-vascos y meridionales. Tenía del castellano la honradez, la cordura y el sentido de la supervivencia, y del meridional, el temperamento, los gustos y la fantasía. Su aprecio por todos los valores verdaderos y su justicia igualitaria, la única que en Chile midió al poderoso con la misma vara que al desposeído, le captaron el respeto instintivo de la gran masa inerte, que aun no contaba como factor operante en el desarrollo político. Y su genio se elevó sobre las facciones y sus distanciamientos eunucos, no con la serena ataraxia del pensador, sino con el irrefrenable poder de sugestión de un apóstol, de "un caballero andante que perseguía un ideal" de abnegación cívica, de patriotismo áspero, de laboriosidad honrada, de sanción severa y de justicia inmarcesible.

El proceso, en forma inaparente, se había incubado en vida del estadista. El dramatismo del asesinato, actuando sobre la maleable psicología del pueblo chileno, selló con vigoroso impulso el desarrollo de la segunda fase. Su personalidad se disolvió en el ideal y su espíritu se encarnó en el sentimiento y en la voluntad de su pueblo. Un alma nacional ordenó el caos, y un estado orgánico surgió de la masa informe en el extremo austral de la gran nebulosa hispano-americana.

VIII

La guerra contra Santa Cruz.
La primera expedición.
Blanco Encalada y el tratado de Paucarpata.
Bulnes, general en jefe.
La segunda expedición. Guías.
La ocupación de Lima.
Batalla de Yungay.

LA noticia del motín de Quillota movió a Santa Cruz a lanzar una ardiente proclama que transparenta el odio reprimido del protector al gobierno de Prieto y, a la vez, la necesidad de evitar a toda costa la guerra con Chile. De inmediato redactó nuevas proposiciones de paz, mas el gobierno chileno, convencido de que el asesinato de Portales había sido instigado y ordenado por Santa Cruz, dejó sin respuesta sus notas. Como una muestra de la paralela crisis espiritual del protectorado, el Congreso de Chuquisaca repudió la Confederación, mientras en Oruro se producía un motín militar sin consecuencias.

La guerra contra las Provincias Unidas del Río de la Plata no perfilaba su desenlace en grandes batallas. Santa Cruz se limitó a minar la moral del ejército argentino incitándolo a sacudir la tiranía de Rosas.

Al día siguiente del asesinato de Portales, Prieto nombró en la Cartera de Guerra y Marina al coronel graduado Ramón de la Cavareda, y poco después designaba a don Mariano Egaña ministro de justicia. Tocornal se hizo cargo interinamente de los Ministerios del Interior y Relaciones, hasta que en octubre de 1838 lo reemplazó don Ramón Luis Irarrázaval. Nuevos ministros

El gobierno, dirigido por el presidente Prieto y por Tocornal, prosiguió los preparativos de la expedición restauradora del Perú. En septiembre de 1837 las fuerzas expedicionarias sumaban, según el primer ayudante del general en jefe, teniente coronel Tomás Sutcliffe, 3.300 hombres, que Blanco Encalada reduce a 3.194 plazas efectivas. Su equipo era tan modesto, que algunos cuerpos sólo llevaban uniformes de brin.

El general Blanco Encalada (fig. 721), no obstante su personalidad y los grandes éxitos de su irregular comando naval, era el jefe menos indicado para dirigir una campaña que exigía como primaria condición la sagacidad y la astucia. El rasgo psicológico matriz de Blanco Encalada era una buena fe rayana en la candidez. Por sugerencia suya se nombró jefe de estado mayor al general José Santiago Aldunate (fig. 720), en razón de su conocimiento del futuro teatro de la guerra. En calidad de plenipotenciario, mas en el fondo como asesor El comando chileno



FIG. 720.—DON JOSÉ SANTIAGO ALDUNATE.
(Fotografía colección familia Lillo.)



FIG. 721.—DON MANUEL BLANCO ENCALADA.
(Grabado de Fairland, Londres.)

del general Blanco, se agregó al cuartel general a don Antonio José de Irisarri. La tornadiza opinión había olvidado ya sus manejos en el asunto del empréstito inglés.

Mientras la prensa de Bolivia y del Perú simulaba el más profundo desdén por la capacidad militar y financiera de Chile, el protector movilizaba todos los recursos de la Confederación y fraguaba las medidas que podían debilitar económicamente a Chile.

Parte la
expedición

Los esfuerzos por concertar un plan expedito y rápido fueron inútiles. Blanco había ya decidido el suyo: engrosar sus fuerzas con los rebeldes de López de Quiroga, ocupar Arequipa y, desde allí, unirse con los argentinos que operaban en el Alto Perú y con los bolivianos que se pronunciaron contra Santa Cruz.

La expedición zarpó de Valparaíso el 15 de septiembre de 1837, en 16 transportes, comandados por el capitán de navío Carlos García del Postigo. *

* Este ilustre marino, de relevante figuración en la campaña, era hijo del capitán de fragata de la Armada Española, Isidoro García, marqués del Postigo, y de doña Manuela de Bulnes; primo hermano, por tanto, del futuro vencedor de Yun-

gay. Aunque nacido en Concepción, se formó en la marina española y participó en los grandes combates de comienzos de siglo. En 1823 había pedido su reincorporación a la marina chilena.

Formaban el convoy los buques de guerra "Libertad", "Aguiles", "Monteagudo", "Valparaíso", "Arequipa", "Orbegoso" y "Santa Cruz", al mando del capitán de fragata Roberto Simpson. Antes había partido el transporte "Napoleón" acompañado de la "Peruviana", para embarcar un contingente disciplinado en Copiapó.

La inesperada reacción del pueblo chileno iba a decidir en definitiva el resultado de la contienda. Artesanos, empleados y jornaleros abandonaban sus hogares y sus ocupaciones para pedir un puesto cualquiera en la jornada, resueltos a reintegrarse a su régimen de vida normal después de cumplido el deber.

El día 22 el convoy tocó en Iquique y el 24 llegó a Arica. Las autoridades se retiraron y la población recibió a los expedicionarios fríamente. Al anochecer del 12 de octubre entraba la vanguardia del ejército restaurador en Arequipa (fig. 723), en medio de una indiferencia glacial, salpicada por uno que otro grito. La ciudad tenía hacia la fecha unos 30.000 habitantes. El agua causó a los forasteros desarreglos intestinales. Mas, aunque los recursos no eran abundantes, bastaban para abastecer a un pequeño ejército de 3.000 hombres. Dos días después, los peruanos que venían con las fuerzas chilenas lograron reunir un comicio que designó al general Lafuente como presidente provisional del Perú.

Desde Arequipa, Blanco Encalada aguardaba la conjugación de los acontecimientos que le permitieran llevar a la práctica su plan: esperar que los propios peruanos se pronunciaran, o forzar al enemigo a un combate caballeresco, que era su romántico y reiterado desiderátum. En el caso de que no se realizara ninguna de las dos eventualidades, el plan aprobado en Valparaíso disponía la retirada a Quilca.

Si la responsabilidad de Irisarri en la actitud pasiva de Blanco ha quedado en la penumbra, no ocurre lo mismo con su influencia en el desarrollo de las negociaciones y en su entendimiento con Santa Cruz. Apenas pisó suelo peruano, se dió cuenta cabal del panorama político. El pueblo era, en su mayoría, indiferente; Santa Cruz contaba con su ejército íntegro y tenía cierta base en la opinión. Los emigrados peruanos no despertaban simpatías y estaban divididos por ambiciones y banderías que era imposible dominar. La política chilena, en suma, era motivo evidente para concitar la hostilidad general. En tales condiciones la expedición no acarrearía otro resultado que el resurgimiento de la anarquía Perú-boliviana.

Al margen de su participación en los acuerdos previos, el general Herrera, entonces jefe provisional del Estado Sur-peruano, envió un parlamentario a Blanco y, sin esperar respuesta, se presentó personalmente en Arequipa el 23 de octubre. Herrera llevó una fórmula concreta del jefe chileno a Santa Cruz, Duelo medieval



FIG. 722.—VISTA DE AREQUIPA, TOMADA DESDE LA TORRE DE SANTO DOMINGO, A MEDIADOS DEL SIGLO XIX. (Litografía de Delamare para el Atlas de Paz Soldán.)

que no se conocerá hasta que se publique el archivo del protector. En caso de no ser aprobada, convinieron en la solución propuesta por Blanco: un combate similar al de los Horacios y Curiacios, entre igual número de tropas escogidas de ambos ejércitos, que se respetaría como desenlace de la campaña. Herrera se apresuró a aceptar el caballeresco duelo como primer paso en una serie interminable de dilaciones. Después de un mes de bizantinas controversias, Blanco pudo, al fin, percatarse de la realidad. Santa Cruz había aprovechado la tregua para concentrar contra él su ejército, disperso desde Lima hasta la frontera argentina cuando el general chileno llegara a Arequipa.

En vista de la nueva situación, a medianoche del 15 de noviembre, Blanco reunió consejo de guerra. Según su criterio, lo prudente era celebrar un tratado que salvara la honra de Chile y del ejército restaurador. Todos recibieron la propuesta "con sombrío y silencioso descontento". Al amanecer el día 17 se echaban al vuelo las campanas de Arequipa anunciando la firma del acuerdo. El tratado de Paucarpata, encabezado con la declaración de que "habrá paz perpetua y amistad entre la Confederación Perú-boliviana y la República de Chile", comprometía a los respectivos gobiernos a sepultar en el olvido sus querellas, fijaba las condiciones del reembarco de las fuerzas chilenas, establecía varios acuerdos comerciales y reconocía la deuda del empréstito inglés entregado al gobierno peruano. Para facilitar el regreso de las tropas chilenas, Santa Cruz compró a Blanco los caballos. El ejército chileno se embarcó en Quilca el 25 de noviembre y a mediados del mes siguiente llegaba a Valparaíso.

El tratado de Paucarpata

Santa Cruz no esperó que el gobierno chileno ratificara el tratado para dar por concluida la guerra. En cambio, en Chile la repulsa fué violenta y unánime. Hasta "El Mercurio", arrastrado por el alud, cambió de frente y se erigió en "órgano de la indignación pública". El gobierno tampoco vaciló un instante. El 18 de diciembre redactaba un decreto que, después de tres severos considerandos, concluía: "que el gobierno de Chile desaprueba el antedicho tratado (Paucarpata) y que después de ponerse esta resolución en noticia del gobierno del general don Andrés Santa Cruz, deben continuar las hostilidades contra el expresado gobierno y sus sostenedores en la misma forma que antes de su celebración". El Senado rechazó el pacto por aclamación.

Indignación en Chile

Blanco Encalada fué inmediatamente sometido a proceso. Irisarri permanecía en el Perú desempeñando su cargo de plenipotenciario. Al conocer el repudio del pacto, se desató en insultos contra el gobierno y el pueblo chilenos y se afilió al bando de Santa Cruz. Tocornal le ordenó trasladarse a Chile para rendir cuentas y, como no lo hiciera, solicitó del fiscal de la Corte Suprema su acusación. La Corte lo condenó en rebeldía a las penas de la ley, que eran las solicitadas por el fiscal: infamia, inhabilitación y, por último, pena de muerte. Si hubiera osado regresar al país, no cabe duda de que habría sido

"Singuzarra"

Bulnes,
general en jefe



FIG. 723.—DON JOSÉ LUIS ORBEGOSO. (Reproducción del Museo Histórico, Santiago.)

Orbegoso declara
la guerra a Chile

La situación interna del Estado Nor-peruano, al alejarse con Paucarpata pasajeramente la amenaza de intervención chilena, se definía con el pronunciamiento de Orbegoso (fig. 723) y el jefe militar Nieto contra Santa Cruz y la Confederación. Los caudillos peruanos habían soportado las humillaciones del iluminado boliviano sólo ante el peligro de lo que para ellos representaba el enemigo común. Por eso, y luego de fracasar las negociaciones entre Bulnes y Orbegoso, éste declaró la guerra a Chile.

despedazado en la vía pública.

El odio popular, concentrado en "Singuizarra", alias con que se estigmatizaba a Irisarri, facilitó la abolución total de Blanco Encalada.

El acuerdo unánime de enviar cuanto antes un nuevo ejército expedicionario tropezaba con dilaciones desesperantes para todos, causadas por la dificultad de encontrar un jefe. Eliminado Prieto, que la opinión reclamaba en el país, por razones de seguridad interior, sólo cabía pensar en su sobrino, el joven general de brigada Manuel Bulnes. Su nombramiento, el 8 de febrero de 1838, fué recibido, de inmediato, con universal aplauso, tanto como el no menos acertado del general José María de la Cruz como jefe de estado mayor.

El ejército expedicionario estaba listo para embarcarse a fines de mayo. Ahora se habían tomado proli-

jas precauciones relacionadas con el estado de ánimo del pueblo peruano y aumentado los contingentes a un total de 5.400 hombres. En los pliegos de instrucciones, Bulnes llevaba taxativamente expreso el objetivo de la guerra: "Buscar su propia seguridad y la de las demás repúblicas limítrofes, en la destrucción del poder colosal que ha adquirido el general Santa Cruz con la usurpación del Perú, y restituir a esta última república su independendencia, para que sus habitantes se constituyan y organicen del modo que mejor convenga a sus intereses".

El traslado del ejército chileno se había efectuado sin inconvenientes. Bulnes establecía en la tarde del 18 de agosto su cuartel general en La Legua, entre Lima y el Callao. Esperanzado aún con las posibilidades de avenimiento y como no podía permanecer en La Legua por falta de víveres y forraje, el 21 avanzó sobre Lima, portando comunicaciones amistosas para Orbegoso y Nieto; mas, para no chocar con el ejército peruano, se desvió hacia Palao y la Portada de Guías, pasando por el flanco de las fuerzas limeñas.



Combate de Guías

Orbegoso quería defender Lima a toda costa. Al advertir que la vanguardia de Bulnes se encontraba aislada, ordenó a los montoneros y a los soldados ocultos en los accidentes del terreno romper el fuego contra las tropas chilenas.

FIG. 724.—DON MANUEL BULNES. (Dibujo de Manterola.)

Los atacados viéronse en graves apuros hasta la llegada oportuna del Carampangue y el Colchagua. Los dos cuerpos cargaron en columnas sobre el centro de la línea enemiga, formada ya por todo el ejército peruano y parapetada en los tapiales y edificios de la Portada de Guías. La lucha adquirió pronto caracteres terriblemente sangrientos. Las tropas chilenas eran fusiladas por el frente, por los flancos y aun por detrás, a medida que iban dejando edificios a su espalda. El combate seguía indeciso y se aproximaba la noche. Bulnes ordenó al Portales y al Valparaíso adelantarse por el flanco derecho y a una compañía del Carampangue que coronase una altura en la izquierda, con el objeto de quebrantar la tesonera resistencia que el enemigo oponía en el centro. Las fuerzas peruanas, al fin, cedieron, replegándose sobre la plaza mayor del pueblo.

Las avanzadas chilenas acampaban a las 8 y media de la noche en la plaza mayor de Lima, mientras Nieto se retiraba al Callao con el batallón de Arequipa intacto, hábil maniobra que reducía a un volador de luces la entrada de Bulnes en la capital.

Ocupación de Lima

En la mañana siguiente Bulnes puso los soldados rendidos a las órdenes del prefecto de Lima. Según las instrucciones del gobierno, no podía considerarlos prisioneros de guerra. Poco después todo el ejército chileno desfilaba por las calles de Lima sin contestar los insultos aislados y acampaba en las afueras.



FIG. 725.—VISTA DE LIMA DESDE EL RÍO RÍMAC. (Grabado de John Murray (1825) para la op. cit. de Caldcleugh.)

Admirado ante la disciplina y el respeto, que hacía más significativo el hecho de haber ocupado la ciudad ya de noche, el cónsul norteamericano decía a Bulnes: "Aprovecho esta ocasión para presentarle los más altos testimonios del estado de disciplina y de moral que el señor comandante en jefe tan justamente merece, como también las fuerzas bajo su mando, después de tomar la capital por asalto y durante su residencia en ella".

Gamarra, jefe
del Estado
peruano

Reunidas las corporaciones limeñas que subsistían, se declaró restablecida la Constitución de 1834 y se designó jefe del Estado al vicepresidente Salazar. Mas como éste rehusara, corporaciones y vecinos eligieron por aclamación al gran mariscal don Agustín Gamarra, que ya había desempeñado el cargo. La elección no sólo fué ajena a las influencias de Bulnes, sino que contrariaba las instrucciones y su propio pensamiento, de que "procurara impedir que ninguno de los emigrados tomara el poder, salvo las circunstancias extraordinarias que pudieran ocurrir".

Santa Cruz se
reorganiza

No obstante los esfuerzos de Gamarra para uniformar la opinión peruana contra Santa Cruz, éste organizaba su contraofensiva en habilísimo juego que estimulaba y fortalecía la posición de Orbegoso, todavía firme en el pueblo limeño, mientras alistaba su ejército. Bulnes y Gamarra, entretanto, tenían que hacer frente a tres problemas, a cuál más difícil: el asedio del Callao, la lucha contra los guerrilleros y el incremento del ejército con la formación de

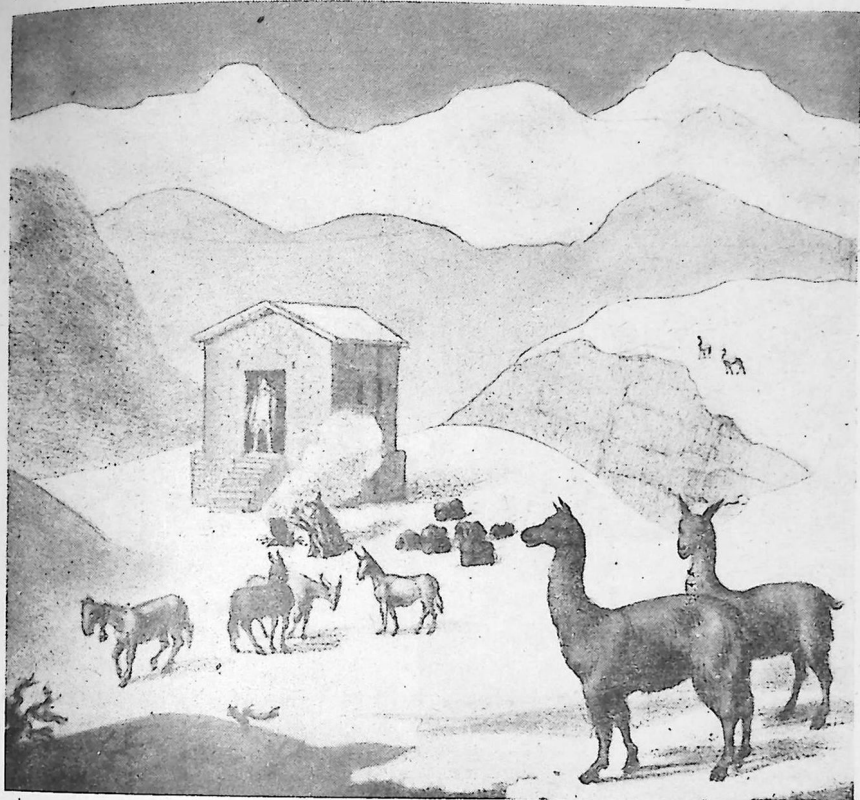


FIG. 726.—PAISAJE DE LA ALTA SIERRA. (Dibujo de P. Schmidtmeier.)

cuerpos peruanos. En el capítulo de las hostilidades armadas, tuvo grandes proyecciones el combate de Matucana, en el que fueron derrotados los bolivianos, pues, pese a su escasa importancia militar, determinó la conducta futura de Santa Cruz, que siempre había tenido recelo de enfrentar sus tropas con los soldados chilenos.

Los esfuerzos diplomáticos realizados por el gobierno chileno para intensificar las operaciones del ejército argentino no conducían a ningún resultado, y los choques con los extranjeros residentes en el Perú, en especial los ingleses, franceses y norteamericanos, que eran partidarios acérrimos de Santa Cruz, aumentaban día a día el número y la complejidad de las dificultades. Para colmo de males, al finalizar el mes de octubre la situación del ejército restaurador en Lima se había tornado sanitaria y militarmente imposible. Santa Cruz disponía por completo de la iniciativa. Estaba en sus manos dejar que

Crecen las
dificultades



FIG. 727.—UN GRUPO DE INDIOS. (Dibujo de A. Simeon, grabado por F. Delamare (1863), para el Atlas de Paz Soldán.)

el ejército chileno se consumiera en Lima, cual fué su primer propósito, o atacarlo con siete u ocho mil hombres, a los que Bulnes sólo podía oponer de 4.000 a 5.000, y aun de éstos dejar una columna de 1.000 frente a la guarnición del Callao, que estaba combinada con Santa Cruz para atacar en cuanto recibiese las órdenes convenidas.

Retirada de Bulnes
al norte

El 28 de octubre se supo que Santa Cruz había llegado a Tarma y que su ejército, fuerte de seis u ocho mil hombres, descendía hacia Lima por Matucana y Carampona. De inmediato celebróse un consejo de guerra en palacio, que acordó por unanimidad abandonar la capital y retirarse a los departamentos de Huaylas y Libertad. Con los recursos de la región podrían reponerse los enfermos y sus excelentes posiciones defensivas permitirían esperar a cubierto de sorpresas los 2.000 hombres que se esperaban de Chile e instruir a los 3.000 peruanos que se estaban reclutando. A las 5 de la tarde del 8 de noviembre el ejército inició el desfile por las calles de Lima rumbo a Aznapuquio. Bulnes cabalgaba a retaguardia, mustio y cabizbajo. El pueblo los veía alejarse con manifiesta alegría. Los muchachos coreaban estas coplas:

*Sobre estos muros,
sobre estas torres,
lamento y lloro
de noche y día
de los peruanos
la sangre ilustre
que el araucano
derramó en Guías.*

*Gamarra impío,
traidor cobarde,
ésta es tu patria
do haces alarde
de felonía...*

Dos días después, Santa Cruz entraba en la capital. El pueblo, que era orbegosista, al tener noticia de la unión de su ídolo con el protector, dió al recibimiento caracteres apoteósicos. Sin embargo, una vez dueño del Callao, Santa Cruz prescindió por completo de Orbe-

goso, que hubo de expatriarse en una goleta mercante rumbo a Guayaquil. En una de sus típicas y desconcertantes maniobras, el protector tendió un puente de plata al enemigo que huía y nada hizo por estorbar el embarco de las fuerzas chilenas. Poco después se iniciaban nuevas conferencias de avenimiento, que fracasaron una vez más. La noticia provocó en el campamento chileno gran algazara. Estaban seguros de su valer, y la retirada, lejos de desmoralizarlos, había afirmado su seguridad en el triunfo final. La junta de guerra celebrada en Huacho el 15 de noviembre decidió que el ejército marchara cuanto antes al Valle o Callejón de Huaylas, con el principal objeto de reponerse en una comarca más saludable. Este "Callejón" discurre de sur a norte, paralelo a la costa y separado de ella por las Montañas Negras, que distan del mar unos 75 kilómetros. El valle tiene una extensión de 300 Km., y lo recorre, de sur a norte, el río Santa. En el fondo se asientan varias ciudades, separadas por distancias que oscilan entre los 20. y los 50 Km. (figs. 725, 727 y 729).

La travesía de las Montañas Negras fué muy penosa. A la puna, que postraba a los soldados en los altos portezuelos, se añadieron emanaciones deletéreas que segaron varias vidas, amén de la escasez de calzado y vestuario.



FIG. 728.—GENERAL JOSÉ HINOJOSA. COMBATIÓ EN GUÍAS E HIZO LA CAMPAÑA DE LA SIERRA. (Colección Negativos, Museo Histórico.)

Entrada triunfal
de Santa Cruz
en Lima

En el Callejón
de Huaylas

Una inesperada enfermedad de Santa Cruz les iba a conceder un mes de valiosísimo descanso. Completados los preparativos, partió el protector desde Lima para reunirse con su ejército, atrincherado ya en las inexpugnables posiciones

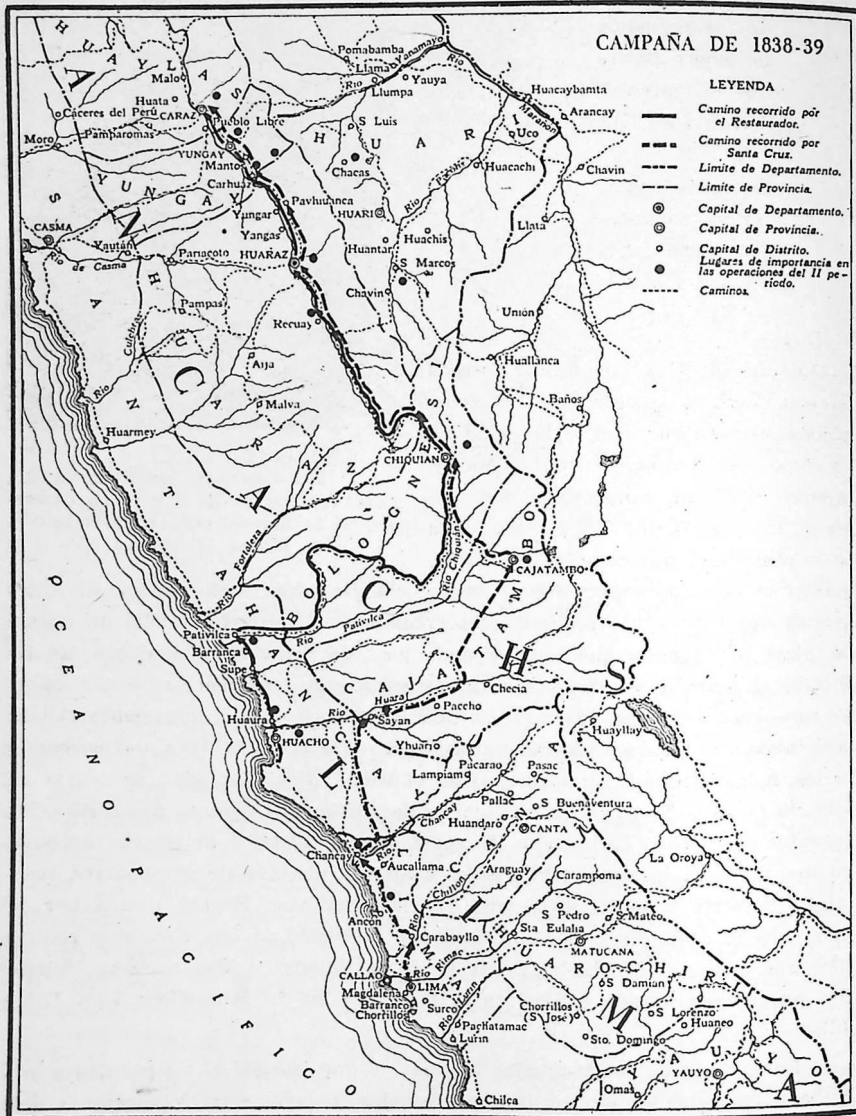


FIG. 729.—TEATRO DE LAS OPERACIONES SOSTENIDAS DURANTE LA SEGUNDA CAMPAÑA.

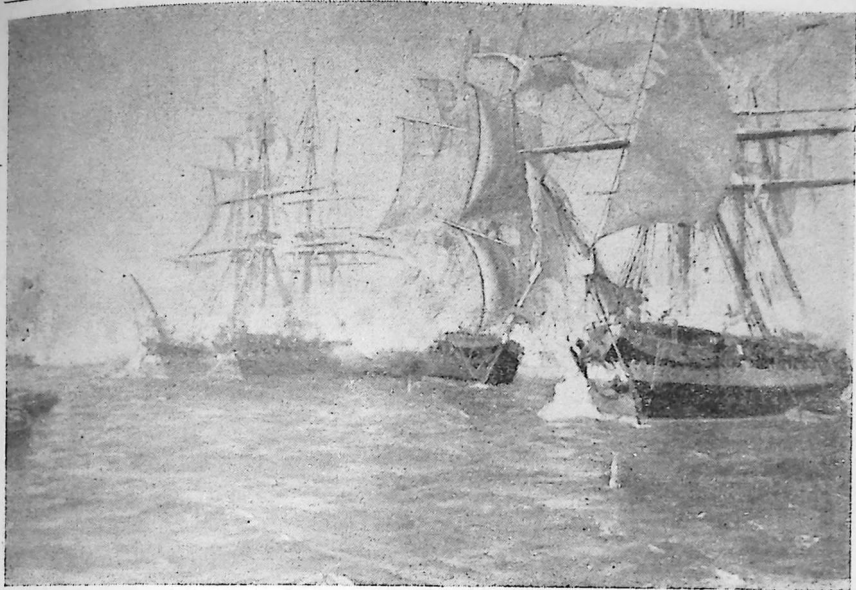


FIG. 730.—EL COMBATE DE CASMA. (Oleo de Somerscales, Club Naval de Valparaíso.)

de Chiquián. El día 6 de enero, mientras el ejército de Santa Cruz salía de Huaraz rumbo a Carhuaz, la primera división del ejército restaurador, al mando del general Cruz, salía de este último pueblo en dirección a Yungay y, poco después, lo hacía el grueso del ejército. El admirable servicio de espionaje de Santa Cruz pronto le informó de la separación de las fuerzas enemigas y resolvió aniquilar las de Bulnes. El jefe chileno hizo lo único factible: reunir en posiciones ventajosas sus batallones dispersos, avisar a Cruz y pelear hasta sucumbir o ser socorrido.

El enemigo lo alcanzó cuando cruzaba el río Buin, de ordinario seco, que ese día venía extraordinariamente crecido. Un arrollador torrente, despeñado por el enorme desnivel, arrastraba árboles y piedras descomunales, que chocaban con estrépito ensordecedor. Cuando Bulnes juntaba sus tres batallones, fuertes de 1.400 hombres, se desencadenó una tormenta apocalíptica, que, si bien dispersó a los soldados chileros, retrasó el avance de los enemigos. A las tres y media de la tarde se trabó un furioso combate por la posesión del puente Buin. El objetivo y la estrechez del valle anularon durante largas horas la superioridad numérica de Santa Cruz. La violencia de los ataques era repelida con inquebrantable resolución. Algunos oficiales bolivianos, seguidos de sus soldados, se arrojaron al torrente para intentar cruzarlo; pero el caudal los

Combate del Buin

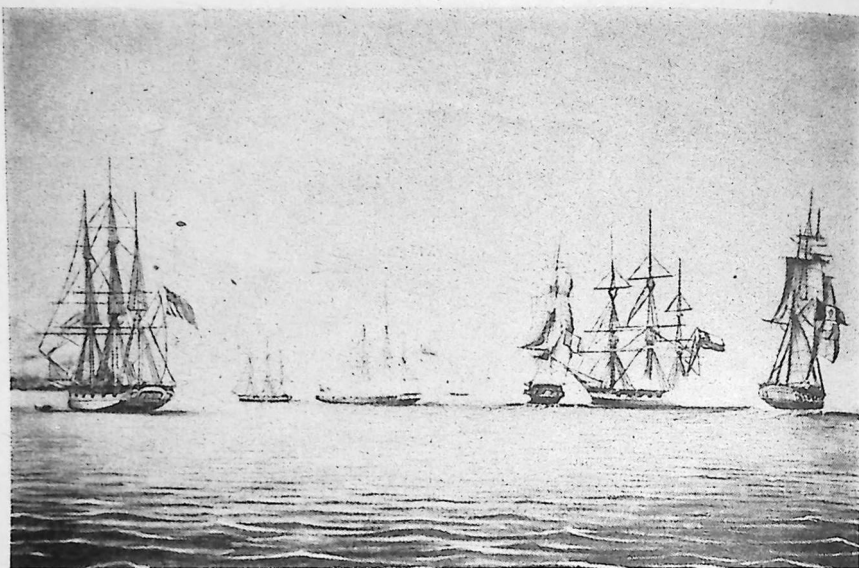


FIG. 731.—EL COMBATE DE CASMA. (Oleo de Schroeder, Museo Histórico.)

arrastró y muy pocos lograron salvarse. El fragor del combate, sumado al estruendo natural, daba una fuerza pavorosa al escenario. Al caer la tarde comenzaron a llegar los primeros hombres de Cruz. El enemigo se replegaba con sus muertos y heridos a las lomas cercanas. Los piquetes que habían reforzado la defensa cruzaron el puente. Colipí, que estaba al mando de uno de ellos, después de pasar el último soldado, lo cortó. Los chilenos perdieron el 20% de las fuerzas que habían combatido.

Santa Cruz se
atrincheró en
Yungay

Bulnes continuó la retirada durante la noche y al mediodía del 7 llegaba al campamento de San Miguel, delante de Caraz. A pesar de la victoria, la situación del ejército restaurador era desesperada. Había abandonado a Santa Cruz posiciones inmejorables y recursos que no iba a encontrar en el nuevo emplazamiento. El protector se situó con todas sus fuerzas en las posiciones formidables de Yungay. Tanto la retirada hacia el norte como el reembarco estaban condenados a terminar en una catástrofe. Tampoco se podía permanecer a la defensiva. Bulnes y Cruz optaron por asaltar, fuera como fuese, las posiciones enemigas.

Combate naval
de Casma

Mientras los ejércitos maniobraban en vísperas de la batalla definitiva, otra contienda se estaba librando en el mar. Antes de salir de Lima, Santa Cruz había organizado una escuadra de corsarios franceses, compuesta de tres naves y equipada con cañones, fusiles y municiones proporcionados por el

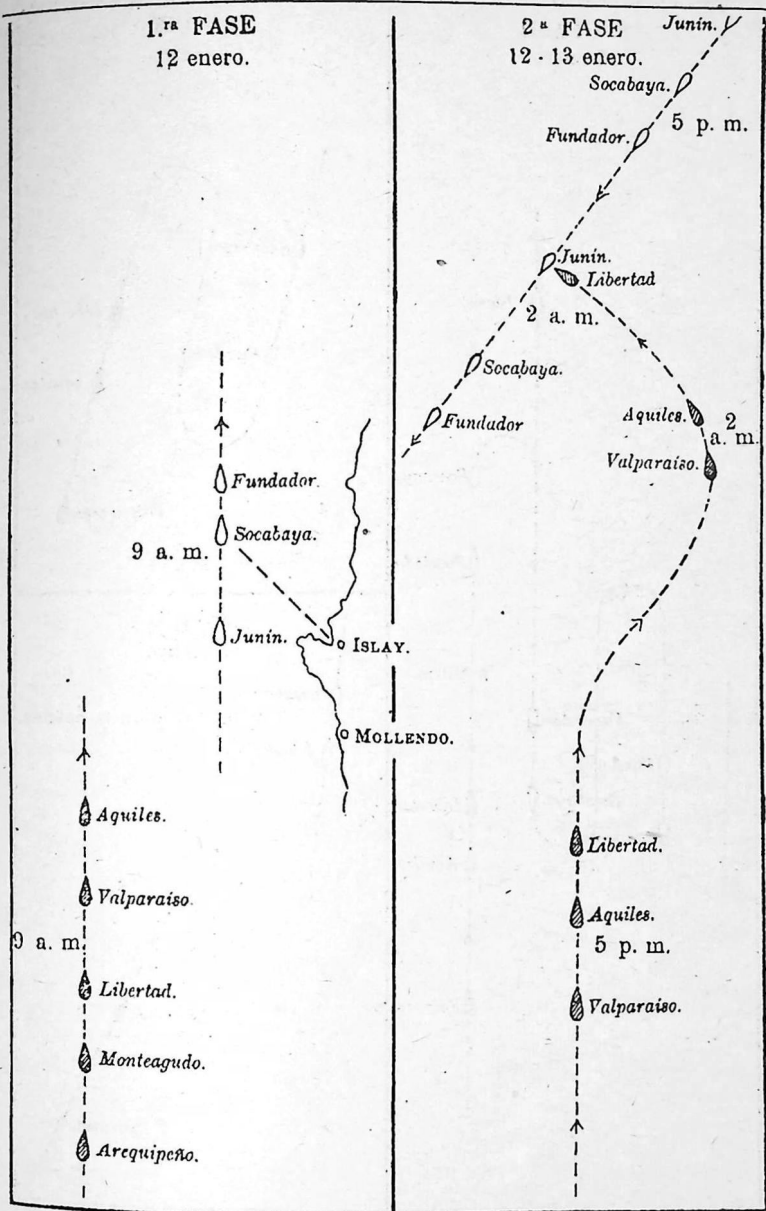


FIG. 732.—PERSECUCIÓN DE LA ESCUADRA CONFEDERADA. (En García Castelblanco, op. cit.)

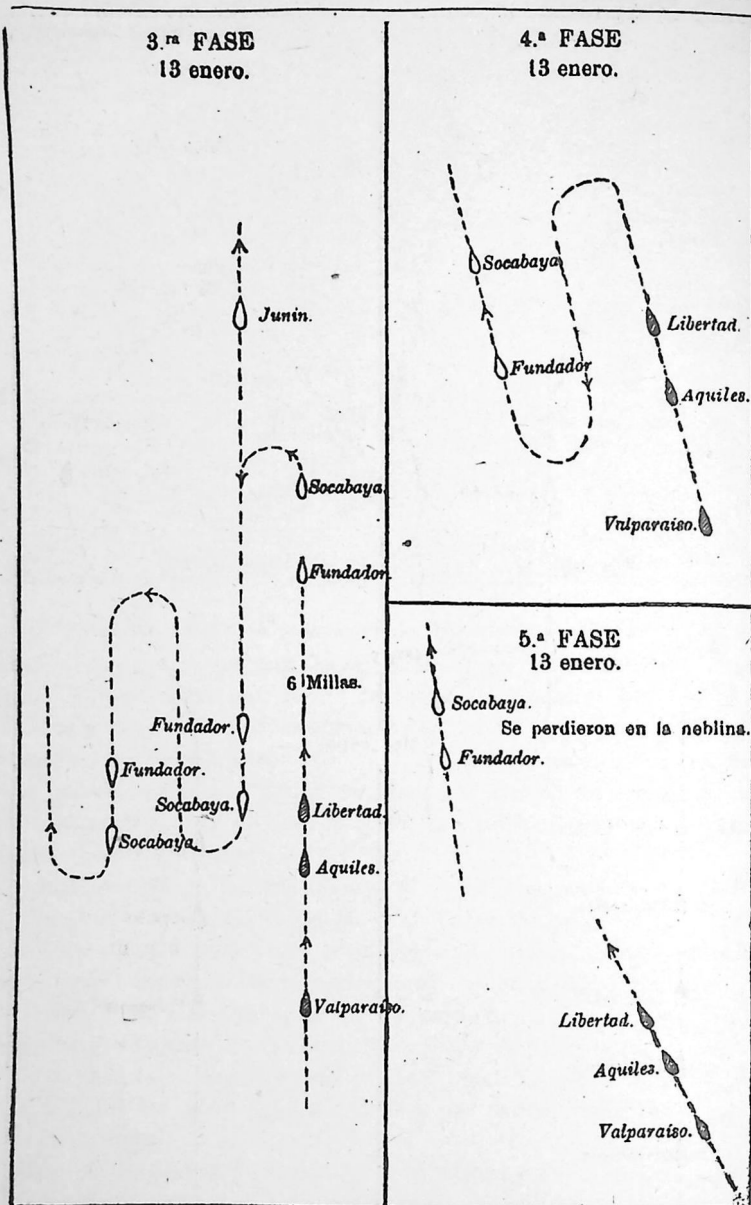


FIG. 733.—PERSECUCIÓN DE LA ESCUADRA CONFEDERADA. (En García Castelblanco, op. cit.)

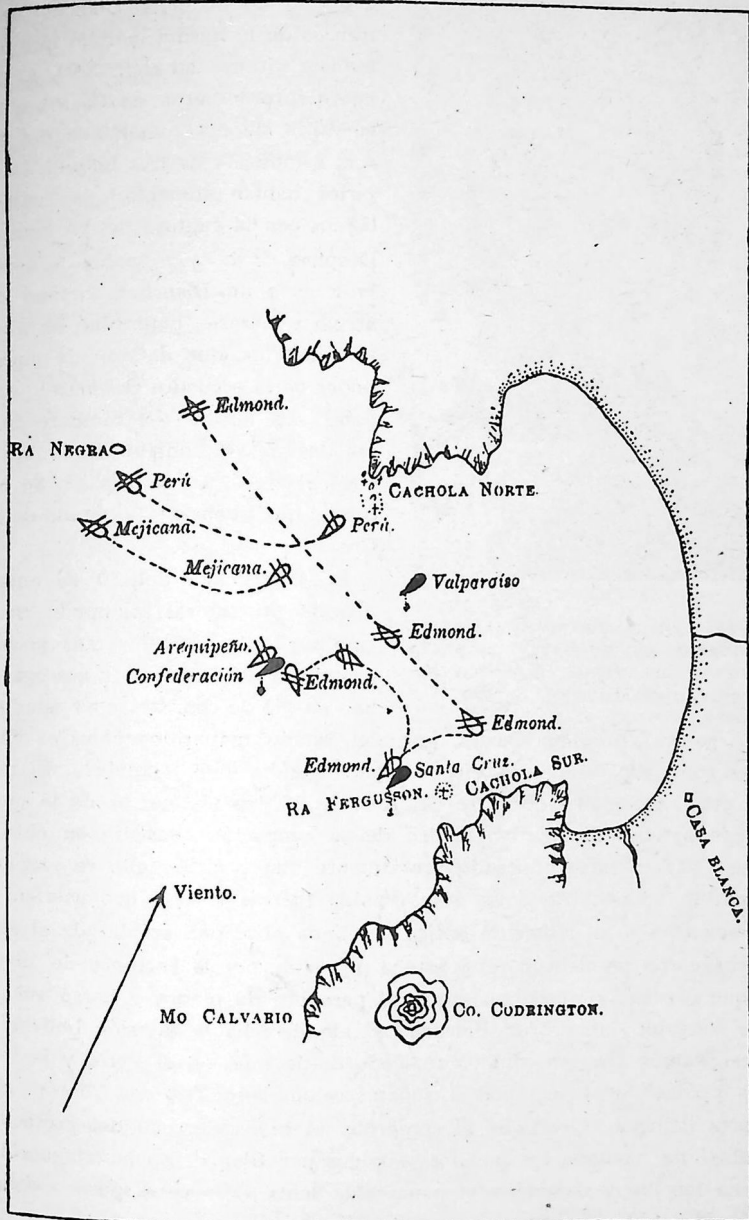


FIG. 734.—LA FASE FINAL DEL COMBATE DE CASMA. (En García Castelblanco, op. cit.)



Las fuerzas
confederadas

FIG. 735.—DON RAMÓN CASTILLA, JEFE DIVISIONARIO EN YUNGAY, DOS VECES PRESIDENTE DEL PERÚ. (Colección Retratos, Museo Histórico, Santiago.)

ta. El general Anselmo Quiroz, jefe del estado mayor, ocupaba el Pan de Azúcar con cinco compañías, efectivo que ascendía a 600 hombres. El famoso cerro está situado al lado norte del Ancachs, a dos kilómetros de la que fué línea de batalla. El objetivo táctico de su ocupación consistía en obligar al enemigo a debilitarse asaltando previamente una posición que se juzgaba inexpugnable, so pena de dejar a la espalda fuerzas frescas que caerían sobre la retaguardia en el momento crítico. La línea principal, emplazada al sur del Ancachs, corría paralela al río y estaba protegida por la barranca de 15 m. de alto que bordea su ribera sur y por el parapeto de piedra y barro que había hecho construir Santa Cruz. Formaba el ala derecha la división boliviana del general Ramón Herrera, chileno radicado desde niño en el Perú, y la izquierda, la peruana, mandada por el general colombiano Trinidad Morán, al que Gamarra llamaba el corazón, el cerebro y el brazo derecho del protectorado. La caballería montaba los caballos vendidos por Blanco. En la retaguardia, sobre una loma que dominaba el panorama, Santa Cruz se dispuso a dirigir la batalla (figs. 736 a 738).

En la tarde del 19 de enero, Bulnes formó a su ejército delante de las

gobierno. La mandaba Blanchet, marino francés de la misma madera que los fabulosos piratas del siglo XVI. El 12 de enero sorprendieron en Casma a la escuadrilla chilena comandada por Simpson, compuesta de tres buques. Los corsarios habían aumentado a cuatro sus barcos con la captura del "Arequipeño". Después de hora y media de combate, la muerte de Blanchet, víctima de su arrojo temerario, determinó el retiro de los corsarios, que dejaron de nuevo en poder de la escuadra chilena al "Arequipeño". La noticia del combate de Casma llegó a conocimiento de ambos ejércitos al atardecer del día 15. Se ha supuesto que quebrantó el ánimo de Santa Cruz.

En la mañana del 20 de enero, el ejército protectoral acampado en Yungay, según los cálculos más probables, contaba 6.100 hombres. Las tropas estaban en pie de combate y en estado aler-

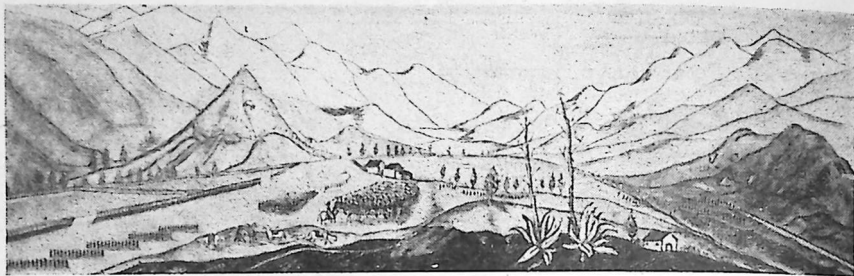


FIG. 737.—LA BATALLA DE YUNGAY Y EL ASALTO AL PAN DE AZÚCAR. (Croquis de Eduardo de la Cuadra, grabado por B. Jullian F. en Lima. Museo Histórico, Santiago.)

Las fuerzas
restauradoras

casas de San Miguel y le dirigió estas breves, lacónicas y singulares palabras: “El general Santa Cruz prometió al pueblo de Lima volver vencedor el día 24 de enero. Estando para cumplirse el plazo, quiero ponerlo mañana en situación de cumplir su promesa”. A las 5 de la madrugada siguiente el ejército salió del campamento rumbo al Ancachs, en cuatro pequeñas divisiones al mando de los generales peruanos Torrico, Elespuru, Vidal y Castilla (fig. 735), pero entabló la batalla por cuerpos, no por divisiones. Bulnes lo mandó en jefe. Las fuerzas restauradoras sumaban 5.267 hombres, 4.467 chilenos y 800 reclutas peruanos.

El asalto al Pan
de Azúcar

Al aproximarse al Pan de Azúcar, Bulnes pudo reconocer desde una altura vecina las posiciones enemigas y combinar su plan de batalla. Formó una columna de 400 hombres, compuesta de 4 compañías de cazadores de infantería. En la del Carampangue iba Candelaria Pérez, la heroína de la jornada. A las 9 de la mañana Bulnes dió la orden de asalto. El coronel Ugarteche derribó de un balazo la mula que montaba: “Si soy vencido —dijo—, no quiero huir, y, si vencedor, tendré muchas mulas”. Los soldados rodearon el cerro e iniciaron la difícilísima ascensión. Unos clavaban el fusil para no despeñarse, otros se daban la mano. Casi todos trepaban a gatas, aferrándose con las uñas a la empinada falda. Las piedras que arrojaban los de arriba y las descargas de las compañías bolivianas clareaban las filas. El que perdía el equilibrio trastrabillaba sin remisión hasta el pie del cerro. Cuando el terreno lo permitía, los asaltantes apuntaban sus fusiles, y un enemigo, rodando por la empinada ladera, iba a reunirse con los cadáveres chilenos que sembraban la base del promontorio. Un sol abrasador recalentaba la tierra, los músculos y los cerebros. Los soldados ascendían y ascendían automáticamente, insensibles al calor, al cansancio, a todo. Caían uno a uno los oficiales. Los asaltantes, reducidos a los dos tercios, seguían subiendo. Llegaron a las pircas de piedra que defendían

los únicos puntos de acceso relativamente factibles. Sus defensores las desplomaban sobre los asaltantes; pero los pocos que quedaban vivos penetraron por las brechas. Los bolivianos que no habían alcanzado la plazoleta de la cumbre cayeron formando verdaderos charcos de sangre. Y casi no se disparaba. Quedó atrás la pirca de piedra. Los soldados seguían ascendiendo como autómatas. En los brazos de Candelaria Pérez cayó el capitán del Camrampangue, Guillermo Nieto. La heroína, que debía acabar sus días presa de una crisis mística en el recogimiento del ascetismo, sin cerrar los ojos del cadáver de su amante, siguió subiendo a la cabeza de los pocos sobrevivientes. Al producirse el choque final, derribó por sus manos al soldado que insultaba su heroísmo y su sexo.

Los asaltantes llegaron a la plazoleta de la cumbre. Ya eran menos de la mitad. El sargento del Valparaíso, José Segundo Alegría, clavó la bandera chilena en el promontorio más alto del Pan de Azúcar. Eran las 10 de la mañana. El parte de Bulnes dice: "Las cinco compañías que guarnecían el Pan de Azúcar perecieron todas, y con

* EXPLICACIONES AL CROQUIS:

- A.—Marcha del batallón Aconcagua.
- B.—Subida de las compañías al Cerro del Este.
- C.—Compañías rechazadas en el Cerro del Este.
- D.—Ataque y defensa del Pan de Azúcar.
- E.—Escuadrones que flanquearon la izquierda del ejército confederado.
- F.—Reserva del ejército unido.
- G.—Reserva del ejército confederado.



FIG. 738.—LA BATALLA DE ANCACHS.

El paso del
Ancachs



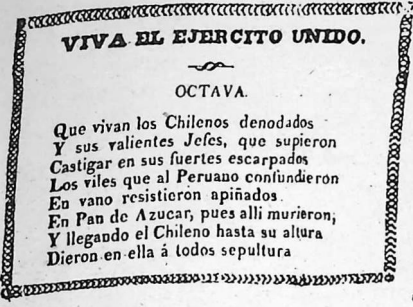
FIG. 739.—CORONEL PABLO SILVA, COMANDANTE DEL ACONCAGUA EN YUNGAY. (Dibujo de Rojas.)

ellas, el general Quiroz, que las mandaba, y sus demás oficiales”.

La captura del Pan de Azúcar aseguró el flanco y la izquierda de Bulnes, pero no debilitó la línea de Santa Cruz, admirablemente emplazada. Sólo cabía el ataque frontal, con el 90% de probabilidades de fracasar. Bulnes se decidió por él, confiando una vez más en el arrojo de sus hombres y en sus ya inveterados padrinos, el azar feliz y la fortuna. A la orden de avance, se precipitaron en el cauce profundo del Ancachs el Carampangue, el Colchagua, el Portales, el Aconcagua, el Valdivia, Cazadores del Perú y medio batallón Huaylas. La artillería decidió el combate. Mientras los disparos de la protectoral pasaban por alto, Maturana demolía con sus cinco cañones la pirca que

amparaba a la infantería enemiga. Sin embargo, los cuerpos chilenos, extenuados, perdieron la moral y empezaron a ceder en toda la línea. Los restos mutilados de los batallones se precipitaban en el río en medio de una confusión indescriptible. Cuando todo parecía perdido, Bulnes conservaba inalterables su presencia de ánimo y la reserva de sus inspiraciones súbitas, que lo sacaban con bien de los disparaderos en que con frecuencia lo ponían su temeridad y su falta de escuela. El enemigo victorioso había abandonado sus trincheras para precipitarse en masa en persecución de la infantería chilena. La caballería de Bulnes estaba intacta y quedaba una pequeña reserva de infantería. Condujo entonces personalmente al Valparaíso a través del Ancachs en auxilio del Portales y envió al Santiago y a la mitad del Huaylas en apoyo de los sobrevivientes del Carampangue. Con estos refuerzos podía prolongar la batalla media hora más. Repasó de nuevo el río y, dando orden a la caballería de que lo siguiera, se arrojó el primero al cauce, acompañado por Baquedano. No obstante, éste, envuelto por las masas de infantería, hubo de retroceder. Cargó por

La carga de Baquedano. tercera vez con ímpetu irresistible. Jinetes y caballos, presos de un verdadero frenesí, se lo llevaron todo por delante. Una tremenda brecha, tachonada de cadáveres, señaló el camino de la carga, desde la extrema izquierda del enemigo hasta su reserva. La infantería boliviana intentó refugiarse en las trin-


VIVA EL EJERCITO UNIDO.

OCTAVA.

Que vivan los Chilenos denodados
 Y sus valientes Jefes, que supieron
 Castigar en sus fuertes escarpados
 Los viles que al Peruano confundieron
 En vano resistieron apuinados.
 En Pan de Azucar, pues allí murieron,
 Y llegando el Chileno hasta su altura
 Dieron en ella á todos sepultura


VIVA EL EJERCITO UNIDO.

OCTAVA.

Torna, torna GAMARRA al patrio suelo
 Que libre por tu esfuerzo ya respira,
 Y vive entre nosotros por consuelo
 Amparando este pueblo que te admira.
 El tumulto civil por vuestro celo
 No volverá jamás; y en una pira
 Extinguido será, pues tu presencia
 Nos dará para siempre Independencia.

FIGS. 740 Y 741.—ALEGORÍAS A LA VICTORIA DEL EJÉRCITO UNIDO, IMPRESAS EN SEDA.
 (Museo Histórico, Santiago.)

cheras; pero los restos de los batallones chilenos saltaron con ellas las pircas y se produjo el sálvese quien pueda. Momentos antes, Santa Cruz había dicho a Herrera: "Vuele a Chile a aceptar la paz que desee su gobierno imponer" y, clavando espuelas a su caballo, abandonó el campo de batalla rumbo al sur.

La batalla de Yungay, así como la de Loncomilla, se cuenta entre las más sangrientas que registran los trágicos anales de la historia americana. El ejército protectoral tuvo el ¡50% de bajas! (1.400 muertos y 1.600 prisioneros, casi todos heridos). El parte oficial del comando chileno sólo confiesa 229 muertos y 435 heridos, pero, según las informaciones recogidas por don Gonzalo Bulnes de su padre, del coronel Prieto y de otros jefes, las pérdidas de ambos ejércitos fueron similares.

Bulnes, que había crecido oyendo narrar las consecuencias de la pasividad El desenlace de San Martín entre Chacabuco y Maipo, se apresuró a enviar fuerzas en persecución del ejército derrotado. Santa Cruz había salvado la gran distancia que media entre Yungay y Lima en cuatro días. Casi inmediatamente siguió hasta Arequipa, mientras el ejército vencedor, acampado entre Jauja y Huancayo, esperaba las repercusiones de Yungay en el Perú y en Bolivia. No se hicieron éstas esperar. Pronto Velasco y Ballivián se pronunciaron en Bolivia contra el protectorado y contra Santa Cruz, actitud que obligaba al caudillo a huir a Guayaquil. Mientras tanto, Gamarra había entrado en Lima recibiendo la misma clamorosa acogida que tres meses antes se hiciera a Santa Cruz. El 6 de marzo Gamarra lanzó una proclama dando por concluida la campaña y llamando a la concordia a todos los peruanos. A la vez que un hondo sentimiento de gratitud y confraternidad borraba los pasados enconos entre peruanos y chilenos, se canalizaba la indignación popular entre peruanos y bolivianos, hasta el punto que los restauradores hubieron de realizar grandes esfuerzos para evitar el conflicto entre los antiguos aliados.

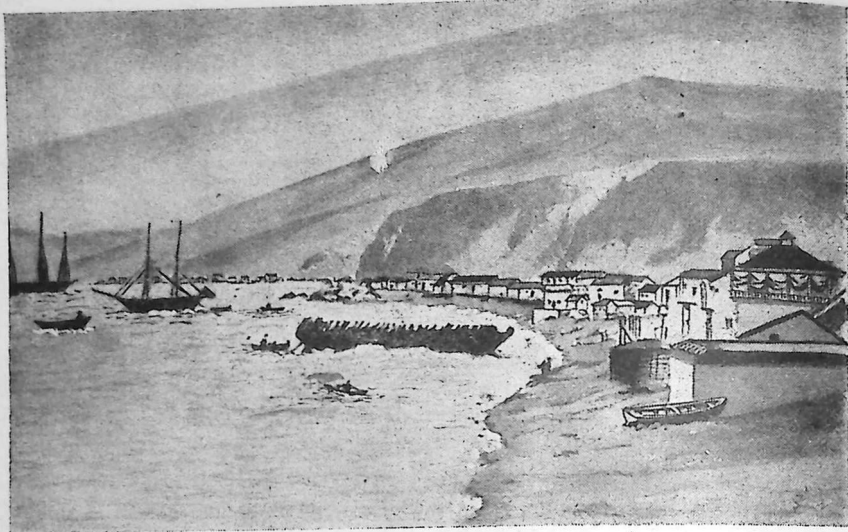


FIG. 742.—VALPARAÍSO EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX. (Dibujo de C. Wood (?), "South Pacific Mail".)

El recibimiento de los vencedores

El 18 de diciembre reinaba en Santiago, desde las primeras horas de la mañana, una excitación extraordinaria. La ciudad estaba embanderada. Todos los habitantes, endomingados, habían abandonado sus casas para presenciar la entrada triunfal del ejército vencedor de Yungay. Un hormiguero humano formaba calle en la Cañada. Muchos treparon a los álamos, otros colgaban de los postes y los demás pugnaban por mejorar de colocación. En el centro del paseo se habían levantado lujosos arcos triunfales. Un sol brillante en el cielo azul estimulaba la alegría colectiva. Las bandas tocaban sin cesar el Himno de Yungay para calmar la nerviosidad provocada por la larga espera. Al fin, poco después del mediodía, la vanguardia del desfile entró en la Cañada. Venía a la cabeza el general Bulnes, con el presidente de la república a su derecha. Al pasar estalló una ovación estruendosa que silenció a las bandas marciales. Seguía Baquedano, al frente del estado mayor. El pueblo lo sentía suyo, aureolado por la frenética carga que decidió la batalla de Yungay. No menos entusiasmo provocaron Maturana y Cruz, a pesar del carácter austero y sobrio del último. Pero la ovación más clamorosa, la más espontánea, fué la tributada a Candelaria Pérez, la heroína del Pan de Azúcar. Todos la imaginaban hembra recia y membruda. Cuando la multitud la descubrió, quedó por un instante como en suspenso ante su silueta delicada, casi endeble, y su rostro

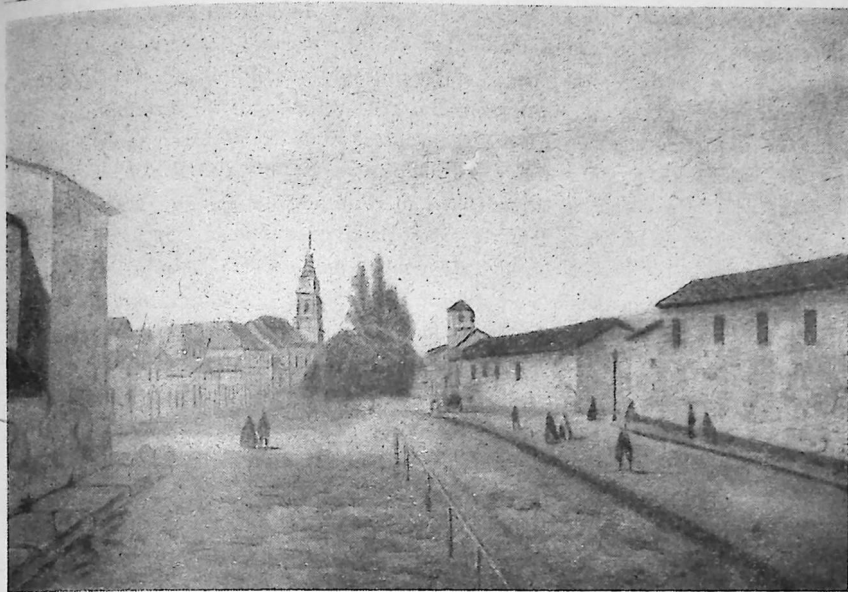


FIG. 743.—LA CAÑADA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX. (Colección Negativos del Servicio Foto-Cine de la Universidad de Chile.)

moreno, de facciones finas y agraciadas, delicadamente femeninas. Pero pronto estalló la atronadora aclamación.

Como en la campaña libertadora de 1820, todos, gobernantes, funcionarios, mercaderes, terratenientes y campesinos, tenían la conciencia de que Chile daría en la campaña restauradora hasta su más recóndita energía y que iba a quedar endeudado por dos generaciones. Calcúlese la estupefacción con que el país recibió la memoria de hacienda correspondiente a 1839, en que el ministro Tocornal decía: "Apenas, señores, puedo ser creído. Las rentas ordinarias, con ligeros auxilios, han bastado para tan ingentes desembolsos". ¿Cómo se había operado este milagro? El propio ministro lo aclara al referirse al "inmenso espacio que hemos recorrido en la carrera del orden y de la civilización". La genial capacidad organizadora de Rengifo había estructurado financieramente la república, y un gran administrador, que aun no ha sido superado, dirigió la gestión económica. "La explicación de este hecho —señala Barros Arana— se encuentra en la regularidad y en la economía en la administración, en la parsimonia general en los gastos y en la supresión absoluta de todos los que no eran de indispensable necesidad."

Financiamiento de la guerra

Al día siguiente de Yungay se elidieron los lazos entre la creación y los